

Sergio Viaggio

EL PAÍS
DE LA
JUSTICIA

A León,

mi don Antonio para las cosas de la vida

“Sí, dices la verdad. Solo que el alma no se cura siempre con la verdad. Conocí una vez a un tipo que creía en el país de la justicia. Era pobre; vivía mal; y cuando la cosa se le ponía tan difícil que pareciera que no le quedaba más que dejarse morir, en vez de perder el ánimo, se reía diciendo “¡Poco importa, paciencia! Aguanto un poquito más y me voy al país de la justicia”. Pero cierto día llegó un científico con sus libros y sus mapas. Y el tipo le dijo “Muéstrame dónde queda el país de la justicia y cómo llegar”. El otro se puso a buscar en sus libros y a mirar sus mapas, pero no lo pudo encontrar. En las cartas estaban todos los países, pero el de la justicia no. El tipo no lo quiso creer, con lo que el científico se enojó: “Mis mapas no mienten. El país de la justicia no existe”. Entonces el tipo se puso furioso: “¿Cómo que no? ¡He sufrido toda la vida sin chistar creyendo que existía! ¡Ladrón! ¡Miserable! ¡Qué científico ni qué nada; un canalla, eso es lo que eres!”; y ¡zas!, le dio una bofetada y ¡zas!, otra. Después se fue a su casa y se ahorcó.”

Máximo Gorki, *Los bajos fondos*

PRIMERA PARTE. EL ENCUENTRO

Mayo de 1966

Cuando los estudiantes salieron de la Facultad de Ciencias Económicas y empezaron a formar una masa compacta sobre la Avenida Córdoba en preparación para marchar hacia el Congreso, se toparon con un espeso cordón policial. Ante la hilera de carros de asalto aguardaban, hieráticos, los guardias de infantería con sus lanzagases; detrás, los escuadrones de la Policía Montada se regocijaban ante la inminente oportunidad de repartir planazos. Algunos representantes de la Federación Universitaria Argentina se desprendieron a parlamentar. Mientras, los grupos de seguridad de los centros estudiantiles más aguerridos, controlados por la Federación Juvenil Comunista, formaban la línea de choque. A los pocos minutos, la delegación estaba de regreso. Uno de los dirigentes, orientando su megáfono a la multitud, vociferó:

-¡Compañeros! La Policía nos dice que el acto en la Facultad está autorizado, pero que la manifestación no. Que nos volvamos a meter en la Facultad o nos dispersemos. ¡Compañeros! ¿Volvemos a la Facultad a continuar el acto en el Aula Magna?

-¡No!

-¿Nos desbandamos?

-¡No!

-¿Entonces qué hacemos?

-¡Al Congreso!

El gobierno radical de Arturo Illia ha anunciado un presupuesto universitario irrisorio y los pichones de la nutrida pequeña burguesía porteña, que creen vivir en un país con futuro, se aprestan a luchar por uno y otro. La Argentina aún no lo sabe, pero está dando los primeros pasos camino del abismo. No lo sabe, tampoco, un joven de unos veinte años, alto y algo desgarrado, de vestir desprolijo y, dada la inminencia del combate, expresión melancólicamente combativa. Los de seguridad cierran filas formando un ariete y avanzan decididamente avenida abajo. El plan es abrir una brecha entre la milicada, aguantar la zurra y que la columna llegue hasta Callao para enfilear hacia la Plaza de los Dos Congresos. Va a fracasar. Los chicos de la Fede, temerarios pero disciplinados, arremeterán como se han prometido en innumerables reuniones ahogadas en humo y clichés. Pero la policía los dejará pasar para cerrar filas detrás de ellos y cortar el paso al grueso de la columna que, cercenada

de su vanguardia y acribillada a bombazos, va a retroceder presa del pánico para refugiarse en la Facultad o dispersarse por las calles laterales.

El joven se encuentra corriendo por Ayacucho hacia Viamonte. Los cosacos han procedido entretanto a una maniobra de rodeo por Tucumán y Charcas y convergen hacia Córdoba distribuyendo generosos mandobles. Detrás viene la Guardia de Infantería deteniendo a cuanto revoltoso queda tirado en el pavimento. El joven atina a meterse en un zaguán. Aguarda a que amaine el fragor de los cascos y resuelve aventurarse fuera. Ha decidido volver, si puede, a la Facultad. Al llegar a la esquina de Córdoba, ve atravesado un taxi y a un sujeto en tren de encender una mecha en el tanque de combustible. La consigna ha sido clarísima: evitar la provocación, impedir cualquier desmán o exceso; sobre todo, no permitir destrozos. El tipo es, sin duda, un policía o un provocador a sueldo. Lo ha visto también otro estudiante, que se dirige resueltamente al facineroso, comienza a increparlo e intenta forcejear con él. El hombre es más corpulento y está acostumbrado a la violencia. El joven, azorado ante su propia intrepidez, se lanza a intervenir. Entre los dos logran dominarlo y arrancar la mecha. Desde el cordón de carros de asalto, los policías advierten la situación y avanzan hacia ellos. Los muchachos echan a correr hacia la Facultad mientras empiezan a dar a su alrededor las granadas. Uno rebota en un poste de luz y da de lleno en la cara del segundo estudiante que, enceguecido, hace gestos desesperados. Ya está a punto de desbarrancarse por la boca del subte cuando entre tres que lo han visto desde la puerta de la Facultad lo levantan en vilo y lo meten en el edificio. Su compañero logra llegar a Uriburu, dobla hacia Corrientes y se refugia en un bar. No tiene un centavo, pero no quiere salir a la calle, sabedor de que la policía se ha aplicado a una minuciosa redada por el vecindario. Los parroquianos lo miran con recelo. Un camarero le sale al encuentro con cara de pocos amigos.

-¿Se va a sentar?

El joven mira desconsoladamente a su alrededor buscando el milagro de un rostro conocido.

-¡Aquí estoy, muchacho! Ya pensaba que no ibas a venir.

El hombre tiene unos sesenta años y viste una chaqueta gris discreta y elegante. Sobre la mesa hay un cuaderno, una pila de hojas sueltas, dos o tres libros, una lapicera de oro y una tabaquera de cuero. Por detrás asoma el mango de un grueso bastón. El hombre apenas ha interrumpido la parsimonia cavilosa con que se dedicaba a encender una veterana pipa de espuma de mar. Al acercarse, el joven, menos sorprendido que aliviado, siente que penetra en un espacio invadido por el aroma cordial y sereno del tabaco.

-Vení, sentáte.

Mientras el joven se acomoda en la silla, el hombre le dice por lo bajo:

-Si entra la autoridad legalmente constituida, me llamo Antonio Muñoz y soy tu tío.

¿Vos cómo te llamás?

-Luciano Bertone.

El hombre medita un instante.

-Luciano Bertone ... ¿Y tu viejo cómo se llama?

-Como yo. Es cirujano. Vive en El Tigre.

-Bueno, acordate: yo soy primo de tu viejo. Nos hemos dado cita aquí para que me cuentes por qué te fuiste de tu casa.

-¿Cómo lo sabe?

-Por viejo, nomás... y porque, sin darte cuenta, acabás de decírmelo.

-¿...?

-No dijiste “es cirujano, vivimos en El Tigre”, sino “es cirujano, vive en El Tigre”; ergo vos vivís en otro lado. Si él viviera en La Quiaca, sería natural que te hubieras venido solo a Buenos Aires, pero no viviendo en El Tigre. Los muchachos que se mudan cerca no se mudan, se van. Otra que me dijiste sin saber es que, o es viudo, o -menos probablemente- separado, o que ni él ni vos le dan demasiada pelota a tu vieja. ¿Cuál de las tres?

-¡...!

-¡Elemental, mi querido Watson! ¿O acaso me equivoqué?

-No. Tal cual. No le da... no le damos mucha pelota.

-Bueno, para empezar, habláme de tu viejo.

-Viene de una familia de ricachones, pero en los años treinta se hizo comunista. Ahora vive totalmente entregado al Partido y a la medicina...

-Uno no puede estar entregado totalmente a dos cosas, muchacho, o mitad y mitad o alguna otra proporción.

-Bueno, quiero decir que para él lo más importante es, primero, el Partido, y luego, la medicina.

-O sea, primero la clase obrera y el pueblo, y luego los pacientes.

-Exacto.

-O sea, primero los demás.

-Eso.

-¿Y después?

-Qué sé yo... Después él mismo.

-¿Y ustedes?

-¿Nosotros quiénes?

-Ustedes: vos, tus hermanos, si tenés, tu vieja.

-Soy hijo único y me temo que mi vieja y yo somos una carga. La vieja, le digo, no lo comprende, le recrimina todo el tiempo que no le da bola, que no salen, que no la lleva de veraneo. Es que quiere ser como su familia y sus amigas, bacanes que no piensan más que en el *bridge* y lo difícil que se ha puesto el servicio doméstico. Desde chico que me pregunto por qué el viejo se casó con ella...

-Esa es la mitad de la incógnita, muchacho.

-¿...?

-La pregunta complementaria es por qué tu madre se casó con tu viejo. ¿Esa no te la hiciste nunca?

-La verdad que no... Bueno, no es que no me la haya hecho nunca, sino que creo saberlo. Se casó porque lo quería. A su manera, sospecho, lo sigue queriendo... dentro de lo que es capaz de querer, claro.

-¿Y no se te ocurre que tu viejo también se casó porque la quería y que, a su manera, la sigue queriendo... dentro de lo que es capaz?

-No. Le juro que me cuesta verlo al viejo enamorado de la vieja. La verdad es que me cuesta verlo enamorado y punto.

-Si las cosas son como te parecen, el misterio se hace medio tenebroso, muchacho.

-¿Por?

-Porque si tu viejo se casó sin estar enamorado, las razones que lo llevaron a dar el mal paso no han debido ser del todo *kosher*. Pero ¿y vos? Contáme acerca de vos. ¿Estabas en la manifestación?

-Sí. Soy estudiante de sociología. La cana nos reprimió. Yo quise volver a la Facultad, pero iba tan muerto de miedo a los bombazos que me pasé de largo. A un compañero que estaba conmigo le dieron en plena cara y lo dejaron ciego. Por suerte otros lo pusieron a salvo.

-¿Y vos no te detuviste a ayudarlo?

-Yo no me di cuenta hasta después, porque él, que venía detrás, nunca pidió socorro. Si no, ¡claro que lo hubiera ayudado!

-Sin duda estaría más muerto de miedo que vos.

-Eso no es tan fácil, don Antonio. Yo me temo que soy un cagón.

-¿Y entonces por qué fuiste a la manifestación?

-¿Cómo iba a no ir?

-Hubo muchos que fueron a no ir. Acá, sin ir más lejos, tenés como treinta estudiantes que no se han movido de este bar. Ya ves, tan cagón no sos. No tanto como ellos, en todo caso.

-Si usted lo dice.

-Yo lo digo. Pero seguí.

-Mire, yo básicamente trato de no desmerecer a mi viejo...

-Por ejemplo metiéndote en la Fede.

-Sí, soy militante de la Fede, pero no para contentar al viejo sino porque me parece que es lo que tengo que hacer para ayudar a que este cochino mundo cambie.

-...

-¿Qué, no me cree?

-No me hagas caso. Seguí.

-Bueno, eso... Soy muy vago, estudio poco, la carrera no me convence. El viejo habría preferido que estudiase medicina, pero yo francamente no tengo vocación de samaritano ni disciplina ni voluntad ni nada. Y él lo sabe, y sabe también que yo lo sé.

-O sea, que sos una caca.

-Bueno, no es para tanto. En todo caso no soy el tipo que creo que tendría que ser, ni tampoco el tipo que me gustaría ser. La verdad es que no me quiero.

-Te creo que no te querés, pero no por ser como decís que sos, sino porque quienes tenían que quererte no te han querido, o, mejor dicho, no han sabido transmitirte que te querían. Tenés mucho que averiguar, muchacho.

-¿Por?

-Porque el presente de uno es como el del país: producto de la Historia. Y tu historia bien puede ser como la Historia: una grandísima hija de puta.

-Se me hace cuento, don Antonio. Me da la sensación de que me conoce como si me hubiera visto nacer. Parece brujo.

-Parezco solamente. Como le parece brujo al joven teniente de las películas del *Far West* el rastreador que sabe exactamente dónde están los indios con solo mirar lo que para el teniente no son más que piedras. Yo soy un viejo *scout* y vos un tenientito recién asomado de West Point, muchacho. Pero ya vas a aprender vos también. Porque, como en las películas de *cowboys*, en la vida aprendés o lo pagás con sangre.

-Me la pinta difícil, don Antonio.

-¿Por qué? ¿Te venía pareciendo fácil?

-La verdad que no. Me venía pareciendo jodidísimo.

-Pues ya ves.

Se hizo un silencio plácido, que don Antonio dedicó a limpiar y recargar la pipa.

-¿Está escribiendo?

-Estaba.

-¿Es escritor?

-Sí y no. Escribo, pero no soy escritor.

-¿...?

-Escribo porque me gusta. Esto que ves es el cuarto capítulo de una novela que empecé hace unos meses y me tiene atascado. Mirá, esta es una antología de cuentos argentinos que acaba de salir. Ahí me tenés desmereciendo la selecta compañía. Te lo regalo, total tengo más.

-Pero entonces, sí es escritor...

-No. Te lo repito. Escribo, pero no soy escritor. Este cuento me lo publicaron porque el editor es amigo mío. No tengo publicado nada más. Y ahora que vas a transformarte en admirado lector de mis obras completas, nos vamos a dar cita dentro de unos días para que me cuentes qué te pareció. Es el precio de la cerveza y del especial de jamón y queso que te vas a zampar, y de la coartada, si llegan a entrar nuestras sufridas fuerzas del orden.

-Gracias. Pero ¿puede ser una Coca? Porque yo no tomo, ¿sabe?

-¿Ni cerveza, muchacho?

-No. No me gusta. No estoy hecho para el alcohol.

-¡Pamplinas! Pero bueno, si Coca es lo que querés... ¡Otra cerveza bien fría pero esta vez bien tirada, y una Coca con un especial de jamón crudo y queso, por favor!

-¿Puede ser jamón cocido?

-¡Ni pensarlo, muchacho! Ya he hecho la concesión de la gaseosa infame. Bastante tenemos con que el queso sea de cuarta. El jamón cocido, sobre todo en este país que mastica de espaldas al cerdo y al cordero, no tiene gusto a nada. Hacéme caso, empezá a educarte el paladar, que la comida te va a procurar placeres menos peliagudos que las mujeres.

-Bueno, si insiste, pero le juro que probé y no me gustó.

-Porque probaste creyendo saber que no te iba a gustar.

-¿Cómo lo sabe?

-Por viejo, y, sobre todo, por argentino gastronómicamente redimido. Yo también empecé con los típicos melindres del mimado por las vacas, muchacho. Te juro que me costó más hacerme hombre a la mesa que en la cama.

-Bueno, gracias por el sándwich y la lección de gastronomía, entonces.

El mozo practicó una silenciosa maniobra de aproximación e hizo aterrizar la bandeja entre ambos contertulios. Luciano abrió el sándwich, echó una mirada de resignada desconfianza al jamón y, con ademán heroico, volvió a cerrarlo, lo aferró y se lo metió casi entero en la boca. Lo primero que lo desconcertó fue que el jamón no se dejaba cortar así nomás. La operación resultó tan inesperadamente compleja que lo distrajo del sabor. Pero cuando pudo dedicarse a masticar, la salobre porfía de la carne curada sin cocer le acaparó todas las papilas. Don Antonio lo miraba atento con una sonrisa de victoria preparada detrás de las comisuras.

-Y ¿qué tal el *prosciutto* pampeano?

-La verdad que mejor que el cocido. Tiene un gusto saladito que pega fenómeno con la mansedumbre del queso y del pan.

-¿La qué, muchacho?

-La manse...

-No, si te entendí, pero me sorprendió el tropo. Cuando termines de masticar, contáme cuántos años tenés.

-Veinte en julio.

-¿Y de tu casa por qué te fuiste?

-No me fui. Pero como laburo de día y estudio de noche, la amansadora de viajar todos los días de El Tigre al centro se hacía demasiado pesada. Un primo de la vieja me ofreció un departamento que tiene vacío aquí cerca y aproveché.

-Te fuiste, muchacho, te fuiste. ¿Y tu viejo no se opuso?

-¡Qué va! Hasta insistió, a ver si me hago hombre de una vez por todas.

-¿Por qué? ¿Qué te falta?

-Todo. Agallas, madurez...

-...

-¿No me cree?

-Te creo que te lo creés. Pero *attenti* que aquí vienen los guardianes de nuestra pública seguridad.

Habían entrado unos policías de civil que iban por las mesas pidiendo documentos mientras dos uniformados guardaban la puerta. Cuando llegaron a la de don Antonio y Luciano los escrutaron con recelo profesional, pero al ver el bastón creyeron comprender que no era allí donde encontrarían una presa. Aun así no se fueron sin tantear:

-¿El joven está con usted?

-Así es, oficial. Es mi sobrino. ¿Por?

-No, nada.

Se fueron con las manos vacías.

-Bueno, parece que te salvaste de una buena tunda en la Comisaría. ¿Habría sido tu gran debut, no?

-Así es. Debo ser uno de los pocos estudiantes ilesos del país. Gracias otra vez.

-De nada, muchacho. Pero no te me escapes. ¿De veras te creés hombre a medias?

-No es eso, sino que todavía me falta crecer.

-¡No me digas! ¿Y a cuánto más de un metro ochenta y cinco querés llegar?

-Usted sabe bien a qué me refiero, don Antonio. No me cargue.

-No me estoy burlando, pero sí te ilumino con mi linternita donde parece que te queda oscuro. ¿Qué te falta para ser un hombre entero?

-Como le iba diciendo, agallas, madurez...

-Los cojones parecés haberlos adquirido hoy sin aviso previo. Así que nos queda la madurez. Que te falte no lo dudo, ¿pero desde cuándo un hombre que aún no ha tenido tiempo de madurar no es hombre del todo?

-Hasta cierto punto no lo es, me parece. Porque le falta criterio para entender determinadas cosas, para tomar ciertas decisiones, para asumir responsabilidades concretas.

-¡Bravo por los sinónimos, muchacho! Entre eso y la sonora mansedumbre del queso y del pan se te nota el vicio de escribir... Porque seguro que vos también escribís, ¿o me equivoco?

-No, sí, escribo. Quiero escribir, bah, pero no me sale.

-¿Y qué querés escribir?

-Qué sé yo... todo: novelas, cuentos, poesías, teatro inclusive.

-¿Y tenés algo que me puedas mostrar?

-Solamente este borrador de cuento.

-¿Vos vas a las manifestaciones con tus borradores a cuestas?

-No se ría, pero sí. Quiero decir que siempre llevo lo que estoy escribiendo conmigo.

-¿Llevás lo que estás escribiendo con vos o con vos lo que estás escribiendo?

-Tiene razón. Cuando se me escapan estas cosas pienso que nunca voy a llegar a ser escritor...

-Dicho no es tan grave como escrito, pero acostumbráte a hablar bien de entrada, aunque sin entreverar con la oralidad los artificios de la escritura. Te va a salir mejor cuando de veras cuente. Bueno, a ver ese incunable. ¡Que cacografía, muchacho! Se ve que sos hijo de médico. ¿Y vos te podés leer?

-No siempre.

-Te prometo que me voy a empeñar con un afán que ni Champollion con la Rosetta. ¿Qué te parece, entonces, si nos vemos en unos días, digamos el miércoles primero, a eso de las once en el bar que está sobre Tucumán en la esquina de Tribunales? Perdonáme que no te ofrezca encontrarnos en algún lugar más suntuoso, pero tengo que hacer un trámite y, como ves, no soy exactamente un Filípides.

-¿De veras?

-De veras, ¿o no se me nota?

-No, digo que si de veras quiere que nos veamos el miércoles primero.

-¿Por qué habría de macanearte, muchacho?

-Es que como no me conoce...

-¡Claro que te conozco! Luciano Bertone hijo, *¿vero?*, de diecinueve años de edad, argentino, domiciliado aquí cerquita, vástago de padre que no le da pelota y madre a la que no respeta, estudiante de sociología y aspirante a literato y, de paso, a hombre entero. El que no me conoce sos vos. Me presento: Antonio Muñoz D., jubilado de la vida exterior, sesenta y tres años seguidos, cojea de la pierna derecha, soltero, sin hijos atribuidos, escribe pero no es escritor, vive de misteriosas rentas, gusta charlar con jóvenes aspirantes a poetas que se creen cagones, inmaduros y mediodombres.

-¿Me permite una curiosidad? ¿La D. esa, de qué es?

-¿Sabés guardar un secreto, muchacho? Mi segundo apellido es Demente; Demente todo junto, ni siquiera de Mente. ¿Podés creer? ¡Solamente a mí tenía que ocurrírseme tener un abuelo materno que se apellidara de esa manera! Entonces quedamos para el miércoles primero. ¡Se cobra, por favor!

El mozo se materializó a la derecha de don Antonio, desempaló los tickets, tomó el billete, lo introdujo en su abultada billetera, extrajo el cambio y lo depositó en la mesa sin decir palabra.

-Este mozo pertenece a la especie *Ganimedes Linguoparcus*. Dícese del afiliado al sindicato gastronómico que cumple silenciosamente con su deber sin importunar al parroquiano con una cháchara fingidamente amistosa. Por mi parte, prefiero el género *Loquens ma non troppo*. No capto del todo bien por qué habría el hombre de desconfiar de la renquera del perro, según preconiza ante Martín Fierro el ladino Viejo Vizcacha, pero sin duda que sí del silencio del mozo. Creo que ya podés salir, pero dejáme que te acompañe hasta la esquina por si acaso. Más lejos, por desdicha, no se me puede exigir.

Luciano tuvo que hacer un enorme esfuerzo por ir arrastrando sus ansiosos pies al tranco operoso y descompasado de don Antonio.

-Ya ves por qué me solidarizo solapadamente con la renquera del perro, muchacho.

-¿Un accidente, don Antonio?

-Podría decirse que sí.

-¿De tránsito?

-En efecto, transitando andaba.

-Usted me entiende...

-Claro que te entiendo, muchacho.

-¿Y entonces?

-¿Entonces qué?

-Entonces el accidente. ¿Cómo fue?

-Jodido, muchacho. Bastante jodido.

-Bueno, ¿me va a contar o no?

-Dejáme la incógnita, muchacho. El misterio siempre viene bien para mantener vivo el interés.

-Bueno, pero al menos cuénteme si hace mucho.

-Una punta de años.

Luciano comprendió que eran todas las cartas que don Antonio estaba dispuesto a mostrar. El aire conservaba el vaho inclemente del gas lacrimógeno, pero ya se podía respirar sin mayor recelo y el tufillo bonachón que brotaba del incensario de su nuevo amigo ayudaba bastante. En la esquina de Lavallem don Antonio se detuvo.

-Bien, hasta aquí ha llegado nuestra flamante amistad por esta noche. Hacéme un favor, quedáte conmigo hasta que venga un taxi, porque si no, te voy a pedir que me acompañes hasta Corrientes.

-No faltaba más.

Un par de minutos más tarde, don Antonio encaraba la complicada tarea de subir al coche, pero no permitió que Luciano lo ayudara.

-No, que me aburgueso. Algún día no tendré otro remedio que depender de la bondad del prójimo. Y ahí sí que habré defecado definitivamente, porque, al decir del gran Discepolín, la suerte, muchacho, es grela, y fallando, fallando, te larga parado o, en mi caso, ni siquiera. Gracias por la compañía. No te olvides: el primero frente a Tribunales. Que te vaya bien.

El taxi se puso en marcha pero a los pocos metros clavó los frenos. Por la ventanilla trasera asomaba la mano de don Antonio enarbolando un billete.

-Tené, muchacho, que seguramente te cabe otro especial... pero de jamón crudo, ¿eh? No vayas a abusar de mi confianza.

Luciano tomó el billete y se quedó inmóvil, sin atinar a dar las gracias, viendo cómo el automóvil se alejaba resquebrajando el silencio de una Lavalle que no resucitaría hasta entrada la mañana. Volvió a emprender rumbo ya más aplomado hacia Corrientes. En La Academia, mientras esperaba al control que nunca apareció (Los que no estén encerrados en la Facultad han de estar todos en cana, diagnosticó), se ordenó otro especial.

-¿Cocido?

-No, crudo.

-¿Y para tomar?

-Una Coc... no, mejor una cerveza. Eso sí, bien tirada y bien fría, por favor.

Junio de 1966

Luciano era un muchacho melancólico, que no sabía bien si se iba o venía de una adolescencia desastrosa. Hablaba fluidamente inglés y francés, se había ahitado de libros y comenzaba a apasionarse por la música. Su padre fustigaba a los suyos con una visión maniquea de la existencia: Los demás podían ocupar el océano que separaba los nítidos perfiles del bien y del mal, pero él estaba firmemente plantado en la orilla impecable, desde la cual recriminaba incesantemente a su desorientado retoño, que parecía víctima elegida de todos los remolinos y de todos los escollos. La madre era una mujer contradictoria, y atrapada también ella en la pleamar. Su familia la había ostracizado, y como el Dr. Bertone hubiera prácticamente renegado de la suya, Luciano se crio sin el plácido contrapeso de abuelos indulgentes y tíos cómplices, salvo el esporádico y distante que finalmente le ofreció el departamentito del centro. Desde los seis o siete años vivía enamorado de manera tan perpetua como inútil. Su torpeza con el sexo opuesto se había hecho legendaria. A medida que sus amigos se adentraban en la jungla del amor, él se iba quedando más y más rezagado. Su iniciación sexual había sido traumática y tardía. Solo había logrado acostarse gratis con la mucama de un vecino. Casi no hablaban, y sus encuentros eran siempre fugaces y a escondidas. Sin embargo, durante esos momentos entre que se desnudaban y volvían a vestirse, se sentía querido como nunca. Cuando se mudó al centro comenzó a visitarla más espaciadamente. Un día vio que baldeaba la acera otra mujer. Le preguntó por Rosaura y ella le dijo que no trabajaba más en esa casa. No la volvió a ver. Pero tampoco llegaría a olvidarla. Años más tarde, tratando de resistir el dolor de la picana eléctrica, se esforzaría por recordarle cada centímetro cuadrado. Y aun antes, cuando su matrimonio entraba en el declive final, se auxiliaría en el amor con el recuerdo de su olor acre a mujer en celo y de sus inmensos pezones de mestiza.

Escribía bastante, aunque nunca daba exactamente con qué. Empezaba siempre con entusiasmo, pero ya la segunda o tercera página solía acabar en el piso hecha un apretado bollo de frustración y bronca. Aun así, consiguió completar varios cuentos que los pocos amigos lectores elogiaron. Su inmersión en la política tenía cortapisas. No terminaba de decidir si había ingresado en la Juventud Comunista por convicción, por culpa o por no defraudar a su padre. Jamás se sintió valiente y prefirió eludir todo enfrentamiento que no fuera verbal; pero a la hora de los puños supo defenderse y, a veces, atacar, asombrándose cada vez de haber podido superar su cobardía.

El día convenido, tras el desayuno líquido que le consentía su hacienda, Luciano bajó caminando lentamente por una Callao todavía de doble sentido y navegada por trolebuses grises, que iba poniéndose cada vez más aristocrática y *belle époque* hacia la esquina de Santa Fe, donde aún existían la panadería Los Dos Bulevares y la confitería El Águila, a cuyas señoriales veras se enfrentaban, postreros de la ciudad paqueta, los cines Grand Splendid y Capitol, mientras en la esquina siguiente el Bar Río Bamba era un último punto de referencia para los amantes del buen comer. Ya tendría ocasión de recordar con profunda nostalgia aquel Buenos Aires próspero y prepotente que parecía incontenible en su arrolladora marcha en diagonal, camino de engancharse definitivamente al tren de Europa, arrastrando como mejor pudiera veintitantas provincias menos presentables. Subió por Santa Fe y dobló por Cerrito. Pasó frente a la Sinagoga donde no habían logrado borrar del todo un “Judíos a la horca” y un “Comunismo y masonería, crías malparidas del sionismo” firmados respectivamente por la Guardia Restauradora Nacionalista y Tacuara. Dio una vuelta al Colón. Atravesó la Plaza Lavalle. Husmeó entre los buquinistas y entró finalmente en el café lleno de gestores, abogados, tinterillos y demás gente aviesa y sórdida digna de la lupa de un Dickens del subdesarrollo. Al rato, don Antonio empujaba laboriosamente la puerta.

-¡Salve, muchacho!

-¡Don Antonio! ¡Siéntese! ¿Leyó lo que le di?

-Con un poco de esfuerzo.

-Sí, ya sé. Como le decía, a veces ni yo mismo me entiendo la letra.

-No me refería a ese esfuerzo.

-Entonces no le gustó...

-No dije eso, sino que me costó trabajo.

-¿Y eso está bien o está mal?

-Depende. El problema no está tanto en el esfuerzo como en lo que sacás con el esfuerzo.

-La tierra tiene lo que tú levantas de la tierra. Nada más tiene.

-Hacéme caso, muchacho; dejálo tranquilo a Porchia y no entrés a citar al pedo. Afiláte la memoria y el ingenio, en todo caso, con esa minita que te tiene tan enamorado.

Luciano se puso bermejo.

-¿Tanto se me nota?

-No. Fue un escopetazo a oscuras en el gallinero, pero seguro que iba a amanecer lleno de plumas.

-¿Ve, don Antonio? A mí esas cosas que usted larga sin pensar nunca se me ocurren.

-¿Y quién te dijo que no las pienso? Lo que pasa es que las pienso rápido.

Don Antonio había sacado la pipa y un encendedor con el que estuvo sopleteando el caldero desde diversos ángulos.

-Bueno, pero las piensa... y encima rápido. A mí, en cambio, no se me ocurre nada. Me paso horas frente al papel con la sensación de que ahí nomás, a la vuelta del cerebro, está la idea salvadora, *la* idea, que después se va a escribir sola. Y no me viene.

-Ojo muchacho que Platón meaba olímpicamente fuera del tarro. Las ideas solo existen cuando se tienen. No hay ideas ahí escondidas, cual frasquito de aspirinas empeñado en ocultarse recóndito en el botiquín como si quisiera fastidiarnos. Vos querés escribir. Pero preguntáte si de veras te gusta. Es la pata de la sota que nos descubrió Ortega. Los demás, decía, escriben porque les gusta escribir, el argentino escribe porque quiere ser escritor. ¿Vos por qué querés “ser escritor”?

-¡Qué sé yo, don Antonio! Me gusta leer...

-Mirá, muchacho, a mí me apasiona comer, pero no se me ocurre meterme a *chef*.

-Pero si no me gustara leer, difícilmente me gustaría escribir, ¿no?

-¡Alto ahí! No te gusta escribir; o, en todo caso, no sabés si te gustaría, porque, como vos mismo has dicho, no escribís.

-Bueno, lo que quiero decir es que me gustaría poder...

-Eso ya es otra cosa. Pero volvamos a nuestra pesquisa. Si no tenés nada que decir, ¿para qué querés poder decirlo?

-Esa es precisamente la cosa. Yo siento que sí tengo algo que decir, salvo que no se me ocurre, y que si se me ocurriera no sabría si podría decirlo. Es como cuando uno siente ganas de orinar, saca la pistola, se queda parado como un imbécil y nada. Y al rato se da por vencido, pega media vuelta... y comprende que las ganas de orinar siguen ahí.

-Convengamos en que tenés una idea medio diurética de la literatura, muchacho. Pero exploremos el símil un poco más. ¿Qué pasa si, de pronto, la vejiga se te torna solidaria y meás como un beato?

-Bueno, nada. Quiero decir que se me pasan las ganas, que ya no me molestan ni distraen...

-¿Y de qué te andan distraendo esas molestas ganas de orinar literatura que andás tan desasosegado?

-No, no es que me distraigan de nada...

-¡Exacto! Ahí es donde el símil de la micción hace avergonzado mutis por el foro. Las ganas de mear molestan y meando desaparecen, como cogiendo las de coger. ¿Vos qué querés ser, un don Juan de la literatura o un escritor de veras? ¿Por qué querés “ser escritor”? O, lo que no es más que el reverso de la pregunta, ¿para qué querés “ser escritor”?

-¡Qué lo tiró, don Antonio, usted es como uno de esos perros que una vez que muerden no sueltan ni aunque los maten!

-No es para tanto. Aunque vos has querido verme para que te mordiera y no te soltase. Y yo, de yapa, te invito a almorzar como es debido. Pero antes vas a probar un buen batido de Gancia con Campari y limón, que una buena comida exige un aperitivo digno. ¡Mozo!

-¡Gracias, don Antonio!

-No te me distraigas, que después te tengo que andar juntando como si fueras un rebaño de diez mil ovejas. ¿Adónde querés llegar “siendo escritor”?

-¡Qué se yo! Ya le dije, a ser alguien; pero no alguien cualquiera, como ahora, como toda esta gente...

-Como yo.

-No, usted es diferente...

-¿Por qué? No “soy escritor”, no me conoce nadie; vos, casi que por casualidad...

-¡Pero usted escribe fenomenalmente bien!

-¡Mida sus palabras, jovencito! No es para tanto.

-No, en serio, No sé qué más tiene aparte del cuento que me dio, pero yo daría mi brazo derecho por poder escribir así.

-Con un solo brazo vas a tardar un montón, sobre todo si es el izquierdo.

-Usted sabe lo que quiero decir. Y sabe que escribe bárbaro.

-Te lo repito, muchacho. No es para tanto. Pero no es para hablar de mí que nos hemos congregado. Recomendemos: ¿Adónde querés llegar “siendo escritor”?

-Qué sé yo... A ser famoso. Bueno, no exactamente famoso...

-¿Y cómo es ser no exactamente famoso?

-¿Cómo le explico? Quisiera que la gente me leyese...

-Para lo cual, claro, tendrías que escribir, que es, me temo, la condición innegociable de “ser escritor”.

-Sí, claro. Y, como le digo, no me sale.

-Y no te sale porque sentís ganas de mear, pero tenés la vejiga más seca que la Puna de Atacama. Esa es la diferencia entre vos y yo. Yo escribo, pero no “soy escritor” ni lo quiero. Me importan tres soberanos pepinos que la gente me lea. Yo escribo porque de

repente me viene una idea y *entonces* saco el papel y la pluma. Yo no juego al tenis con la inspiración, muchacho. No me pongo como un papanatas a hacer jueguito de piernas raqueta en mano esperando a ver si hoy la musa viene por fin a la cancha. Esa es la diferencia. Y por eso a mí las ganas de escribir ni me molestan ni me distraen. Me dan y escribo.

-Bueno, pero entonces usted escribe como orina, ¿no?

-No. A mí ni no me gusta mear. Meo porque no tengo más remedio. Si pudiera, preferiría no tener que mear una gota más el resto de mi vida. Sí me gusta, en cambio, escribir. Me gusta quedar contento con lo que escribo. Me gusta saber que hoy mismo, o mañana, voy a volver a escribir y me va a volver a gustar. Pero no me angustia que un día el berretín se me pase. No necesito que me guste. Me gusta y punto. Eso sí, cuando me entra el sueño y estoy embalado me da una pena tremenda y trato de aguantar todo lo que puedo, por temor de que al día siguiente se me haya cortado la inspiración. A veces, claro, se me corta, y ahí es cuando el potencial *capolavoro* emigra al limbo.

-¿Pero no era que la cosa se limitaba a una frustración pasajera? ¿Cómo pega con que le dé miedo perder el hilo si se va a dormir?

-Lo de “pasajera” viene con problemas de similitud fonética sospechosa. No es miedo, es más bien ansiedad, me da como vértigo de sentirme tan entusiasmado y que se me corte... Un poco como cuando suena el teléfono y se te esfuma la erección *in medias res...* (¡je! en medio de la vaca... ¡cuidado con el inconsciente, muchacho, que te va a hacer meter todas las patas!). Pero miedo, te repito, no me da. Y esa es la diferencia que estoy tratando de hacerte entender. Yo escribo porque me encanta y se me canta; pero no “soy escritor” ni tengo milongueras pretensiones de llegar a serlo alguna vez. Si un día de estos dejara de gustarme, es decir, si dejaran de venirme solitas las ideas y las ganas... ¡nada! Dejaría de escribir.

-Me va a perdonar, pero aquí el que no le termina de creer soy yo. Si no le importa que lo lean, ¿para qué escribe?

-Para *qué* no, muchacho, para *quién*. Escribo para mí.

-¿Y el reverso, don Antonio? Escribe para usted, fenómeno; pero entonces ¿por qué?

-También por mí. Escribo porque me da placer leerme.

-No lo tome a mal, pero me viene una asociación medio fulera...

-Sí, ya sé, una asociación “pasajera”, ¿no? Decila con todas las letras nomás...

-Bueno, usted ya se imagina. Si hace un ratito me acusaba de tener una visión diurética de la literatura, la suya tira francamente para lo masturbatorio, ¿no? Digo, y ¡por favor no se me vaya a ofender!

-De ninguna manera; has dado certeramente en el clavo. ¿Y con eso?

-Sus batidos, señores.

-A ver qué te parece este elixir, muchacho.

Luciano se llevó el vaso a los labios con una mezcla de curiosidad y rechazo. Se encontró con un gustillo inesperado. El dulzor casi empalagoso y apenas amarillento del vermú se batía -nunca mejor elegido el verbo- glacialmente a duelo con el áspero rubor del Campari bajo el arbitraje ecuánime del limón para luego amigarse camino de la garganta, lubricado todo por la apenas perceptible clara de huevo.

-¿Y?

-¡Magistral, don Antonio!

-O, como decimos los profesionales de estas cosas, “deputamadre”. Volvamos al tema, ¿qué me decías?

- El que estaba diciendo era usted. Me estaba preguntando si a la literatura la quería de amante o de legítima esposa, si lo entendí bien.

-¡Perfectamente! De eso, precisamente se trata. Y ni siquiera de amante más o menos estable, sino como una colección de conquistas de una noche: un cuentito por aquí, un poemita por allá, y mientras tanto, solterito de letras.

-¿Como usted, don Antonio?

-¡Y dale con la cantinela! Lo mío, muchacho, es diferente. Habíamos quedado en que yo soy un literario pajero. No vuelvas a confundir las cosas.

-Bueno, eso lo dice usted...

-No, muchacho, lo dijiste vos, y yo estuve totalmente de acuerdo. No te olvides; yo no escribo ni por amor de la literatura ni para que me lean. Yo escribo porque me da la gana, y me da la gana porque me da placer. Y hablando de placer, me ha entrado un hambre de tiburón. Vení, vamos a almorzar como yo merezco y vos necesitás. ¡Se cobra, por favor!

Luciano esperó a que don Antonio lograra erguirse sobre su pierna útil y le fue abriendo camino hacia la puerta. A la salida había uno de los pocos mendigos de entonces; un hombre ya mayor, en inexorable derrota, sucio y con el brazo cubierto de costras.

-Esperá un momento, muchacho.

Don Antonio se detuvo, se apoyó contra la pared para no perder su precaria verticalidad y hurgó sin premura en el caos de sus bolsillos. Al cabo de unos segundos que a Luciano se le hicieron eternos, extrajo un billete.

-Aquí tiene, amigo. Buena suerte.

-¡Dios lo bendiga!

-Buena falta que me haría, pero me temo que anda distraído en Vietnam.

Tomaron uno de los últimos Mercedes gasoleros importados por Perón unos quince años atrás que negociaban los baches porteños. Luciano hizo ademán de ayudar a su amigo.

-El día que precise tu ayuda, muchacho, te prometo que te la voy a pedir.

-¿Adónde lo llevo, caballero?

-Al Sáenz Peña, en Yrigoyen...

-... al 1600. Se ve que elige bien dónde comer, caballero. ¿Sabe que tienen una trucha salmonada que se la traen siempre fresca de la Patagonia?

-Ah, ¿así que usted también la probó?

-¡Y de no! Porque yo supe trabajar mucho en la Patagonia, ¿sabe? Fui obrero de YPF y delegado del SUPE en Plaza Huíncul, hasta que me harté de Cavalli, mandé todo a la mierda y me vine a la Capital a laburar de tachero. No me arrepiento, le digo, pero a veces extraño ese cielo gris, no sé si conoce, que no empieza ni termina nunca.

-Así que no lo quiere a Cavalli. Cavalli, muchacho, es el burócrata que dirige el Sindicato Único de Petroleros del Estado. Un hampón como tantos otros traidores a la clase obrera que Perón compró para que lo apoyaran en su proyecto fascistoide. Y ahí los tenés ahora, haciéndoles el juego a los milicos para el inminente golpe de estado.

-Y se viene, caballero; créame que se viene. Al viejo Illia no lo dejan gobernar. Está bien que siempre parece que se acabara de despertar de la siesta, pero ya va a ver cómo nos vamos a acordar de este gobierno como la época dorada. Incompetente, seguro, pero no ladrón, y eso hace más de treinta años que no se veía. Yo levanto muchos pasajeros que están deseando mano dura para acabar con las huelgas y el quilombo. Pero, qué quiere que le diga, yo a los milicos nunca les he creído. Ni cuando gobernaban con Perón ni cuando gobernaban contra Perón, ni cuando gobernaron con Frondizi ni cuando gobernaron sin Frondizi. Le digo, este país no va a salir adelante hasta que no haiga más militares ni curas... y perdone si es creyente, pero yo pienso así.

-Somos dos, chofer. O tres, si lo contamos al pibe.

-Le digo, caballero, aquí la cosa se va a poner muy mal. Y para peor, al viejito lo presionan mucho, ¿vio? Los milicos están asustados, y van a aprovechar el descontento de la gente, créame. Mire que uno escucha cosas en este laburo. Aproveche para comer bien, caballero, porque créame que se vienen tiempos jodidos. Y vos, pibe, cuidáte, porque a los primeros que van a cagar a palos es a ustedes, los estudiantes. Mire no tengo cambio, dejémoslo en treinta. Chau, caballero. Buen provecho.

Don Antonio descendió por lentas etapas mientras Luciano daba la vuelta y se mantenía expectante al menor indicio de solicitud de ayuda. No lo hubo.

El Sáenz Peña era un restaurante como siguen siendo los buenos restaurantes argentinos, sin pretensiones, heredero visible de la *trattoria*, con jamones pendiendo del cielo raso cual succulentas espadas de Damocles y botellas en las repisas, pero con un abanico de manjares insólitamente heterogéneo.

Un mozo de chaqueta blanca impoluta y pantalón negro con las rayas cinceladas de cintura a botamanga les salió al encuentro.

-¡Qué tal, don Antonio! ¿Hoy se nos trajo a su sobrino?

-No. Es un amigo. Un discípulo, va.

-¿De la universidad?

-No, de la vida, y hoy especialmente de la mesa, así que tratáanos bien. Este, muchacho, es Simón, arcángel vicario del Tano Niccola, egregio si astroso propietario de este tradicional repostadero porteño.

Con maniobras que ni la diosa Khali con sus ocho brazos, Simón corrió las dos sillas superfluas, sacudió el mantel, retiró dos juegos de vasos, platos y cubiertos, redistribuyó los dos restantes, verificó el pliegue de las servilletas, deslizó desde diversas direcciones vinagrera, aceitera, salero, pimentero y frasquito de mondadientes al centro geográfico preciso de la mesa, dejó el menú singular a 45 grados exactos sobre el plato de don Antonio y, antes de hacer un breve mutis, tuvo tiempo de inquirir:

-¿Y cómo anda, don Antonio?

-A medias, como siempre, ¿y vos, Simón?

-También, como siempre.

Simón regresó con el pan y los grisines.

-¿Que le puedo ofrecer? Déjeme que le explique. Codornices en escabeche no me quedan, pero tengo unos ñoquis a la sorrentina de chuparse los dedos. La entraña la trajeron esta mañana y es lo que voy a comer yo, así que ya se imaginará. El matambre no se lo recomiendo; a mí me pareció poco tierno, aunque está rico, eso sí. Pero bueno, lo dejo elegir tranquilo. ¿Ya sabe qué vino va a tomar?

-Traéme un Carcassone.

-¿Soda?

-¡Me extraña, Simón!

-¡Perdone, don Antonio, se lo pregunté por el pibe!

Luciano había asistido al ritual sin decir palabra, mirando a su alrededor con ojos a una voraces y comedidos. El hambre lo iba invadiendo desde el bajo vientre hasta el paladar, pero la parte superior de la cabeza seguía conservando autonomía suficiente para advertir

todos los detalles de aquella fonda que para él era una novedad tan admirable como ominosa: Calculaba que don Antonio jamás condescendería a dejarlo pedir una simple milanesa con papas fritas. Pero lo que más lo alarmaba era la proscripción de la soda.

-Muchacho, me imagino que tenés un hambre acorde con tu edad y tu anémica anatomía, de modo que tenéme confianza que vas a comer como un pashá. Simón, mirá, para el primer round nos hacés marchar unos ñoquis. Decíle al Tano que la ración es para el pibe, a ver si lo hacemos rellenar mejor la ropa. Después nos servís unas mollejas al verdeo. Ah, y me traés ya el provolone, me sacás este aceite de mierda y me contrabandeás un poco del de tu patrón. Y el molinillo de la pimienta.

-¡Délo por hecho, don Antonio! Perdóneme; lo del provolone, el aceite y la pimienta se me pasó. No tendría ni que pedírmelo.

En una bandeja que planeaba inverosímilmente con la gracia de un plato volador del que parecía colgar, Simón trajo un cuenco vacío, el vino, la soda, el molinillo, el provolone, el rallador de hojalata y una garrafitita llena de un aceite verdoso y perfumado. Don Antonio cubrió el fondo del cuenco con unos diez milímetros de queso, distribuyó un chorro de aceite, cogió el molinillo y esparció el polen de la pimienta. Acabada la operación, tomó la botella de vino con dulzura.

-Es casi como tomarle el brazo a una mujer cuando querés empezarlo a llevar hacia detrás de tu nuca. Mirá, muchacho, te voy a enseñar a tomar vino. Porque a tomar vino se aprende. La botella es verde, de modo que no da idea del verdadero color. El vino, como las mujeres, es para mirar primero.

Don Antonio vertió exactamente un centímetro en su copa, la alzó, la puso al trasluz, la estudió amorosamente y la pasó al contraluz opuesto para que quedara interpuesta ante Luciano.

-¿Ves este color rubí? El buen vino te tiene que dar ganas de beber con solo mirarlo. Fijáte en los destellos, en la densidad. El vino tiene siempre el color del gusto que va a tener. Si alguna vez dejás de ser un pobre diablo gastronómicamente pusilánime, no dejes que ningún advenedizo venga a impresionarte agitando el vaso antes de dártelo a catar. Es cierto que el vino tiene que respirar, pero hay que olerlo *antes*. Tomá. Chapá la copa por el tallo para ver bien el color. ¡Ojo, no lo agites demasiado! ¿Ya? Bueno, tratá de retener el aroma.

Don Antonio se llevó la copa a la nariz, entrecerró los ojos y aspiró frunciendo el ceño como si quisiera impedir que el olor se le escapase de las fosas nasales. Acto seguido la apoyó sobre el mantel y la hizo trazar vertiginosas órbitas entre índice y mayor de su diestra.

-Queda más paquete agitarlo a copa alzada, pero yo soy medio bagual para las pezuñas y siempre me termino manchando. Lo que oliste fueron los alcoholes primarios, los que reaccionan espontáneamente al contacto con el aire. No son demasiado fuertes, pero ya comienzan a revelar la catadura fundamental del vino. Se parece a cuando la mujer se saca el abrigo. Todavía no es ella, pero ya se va pareciendo a como va a ser cuando lo sea. El vino y la mujer han de ser revelados con paciencia, esmero y deleite. Ahora fijáte en cómo “baja”. Cuanto más espeso, más tarda en bajar y más grueso el anillo que marca hasta donde llegó. Siempre como con una mujer: mirás para que se te revele el cuerpo que le vas a sentir.

Tras volver a ponerse la copa delante, don Antonio la fue acercando al rostro en un movimiento pendular cada vez más cerrado hasta que la punta de su generosa probóscide calzó en el anillo de vidrio y aspiró con una expresión de profunda beatitud, tras lo cual volvió a pasársela a su compañero de mesa.

-¡Olé ahora!

A Luciano le iluminó el semblante un gesto de maravilla.

-Son los alcoholes secundarios. Como tardan en reaccionar, conviene apurar el proceso aumentando la superficie expuesta al aire. Lo del vals que le hice bailar camino de olerlo es para que el aroma no te inunde de golpe sino que vaya acostumbrando la nariz.

Don Antonio inclinó la copa con delicadeza y bebió un sorbo.

-Ahora vos, muchacho. A probarlo despacito con cada milímetro cuadrado de la lengua y del paladar. Que vaya raspándote la garganta suavemente... ¿Y? ¿Qué tal?

Luciano tardó un tanto en acostumbrarse al gusto inesperadamente agresivo, pero no se dejó vencer por la reacción de rechazo a la acerbidad temida. Lo fue dejando hacer. Don Antonio tomó un trozo de pan, lo partió en dos, dio una mitad a su amigo y le corrió hacia él el cuenco con la pasta de provolone y aceite. Luciano untó la miga generosamente y se la llevó instintivamente a la nariz.

-¡Bravo, muchacho! Como con una mujer. El aroma de la piel se aspira antes del primer beso. ¡Vas por buen camino!

Luciano mordió casi con pasión el pan enjaezado. La boca se le llenó de las dos consistencias contradictorias y de los cuatro sabores tan distintos y tan inesperadamente convergentes.

Simón llegó portando unos dos kilos de ñoquis trabados en desesperada batalla por ganarle la primacía del plato a un queso derretido de amor por el tomate que lo invadía todo con su humo celestial. Luciano se volcó con denuedo a devorar los almohadoncillos apenas

consistentes que se consustanciaban con el queso y el tomate para cubrir la lengua entera con un velo cremoso y candente.

-¿Qué tal los ñoquis? No, no tenés que esclarecérme... seguí morfando, pero ¡despacito! No te atores que esto no es más que el *Kyrie*.

Luciano aminoró apenas el ritmo de su pasmosa deglución.

-¿Sabe una cosa, don Antonio? Me quedé pensando: Yo al pordiosero ese ni lo miré. Pero usted se paró, estuvo como cinco minutos hurgándose los bolsillos y encima, cuando vio que no tenía cambio, le dio un billete de quinientos pesos.

-¿Y eso qué tiene de particular?

-Es que una de las cosas que el viejo me decía siempre era que la limosna no arregla nada, que la única solución verdadera es cambiar el mundo.

-Supongo que la coherencia ideológica le impediría dar dinero a los menesterosos, entonces.

-Así es. Cuando por casa aparecía alguno, el viejo le daba muestras de remedios.

-Ya veo.

-¿Qué es lo que ve exactamente?

-Que tu viejo es un amarrete.

-¡No diga eso, don Antonio!

-Es la verdad. A él las muestras no le cuestan un centavo. Así cualquiera es generoso.

-¡...!

-Mirá, muchacho, ¿tu viejo puede cambiar el mundo?

-Bueno; solo, claro que no. Pero trata.

-Sí, trata... pero ¿puede?

-No.

-Y mientras trata porque solo no puede, ¿podría darle de comer hoy a este pobre tipo?

-Y... sí.

-Fijáte, entonces: al mundo no lo cambia porque solo no puede, y a este pobre tipo no le daría un centavo porque no sirve para cambiar el mundo. Yo creo que lo hace por avaro, no por consideraciones ideológicas trascendentes. Porque ¿qué mal hay en tratar de cambiar el mundo y, entretanto, darle de comer a este tipo? ¿Dónde esta la incompatibilidad? ¿O este pobre hombre, gracias a que le den de comer hoy, se va a aburguesar y pasarse al bando de la reacción? Mirá, muchacho, los únicos que recelan del aburguesamiento de los pobres son los marxistas burgueses. ¿O me vas a decir que tu viejo toma agua en vez de soda para no aburguesarse?

-No, claro... Pero...

-¿Y, pibe, qué te parecieron los ñoquis del patrón? Mano santa, el patrón, ¿eh? ¿Y usted, don Antonio, qué tal, contento?

-Le das un beso en cada mejilla al Tano. Pero eso sí, primero pedíle que se afeite y se mande unas gárgaras de detergente.

-¡Déjese de embromar, don Antonio!

Simón recogió los platos y reapareció colgado de una bandeja humeante.

Las mollejas venían en pequeños trozos y entreveradas con unas papas diminutas y perfectamente esféricas, las hebras verdiblanco de los cebollines y lo que parecía una lluvia de perejil. Don Antonio las roció con una sutilísima garúa de pimienta. Luciano las probó con desconfianza. Lo primero que le llamó la atención fue la consistencia insospechadamente tierna de la carne, que contrastaba con el crocante inicial de las papas que inmediatamente cedían el casi puré de su interior. Los cebollines aportaban su sabor dulzón mezclado con la pugnacidad apenas indiscreta del ajo, mientras que el aceite de oliva cimentaba todo y el perejil recordaba a cada bocado que lo habían añadido a último momento, fresco e independiente.

-Glorioso el *Gloria*, ¿no?

Luciano sonrió todo lo que le permitieron sus carrillos inflados.

-Y no te olvides que el vino es parte de la comida. El secreto está en ir dosificando sorbos y bocados. No hay proporciones prescritas. Vos buscá tu propia cadencia. Ya sabés con qué se me ocurre compararlo, pero algo me dice que me estoy pasando de revoluciones. Como me decía Eulogio Joel, un amigo chileno escritor, cuando Pancho Coloane, otro colega, comenzaba a desvariar, Bueno el vino, ¿no?

-¿Usted estuvo en Chile, don Antonio?

-Preguntá mejor dónde no he estado, muchacho. Sí, conozco Chile.

-¿Y qué tal?

-Es un país que tiene sobre el nuestro una ventaja decisiva: está lleno de chilenos.

-¿En qué sentido?

-En todos menos el vestir. Es gente como la de campo nuestra, sencilla, sensible, cálida, generosa, sin ansias de ser otra cosa ni complejo de no serlo; gran patria de poetas. Hay, en este pobre continente en el que han naufragado nuestros padres o abuelos, dos países de poetas: Chile y Cuba.

-Bueno, pero nosotros también tenemos. Un montón. Y de primera.

-Tenemos. Un montón. Y de primera. Pero no somos un país de poetas. Nuestro pueblo no conoce a sus poetas como los chilenos conocen a Neruda o los cubanos a Martí. Los nuestros son poetas de nuestro país, sin duda, pero nuestro país sigue sin ser un país de poetas. Como que tenemos montañas, pero no somos un país de montañas. Chile, en cambio, sí; de montañas y de poetas. En prosa, claro, el resultado del partido es otro. Ellos vinos blancos, nosotros tintos; ellos mariscos, nosotros carne; ellos poetas, nosotros prosistas; ellos, de paso, un respeto básico por las leyes de la convivencia, nosotros un olímpico cagarnos en ellas que algún día, me temo, vamos a pagar caro. Pero ¿qué tal las mollejas?

-Bárbaras, don Antonio. Le juro que nunca me había mandado una comida así.

-Ni falta hace que me lo jures, muchacho, aunque te recomiendo precisar la terminología. Te repito: los profesionales decimos “deputamadre”. Y ahora, de postre, el *Agnus Dei*. ¡Simón! Le decís al Tano que quiero panqueques flambeados al Cointreau. Ya vas a ver, muchacho, la diferencia entre un panqueque vulgar y uno como Dios habría mandado si supiese comer. Claro, como no le hace falta...

-Perdóneme la ignorancia, don Antonio, ¿pero qué *cazzo* es el cuantró?

-Es un brandy que roba su gusto de la naranja. En la Argentina nos sale bastante bien, como casi todo lo intrascendente que plagiamos. Te va a gustar.

-¿Por qué habla mal de la Argentina, don Antonio. ¿Tanta bronca le tiene? ¿Qué le hizo la Argentina?

-No me ha hecho nada. Hablo mal porque, en el fondo, soy un cascarrabias. Uno tiende a extrapolar su propia experiencia; uno siempre confunde su mundo con el mundo, su clase con su país. Yo mismo, que la tengo maliciada, no puedo evitar caer en la trampa. Hablo de la Argentina, pero en rigor me refiero a una Argentina especial, la mía, la de la pequeña burguesía. Es con esa Argentina, con esta clase social de la Argentina, con la que tengo cuentas que saldar. Me hizo querer ser europeo, me hizo querer ser otro y otra cosa. Me hizo avergonzarme sigilosamente del verdadero pueblo, de los que de veras la yugan y sufren todas las humillaciones y toda la miseria; me hizo avergonzarme de quienes hacen la música que adoro, el tango, la chacarera, la zamba, el chamamé...

-Lo del tango se lo puedo creer, y lo del folclore del norte en todo caso, pero no me va a venir con el cuento de que usted es chamamecero.

-¡Cómo se conoce que soy mucho más argentino que vos, carajo! Es que en los países como todos los demás, se nace y chau; ¡qué digo en los países!, en las culturas. Naciste de familia francesa, así sea en la propia Cochinchina, y ya sos irremediabilmente francés, para mejor o para peor. Aquí te vas haciendo argentino de a poco. Claro, ¿ves?, digo aquí y quiero

decir exactamente aquí, aquí en Buenos Aires, aquí en el Buenos Aires de nosotros, en el Buenos Aires de nuestra pretenciosa pequeña burguesía. Yo, que tarareaba corales de Bach antes de enterarme de La Cumparsita, que conocí Siberia antes que Ushuaia...

-¡Conoció Siberia, don Antonio!

-Sí. Una cagada. Dejáme terminar. Yo me hice chamamecero de adolescente. Si a vos no se te frunce el ojete cuando pita la acordeona, te faltan muchas leguas para ser argentino, aun si argentino pequeño burgués. Y si un simple grave del bandoneón no te retuerce hasta el último palmo del intestino delgado, ni te cuento. Los hermanos Ábalos, Sixto Palavecino y su violín afónico, Ernesto Montiel, De Caro, Di Sarli. Eso me gusta; eso y Beethoven. Y Verdi. Y Billie Halliday... Ese es el ecléctico folclore universal de nuestra melancólica y acomplexada pequeña burguesía. Ya es bastante jodido ser argentino, pero a mí de yapa me ha caído en suerte ser porteño. Yo estoy cagado por esta doble nacionalidad argentina y porteña. Y no tengo adónde irme, muchacho. Porque no he podido dejar de ser argentino y porteño ni en Pekín, que era tan distinta, ni en París que era tan igual.

Simón trajo los panqueques que todavía relucían entre tenues llamas azuladas. Los sirvió con su pericia de siempre y volvió a esfumarse. Luciano no pudo salir de su asombro. En sus cuatro lustros de monótona ingestión había deglutido vagones de panqueques de dulce de leche, pero nunca pensó que el sabor pudiera llegar a ser tan diferente. Sintió la boca invadida por la confitada amalgama de la masa sutil, el dulce de leche civilizado por el distante sabor a naranjas del Cointreau en que apenas si llegaba a disolverse, y la sorpresa que cada tanto se llevaban los dientes con los cristales de caramelo.

-¿...?

-¡Esto no se puede creer, don Antonio!

-Sí que se puede, muchacho. Todo es cuestión de fe.

Don Antonio dejó que Luciano se solazara en silencio. Su joven amigo no salió de trance hasta que terminó de engullir la última cucharada de dulce bañada en licor.

Simón volvió a describir una fugaz órbita alrededor de la mesa alzando platos y cubiertos, sacudiendo migas y reacomodando copas.

-¿Café?

-Dos. Pero como me gustan a mí.

-¡No tiene ni que decírmelo, don Antonio!

Y desapareció una vez más en el espacio intergaláctico de planetas en forma de mesa con lunas de sillas y comensales. Don Antonio volvió a desexiliar la pipa que comenzó a cargar con la noble lentitud de siempre.

-¡Gloria al gran Manítú por haber dado a los hombres la delicia del *oppávoc*! Y gloria también por habernos hecho más bonancible la vida con Leopoldo Marechal, por mucho que haya sido cómplice en la aventura fascistosa de mi general Perón.

-Le voy a decir que para enemigo de las citas literarias en la conversación, don Antonio, hoy lo veo un tanto apóstata.

-Enemigo de las citas pretenciosas y arbitrarias muchacho, o sea, de las traídas de los pelos para pasmar a interlocutores medio pajarones o para ostentar lecturas de dudosa solidez. Pero cuando ya está dicho con infalible contundencia, ¿para qué innovar? La cita es como el refrán: ha de calzar justamente en el momento justo, como la alpargata de vidrio en la minúscula -y, de ser consecuentes con las leyes del realismo, roñosa- pata de Cenicienta. Acaba de darse un tal momento. Y espero que me alcancen las citas justas para todos los momentos justos que me quedan por vivir. Parafraseando una vez más al insigne Viejo Vizcacha, cada cita en su momento es el modo de charlar... y, si a eso vamos, de escribir, ¡qué joder!

-¿En qué quedamos, don Antonio? ¿Se escribe como se habla, se habla como se escribe o se habla como se habla y se escribe como se escribe?

-Así es, muchacho.

Y don Antonio dio por concluida la escena exhalando una humareda que era como un espeso telón.

-¿Así que a usted le gusta la música, don Antonio? La clásica digo, ¿toca algún instrumento?

-Sí y no. Me apasiona la música clásica y no toco ningún instrumento, pero siempre me he interesado por la teoría. Con la música me pasa un poco lo que con la literatura y, si me apurás, con la vida misma. Soy buen crítico, pero mal ejecutante; teórico perspicaz, pero como práctico... tirando a choto.

-¿Y qué tipo de música prefiere?

-Salvo Wagner, la última que haya escuchado.

-No tiene pinta de que no le guste Wagner, ¿sabe?

-En realidad exagero. No es que no me guste, sino que cada vez lo aguanto menos. Como dice Bernard Shaw, te obliga a hastiarte durante cinco horas para escuchar veinte minutos de la música más celestial jamás compuesta. Fuera de eso, me gusta todo, o casi; más que nadie, Haydn.

-Yo de Haydn no conozco prácticamente nada, pero lo que he escuchado me parece medio como un híbrido de Mozart y Beethoven.

-Convendrás en que como híbrido no está tan mal. Y se explica; fue el maestro de los dos. Mirá muchacho, es una lástima que se toque tan poco y que la discografía sea tan pobre, pero en Austria, creeme, lo adoran como merece.

-¿Y por qué le gusta tanto?

-Porque es el compositor más sano que conozco. Un hombre de un magnífico sentido del humor pero sin maldad ninguna, capaz de reír sin burlarse. Rústico, alegre, buen amigo. No hay una nota que revele un ápice de neurosis. Con Haydn, Freud se habría fundido.

-Voy a tener que prestarle más atención, entonces.

-No te vas a arrepentir, muchacho. Es el mejor antídoto contra la melancolía. Y hablando de melancolía, contáme de *ella*.

-¿Qué quiere saber?

-Por lo pronto, todo lo que me quieras decir. Después, ya veremos.

-Mire, ni sé por dónde empezar... se llama Verónica, tiene mi edad, es alta, delgada, pelo castaño claro, ojos marrones...

-No me hace falta el identikit, muchacho. Poco importa si es bizca. Háblame de *ella*, de la mujer. ¿O te enamoraste del envase?

-No sé... Es todo... Su manera de hablar, de reír; su sonrisa, cómo camina...

-Seguimos describiendo el envase, muchacho. Pero bueno... ¿Te da bola?

-Poca, don Antonio. En todo caso, no la que quisiera.

-Entonces tan como es no has de quererla. A menos que la quieras porque no te da bola, y eso te va a costar caro cuando te la dé. O, más bien, le va a costar caro a ella.

-¿Por qué dice eso, don Antonio?

-Después te cuento. Vos ahora seguí.

-No sé que más quiere que le diga...

-Pues todavía no me has dicho gran cosa.

-Es que no sé qué decirle. Parece mentira, pero ahora que me lo pregunta, ni sé por qué la quiero. La quiero y chau.

-La querés y hola. La cosa no termina ahí, ahí no hace más que empezar.

-Es que de veras no sé...

-No querés saber, muchacho. Es malo no querer saber por qué uno siente lo que siente y termina haciendo lo que hace, porque se hace difícil controlar lo que se terminará por hacer. Es malo no querer saber cómo es uno, sobre todo cuando uno está peleado con lo que siente y descontento con lo que hace.

-¿Usted cree que a mí me pasa algo de eso, don Antonio?

-Vos mismo me lo dijiste, ¿no te acordás? Pero no te acomplejes que nos pasa a todos. A unos más y a otros menos. Si no estuviéramos peleados con lo que sentimos y descontentos con lo que hacemos seríamos todos felices. Los curas no tendrían problemas con el celibato ni los adolescentes con la paja. Pero, a unos más, a otros menos, a todos nos aqueja el cortocircuito entre corazón y bocho, entre corazón y verga y, a la postre, entre verga y bocho. Y, o yo estoy ciego como un topo, o vos estás en plena guerra civil interna.

-Bueno, no sé si estoy peleado con lo que siento, como usted dice. Yo no quiero no quererla; lo que quiero es que ella me quiera a mí. Y en cuanto a lo que hago, no es que esté descontento, sino que no parece servirme de mucho.

-Entonces tan contento no has de estar. Pero contáme, ¿cómo hacés para quererla si no la conocés?

-¿Cómo que no la conozco?

-No la conocés un carajo. Todavía no me has dicho una palabra acerca de *ella*. Eso sí, si te dejaba, el identikit habría sido tan minucioso que podría ir en el pasaporte en vez de la foto. No la conocés, insisto, un carajo. Por lo pronto, no sabés cómo coge.

-¿Y eso usted cómo lo sabe?

-Porque acabás de decir que la bola que te da no te sirve, porque en el identikit falta la textura de la piel, el sabor de la piel, el olor de la piel. La tuya es congoja de deprimido, no de enamorado sin correspondencia. Si tengo razón, que ella te quiera no te va a servir de gran cosa, porque la vas a dejar de querer. Y antes, durante o después de ir dejándola de querer te vas a enamorar de otra que no te dé ni la hora, para repetir la jugada en cuanto te la dé. Y si te la diera, en vez de probarte que sos mejor de lo que creés, lo único que te va a estar demostrando es que ella no es tan buena como vos creías. Si pasaste el examen no habrá sido porque estabas bien preparado, sino porque el examen no era debidamente escarpado, y como vos lo que querés es probarte, te vas a ir a buscar un examen más arduo. Por eso no podés decirme nada de *ella*, porque ella no es más que un examen que aún no has dado, y todo lo que sabés es el color y el espesor del sobre.

-¡La pucha, don Antonio! ¿Usted es brujo o qué?

-Viejo, nada más, aunque también un poco diablo. Además, escucharte a vos es volver a vivir. Todas las fotografías que me mostrás son de paisajes que he conocido, ¡y vaya si los he conocido!

-¿Usted tampoco se gustaba?

-Así es, muchacho.

-¿Y cuándo se le pasó?

-Cuando entendí por qué sentía lo que sentía y qué me llevaba a hacer lo que hacía. Me tomó años, y aún no estoy enterado del todo. Menos mal que para vivir una vida de la cual no vayas luego a arrepentirte hay que conocerse bien, pero no necesariamente del todo, porque del todo no se puede nunca. Pero, a ver, ¿por qué no te gustás?

-Porque soy demasiado egoísta y mediocre.

-¿Y eso de dónde lo sacaste?

-De verme, de ver cómo soy, de ver lo poco que me importan las cosas importantes y lo mucho que me voy en pelotudeces.

-¿Y a esa conclusión llegaste solo o te ayudó algún gurú?

-Solo, don Antonio; solo. Solo, mirándolo a mi viejo.

-¿Qué, es espejo tu papá?

-Hasta cierto punto sí. Yo veo en él todo lo que a mí me falta, y en mí lo que él desprecia. El viejo se hizo comunista en los años 30 y nunca aflojó. Toda su vida ha sido una entrega total. Lo echaron de todos los hospitales, lo metieron en cana, le pusieron bombas en la casa...

-¿A él solo?

-¿Qué quiere decir?

-Si las bombas se las pusieron a él solo o si la casa era la de todos ustedes.

-No, claro, era la casa nuestra.

-Entonces las bombas te las pusieron a vos también. A tu viejo, de pibe, no le ponían bombas en la casa. A tu viejo, de pibe, no le mentían al padre en la cárcel. Los peligros que afronta los afronta porque él decidió afrontarlos.

-¿Y le parece mal?

-¡De ningún modo! Hay que tener ideales, pero sobre todo cojones para ir en busca del peligro sin ambición de fama, riqueza o poder.

-¿Y entonces?

-Entonces me interesás vos, no tu viejo. Vos empezaste, en muchos sentidos nada políticos, con el pie izquierdo. Por lo pronto, a tu viejo no lo echaron de su clase; se fue él. Y no te enojés, pero habría que ver hasta qué punto, que no es tan fácil abandonar una clase porque sí no más.

-Le aseguro que sí, don Antonio...

-¿Qué, me vas a decir que se proletarizó?

-No, claro. Vivimos bien. Pero ni la décima parte de lo que podríamos si mi viejo se dedicara simplemente a curar por guita.

-O sea, que tu viejo renunció a su lugar en la gran burguesía para ocupar uno mucho más modesto en la burguesía media... Tiene, sin duda, su mérito. Y, para continuar el peregrinaje hacia el proletariado redentor, a vos te educa como pequeño burgués. Si seguís así, vas a tener un hijo soldador y un nieto campesino sin tierra. Pero el primer pobre de la familia vas a ser vos, y no por elección propia sino por edicto paterno. Por lo que me decís, tu viejo no te inculca sus ideas; te las inyecta como jamás se las inyectaron a él: te las inyecta, y, para colmo, te las inyecta con culpa. Te refriega su abnegación, que es genuina, no lo dudo, pero con pies emocionales de barro.

-¿En qué sentido?

-Vos, si veo bien la cosa, te avergonzás de ser hijo suyo, pero te avergonzás al revés. Creés que estás usurpando un honor inmerecido, como si ser hijo de tu padre fuera un galardón que se confiere por concurso entre aspirantitos a héroe y vos hubieras hecho trampa.

-Bueno, no sé si es para tanto...

-Mirá, muchacho, y perdonáme, pero a mí me está pareciendo que en cierto sentido tu viejo es un flor de hijo de puta.

-¿Cómo dice, don Antonio?

-Lo que oíste. Porque vos, en vez de estar orgulloso de él te avergonzás de vos mismo. Y eso no lo aprendiste solo; eso te lo ha enseñado él cada día. Tu vieja sí que entendió siempre a tu papá. Por eso vive deprimida, frívola y abroquelada en su inexpugnable egoísmo. Lo que pasa es que toda su capacidad de amar se la regaló a él; y lo más irónico es que se la regaló literalmente, se la dio a cambio de nada. O sea, que él no quiere a nadie, ella lo quiere solamente a él, y no queda una pizca para vos. Espabiláte, muchacho. Hacé como los camaradas soviéticos con el padrecito Stalin: celebrá tu XX Congreso y sacá a tu papá del mausoleo. Un hijo se tiene para que sea feliz primero y, si se puede, mejor que uno. Si no, no se tiene, ¡qué joder! Un hijo se tiene para quererlo.

-El amor se tiene que merecer, don Antonio,

-A los cincuenta años sí. Para un adulto el amor de los demás es un privilegio. Para un purrete es un derecho, ¡mierda! ¿En qué momento y por qué te quitaron el permiso de ser amado? ¿Qué cagada te mandaste que perdiste la ciudadanía de hijo?

-Fue así desde el principio, don Antonio. Yo fui siempre como soy.

-O sea, que lo tuyo es genético.

-Más o menos.

-Entonces no hay nada que hacer. O te la aguantás o te suicidás, pero no vas a poder vivir de otra manera, porque nunca vas a poder ser otro.

-No me asuste, don Antonio. ¿De veras piensa que no tengo remedio?

-No. El que lo piensa sos vos. Lo que piense yo, lo que piensen los demás, lo que piense *ella*, solo te sirve si corrobora lo que pensás vos. Yo lo que creo no es que no tengas remedio, sino que no lo precisás. No tenés que ser otro, lo que tenés que entender es por qué sos como sos... y de paso, como son los demás, porque el icono que me pintaste de tu papito, con la hoz y el martillo en una mano y el estetoscopio en la otra se parece tanto a tu viejo como la cara de pánfilo de un santo de Frà Angelico a la del borracho que seguramente le sirvió de modelo. Tenés que hacer tu XX Congreso, muchacho. Un XX Congreso afectivo. Te va a costar, pero se puede. Ahí sí que vas a ver quién sos. Ese es el gran examen que tenés que pasar. Y el aprendizaje va a ser largo y doloroso.

-¿Y quién me va a enseñar, don Antonio?

-Esa es la gran cagada. Para esto no hay escuela. Vas a tener que aprender solo. Pero no te amilanes. Se puede. Miráme, si no, a mí.

-¿Y usted cómo aprendió?

-...

-¿De qué se ríe?

-De la respuesta que se me acaba de ocurrir, que diz que fue la que dio Jacinto Benavente a un pibe como vos que le preguntó cómo había empezado a ser puto.

-¿Qué le contestó?

-Le contestó lo que te contesto yo ahora: Como tú, muchacho, preguntando. ¡Simón, la cuenta!

Ya en la calle, don Antonio no dejó que Luciano lo ayudara a subir al taxi.

-Me encantaría volverlo a ver, don Antonio.

-Dejá que la casualidad nos vuelva a juntar, muchacho. A vos no te conviene demasiado frecuentarme. Vos andás creyendo que yo tengo todas las respuestas, y lo único que tengo son preguntas más difíciles.

SEGUNDA PARTE. LOS AÑOS DUROS

Septiembre de 1967

El 28 de junio de 1966, el general Juan Carlos Onganía encabezaba un golpe proclamado con toda fanfarria como “La Revolución Argentina”. Al día siguiente, la flamante dictadura promulgó la Ley de Represión del Comunismo, proscribió el PC, ordenó la intervención de los sindicatos y creó la DIPA (Dirección de Investigación de Políticas Antidemocráticas), responsable de la persecución de incontables militantes populares. Al caer de esa misma tarde, aquella infausta Noche de los Bastones Largos, la Policía Federal pulverizó la autonomía universitaria. El PC, única fuerza política de algún peso en condenar la asonada, se opuso a la renuncia masiva de casi mil quinientos de los mejores docentes de América latina, pero las firmas aparecieron en una inmensa solicitada en todos los diarios de la mañana. El precioso territorio de la universidad laica y gratuita se abandonaba a la derecha más retrógrada, que no tardó en descrismar todo asomo de libre pensamiento. Perón, por su parte, llamó a “desensillar hasta que aclare”, respaldando, de hecho, el alzamiento.

Luciano comenzó a colaborar en el periódico partidario, *Nuestra Palabra*, escrito y compaginado, semana tras inverosímil semana, por una meticulosa y abnegada diáspora de camaradas, muchos, como él, más o menos muertos de hambre. Así hizo sus primeras armas de periodista. El trabajo clandestino y su vinculación al semanario le permitieron acceso a los engranajes medios del aceitado aparato de uno de los partidos más disciplinados y estalinistas del hemisferio, si no de los de mayor arraigo obrero y campesino. (Somos poquitos, pero bien sectarios, bromeaba a medias un camarada que terminó desaparecido durante la dictadura siguiente). Fue testigo de viejas y sordas rencillas, de solapados rencores, de sigilosas disputas por el poder; pero también de la devoción y el desinterés casi apostólico de centenas, millares probablemente, de gentes sencillas, sensatas, informadas, que, en muchos casos, habían renunciado a una parte seminal de su albedrío para acatar la férrea disciplina con que se imponía “la línea del Partido” una vez convenida en las brumosas cumbres del Comité Central.

Los momentos preferidos los pasaba a solas con sus sueños despolitizados, sus libros y sus discos, que compraba con ingentes sacrificios y escuchaba en un irrisorio Winco. Don Antonio le había dejado clavada la curiosidad por Haydn, y se afanó por conocerlo mejor. Donde la cosa iba por carriles más inciertos era el amor, aunque de su torpeza no quedaban

rastros. Se le enamoraron mujeres excelentes, pero él no daba en la tecla de una relación que lo satisficiera. Los intersticios se le llenaban invariablemente con la memoria de Rosaura.

Una mañana entró en El Ciervo a tomarse un café con medias lunas que sintetizara desayuno y almuerzo y se encontró con don Antonio sentado frente al aperitivo y fumando su infaltable pipa.

-¡Don Antonio! ¿Es usted?

-Depende de la escuela de pensamiento, muchacho. ¡Qué alegría, carajo!

-Ya creía que no lo iba a ver más.

-Pues ya ves, te equivocabas. Yo, en cambio, tenía la certeza de que, tarde o temprano, volveríamos a encontrarnos. Sentáte. ¿Qué te ofrezco?

-Por lo pronto, su amistad, don Antonio, y si no es mucho abusar, un especial de jamón cocido...

-¡...!

-¡Es en broma! De jamón crudo y queso.

-¡No me des esos sustos, muchacho! ¡Tené piedad de este pobre huérfano! Pero mirá, te propongo una alternativa más auspiciosa. Acompañáme con el aperitivo y después nos vamos a almorzar.

-Si insiste.

-Insisto. ¡Mozo! ¡Otro batido! Bueno, contáme, ¿en qué has andado todo este tiempo?

-Nada especial. Sigo en la Facultad, pero cada vez con menos entusiasmo.

-¿Y qué pensás hacer?

-No sé. Estoy mal, don Antonio, no me gusta estudiar, no tengo laburo fijo, no tengo un peso, no tengo novia, no tengo un carajo.

-¿Y tus viejos?

-Ahí andan; igual. Los veo poco. A la vieja no la soporto y con el viejo me llevo mal. Me basurea demasiado.

-¡Claro, porque seguro que él a tu edad él la tenía clarísima! ¿Tenés idea de qué hacía tu viejo a los veinte?

-Él no habla casi de su juventud. Sé que vivía con mis abuelos, que eran riquísimos...

-Y que, entonces, no necesitaba trabajar. Porque calculo que a tu viejo lo mantuvieron hasta que se recibió de médico, ¿no?

-Y mi abuelo, además, le puso el consultorio.

-Si las cosas son como decís, tu viejo te exige que seas como él, pero sin las ventajas que él tuvo. Y sospecho que no te da lo que su padre le dio como no les da guita a los

mendigós. Mirá el cuadro que me pintás: no te habla de su juventud, de las dudas que tenía, de sus angustias... No te da ni consejos. Lo único que te brinda es el beneficio de la crítica.

-Me parece que usted es demasiado duro con el viejo. Es cierto que yo preferiría que me comprendiese y me aceptara más, que me aconsejara, que se pusiese más en mi lugar. Pero eso no le quita su valía como comunista y como médico, y mucho menos como persona. Además, y pedóneme, usted no puede juzgarlo.

-Tenés razón, muchacho. No soy quién. Pero fijáte que no estoy usando más elementos de juicio que los que vos mismo me has dado. Y además, no estoy juzgando ni a la persona, ni al médico ni al comunista, sino haciendo una crítica a fondo del padre. Porque a vos lo que te afecta no es cómo es tu padre con sus pacientes, sus amigos, sus camaradas o la clase obrera internacional, sino con vos. Tu viejo no es el Secretario Político de tu familia. Su deber es quererte y, sobre todo, hacer que te sientas querido, porque quererte a secas no basta. Todo vos sos un pozo de desafecto. Poco importa si real o percibido; porque la realidad que nos marca no es la que es sino la que percibimos. Si yo creyera que sos vos el que no sabe sentir el cariño de tu viejo, la conversación sería al revés. Pero no es así: vos percibís las cosas, solo que las interpretás mal. Ves la indiferencia, la lejanía, hasta la sorna de tu viejo, pero creés merecerla, cuando es tu viejo, sin duda gran tipo, gran galeno y gran revolucionario, el que no tiene ni la más puta idea de qué es ser buen padre. No te lo digo para que le tengas bronca; te lo digo para que dejes de mirarte en ese espejo y de juzgarte en función de la imagen distorsionada que ese espejo te devuelve.

-¿Y cómo se puede separar tan nítidamente a la persona del padre?

-Es imposible. En las cosas de los hombres nada puede separarse con absoluta nitidez. Pero es en ser padre donde a tu viejo se le juntan todos sus defectos. Porque donde más se ve la salud emocional de la persona es donde van colocados los afectos fundamentales: los hijos, la pareja, los amigos. Lo demás viene después. *Tiene* que venir después. Cuando viene antes, la persona padece un problema grave, creeme. Y tu viejo tiene un problemón de la San Puta. Si no entendés que toda su forma de relacionarse con vos está estructuralmente viciada, vas a seguir siempre sintiéndote una mierda. Y no solo que no lo sos, muchacho, sino que no merecés lo que te están haciendo. Nadie lo merece; y vos seguramente menos que muchos.

-No sabe cómo quisiera creerle, don Antonio.

-Tenés que creerlo, muchacho, no porque lo diga yo, sino porque es verdad. Creerme a mí no te va a servir; estarías simplemente cambiando un papá por otro. Ese es el secreto, te diría, de la vida misma: creer las cosas, no las cosas que dicen las personas. Nunca renunciés a ser tu primer y máximo juez. Implacable, severo, pero sin instancias superiores. Desde

luego, cuando tu juicio choque con el de los demás, llámate a la reflexión, fijáte bien si no están viendo en vos cosas que se te escapan. Pero nunca renunciés a ser juez de última instancia de vos mismo.

Los amigos se quedaron cada uno en su silencio. Don Antonio había aprovechado el entreacto para sacar su tabaquera y cargar prolijamente la pipa.

-¿Usted fue comunista, don Antonio?

-Si por comunista querés decir afiliado al PC, sí. Hace mucho tiempo.

-¿Cuándo se fue?

-Allá por 1939, cuando debimos haber destetado a los partidos comunistas de la ubre soviética. Claro, era difícil, porque reconocer que el enemigo tenía razón en aquello de las purgas, de los campos de concentración y demás lindezas del socialismo eslavo era, de hecho, dársela en todo lo demás, o sea, admitir lo inadmisibile: que el socialismo no es un sistema mejor. Muchos se negaron a dar ese paso por temor de terminar pasándose con armas y pertrechos al enemigo de clase. Otros traicionaron. Otros desaparecieron de la Historia. Otros se disgregaron por diferentes corrientes y movimientos, pero es un hecho que ninguno logró crear una alternativa organizada, consecuente con los principios e ideológica y políticamente coherente. Nadie ha sabido por qué, y es algo que debería estudiarse a fondo.

-¿Y usted en cuál de esos grupos cae? El de los traidores sé que no, pero...

-Me temo que entre los que desaparecieron de la Historia, esa tremenda hija de puta. Todo lo que he hecho estos años ha sido fungir de conciencia crítica, solo que no termina de estar claro de quién. Yo, aunque te cueste creerlo, soy un comunista sin vuelta. Porque no hay vuelta: el capitalismo no puede resolver los problemas de la humanidad. Por eso el cinismo no me contenta. Yo soy escéptico, pero no soy un cínico. Enorme diferencia que me gustaría que pudieses ver.

-¿Y nunca se le dio por militar en otro movimiento?

-Al principio sí, pero me parecieron todos igual de sectarios o más, y mucho menos influyentes y peor organizados. Además, hace años que ando con la movilidad menguadísima. Y entre una inmovilidad y la otra, me he movido poco. El drama tremendo es que el sueño más hermoso y más noble ha devenido una pesadilla siniestra. Ahora, la gran tarea que tenemos los que quedamos que hemos soñado ese sueño y creído en él es determinar cómo fue posible esa transmutación infame.

-¿Y cómo cree que esa degeneración haya sido posible? ¿Dónde fallamos?

-Vos, muchacho, en ninguna parte, no todavía, y por eso yo trato de abrirte los ojos, para que no vayas a cometer los mismos errores ni caer en las mismas trampas que yo, que los que sí fallamos, y fallamos fiero.

-Bueno, pero usted, usted personalmente, don Antonio, ¿en qué falló? ¿Qué tiene que reprocharse?

-Por lo pronto, haber renunciado a pensar, pero más todavía a aceptar lo que pensaba y a actuar en consecuencia. Prefiero no entrar en detalles truculentos, si no te importa, pero yo, por disciplina, por decirme que “el Partido sabe lo que hace”, he sido cómplice, casi siempre pasivo, de traiciones, de delaciones, de pequeñas injusticias que llevaban el germen de las grandes. He creído que bastaba una teoría correcta, una teoría a la vez éticamente irreprochable y científica para cambiar al mundo; que los depositarios de esta teoría éramos los defensores de la fe; y que, como tales, teníamos derecho a exorcizar, a excomulgar, a martirizar, por último, a los herejes. Nos erigimos en la gran Madre Iglesia del Comunismo Científico, y en su nombre sofocamos el mínimo intento de crítica. Transformamos el materialismo dialéctico en su exacto contrario -¡porque hasta en eso se verifica la verdad del materialismo dialéctico, mirá la paradoja!-, lo convertimos en un dogma. O, mejor dicho, en un abanico de dogmas irreconciliables. Como los cristianos, los marxistas nos hemos odiado más entre nosotros que al enemigo. Y creo haber descubierto la explicación.

-¿...?

-El enemigo no traiciona. La única forma de traicionar que tiene es dejando de ser el enemigo. Pero para los que se creen revolucionarios, sobre todo los que se ufanan de ser marxistas auténticos -y cada grupo o grupúsculo cree serlo-, los revolucionarios de cualquier otro matiz son todos traidores que merecen en el mejor de los casos el ostracismo y en el peor la muerte. Volviendo a tu pregunta, muchacho, yo fui comunista devoto y convencido desde que comprendí, como vos, que este mundo de mierda había que cambiarlo. Los únicos que se lo planteaban en serio eran los comunistas. La Revolución de Octubre había inaugurado una era de esperanza, de entusiasmo. Por fin los trabajadores tenían patria. A mí me llevó al comunismo lo mejor de mí; eso mejor de mí se lo entregué al Partido.

-¿Y por qué se fue?

-Porque no quería perder eso que sigue siendo lo mejor de mí. Porque comprendí que las injusticias que se combatían -y que se combatían, sin duda, con el mayor heroísmo y con la mayor abnegación- eran solo las del capitalismo. Y luego ni siquiera, sino solo las de los países capitalistas con los cuales la URSS estaba directamente enfrentada.

-...

-¿En qué te has quedado pensando, muchacho?

-En que es una pena que un tipo como usted se haya quedado al margen, don Antonio. Es, y discúlpeme, casi imperdonable. Como si Colón hubiese llegado a América y se negara a contar su experiencia.

-Nunca me he sentido Colón, muchacho. Yo no he descubierto nada que haya sido el primero ni el único en conocer.

-Aun así, don Antonio; aun así...

Luciano volvió a recluirse en su mutismo y don Antonio a arrellanarse en el suyo, que sahumaba con perezosas fumaradas.

-¿Estás decidiendo qué pensás de mí?

-No, no es eso...

-¿Sino?

-Es que no lo termino de entender, don Antonio.

-No te aflijas. No es a mí a quién tenés que entender, sino a vos mismo. Y para eso, conviene que entiendas de una vez a tu viejo. ¿Qué tal si nos vamos a almorzar?

-No sé, don Antonio...

-¡Vamos, muchacho, que lo que menos interesa entre nosotros dos es mi pasado político... o mi presente! Yo no pretendo enseñarte a no ser comunista sino a hacer lo que quieras; pero bien, sin entresijos emocionales dudosos. Quiero ayudarte a que te saques el lastre que te impide volar con tus propias alas. Después, volá para donde te parezca. ¡Se cobra, por favor!

Salieron con don Antonio a la penosa rastra de Luciano. Subieron a un Di Tella cuyas piezas se mantenían juntas más por costumbre que por solidaridad para ser recibidos por un asiento que hacía rato había dejado de ofrecer resistencia alguna al cuerpo humano.

-¿Para dónde vamos?

-A Yrigoyen al 1600.

El taxista calzó la primera con ademán casi de director de orquesta y un largo eco de engranajes malhumorados y reticentes fue bajando por la columna de dirección hacia la vetusta caja hasta que por fin todos los dientes parecieron haber encajado y la versión patria del Riley se puso paulatinamente en marcha. El volante no debía estar del todo sincronizado con las ruedas, porque el mínimo ángulo de estas parecía requerir tres o cuatro vueltas de aquel. Así eran, desde siempre que Luciano recordara, las cosas en aquella Argentina con pretensiones de Primer Mundo. Todo imitación barata, improvisada y hasta ingeniosa de

Europa; todo sazonado por una inagotable picardía que en el mejor de los casos completaba el esfuerzo pero casi siempre lo suplía.

-¿Cuánto lleva al volante hoy, chofer?

-Y, más o menos desde las cinco, menos media hora para desayunar, ¿vio? ¿Por?

-Por curiosidad, nomás. ¿Y cuántos viajes van?

-Pocos. Me la paso yirando la mitad del tiempo. Es que la gente no tiene plata, ¿vio?

En esta ciudad el taxi está hecho un lujo.

-Sí, pero hay como cuarenta mil lujos dando vueltas por la calle.

-Sí, lujos como este, que ya no da más el pobre. Pero ¿quién puede cambiar así nomás? ¿Tiene idea de a cuánto está nuevo? Y digo nuevo por sin usar, porque el modelo no lo cambian desde que salió. Es que en este país los lujos son así, elementales: un taxi zaparrastroso, un buen bife, un vino que se deje tomar... esos son los lujos ahora, no como antes. Vea, yo me acuerdo cuando me compré este coche. Hasta entonces había laburado siempre de peón, ¿vio? Pero cuando Frondizi empezó a sacar autos baratos, yo decidí que me independizaba. Me empeñé hasta la verija, pero el crédito me lo dieron sin problemas y a los quince meses ya había salido de deudas. Fue el único año que no pude llevar a mi señora de veraneo, porque siempre nos íbamos una semanita con los pibes a San Clemente, ¿conoce? Bueno, pero al año siguiente veraneamos otra vez. Así era la vida entonces. **¿Pero vos dónde aprendiste a manejar, boluda, en el patio del quilombo?** Después, poco a poco, que cortar aquí, que ahorrar allá, que esto se puso más caro, que patatín y que patatán, y ya hacen cinco años que con mi señora no vemos el mar. ¡Hay que joderse! Y no es que uno no quiera laburar. Pero ¿qué gana uno con levantarse a las cuatro para estar en la calle a las cinco y yugarla doce o trece horas si la gente no toma taxi? Yo a veces me digo que soy un boludo. ¿Para qué querés salir tan temprano ni volver tan tarde si igual es al pedo? Eso me digo, pero la verdad es que nunca se sabe, y, además, no se pueden desperdiciar viajes. **¡Ma sí, andá a cagar, pedazo de pelotudo!** Porque en este país debiera haber trabajo para todos, y alcanzar con ocho o nueve horas. Si acá sobra para dar de comer a veinte países como este. Aunque, le digo, en todas partes se cocinan aves: porque en el Brasil la cosa está igual que acá o hasta peor. Pero claro, ellos están llenos de negros.

El vetusto Di Tella avanzaba como podía, esquivando baches entre colectivos que se le cerraban como paquidermos chirriantes y flatulentos que todo lo invadían con sus densas nubes de gasoil a media combustión.

-El tráfico se ha puesto imposible. Y le digo, si se tiene que quedar más de dos o tres minutos detrás del caño de escape de uno de estos coletivos, se queda sin pulmones. Es que

claro, nadie tiene guita ni para arreglar, ¿vio? Acá creemos que las cosas se mantienen con la barrita mágica. Y, para peor, a la primera de cambio, ¡zas!, multa. Con razón o sin razón, que a la final da lo mismo, porque si no tienen razón se la inventan. Y si uno no transa con la coima, se mete en un balurdo flor, se mete. A veces uno piensa ¿qué me conviene más, pagar la coima y zafar o perder los viajes que voy a perder arreglándola por derecha? Y qué quiere, los tipos se la tienen calculada, ¿vio? Saben qué cuentas va a empezar a hacer uno, y piden lo justo para que convenga. La verdá, le voy a decir, no sé si los culpo. Porque esos tipos ganan sueldos de miseria, y si me tocaría a mí, quién sabe si no hago lo mismo. **¡Pero por qué no te metés el furgoncito bien en el culo, salame!** Este es el problema de este país. Acá cada uno tira para su lado y los demás que se jodan. Porque acá todos quieren el loro y el mono. Mire los tanos, o los alemanes, sin ir más lejos: la guerra los dejó sin nada, ¡si hasta les dábamos de comer nosotros! Y en veinte años se volvieron a levantar. Usté me va a preguntar cómo, y yo le voy a decir: **¡laburando!**, así se levantaron, **laburando**; ¡sí señor! Y el que no labura, ¡no come!, y el que quiere hacer tanganeta y no pagar los impuestos, ¡en cana! Así se levantaron. Y Rusia no le digo, ¿vio? Porque ellos serán comunistas, marsistas, bolches y todo lo que usté quiera, pero también se quedaron en pelotas y ahora tienen cohetes dando la vuelta al satélite. Porque ahí también. Pagan una miseria, pero ¿no querés laburar? ¡En cana y a otra cosa! En cambio nosotros... ¡no me haga reír!

-Bueno, pero usted anda al volante desde las cinco. No gana, porque nadie le compra su trabajo, que es manejar el taxi, pero usted no está sentado en un café esperando a ver si viene un pasajero. Usted está yirando en este tráfico infernal, gastando nafta, arruinándose los pulmones... ¿O usted labura menos que los tanos, los alemanes y los rusos?

-¡No, yo sí, claro! Pero no digo yo, sino toda esa manga de atorrantes. Mire, le voy a contar: allá atrás, en Corrientes y Ayacucho -¡Corrientes y Ayacucho, fíjese bien lo que le digo, no en Villa Ortúzar!- hay un bache que se hizo a los tres días que arreglaron la calle. O sea, que la arreglaron para la mierda, ¿vio? ¿La Municipalidad va a decirle a los tipos que le devuelvan la guita? ¡Minga, si para empezar la coimearon! No, la Municipalidad manda una gavilla de vagos; cinco negros con tres palas y dos baldes, que seguro que consiguieron el yeite por acomodo en el Sindicato. Claro, les paga una miseria. Pero se la paga para que tapen el bache y arreglen la calle, ¿no? Bueno, dígame, usté nunca tapó un bache, ¿no? Yo tampoco, pero si el bache se hace en el patio de mi casa yo lo tapo en media hora. Y lo tapo yo solo. Y no se me vuelve a hacer en diez años. Pero estos cinco grones de mierda están ahí desde hace va para una semana. Y yo paso todos los santos días hasta diez veces por día y el bache sigue igual. ¡Y ese tiene cinco grones para taparlo! ¿Cuántos hay que están hace años y nadie les da

bola? ¿Y sabe quién tiene la culpa? Nosotros la tenemos. Porque nos dejamos tocar el culo. Porque no protestamos, porque si se irían los milicos y vendrían las elecciones volvemos a votar a los mismos tráfugas de antes. Le digo, no vamos a aprender nunca.

-Bueno, pero ustedes, los taxistas, que son los grandes damnificados, ¿por qué no se juntan con los colectiveros y se mandan una protesta? Qué sé yo, una solicitada en los diarios amenazando con cortar el tránsito; cortarlo, llegado el caso...

-¿Nosotros? ¿Con los coletiveros? Pero dígame una cosa, joven, ¿usted en qué país cree que vive? **¡La recontrarreputísima madre que te recontra remil parió!** ¿No le digo? ¿Y con un coletivero como ese quiere que me junte a protestar? Antes protestaría para que les saquen los coletivos y los metan a todos en cana. Además, ahora que tenemos a los militares, protestar no es tan fácil como antes, ¿vio? Aunque yo, la verdad, los prefiero. Porque serán tan chorros como los otros, pero por lo menos ponen un poco de orden. Porque ellos son militares, no políticos. Pero igual le digo -y mire que yo cuando lo sacaron al viejo inútil de Illia me alegré en serio, me alegré- me han decepcionado. Yo pensaba que iban a poner más orden. Pero los sindicatos se prendieron como antes. Lo que pasa es que no se animan a meter mano dura y a mandar a todos esos negros a la mierda. Como en Rusia, ¿vio? ¿No querés laburar? ¡En cana! ¿Querés hacer huelga y joder a los que quieren laburar en serio? ¡Te cago a garrotazos! A mí si me darían el gobierno, ¿sabe como pongo a laburar a toda esa negrada? A palos, le digo, porque de otra manera no se enteran.

-¿En serio prefiere a los milicos?

-¡Seguro! Se acabaron los políticos, se piensa más igual y, con todo lo que le decía de la manganeta con los sindicatos y todo, se labura mejor y más tranquilo. ¿Cuánto hace que no hay una huelga? En cambio en la época del viejo Illia no se podía salir a la calle que siempre había quilombo. Ahora, por lo menos, habrán pozos, pero hay, sobre todo, menos asaltos, porque los chorros saben que si los llegan a chapar los hacen boleta sin más trámite. Ah, y menos manifestaciones. Yo me acuerdo, por ejemplo, los estudiantes el ruido que hacían. A mí casi me queman el auto en la esquina de Ayacucho y Córdoba que lo tenía estacionado esperando que pasara la manifestación ¿vio? No sé si se acuerda, cuando con la excusa de pedir más presupuesto universitario rompieron todo.

-Yo creí que había sido la policía, para desprestigiarlos ante gente como usted.

-¡Ma qué va a ser la policía, joven! Me extraña, un hombre que se ve educado como usted creyendo esos cuentos de los comunistas. ¡Vamos! Es en la esquina ¿no? Deje que cierro el reloj, total, por unos metros. Gracias, joven; gracias, don. No se apure que el tiempo es lo que sobra, tranquilo a ver si todavía se cae.

Luciano esperó a que don Antonio terminara de descender. Simón lo vio entrar y se apresuró a correrle una silla en la primera mesa.

-¡Cómo anda, don Antonio! ¡Hacía rato que no se dejaba ver!

-Es que cada vez salgo menos, Simón.

-Y me lo trajo al pibe para que sigamos educándolo. Me parece muy bien, ¿Cómo está, joven?

-Medio muerto de hambre, Simón.

-Eso lo vamos a arreglar enseguida.

-Aperitivo ya tomamos, así que nos saltamos el provolone y pasamos directamente a un Perdriel. De plato fuerte nos servís dos conejitos al oporto. La entrada te la dejo elegir a vos. Pero acordáte que este no es un simple almuerzo, sino una lección para la juventud argentina representada en este famélico espécimen que te mira temblando como una hoja.

-Y, si van a seguir con el conejito, yo sugeriría algo liviano... qué se yo, melón con jamón, que está buenísimo. Hacía rato que no traían melones tan dulces, ¡y eso que estamos fuera de estación!

-Non se ne parli più.

-¿Crudo o cocido?

-¡¡¡¡...!!!!

-¡Perdón, don Antonio, es por el pibe!

-¡Precisamente!

Simón desapareció entre las mesas todavía desocupadas que parecían asteroides de un sistema solar yermo para regresar con el vino y dos platos en cada uno de los cuales, como en estrecha rada, venía un par de carabelas inmensas de melón rosáceo, arriado el velamen generoso y casi morado del jamón.

-El Perdriel es tal vez demasiado vino para este melón, muchacho, pero lo he pedido pensando en el futuro. Dale a probar al pibe, Simón.

Luciano cumplió minuciosamente el rito, que concluyó en una sonrisa de oreja a oreja.

-¿Y?

-Pasa muy bien, pero no sin antes haberle hecho un poco de guerra al paladar.

-¡¡¡¡Muchacho!!!

Apenas en contacto con la lengua, el melón renunciaba a su poca textura para transformarse en una pasta dulzona y refrescante que cedía todo protagonismo a la carne obcecada del jamón. El vino, en efecto, irrumpía pisando demasiado fuerte. Pero si se bebía en pequeños sorbos debidamente espaciados, el equilibrio era perfecto.

-¡Bien, muchacho! Ya estás aprendiendo a comer solito.

-¡Salud, don Antonio!

-¡Salud!

Despachada que fue la flota de melón, Simón retornó con los conejos.

-¡A ver qué les parece! A la hora de preparar conejo o liebre, el patrón es mago.

Bajo la espesa capa oscura la carne era blanca y tierna como tantos poetas han soñado a tantas mujeres. La sazón era un modelo de concordia: el dejo dulzón del oporto pervivía al cabo del ajo, del tomate y del romero; las papas y las cebollas, pequeñas y perfectamente esféricas, se pescaban ensopadas y chorreantes. El Perdriel, que ahora tenía que vérselas de igual a igual, peleaba dignamente por su lugar en el concierto de los sabores. Solo ahí comprendió Luciano el tino de don Antonio a la hora de elegirlo. Un vino más dócil se habría dejado matonear.

Erguido y vigilante, Simón sonreía con aire victorioso.

-Decíle al Tano que es un Paganini de los lepóridos. Pero advertíle también que no ha de tomar mis ditirambos por sustituto del agua y del jabón.

-¡Déjese de jorobar, don Antonio, a ver si le digo al patrón y lo envenena!

Simón dio media vuelta y se alejó meneando la testa.

-Una pregunta que me anda rondando la cabeza desde la otra vez. Si el cocinero es tan mugriento, ¿cómo se explica que insista tanto en que comamos aquí?

-No me lleses demasiado el apunte, muchacho; no es más que un juego que tengo con Simón. Lo que pasa es que ese único día que le vi la cara, el Tano tenía un enorme manchón de salsa en el delantal y desde entonces no he parado de revolverle el puñal en la herida.

Luciano no pudo conjurar la sensación de que don Antonio volvía a mostrarle una veta cruel, o en todo caso, amarga. O tal vez era otra manera de protestar por su inmovilidad forzada y creciente.

-Dígame una cosa, don Antonio. Usted, que despotrica tanto contra la Unión Soviética, ¿qué me dice de China y de Cuba?

-Lo de China es un verdadero desastre. Ahí tenés, clarito clarito, a qué puede llevar el afán por saltarse siglos de Historia. La hija de puta no perdona. Yo no quiero ni pensar en qué puede terminar la cosa. Los chinos son capaces de desencadenar una tercera guerra mundial. Aunque yo casi te apuesto a que no son tan pelotudos. Esa gente no piensa, como vos o yo, en años o decenios. No. Los chinos piensan en siglos. El afán, no me caben dudas, es convertirse en gran potencia. Pero únicamente lo van a lograr si dan marcha atrás. No me sorprendería si el propio Partido entrase a encabezar el glorioso retorno al capitalismo.

-¿Lo dice en serio?

-En seriísimo. Para acumular el capital que precisan van a tener que explotar su propio campesinado a mansalva. Y como es un pueblo todavía más campesino que el ruso de 1917, la cosa va a ser una verdadera salvajada. Bueno, ya lo está siendo.

Don Antonio bebió un lento sorbo de vino.

-Fijáte que todas las revoluciones diz que auténticas, o sea, producidas a raíz de la dinámica interna de los respectivos países y no de la ayuda fraternal, han sido más que problemáticas: Rusia misma, Yugoslavia y Albania en Europa, China y Corea en Asia, Cuba en América Latina. Todas en países sin desarrollo industrial, casi siempre feudales, que no podían estar maduros para el socialismo, todas producidas como consecuencia de guerras de liberación o contra dictaduras feroces, cuando no las dos cosas. ¿Cómo te lo explicás?

-¿Y Vietnam?

-Vietnam también es producto de una guerra de liberación que aún no ha terminado. Todavía no se puede juzgar la revolución como tal. Todavía no sabemos cómo van a gestionar esa economía cuando saquen a patadas a los yanquis...

-¿En eso sí cree?

-A pie juntillas. Lo que me consterna es lo que va a pasar después.

-¿Por?

-Por lo de siempre, muchacho, por lo de Marx; porque no sé de dónde mierda van a sacar guita para desarrollar las fuerzas productivas. Ustedes, los comunistas ortodoxos, de ortodoxos no tienen nada: la batalla histórica por el socialismo es económica. Si se pierde esa, se pierde la guerra, por muchas armas nucleares que se hayan acumulado. La Unión Soviética es un país del Tercer Mundo con satélites artificiales, muchacho, una verdadera anomalía, y la Historia es implacable con las anomalías. La muy hija de puta se lo va a cobrar caro. Preferiría no creerlo, pero no me sale.

-¿Y Cuba?

-Otra revolución en guerra, muchacho. Y para colmo, metida en el negocio de exportación. No entienden que la Historia no es indulgente con los que tienen la razón ética sino con los dueños de la razón económica. Yo no quiero ni pensar la suerte que le espera al pobre Che, metido mesiánicamente a salvar indios bolivianos que ni español hablan.

-¿Y la razón económica quién la tiene, don Antonio? ¿Rockefeller?

-Como que es multimillonario, muchacho. El capitalismo está lejos de haber agotado su ciclo. Es cierto que no puede más que agravar los problemas de la humanidad; pero se las arregla mejor que el socialismo prematuro porque tiene intacta su capacidad de regeneración.

¿Por qué crees que las revoluciones socialistas han resultado, todas ellas, incapaces de mantenerse sin una férrea represión? Porque el menor disenso produce inevitablemente resquebrajaduras fatales. Y si hace falta la fuerza para que el sistema no se desmorone, el sistema no puede ser producto de la madurez histórica.

-Bueno, pero lo mismo pasó con la Revolución Francesa, ¿no?

-Menos de lo que crees. Al principio, la revolución política, que se cree ética, no tiene otra que recurrir paradójicamente a la represión más feroz. Pero la históricamente decisiva, la revolución económica, triunfa con Napoleón, que se la lleva -¡vestido de emperador!- a pasear por toda Europa. Sin embargo de Waterloo y del Congreso de Viena, la burguesía termina cómodamente instalada en el poder y lanza la revolución industrial. ¿Vos has visto algo parecido en relación con la URSS? Fuera de la industria bélica y su aparatosa exportación al espacio, el desarrollo superior de las fuerzas productivas ¿dónde está? ¿Cómo hace una sociedad para poner un hombre a dar vueltas alrededor de la Tierra sin haber inventado el palo de la escoba?

-¡No exagere, don Antonio!

-No exagero, muchacho. Los soviéticos no han inventado -¡qué digo inventado, copiado!- el palo de la escoba, y, aunque no me creas, la escoba propiamente dicha tampoco. Y estos animales no han vacilado en proclamar tan orondos que habrán construido el comunismo antes de que fenezca el siglo... ¡Y vos y tus camaradas se lo creen!

Simón apareció *ex machina*.

-¿Van a querer postre después?

-Yo, don Antonio, unos panquequitos flambeados.

Simón recogió platos, condimentos y pan, verificó el contenido de la botella y sacudió las migas del mantel en una vertiginosa *blitzkrieg* que dejó la mesa como recién tendida y desapareció entre las otras que ya habían comenzado a poblarse con colonos venidos de la calle.

Luciano se había puesto serio.

-¿Te preocupa algo, muchacho?

-La verdad que sí.

-¿...?

-Se me acaba de ocurrir que si usted se fue del Partido en el 39, como me dijo, se fue justo en el auge del fascismo.

-¿Y con eso?

-Que en los países ocupados la columna vertebral de la resistencia fueron los partidos comunistas. Si no en todos, por lo menos donde la resistencia fue más importante: Francia, Italia, Yugoslavia, Albania, Grecia...

-Así es. Cuando los nazis atacaron la Unión Soviética, los comunistas, que habían calificado la guerra de interimperialista, vuelcan toda su energía, valor y capacidad de organización en la resistencia. Es muy probable que sin los comunistas el fascismo hubiera triunfado. Para no hablar de los comunistas soviéticos: Hitler pierde la guerra en Stalingrado.

-¿Y cómo se explica que quien vence al fascismo es Stalin, que viene de cometer tantos crímenes?

-Yo no creo que al fascismo lo haya vencido Stalin, pero sí que la fe del pueblo soviético en su jefe, su absoluta devoción por él fueron factores tan decisivos como su amor desahogado por la Madre Rusia. Porque los soviéticos, eran, básicamente, rusos, y morían por dos cosas: Rusia y Stalin, fijáte vos, como antes por Rusia y el Zar. Pero no morían por el socialismo, en todo caso no fundamentalmente.

-Pero si, como usted reconoce, los comunistas soviéticos desempeñan un papel decisivo, ¿cómo cuadra, entonces, que los rusos hayan peleado por Stalin y no por el socialismo?

-Porque la ideología marxista en un país atrasado es incapaz, ella sola, de generar tamaña capacidad de movilización y sacrificio. Los comunistas soviéticos, como la masa entera del pueblo, cuelgan la nueva ideología de la efigie de Stalin, como los chinos de Mao y los cubanos de Fidel. Esa es la razón por la que no ha habido revoluciones socialistas sin un líder único y venerado. La resistencia soviética a los alemanes se parece muchísimo a la que opusieron los rusos a Napoleón. Pero es indudable que en el caso del nazismo el odio al enemigo se amalgama con el odio a su ideología; y ese odio tiene sus raíces en la ideología propia. Con Napoleón eso no ocurrió. No creo que las cosas hubieran sido iguales si el combate lo hubiera librado una Rusia burguesa. El pueblo soviético, aparte de su amor por la patria y su líder y de su odio hacia el enemigo, tenía fe en un gobierno que sentía suyo. Mirá, muchacho, yo he aprendido que para ganar una guerra en condiciones de inferioridad hacen falta las tres cosas: fe, odio y amor. La fe es la fe, pero el odio no puede menos de ser proporcional al amor. Más querés lo que defendés, más odiás al que pretende arrebatártelo. Más querías lo que te han arrebatado, más odio sentís por el que te lo arrebató. El mayor peligro que se corre en la guerra es la pérdida de la fe, y en la paz, el triunfo del odio: el rencor. La humanidad lleva milenios saldando cuentas, con lo cual no hace, en realidad, sino acrecer las cuentas que le quedan por saldar.

-...

-¿En qué te has quedado pensando?

-No se vaya a enojar, pero ¿por qué desertó justo en el momento de la lucha contra el fascismo?

Don Antonio empalideció. Sus ojos cobraron un fulgor extraño, intenso y ausente a la vez. Parecía haber regresado a un sitio al que no quería retornar. Al cabo de un minuto interminable volvió.

-Es un golpe bajo, muchacho. Vos no sabés si deserté.

-Perdóneme, don Antonio, no quise ofenderlo.

-No me ofendo. Pero me apena enormemente que me hayas creído capaz de desertar... Mirá, te repito, prefiero no hablar de eso. No nos arruinemos este banquete.

-Perdone.

-No hay nada que perdonar.

-¡A ver estos panquequitos!

Don Antonio guiñó un ojo y empezó a saborear su plato. Luciano, aliviado, lo imitó.

Comieron en silencio, disfrutando a fondo la amistosa contienda entre el dulce de leche, el caramelo, la masa y el Cointreau.

-Muchacho, hay una cosa que tenés que aprender, y cuanto antes mejor.

-¿...?

-La tolerancia. Comprender que los hombres suelen tener razones atendibles para no ser héroes ni santos ni mártires. No te apresures a juzgar, que no hay nada más difícil y delicado que juzgar a un hombre. La ley no tiene más remedio que ser ciega, pero no quien la aplica. Nunca dejes de buscar la circunstancia atenuante, la explicación oculta. Sos joven, y parte de ser joven es ser terminante. Pero acordáte que no vas a ser joven toda tu vida. Nunca arrojes por la borda una saludable reserva de compasión y beneficio de la duda, que alguna vez vas a necesitarla en algún prójimo.

Luciano no pudo evitar una casi certidumbre de que don Antonio le estaba pidiendo que no lo juzgara.

-¡Simón: la cuenta!

Salieron como siempre, en yunta desapareja: Luciano impaciente e impetuoso, don Antonio arrastrando su pierna con la vacilante ayuda del bastón y de la pierna heroica.

-Me parás un taxi, muchacho.

-¿Cuándo nos volvemos a ver, don Antonio?

-La próxima vez, muchacho. Me temo que antes va a ser imposible.

Octubre de 1968

Mayo fue el mes de las ilusiones perdidas. El PC francés se quedó estultamente al margen de la revuelta estudiantil y con ello el Primer Mundo íntegro vio alejarse definitivamente el quimérico tren de la revolución proletaria. Pero el golpe de gracia vendría tres meses después, cuando los tanques soviéticos -y polacos y húngaros y alemanes y búlgaros, pero poquitos- hicieron añicos la Primavera de Praga. Por más que el capitalismo no cesaba en mostrar inequívocos síntomas de agonía, el sueño de Marx no hallaba cómo verificarse, y el magnífico fantasma dejaba de recorrer Europa para emigrar al trópico subdesarrollado, donde le daba contradictoria caza medio centenar de movimientos guerrilleros y algún nacionalista momentáneamente triunfante que terminaba invariablemente muerto; solo, como Násser, o con ayuda, como Lumumba y Kassim; defenestrado, como Nkrumah, Sukarno y Ben Bella, o corrupto, como Sekou Touré, Saddam Hussein, el príncipe Sihanouk y todos los demás sobrevivientes del proceso de descolonización. Como fuera, al tiempo que Cuba, bloqueada y proscrita, buscaba vanamente la tercera posición entre la URSS post-stalinista y la China de Mao con su espeluznante Revolución Cultural Proletaria -tres embustes en sendas palabras- que desgarraba la lucha antiimperialista, los movimientos populares anticoloniales peleaban como leones contra el imperio portugués, el régimen de Ian Smith en Rhodesia, la ocupación de Namibia y el *apartheid*. Los demás, muchos encabezados por partidos comunistas numerosos y aguerridos, se batían contra las dictaduras despiadadas de los coroneles griegos, Franco, Salazar, Suharto, Somoza, Stroessner, Trujillo, Castelo Branco y tantos otros. Y en medio del maremágnum geopolítico, vanguardia, ejemplo y esperanza de todos, los minúsculos vietnamitas resistían con cañas de bambú el napalm imperial de los yanquis.

En julio Luciano ya no regresó a la Facultad. El tío le ofreció un puesto de representante de su empresa de artículos de librería. El sueldo, sin ser alto, era más de lo que el sobrino estaba acostumbrado a esperar y, además, como tenía que visitar clientes por casi todo el país y era poco dispendioso por parte de padre, los viáticos ayudaban bastante. Su afición por la música crecía. Con el poco dinero que le sobraba seguía armando su lenta y amorosa discoteca de a uno o dos álbumes por mes, que cuidaba como si fueran joyas y escuchaba embelesado en su obsoleto pero leal Winco. La ópera la fue conociendo de domingo en domingo por Radio Nacional y trepando, cada vez que se le presentaba la oportunidad, al paraíso del Colón. Se había hecho también *habitué* de los conciertos gratuitos de la semana. Sus días favoritos eran los miércoles: música de cámara en la Facultad de Medicina y los jueves: Sinfónica de LRA en la Facultad de Derecho. Trataba, también, de no

perderse ni uno de los recitales de la flamante Camerata Bariloche y hasta ahorró unos pesos para llevar a una chica, con la cual se puso de novio a raíz de esa salida, a ver el café concert de unos dementes salidos del Coro de la Facultad de Ingeniería que se burlaban de la música seria haciendo la más seria de las músicas y que se habían autoproclamado *Les Luthiers*. Los viajes le sirvieron para ir expandiendo y profundizando sus lecturas y -¡oh sorpresa!- para escribir. Casi sin darse cuenta empezó a hacerlo asiduamente, empeñando ingentes esfuerzos porque los zangoloteos del vagón o del ómnibus no le desfiguraran la letra allende el siempre inminente límite de la inteligibilidad.

Claudia trabajaba en el quinto piso de un edificio de Independencia al 1700 y de allí salía Luciano hacia las once de la mañana cuando reconoció la voz.

-¡Muchacho! ¡Muchacho!

Don Antonio le hacía señas desde la ventanilla de un taxi.

-¡Don Antonio! ¡Qué alegrón!

-¡Menuda sorpresa, muchacho! ¿Qué andás haciendo por estos pagos?

-Vengo de visitar a una noviecita que me he agenciado.

-¡Caramba, muchacho, te felicito! ¿Así que has salido eróticamente de pobre?

-Solo hasta cierto punto.

-Bueno, pero subí que te invito a almorzar. A Yrigoyen y Sáenz Peña, pero hágame un favor, dé la vuelta a la Plaza Congreso.

El taxi bajó por Entre Ríos. Al llegar al Congreso, don Antonio le pidió que aminorase la marcha.

-Le pedí al chofer que diera esta vuelta para mostrarte un par de cosas de mi Buenos Aires querido. Fijáte en la pareja de lansquenets siempre a punto de darle al campanón en ese edificio de Rivadavia entre Rodríguez Peña y Callao. El par original observa de reojo desde hace cinco siglos la Catedral de San Marcos en Venecia. Si mirás para la plaza vas a ver *El Pensador*, de Rodin... Prestá atención a los vitrales *art decó* de El Molino. De estos lugares van quedando poquísimos: La Ideal en la calle Suipacha, la Richmond en Florida, el Tortoni en Avenida de Mayo. Nos están destruyendo a Buenos Aires, muchacho. Yo cuando puedo aprovecho para mirarla bien, porque nunca sé si no será la última vez que vea cierto café, determinado edificio, tal o cual estatua. Han tirado abajo mil joyas insustituibles. Han derruido el Palacio de Ridder para erigir un rascacielos y con eso cagaron de un plumazo la calle más hermosa de la ciudad. Si te descuidás, un día nos habrán dejado sin Corrientes, sin Lavalle y sin Florida.

-Usted es de mi generación, maestro. Yo a esta ciudad me la conozco como a mi propia casa, creamé. Y lo que dice tiene razón; la están haciendo trizas. Con cualquier pretexto tiran abajo un edificio de los viejos y levantan una porquería. Esta gente no tiene respeto por nada. ¡Usted no sabe la amargura para un porteño de ley como es uno ver cómo cada día falta algo más! Yo, en serio le digo, es como si el *cuore* se me estrujara como un bandoneón.

-Y fuera de eso, ¿cómo anda la cosa, chofer?

-Más o menos, pero en general bien. Hay que laburar, claro, pero vivir, se vive.

-Y de los milicos, ¿qué me cuenta?

-Vea, don, yo en política no me meto. Yo laburo y dejo laburar, vivo y dejo vivir. Si todos haríamos así, este país tendría menos problemas. Eso sí, las cosas como son, porque los milicos serán milicos, pero saben gobernar mejor que los políticos, creamé lo que le digo. ¿Se acuerda de la inflación que había? ¿Se acuerda del dólar que parecía que siempre se volvía loco? Bueno, esta gente puso orden y ahora no tenemos ni el diez por ciento de inflación, tenemos hasta superavis como de doscientos millones de dólares en la balanza de pagos, están haciendo el túnel con el Uruguay, el puente sobre el Paraná, ¿vio?, las centrales nucleares y qué se yo cuántas cosas más... ah, y los puentes de Juan B. Justo y Saavedra, el túnel de Avenida del Libertador... ¿Usted sabe cuánto hace que los tacheros estábamos esperando que un día algún gobernante se despierte y haga esas obras? En este país no se hacía nada desde Perón. Además, le digo francamente, con los bifos que tenemos -porque en este país habrá pobreza en las provincias, no me aparto, pero hambre no va a haber nunca-, acá el que protesta es o porque está chinchudo por algo que no tiene nada que ver o porque tiene envidia o porque no quiere laburar. Diga que los argentinos somos tan pero tan pelotudos que siempre estamos quejándonos, que si no, ¡otra que Alemania o Norteamérica! Espere que se vaya ese otro tacho y los dejo justito en la puerta. Aquí tiene, hagamos quinientos, nomás, que si no me quedo sin cambio.

Don Antonio emergió a la intemperie tras una serie de engorrosas diligencias musculares. Luciano lo aguardó atento y caminó discretamente a su lado hasta la puerta del restaurante.

-¡Cómo le va, don Antonio!

-¡Qué contás, Simón!

-Veo que trajo otra vez al pibe. ¿Y? ¿Va aprendiendo?

-Ya mismo lo vamos a averiguar.

Simón le corrió la silla y don Antonio fue depositándose en ella músculo a músculo.

-¿Dos Gancias y un poquito de provolone?

-*Signorsì!* ¿Hay codornices o el Tano sigue engañando suciamente a su desprevenida clientela?

-Hay, don Antonio, claro que hay.

-¡“Claro” las pelotas!, pero igual ya mismo nos las hacés marchar. Pero las compartimos. Las codornices de este país son veros ñandúes, muchacho; nada de la exquisita mariconada que morfan en el Viejo Contiente. Y le decís al Tano que ponga todo el esmero que se ahorra en pulcritud preparándonos un par de corvinas a la vasca. Ah, y para tomar, un Castel Chandón.

Simón surcó el firmamento trayendo batidos, cuenco, queso, aceite y molinillo, se detuvo eclipsando el sol que entraba a raudales por la ventana mientras rallaba el basto ladrillo de provolone, y volvió a desaparecer. Luego reapareció con la botella de Castel Chandón, que descorchó con un par de movimientos certeros y, tras intercambiar una rápida mirada con don Antonio, sirvió un centímetro a Luciano. Este lo cató recordando minuciosamente los gestos preestablecidos y dio su bebátur. Don Antonio y Simón se miraron satisfechos.

-¡Salud!

-¡Salud!

-Este vinito, muchacho, no es otra cosa que la base del *champagne*, solo que antes de agregarle el licor para que haga espumita.

Simón viajó en busca de las codornices.

-Bueno; contáme.

-Se llama Claudia, estudia en la Facultad, tiene veintidós años, es rubia... bueno, castaña clara, bah, pelo algo crespo, un poco más baja que yo, de ojos marrones casi negros, tiene un cuerpo sensacional y el par de tetas más espléndido que me ha tocado -bueno, que haya tocado yo, en realidad-; canta en el coro, toca el piano, sabe un montón de música y en la cama es un fenómeno.

-En otras palabras, un verdadero mamífero de lujo. ¿Y qué más?

-¿Qué más quiere saber?

-Me dijiste que habías salido de menesteroso sexual hasta cierto punto. ¿Qué te falta?

-Estar enamorado. Me llevo bien, me encanta estar con ella, cogemos como desaforados, pero, qué quiere que le diga, yo no siento que sea la mujer de mi vida.

-O sea, que no es *ella*.

-No.

-Y vos, claro, la seguís buscando.

-Bueno, no es que la siga buscando en el sentido de que ande saliendo con otras chicas, pero la sigo esperando...

-Como a la musa. Seguí con la esperanza de que *ella* aparezca solita.

Simón sirvió las codornices. Luciano separó una pata, la tomó con los dedos y se la llevó a la boca. La carne era inesperadamente firme, pero sin llegar a dura, y casaba bien con la salmuera de vinagre, laurel, limón y pimienta.

-Mirá, muchacho, no creo que un día te vaya a golpear a la puerta. Y si aparece y llegás a estar con Claudia, va a dar media vuelta para mandarse mudar.

-¿Qué me aconseja, entonces, que deje a Claudia?

-No necesariamente, pero sí que, en vez de esperar a encontrar, busques. En todo caso, cuando la encuentres, vas a tener que estar disponible. ¿Claudia está enamorada de vos?

-Esa es la joda, don Antonio; creo que sí.

-No tenés derecho a engañarla, muchacho. No me refiero a serle infiel, sino a que ella no sepa que vos no estás enamorado.

-Lo sabe.

-¿Y?

-Dice que no le importa.

-Las pelotas. Una de estas: o ella tampoco está enamorada, o sí que le importa y no se da cuenta para no sufrir, o sí que le importa y sí que se da cuenta y sufre pero no te lo confiesa, o está loca como una cabra. ¿Cuál de ellas?

-¿Usted por cual vota?

-Así, a ciegas, por la primera.

-Si usted lo dice.

-Lo importante es lo que decís vos, muchacho. Yo no la conozco. Lo mío es un escopetazo al aire.

-En el gallinero. ¡Qué lo parió, don Antonio! Me encuentro con usted después de vaya a saber cuánto tiempo, abro la boca para contarle y usted inmediatamente me sale con la precisa. ¡Usted es brujo, don Antonio, no lo niegue!

-Lo niego rotundamente. Brujo no, viejo. Pero no te preocupes demasiado. Tenés... ¿cuántos... veinticinco años?

-Voy para veintitrés.

-Sos un recién nacido, muchacho. Podés darte el lujo de meter prácticamente todas las patas, que vas a tener tiempo para sacarlas. ¿Y de laburo en qué andás?

-Trabajo con mi tío, el que me presta el departamento. Viajo por el interior llevando catálogos, tomando pedidos y cobrando cuentas. Me paga más o menos bien y voy conociendo un poco la Argentina.

-¿Y qué te parece tu país?

-Me gusta; me gusta mucho y cada vez más. Yo sabía que la gente del interior era macanuda, pero nunca lo había podido corroborar en persona. Tenemos un pueblo fenomenal, don Antonio. Un pueblo que se merece otra cosa que la que le ha dado la historia.

-La Historia, muchacho...

-Sí, ya sé, es una hija de puta.

-¡A ver estas corvinitas!

Simón traía dos fuentes de metal con los pescados cubiertos de trozos de ajo y mojados en un caldo que, según averiguaron las papilas de Luciano, era predominantemente vinagre, pero lo suficientemente emasculado por el propio jugo de la corvina, el aceite y el laurel. La carne era sabrosa y armonizaba de maravilla con las papas hervidas a la perfección y embebidas del caldillo

-¿Qué tal?

-Deputamadre.

Los amigos se dedicaron a saborear en silencio. Al rato, Luciano lo interrumpió.

-¿Sabe lo primero que aprendí? Que en Buenos Aires no tenemos ni idea de la Argentina. Es como si viviéramos en otro país...

-Es como si viviéramos en otro continente, muchacho; es como si viviéramos en Europa, solo que no vivimos en Europa, y de ahí la nostalgia intrínseca, la melancolía ínsita del *Portenius Lachrimorreicus*.

-Este país converge todo hacia Buenos Aires. Casi no hay ferrocarriles interprovinciales. De la Capital se va a todos lados y de todos lados se puede venir a la Capital, pero, por ejemplo, de Formosa a Santiago del Estero, que son provincias contiguas, hay dos trenes por semana, que tardan un siglo, con vagones destrozados y locomotoras asmáticas. ¡Una vergüenza! ¡Y la pobreza! Le digo, ¡otro país!

-Poco maduro para la Revolución Socialista, ¿no creés?

-¡Ya me tenía que salir, don Antonio!

-Porque vos, sospecho, seguís en el Partido.

-¿Vamos a empezar otra vez?

-No, a menos que vos quieras.

-Pero hay una cosa que sí le quiero decir.

-¿...?

-Usted tenía razón en que no había que apurarse a juzgar. Le cuento: la Fede aprovecha mis viajes para mandarme a ver a diferentes compañeros, llevar y traer mensajes...

-Etcétera.

-Etcétera. La vez pasada, en Concordia, me llamaron a participar en una reunión en que se trataba de imponer una sanción disciplinaria a un compañero que se había quedado con una plata de la Campaña Financiera. Nos juntamos con los camaradas de la célula y del Comité en el rancho de este hombre. Desde que de pibe una vez mi viejo me llevó a atender a algún paciente en Carupá, nunca había estado en una villa, don Antonio. ¡Hay que ver cómo vive esa gente! Nos ofrecieron mate con tortas fritas y no me atreví a despreciar, pero sentí tal repulsión que tuve que contener las arcadas. La mujer del compañero está embarazada del quinto hijo. Duermen todos en una pieza con piso de tierra, sin agua, sin luz. Los chicos van heredando la ropa unos de otros, y la del mayor es casi siempre regalo de los patrones de la mujer, que trabaja de sirvienta. El compañero se quedó con la guita -¡diez mil miserables pesos viejos!- para comprarle un regalo de cumpleaños a la nenita, que es la única mujer. Los camaradas se pusieron duros. Usted sabe cómo somos: la guita del Partido es sagrada. Sin embargo, yo aflojé. Me acusaron de debilidad. Pero me acordé de usted y de lo que me dijo la vez pasada: la ley tiene que ser ciega, pero el que la aplica no. Bueno, que terminé medio sancionado yo también.

-¿Y el compañero?

-Prometió devolver la plata poco a poco. Pero yo creo que no va a poder. ¡Es jodido ser comunista, don Antonio!

-Es jodido tener principios, muchacho. Sobre todo cuando se los tenés que aplicar a los demás.

-¿Cree que hice bien?

-Es difícil decir. Yo también creo que la plata del Partido es sagrada.

-¡Usted nunca va a dejar de sorprenderme, don Antonio!

-Mirá, muchacho. Los cristianos esa la tienen clara: se perdona al pecador pero no el pecado. Ese compañero tiene que devolver la guita. Si la hubiera necesitado para remedios o algo así, todavía; pero para un regalo... no me cierra. ¿Vos lo hubieras hecho?

-Yo ni tengo hijos ni vivo en la miseria, don Antonio.

-Es cierto, pero cerrá los ojos y tratá de imaginártelo, ¿lo hubieras hecho?

-No. Creo que no.

-Es muy difícil.

-Muy.

-Es toda la lección que tenías que aprender. Y es bueno que la hayas aprendido. Pero no caigas en el otro extremo, el de la sensiblería barata. La comprensión no es antónimo de la firmeza en los principios, solo su aderezo indispensable.

Don Antonio dio una lenta órbita a su planeta privado, como si hubiese ido a buscar el aguijón para ponerle a la pregunta.

-¿Y qué me contás de la ayuda fraternal a los camaradas checos, muchacho?

-¿Ya va a empezar otra vez, don Antonio?

-Si no querés, no. Pero sería una pena que no quisieras.

-¿Por?

-Porque es un hecho decisivo. O abris los ojos ahora, o te vas a arrepentir mucho más tarde. ¿Cómo puede ser que, precisamente en Checoslovaquia, e lúnico país donde los comunistas ganaron elecciones genuinamente democráticas y no precisaron del Ejército Rojo, ahora haga falta la solidaridad de los tanques soviéticos? ¿Qué pasó con aquella clase obrera?

-Bueno, por lo pronto, los comunistas también supieron ganarse solitos a sus pueblos en Yugoslavia y en Albania... y, por cierto, solitos echar a los nazis a la mierda.

-Así es; países de un proletariado nutrido y acendrado, si los hay... y que han permanecido incommoviblemente fieles a los sacrosantos principios, ¿no? Uno construyendo aceleradamente el capitalismo y el otro retrocediendo al medioevo de izquierda. ¿No te llama la atención que los países donde la resistencia popular fue masiva y hegemonizada por los comunistas y que derrotaron el fascismo casi sin ayuda soviética hayan sido precisamente los más pobres y atrasados? ¿No te parece curioso que justamente en esos países heroicos las cosas se hayan ido ideológicamente más para el carajo?

-No es tan así.

-¿Ah no? ¿Y cuán así es, entonces? Mirá, muchacho. Cuando lo de Berlín en 1953...

-¿...?

-¿Qué? ¿De ese no te enteraste? Fue el primer levantamiento del proletariado nacional aplastado por los tanques del internacionalismo proletario. La dirección del Partido no vaciló en manifestarse decepcionada por el pueblo -¡mirá vos a lo que puede llegar el disparate!-, lo que hizo preguntar a Brecht si, en ese caso, no sería mejor que el gobierno disolviese el pueblo y eligiera otro. Pero sigo. Cuando lo de Berlín uno podía llegar a creer que, bueno, la clase obrera era todavía rehén de la ideología nazi por mucho que la memoria hubiera entrado a componérsele a fuer de carteles y consignas. Cuando lo de Hungría, podía llegar a creerse que, bueno, era un país de tradición feudal que ni recordaba la República de los Consejos (o

sea, soviética) de 1918. Pero Checoslovaquia es el único país socialista que llega a la revolución desarrollado; muchísimo más que Rusia en 1917. Checoslovaquia es el único país que más o menos responde al modelo que preveía Marx. Si la cosa no ha dado resultado ahí, la cosa es imposible; al menos en este dilatado momento de la hijueputísima Historia. El socialismo real, en realidad, no marcha, muchacho, y no hay enema blindado que valga.

-¿Y cuál es, entonces, la solución, don Antonio? ¿Decir, Perdonen, muchachos, nos equivocamos, aquí tienen, vuelvan a explotar tranquilos que cuando nos toque volvemos?

-¡Terrible pregunta, muchacho! Terrible pregunta.

-Sí, terrible, pero ¿y la respuesta?

-¡Si la tuviera, muchacho!

-¿Y entonces?

-Entonces, no sé; pero sí sé que las cosas no se pueden arreglar a tancazo ajeno.

-Es que si se abandona Checoslovaquia, se pierde la partida geopolítica, don Antonio.

-Lo peor es que tenés toda la razón. Pero esa partida, aun si los soviéticos (y no te engañes, porque no son los soviéticos en nombre de la clase obrera internacional, sino solitos en su alma, por mucho que Fidel y el tío Ho, enfrentados directamente al monstruo, crean otra cosa) no pierden esta pieza, está perdida de antemano: la revolución mundial no se produjo. Les salió igualmente mal a Lenin y a Trotzky, que se equivocaron, uno menos y otro más, cada uno por su cuenta. Seguir así no tiene sentido. No se puede marchar a contrapelo de la Historia. Si no ahora, dentro de diez o veinte o treinta años, pero, a menos que se produzca un milagro, la cosa no va a dar más, y cuanto más tarde el péndulo en recuperar su equilibrio, más violentamente se va a ir para el otro lado.

-¿Y qué hay que hacer?

-Lo que se pueda. El socialismo con fórceps está tan estructuralmente viciado que casi es peor que el capitalismo natural.

-¿Pero usted se da cuenta de lo que está diciendo, don Antonio?

-Sí. Es una de las conciencias más abrumadoras que tengo.

Se hizo un silencio de acero y hielo. Menos mal que existía Simón, el ángel de la gastronómica guarda, siempre oportuno.

-¿Y qué tal las corvinitas?

-Dignas de este par de famélicos huérfanos, Simón. Has de transmitir nuestro sentido reconocimiento al Tano, no sin antes recordarle las ventajas indudables de la higiene.

-¡Vamos, don Antonio! Mejor dígame si quiere algún postrecito.

- Unos panqueques flambeados al Cointreau, nomás.

Simón pareció succionar platos, cubiertos y panera para desaparecer como una tromba entre las mesas.

-Y decíme, ¿seguís queriendo ser escritor?

-Cada vez más.

-¿Y *la* idea?

-Me han venido varias. Estoy escribiendo bastante, pero todavía no he logrado publicar nada. Ya vendrá.

-Acordáte de una cosa fundamental, muchacho: el motor que escribe es el cerebro, pero el combustible que le permite funcionar es el afectivo. Nunca escribas con la cabeza sola. Nunca escribas lo que *pienses* que tenés que escribir. Escribí lo que *sientas* que tenés que escribir. En otras palabras, sé todo lo comunista que quieras, pero no seas nunca un comunista que escribe, sé, mucho mejor, un escritor que es comunista. Diabólica diferencia, como diría Pushkin.

-¡A ver estos panquequitos bien flambeaditos!

Luciano saboreó el manjar todavía candente y le pareció más sabroso que nunca.

-¿Y no tenés nada encima?

-¡Claro que sí!

-¿Se puede leer?

-No mientras no esté terminado, don Antonio. Perdóneme.

-¡Caramba, muchacho, te estás pareciendo peligrosamente a un escritor! Pero bueno, ¿qué escribís?

-Básicamente cuentos, y tengo el germen de una novela, pero esa sí que me da trabajo. Tengo el principio y tengo más o menos una idea del final, o sea, que sé de dónde voy y adónde tengo que llegar, pero no termino de encontrar el camino.

-Ese camino, muchacho, como el de la vida misma, no puede ser una recta, sino un gran arco. Y todo arco tiene una piedra angular que le da la cohesión necesaria para que se sostenga. Tenés que encontrar esa piedra. Si no, vas a seguir escribiendo un poco al garete. Pensá en qué momento la novela va a dejar de subir para empezar a bajar hacia un desenlace que tiene que parecer inevitable.

-No se me había ocurrido verlo así. Voy a tener que buscar esa piedra, entonces.

-Buena suerte.

-Y usted, don Antonio, ¿cómo está?, ¿en qué anda?

-Más o menos como el culo y en taxi.

-¿En serio?

-En serio, sobre todo lo primero. Los achaques me tienen podrido, muchacho. Es lo que un amigo, que seguro conocés, Álvaro Yunque, llama la vejentud y a la que define quirúrgicamente como “algo muy jodido”.

-¿Por qué nunca habla de usted, don Antonio?

-¿Quién?, ¿Álvaro Yunque?

-¡No me cargue!

-No me gusta hablar de mí, muchacho. Hay cosas que no quiero recordar, otras que prefiero que no se sepan, otras que no considero de interés general, y otras que no se pueden decir sin profanarlas. Además, si supieras más de mí, ¿qué cambiaría?

-No sé. Primero tendría que saber.

-¡Touché!

-No me va a contar, ¿no?

-No, muchacho. Como tu novela, la historia de mi vida es para mostrarla cuando esté terminada.

-¡Simón! ¡Dos cafés y sendos Cointreau!

Simón se constituyó con las tazas y dos copitas.

-Dice don Niccola que le diga que el cuantró es de porteños maricones y que él le regala estas grapas que le manda su hermano de Italia.

-¡La grapa es un digestivo innoble, pero todo sea para no despreciar al Tano, a ver si después se enoja y nos exhala su mefítico aliento en plena fisonomía!

-¡Usted sí que es un caso, don Antonio!

-En efecto, muchacho, lo soy. Es todo lo que has de saber de mí y te las vas a tener que arreglar con eso. ¡Simón, la cuenta... y acordáte que sin las grapas!

Como las veces anteriores, Luciano se puso de pie para mantenerse atento a la ardua incorporación de don Antonio. Pero este, igual que las veces anteriores, no dio lugar a que lo ayudase.

-Supongo que no querrá que quedemos en vernos, don Antonio, ¿no?

-Mirá, te propongo la siguiente avenencia: quedemos en vernos, pero sin fecha fija.

Luciano comprendió que toda insistencia sería inútil y detuvo un taxi.

-Que tengas mucha suerte, muchacho. Que puedas encontrar tu piedra angular y que puedas encontrarla a *ella*.

El taxi se alejó al compás de su tos fuliginosa. Luciano se quedó mirando sin ver cómo desaparecía ciudad adentro. Las palabras de don Antonio le reverberaban en el cráneo con un fragor de orugas triturando tranvías.

Junio de 1969

Pese a que la fraternal invasión de Checoslovaquia había dividido lo que iba quedando del movimiento comunista internacional, seguía dando la impresión de que, evadido por fin del patio trasero de la URSS tan saturado de chatarra blindada, el magnífico y temible fantasma de la Revolución marchaba transparente y promisorio hacia partes menos mentadas del planeta. Ajena a la suerte contradictoria de los movimientos guerrilleros de Guatemala, Nicaragua, Venezuela, Colombia y el Perú, la Argentina efervescía. Tras los disturbios estudiantiles de Corrientes y Rosario, el 29 de mayo Córdoba se alzaba unánime contra el onganato. En la Docta había sucedido algo inesperado: la genuina unidad obreroestudiantil hegemonizada por los propios trabajadores. Luciano, como tantos otros, jóvenes y viejos, comunistas y peronistas, radicales y trotskistas, socialcristianos y socialdemócratas, proletarios o pequeño burgueses, estaba borboteante: había un futuro y, luminoso y sonriente, se avecinaba.

A principios de año la empresa del tío había quebrado de manera algo sospechosa, y Luciano aprovechó para dedicarse seriamente al periodismo. Un camarada de la redacción de *Nuestra Palabra*, con la cual mantenía contacto pese a que había dejado el periódico casi un año atrás, le presentó a Leónidas Barletta, que lo prohibió y comenzó a darle cada vez más encargos para *Propósitos*. Barletta le financió también una edición modesta de su primer libro de cuentos y casi llegó a estrenarle una obra en el Teatro del Pueblo. El asunto no prosperó porque Luciano quiso perfeccionar el texto y acabó tirándolo sabiamente a la basura. Escribía mucho, o sea, que iba siendo escritor; no del todo bueno, pero escritor. Había ganado la mitad más difícil de la batalla. Y, por supuesto, no perdía oportunidad de asistir a los tantos conciertos que aquel Buenos Aires regalaba a los oídos de sus muchos y belicosos melómanos. Fue casualmente haciendo cola para una función extraordinaria del Colón como se encontró, al cabo de casi tres años, con Verónica. Ella fue quien lo vio y se acercó a saludarlo. Él, que estaba entre los primeros, la invitó a quedarse. Cuando los demás comenzaron a protestar, la tomó por los hombros, le dio un beso en plena boca entreabierta por la sorpresa y dijo, Es mi novia. Sin saberlo, había dicho la verdad. Ya no se separaron. A Luciano le encantaba Verdi, pero Verónica era fanática incondicional de Wagner. Sus discusiones, en las que Luciano citaba subrepticamente a don Antonio, eran un jolgorio que siempre terminaba dirimiéndose en la cama. La semana misma del Cordobazo, por cierto, el Colón estrenó un *Trovatore* de antología. Desde la primera fila del gallinero, Luciano casi no veía sino la nuca de los cantantes. ¡Pero qué cantantes! Carlo Bergonzi, petisito y más duro

que una piedra, sí, pero el más extraordinario Manrico después de Del Monaco, o tal vez antes. Leontine Price, hermosa e imponente, una Leonora que no desmerecía a la inigualable Renata Tebaldi, le daba la espalda a Piero Cappucilli, acaso el mejor Conte di Luna de todos los tiempos. Y sin acaso, la mejor Azucena de la historia: Fiorenza Cossotto. Por si fuera poco, para Ferrando el Colón se había traído nada menos que a Ivo Vinco. Desde el foso, Oliverio de Fabritis dirigía una Estable que sonaba como la Filarmónica de Viena. Y haciendo olvidar a todos de todo, la tierra, el agua, el aire y el fuego de ese Verdi que era una fuerza de la naturaleza.

A la salida, muerto de leticia pero también de hambre, excepto que con las monedas contadas, Luciano decidió poner proa hacia Corrientes en busca de Güerrín para irse a la cama con Verdi en el corazón y un par de buenas porciones de pizza en el estómago. No había dado el primer paso cuando oyó una voz que lo llamaba:

-¡Muchacho! ¡Muchacho! ¡Mirá qué casualidad, carajo! ¿Así que vos también conseguiste tu entrada? ¿Qué me decís de este *Trovatore*? Creeme; te lo digo yo que lo he visto en La Scala, la Ópera de París, el Metropolitan y Covent Garden, el mejor, de lejos. ¡Qué maravilla! Pero no nos quedemos papando moscas que me muero de frío. Vení, te invito a cenar a La Emiliana. Vas a probar unos canelones de choclo dignos de terminar esta velada. Y de paso lo homenajeamos al maestro Verdi con el sincretismo ítalo-colla. ¡Taxi!

En realidad, había decenas de melómanos para disputarse los ocho o diez taxis que atinaban a bajar por Cerrito en ese momento, pero estaban todos tan extasiados que dejaron que Luciano se adueñase de la portezuela y la abriera para que don Antonio se acomodara en un acto de diez o doce cuadros.

-Me va a perdonar, pero vamos acá nomás, a La Emiliana.

-No se haga problema, don, que los dejo y vuelvo. Esto da para rato. Parece que estuvo lindo ¿no? ¿Va a creer que yo nunca estuve en el Colón? Y no que no me guste la música clásica, ¿vio? Porque a mí los valeses de Estráus y todo eso me gusta mucho. Pero, no sé... como dicen que la ópera es toda cantada... y además dura como cinco horas, ¿no? Yo soy más bien tanguero. Usté me da un fuelle bien pero bien llorón y yo le regalo la orquesta y todas las gordas; qué quiere que le diga, don.

-Mucha gente en la calle, ¿eh?

-Esta ciudá es así, don, se lo digo yo que me paso horas arriba de este tacho. No va a aflojar hasta las cinco de la mañana. Y no vaya a creer que solamente en el centro, ¿eh? También en los barrios. Los grandes, los viejos, las criaturas... Y mire que está haciendo frío.

-¿Y el trabajo bien?

-Se va tirando, don. Pasajeros no faltan. Claro que con los aumentos... Pero uno ya está acostumbrado, ¿vio? Yo, la verdad, no me puedo quejar. Laburo como un buey, es cierto, pero porque tengo que terminar de pagar el coche, que es nuevo, no sé si se fijó; y la olla la paro, y mis pibes van a la escuela, y mi señora no tiene que laburar así que me los educa bien... En este país el que trabaja vive bien. Y comer, comen todos, porque con la pampa que tenemos tiramos una tuerca y crece un bulón. Acá el que no come es porque no quiere o tiene úlcebra, se lo digo yo que desde el tacho se ve el país mejor que desde el aire.

-¿Y los milicos no lo joden?

-¡No, qué van a joder! Ellos están en la suya. A veces pegan un palo de más, pero al país lo están manejando bien. Y si no, mire toda esa gente, o míreme a mí, o mírese usted mismo, don. Tan mal no estamos, ¿no?

-Bueno, a mí me vendría bien tener para comer algo más que una pizza...

-¡Entonces en vez de ir al Colón andá a Pippo, que con trescientos pesos te morfás un bife de chorizo de ensueño! Perdonáme la franqueza, pibe, pero ustedes los jóvenes de hoy, sobre todo los estudiantes, tienen la cabeza llenas de esas ideas que les meten. Te lo digo yo, pibe, conseguite un buen laburo; un laburo de verdad que en este país es lo que sobra y te juro que vas a morfar como un hipopótamo.

-Bueno, pero si estuviéramos tan bien no habría pasado lo que acaba de pasar en Córdoba.

-Yo cómo estarán las cosas en el interior no sé, pero acá en la Capital tan mal no están. Además, mirá lo que te digo, pibe, están los comunistas, que siempre aprovechan para avispar el avispero. Porque yo te digo una cosa: yo vi las manifestaciones y los quilombos por la tele y cuando pasaban las villas era como las de aquí; no hay rancho que no tenga antena de televisión. Si les alcanza para un televisor les tiene que alcanzar para morfar, ¿no? Mira pibe, el día que los argentinos nos pongamos a laburar en serio en vez de hacer huelga por cualquier cosa, ese día nos vamos para arriba. Espere, don, que lo dejo justito en la puerta.

Luciano salió por su lado y corrió a abrir la portezuela a don Antonio, que sin mirarlo comenzó a desovillarse vértebra por vértebra. Entraron en el vasto salón de altas columnas y una interminable bacanal pareció estallarles en los ojos y los oídos. Parejas. Matrimonios con tres o cuatro hijos. Mesas de diez o doce amigos. Y hasta una interminable que parecía un ciempiés de patas antropomorfas. Risas torrenciales, conversaciones desbordantes, discusiones a viva voz, niños regañados por negarse a terminar los raviolos o por haberle robado una papa frita a la hermana pertrechaban la guerra de decibeles. Las escuadrillas de mozos hormigueaban con sus bandejas como prótesis cargadas de viandas humeantes o

montañas de sobras. El restaurante estaba literalmente repleto y varios grupos de aspirantes a comensales aguardaban apostados en puntos estratégicos entorpeciendo las incursiones de los camareros y estorbando la gesticulante y ajetreada manducación de los parroquianos. Por fortuna, en ese instante se desocupó una mesa a la entrada. Luciano se abalanzó a ocuparla por delante de una parejita que obviamente hacía rato que esperaba. El chico ya lo iba a increpar cuando ella advirtió la figura oblicua de don Antonio y le hizo señas de que lo dejara pasar.

-Perdonáme, flaco, pero mi amigo no puede con su alma. Te debo una.

-No te calentés. Mi viejo también camina con bastón y yo habría hecho lo mismo. Tranquilo. Buen provecho.

-Se lo agradezco de todo corazón, joven. ¡Mozo! Cuando estos chicos consigan mesa, el vino -porque van a comer con vino, ¿no?- me lo pone en mi cuenta.

-¡No hace falta, señor!

-No me prive de mostrarle mi gratitud, joven. Tómelo como mi homenaje a la señorita. Vea que si no acepta, me va a hacer cenar con culpa. Y, por favor, elíjase una buena botella.

Don Antonio se sentó en varias etapas sin hacer caso de Luciano, que le había corrido la silla y luego la mesa para que le quedara a una distancia cómoda.

-¿Por qué le dijo eso al pibe, don Antonio?

-¿...?

-Si usted no le ofreció el vino para comer sin culpa.

-No, no fue por eso, sino para hacerle más fácil aceptarme la botella delante de la chica, que no sé si te fijaste, no era su novia... en todo caso no todavía. De yapa va a poder lucirse con un vino que no se podría costear. Creo haber aportado mi granito de arena al feliz desenlace de esa cita, muchacho.

-¡A usted no se le pasa una, don Antonio!

-No vayas a creer, pero en todo caso pocas, ¡lástima que sea tan tarde!

El mozo se acercó esmirriándose entre el caos de sillas, la bandeja en alto como si fuera la antorcha de la Libertad.

-¿Y qué comemos esta noche?

-Mire. Para empezar, unos matambritos. Y después canelones de choclo con salsa blanca y al *filetto*, así probamos las dos.

-¿Y que vinito tomamos?

- Ábranos un Perpignan.

-Ese sí que nos va a caer macanudamente. ¿Nos servimos agua?

-No, que me bañé el jueves.

-Hacemos marchar, entonces, dos matambritos y dos canelones mixtos. Ya mismo traemos el vinito.

-¿Y qué ha sido de tu vida? Sé que has empezado a hacerte no exactamente famoso, como querías.

-¿Leyó mi libro, entonces?

-Leí tu libro, entonces.

-¿Y?

-Bien.

-¿Bien y punto?

-Y punto. Pero ya te va a salir muchísimo mejor. Vas por buen camino. Tenés pasta de cuentista, muchacho. Pero contáme, ¿qué otras novedades?

-Desde que largué la Facultad me dedico a escribir. Bueno, a eso me dedico pero no vivo de eso...

-¿Y de qué, entonces?

-Básicamente de changas. Barletta me paga cuando puede lo que puede. Doy clases de inglés, escribo para diarios del interior... usted sabe.

-¡A ver qué nos parece este vinito!

-Probálo vos, a ver si te acordás. Sírvale al pibe.

Luciano cumplió meticulosamente con el ritual. Cuando por fin se llevó el rubí a los labios, sintió la templada inundación. El Perpignan parecía vicario de viejos cascos de roble que habían enviado por su intermedio muestras de su sabor y su textura. Al tragarlo, pasaba acariciando suavemente la garganta como doncella que quiere llamar discretamente la atención del caballero rozándole apenas la mano.

-¿Y?

-¡Magnífico!

-Hablá con precisión, muchacho.

-¡Deputamadre!

-¡Así está mejor! El vocabulario del *gourmet* ha de ser un carcaj de certeros dardos.

-Mejor saetas.

-¿...?

-En el carcaj. No sé en qué se llevan los dardos, pero para mí que el carcaj es para flechas, solo que saetas queda más paquete.

-¡Muchacho, me apabullás!

-Aquí tenemos los matambritos.

Las rodajas de matambre estaban perfectas. La carne apenas tibia, con su tenuidad exacta, la espinaca y la zanahoria en su justo punto, el queso apenas presente, el huevo perfectamente funcional y el aderezo de sal, pimienta, orégano, azúcar y vinagre, quirúrgicamente dosificado.

-¿Qué te pareció *Il Trovatore*, muchacho?

-¿Qué quiere que le diga, don Antonio? Yo es la primera vez que lo veo en el teatro, pero me lo conozco de memoria, y le digo que a mí también me pareció mejor que todas las versiones que he escuchado.

-¿Y cómo hiciste para conseguir la entrada?

-Estuve haciendo cola desde las cinco de la tarde del domingo hasta las diez de la mañana del lunes.

-Se ve que sos un verdiano de ley. Es la única manera: verdiano, como tanguero, ¿se es de ley o no se es, carajo! ¿Así que sos capaz de pasarte la noche haciendo cola para dos horas del Maestro?

-O de cualquier otra cosa que valga la pena. Dentro de unas semanas me aguarda otra amansadora para escucharla a la Sutherland en *Norma*.

-¡Lástima que dirija el gazzápiro del marido! Pero al menos te vuelven a tocar la Cossotto y Vinco. Aprovechá bien, porque si el país sigue así, estos elencos no los vas a ver nunca más, y mucho menos el mismo mes.

-¡Cuidado con las fuentes que queman!

El relleno de maíz se decantaba por un lado hacia una papilla sutil y por el otro se deshacía en esporádicos granos casi inconsistentes. La pasta era tan delgada y liviana que había que hacer un esfuerzo de concentración para detectarla entre la lengua y el paladar. La salsa blanca, apenas llovida de nuez moscada y que en la chamuscada parte superior imitaba el lustre pardo del caramelo, se sonrojaba milímetro a milímetro a medida que se acercaba al canelón vecino. El *filetto*, por su parte, iba desempalideciendo hasta ponerse encarnado.

-¿Y en el frente sentimental?

-De novísimo.

-¿Con quién?

-Adivine.

-¡No me vas a decir que con...!

-¡Ella! Con *ella*, don Antonio, Verónica, la mina que me tenía a maltraer cuando nos conocimos. Es de no creer, ¿no?

-Pero yo sí lo creo. Y me alegro mucho. Contáme más.

-Bueno, por lo pronto ya sé cómo le huele la piel.

-¿Y?

-Huele que muy pero muy bien. ¿Quiere más datos?

-No, muchacho, que me vas a hacer morir de envidia. Contáme mejor cómo te sentís, qué planes tenés...

-Queremos irnos a vivir juntos, don Antonio, pero no es tan fácil. Usted sabe cómo son las cosas. De últimas nos casamos. Yo no tengo dudas.

-¿Y ella?

-¡La pucha que usted no afloja, don Antonio! No, ella tampoco... creo.

-¿Y cómo es?

-Es una mina de ley, don Antonio; buena, inteligente, inquieta, con un fenomenal sentido del humor. Y melómana. Le gustan los mismos músicos que a mí, sobre todo... ¡adivine!

-Francesco Giuseppe.

-El mismo. La he hecho una haydniana empedernida. Y también se lo debo a usted.

-Se lo debés a Haydn, muchacho.

-Claro que no todo es paz y armonía...

-¿...?

-Le encanta Wagner.

-La mujer perfecta no existe, muchacho. Y hablando de Roma, ¿a qué se debe la conspicua ausencia de la señorita?

-No está en Buenos Aires. Si no, ni en pedo habría venido a ver esta maravilla yo solo.

-¡Estás enamorado, muchacho!

-Y otra cosa que tenemos en común es la ideología, don Antonio...

-¡Esa compatibilidad sí que cuenta mucho más que la acústica! A ver, contáme.

-Bueno, ella también milita en la Fede. Es la Secretaria de Prensa de la Facultad.

-¡Caramba, tan joven!

-No me cargue, don Antonio. Yo sé que usted está a la vuelta de todo, pero, con su permiso, Verónica y yo y los demás compañeros estamos de ida.

-¿De ida adónde, seré curioso?

-De ida a la vida, don Antonio, hablemos en serio, por favor.

-Atribuílo a la conjunción lírico-ética. No me hagas caso. Seguí.

-Sigo si me promete que me va a escuchar con el respeto con que yo lo he escuchado siempre a usted. Si no, cambiamos de tema y chau.

-Tenés toda la razón, muchacho. Perdonáme.

-Bueno, eso... Nos llevamos bien, estamos bien juntos, nos gustan las mismas cosas, creemos en las mismas cosas, y queremos luchar juntos por las mismas cosas.

-¿...?

-Un mundo mejor para todos, un mundo mejor para nuestros hijos.

-¡Salud muchacho! ¡Por vos, por *ella*, por el mundo mejor que se merecen y por el que luchan!

-¡Salud!

Don Antonio se quedó callado unos segundos, como si lo hubiesen llamado sorpresivamente de su planeta. Cuando regresó, tenía una mirada más triste.

-Te envidio, muchacho.

-¿A mí? ¿Por?

-Por estar enamorado. Por estar de ida. Por creer que el mundo mejor está al alcance de tu mano.

-Yo no creo tal cosa, don Antonio.

-Sí, muchacho, la creés. De veras creés que el mundo va a cambiar para mejor en vida tuya. En fin, ya te vas a enterar. Lo que importa no es cómo te vas a sentir cuando llegues. Lo que importa es la dignidad con que vayas.

-¿...?

-No me hagas caso. Yo me entiendo.

Los canelones sirvieron de pretexto al nuevo silencio.

-Don Antonio.

-¿Muchacho?

-¿Qué piensa del cordobazo?

-Un gran paso, sin duda, que, como tantos otros antes y después va a quedar en la nada. No. Me corrijo, no es que vaya a quedar en la nada, sino que va a tener consecuencias poco perceptibles a la larga. Creeme, en este país, como en el mundo, el capitalismo, cochino como es, tiene para rato.

-¿Sabe lo que pienso a veces? Que con gente como usted, no habría habido revoluciones.

-Con gente como yo las revoluciones habrían sido mejores. Antes de intervenir activamente en la Historia -gran hija de puta, no lo olvides nunca-, tenés que estar razonablemente seguro de que no va a ser para peor; mucho más razonablemente de lo que ha sido el caso hasta ahora. Sé lo que te digo, muchacho, he visto demasiada miseria humana. He creído demasiadas mentiras; he visto dioses y diablos donde solo había hombres... en parte engañado y en parte porque quería dejarme engañar. La fe es una cosa jodida, muchacho, porque solo puede ser ciega. Sobre todo su manifestación más irracional: la idolatría. Los miles de miles de seres humanos que se gastan un dineral que no tienen para sudar la gota gorda dando vueltas alrededor de la piedra negra en la Meca o apelmazarse haciendo el agosto de los vendedores de chucherías en la Plaza San Pedro para ver a un alfil enjorado, las centenas de miles que lloraron en los entierros de Evita y de Stalin, todos ellos obedecen al mismo motor psicológico, y yo empiezo a convencerme de que ese motor es mucho más determinante de lo que hemos creído los que creíamos haber domado a la guacha de la Historia.

-Aun así, no me va a decir que es el contenido es el mismo, don Antonio.

-No. Se parece peligrosamente, pero no es el mismo. Hay diferencias entre las iglesias, el populismo fascista y los partidos revolucionarios. La fe religiosa se tiene y chau. El populismo fascista termina por frustrar las esperanzas de las masas que ha logrado embaucar y tarde o temprano tiene que elegir entre mostrar a los cuatro vientos a qué clase verdaderamente sirve o dejar de ser; como le pasó a Perón. La gran diferencia entre la fe religiosa y la fe en el socialismo, en la Revolución, es que la nuestra quiere, en el fondo, ser corroborada. Los marxistas de veras no tenemos un Dios omnisciente y omnipotente a quien nos neguemos a pedir cuentas. Y por eso somos tantos los que hemos tenido que aprender a vivir sin ella. Los que necesitaban una fe a cualquier precio la han trocado en religiosa, que no reclama garantías empíricas. A esos los comprendo todavía menos. ¿Cómo hacen para creer en un Dios bondadoso? ¿Qué pruebas tienen de esa bondad frente a la evidencia atroz de su perversidad sin límites? Todo el mundo animal es una carnicería interminable, y nosotros, la especie privilegiada, dejamos muchísimo que desear. Sin embargo, ahí los tenés. Se hunde el Titanic, mueren mil quinientos pasajeros, se salvan setecientos y eso es prueba de la bondad del Ser Supremo, que, por cierto, creó el iceberg y lo puso donde estaba... para no hablar de Auschwitz. ¡Y esta gente se atreve a condenar a Stalin! En fin, que unos pierden la brújula y otros la cambian por una enloquecida. Pero no me hagas demasiado caso. Yo estoy quemado. Este soldado ya no sirve para la guerra. Vos, en cambio, sí. Pero ¡tené cuidado!

-¿Cuidado de qué?

-De perder de vista la realidad, de creer que el hombre es mejor de lo que parece. No lo es, como tampoco es peor. Ni vos ni yo somos tanto mejores o peores que la especie. Más lúcidos, nomás; muchísimo más lúcidos. Nunca pierdas esa lucidez. Y no *te* pierdas de vista. Yo no creo en los santos ni en los mártires. Hay gente que cae en combate, pero eso no es ser mártir. Ser mártir es otra cosa. El mártir religioso es el masoquista transitorio que, en el fondo, cree estar haciendo buen negocio con su sacrificio, cambiando unos instantes de dolor por toda una eternidad de bienaventuranza en el cielo y, quién sabe, de gloria en la tierra. El mártir revolucionario, es cierto, no cree en el más allá, pero se complace en el martirio. Mala cosa el masoquismo revolucionario, porque se transforma raudamente en todos sus contrarios: el sadismo revolucionario, el sadismo contrarrevolucionario y el sadismo de ultraizquierda.

-No se vaya a ofender, pero a mí me parece que usted mezcla demasiado la psicología de diván con la política. Que los pequeños burgueses tengan todas las taras que usted pinta no lo niego, pero no creo que con esa gota de barniz se pueda pintar a la humanidad entera.

-¡Vaya uno a saber, muchacho! Pero importa poco. Esa gota de barniz sobra para pintarnos a vos, a mí y a todos los amigos y enemigos que conocemos, porque esa es nuestra clase y yo no creo, te digo, que sea tan fácil emanciparse de ella. Podrás pelear sinceramente contra sus intereses y firmar sin que te tiemble la mano la confiscación de tus propios bienes, pero la ideología de clase, muchacho, o, peor, la sensibilidad de clase, es como la sombra: cuando no la ves, es porque estás parado encima.

-Usted sabrá por qué lo dice, don Antonio.

-No te quepa la menor duda.

Luciano se retrajo a un mutismo filosófico.

-¿En qué te has quedado pensando, muchacho?

-En que usted habla de la historia como habla de Dios.

-¿...?

-Usted, que se dice ateo, habla de Dios como si existiera, Salvo que en vez de hablar con reverencia, unción o temor, como los creyentes normales, habla con bronca. Como si de veras existiese, pero fuera un atorrante decidido a cagar a la humanidad.

-¿Y entonces?

-¿No ve que, igualito que los creyentes, solo que al revés, le pone en las manos las riendas de todo lo que pasa; que lo usa un poco para echarle culpas que o las tienen los demás, o las tiene usted mismo, o no las tiene nadie?

-No se me había ocurrido, pero es muy probable que tengas razón.

-Pero eso no me parece lo más jodido, don Antonio. Lo más jodido es que usted también habla de la Historia, así, que parece que la dijera siempre con mayúscula, como si fuera Dios, como si fuese una voluntad misteriosa y terrible y no simplemente lo que han hecho o hacen los hombres.

-Tenés toda la razón. Pero en este caso creo ser más coherente que con Dios. Porque para mí la Historia no es más que una metáfora, o, en todo caso, una manera taquigráfica de significar lo que los hombres terminan haciendo por mucho que hayan empezado queriendo hacer otra cosa. Poné “inconsciente colectivo” en vez de “Historia” y vas a ver como la cosa empieza a lucir menos fetichista.

El mozo acudió a recoger los platos e indagar si querían postre.

-Dos *mousses* de dulce de leche, por favor.

-¿Sabe una cosa, don Antonio?

-...

-Me empieza a hacer mal hablar con usted. No lo digo para ofenderlo, créame, pero usted me saca fuerza.

-No es lo que querría, muchacho, te lo aseguro. Yo quiero simplemente abrirte los ojos. Yo no te digo que no te metas a pelear por lo que creés, por la justicia, por la dignidad de todos que es, por último, la dignidad de los más pobres y marginados. Pero sí te digo que te metas con los ojos bien alerta, que no dejes que te vendan ningún buzón, y, sobre todo, que no ansíes comprarlo. Nunca renuncies a tu propio juicio. Nunca aceptes ninguna verdad revelada. Por la sencilla razón de que no las hay. Acordáte de lo que decía Gide: creer en los que buscan la verdad y desconfiar de quienes digan haberla hallado. Porque, si no, lo vas a pagar carísimo. Yo sé, como vos decís, por qué lo digo.

-¿Cómo se hace para ganar, qué digo ganar, pelear una guerra con un ejército de Descartes concentrados en su ombligo? Llega un momento en que o se impone la disciplina y se obedecen las órdenes o se pierde todo.

-Llega, muchacho; por desdicha llega, y llega seguido.

-¿Y ahí?

-Ahí no hay más que dos: hacer de tripas corazón o desertar.

-¿Y usted qué recomienda?

-Depende. Depende de la guerra, de por qué, contra quiénes y junto a quiénes se pelee. Lo más fácil de identificar es el enemigo. A mí me han desilusionado o traicionado absolutamente todos, menos el enemigo. ¡Gracias a los Dioses por el enemigo, muchacho, porque, a la postre, es el único que nos permite ver de veras quiénes somos!

-¿Y quién ha sido su enemigo, don Antonio?

-El mismo de ahora, muchacho; el tuyo: la explotación del hombre por el hombre, putísima madre de todas las injusticias.

-¿Y cómo lo combate?

-Ya te dije. Como puedo, que no es gran cosa.

-Y el día de la guerra, don Antonio, ¿qué va a hacer?

-Chapar un fusil, espero.

-¿Para quedarse mirándolo mientras sopesa variables dependientes o para disparar?

-Para disparar sopesando variables, muchacho. Nunca hay que dejar de sopesarlas; ni mientras devolvés el fuego.

-Hmmm...

-Ya lo sé, muchacho. No sería el mejor soldado. No hay peor soldado que el soldado que piensa.

-¿A usted le parece que el Che no pensaba?

-Muchacho, yo no me aparto de que cada tanto aparezca, en realidad, algún que otro aparente santo; como el Che, sin ir más lejos...

-Vea, don Antonio, y perdóneme, pero yo al Che lo respetaría...

-¿Y dónde le estoy faltando yo el respeto?

-Bueno, no sé, pero...

-Mirá, muchacho, vos no tenés idea de la admiración y reverencia que yo siento por el Che. Pero desconfío de la variante mesiánica y hagiográfica. Solo la Iglesia tiene profetas, santos... y mártires.

El mozo trajo los postres, que los amigos saborearon callados.

-¿Qué tal tu viejo, muchacho?

-Ahí anda. Igual que siempre. Lo veo poco.

-¿La conoce a *ella*?

-Sí.

-¿Y?

-Y nada. Le cae bien, claro, como milita en la Fede y es casi tan sectaria como él...

-Esa no me la habías contado...

-¡Uy! Al lado de Verónica mi viejo es Gramsci. Pero ella es sectaria sin ser dura, no sé si me explico. No hace concesiones cuando discute, pero sabe escuchar, y es muy buena para comprender a la gente. Es más, creo que lo del sectarismo es una especie de coraza que se pone para que no se le note demasiado el corazón de mina capaz de llorar con el radioteatro

de Nené Cascallar. El hecho es que al viejo ella le cae bien. Lo cual tiene la enorme desventaja de que no para de decirle que soy un boludo, que me tiene que enseñar a ser revolucionario y demás lindezas por el estilo.

-¿Y ella qué opina?

-Un poco como usted. Me defiende con uñas y dientes...

-¡Bien hecho! ¡Buena mina!

-Y al viejo no lo quiere. Si no fuera por ella, en una de esas yo lo vería más seguido.

-¿Y con tu vieja cómo se lleva?

-Casi no se lleva. La vieja no para de hablarle de trapos. Verónica le sigue la corriente por pura urbanidad... y también porque le tiene un poco de lástima. Le diría incluso que la acepta más a ella que al viejo. Pero tampoco le tiene demasiada paciencia. No me lo dice, pero creo que no les termina de perdonar cómo han sido conmigo.

-Me alegro de que tengas una mujer que te valore y te defienda muchacho. Ojalá que ese espejo te sirva mejor que el de tu viejo, porque ese sí que te refleja como sos.

-¿De veras lo cree?

-¡Pero carajo! ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? Me estás pidiendo una segunda opinión respecto de la de tu mujer. ¡O sea, que en el fondo no le creés! ¿Y si yo te dijera que francamente no me parece que tenga razón, que o es una pelotuda que no ve nada o te miente para que no sufras? ¿Ahí me vas a creer a mí en vez de a ella?

-No... es que...

-¿Sabés por qué el juicio de ella no te sirve muchacho? Porque a vos simplemente no te sirve el juicio de los que te quieren. Para vos, los que te quieren o no saben juzgar porque te quieren o, porque te quieren, son demasiado indulgentes.

-Bueno, pero usted dice que me quiere, y encima me lo demuestra, ¿no?

-Ah, pero es que a mí no me preguntás porque te quiero...

-¿Sino?

-A mí me preguntás porque soy lo más parecido a tu padre a quien le podés preguntar. Y lo peor es que si te digo lo que te dice tu mujer, entonces no me creés. Pero no es eso lo que importa. Lo que importa y es una gran pero gran pena es que el que sale perdiendo siempre sos vos. Tenés que hacer tu XX Congreso, muchacho. Tenés que hacerlo urgentemente.

Luciano calló y se retrajo. Don Antonio lo aguardó unos instantes, mientras aprovechaba para cargar cariñosamente la pipa. Cuando la hubo encendido, y viendo que su compañero no retornaba, lo llamó.

-¿Y qué estás escribiendo?

-Cuentos. Pero no abandono la esperanza de la novela. Lo que pasa es que no me sale. No llego a encontrar la famosa piedra angular.

-¿Y qué piedra es esa que no podés encontrar?

-Si lo supiera, es porque le habría encontrado.

-¡La pucha con esa subordinada, muchacho! Probá con “si lo supiera es porque me ha venido”.

-A veces pienso que en vez de prestar atención a lo que quiero decirle usted se queda analizando la superficie.

-La pericia a la hora de montar la superficie, es la que, a la postre, distingue al escritor del hablante de a pie, muchacho.

-No se me vaya a enojar, don Antonio, pero hay momentos para todo. Hay momentos en que corregir una subordinada es casi insultante.

-Tenés toda la razón muchacho. Disculpáme. Francamente no sé qué me pasa. Debo haberme puesto de pésimo humor y no llego a darme cuenta.

Don Antonio hizo un mohín y se marchó a su planeta como para rendir cuentas.

-No me vas a creer, pero creo que me da bronca envidiarte. Tenés algo que yo quisiera tener. Algo que, para peor, tuve y he perdido.

-¿..?

-Mejor lo dejamos aquí, muchacho. No me siento bien. ¡La cuenta, por favor!

Don Antonio fue despegándose fatigosamente de la silla. Luciano lo observaba atento a cualquier amague de desequilibrio. Salieron a Corrientes coincidiendo con un taxi que depositaba su hambrienta y lenguaraz carga de noctámbulos. Luciano retuvo la portezuela y aguardó a que don Antonio se rebobinara en el interior.

-Estuve como el culo, muchacho, perdonáme.

-No es para tanto, don Antonio, pero dígame ¿cuándo lo vuelvo a ver?

-Un día de estos, muchacho. Ya ves que no podés deshacerte de mí así nomás.

-Pero don Antonio...

-Hasta la próxima, muchacho. Y le das un beso a Verónica de mi parte. Decíle que te envidio a vos y la envidio a ella. Adiós. ¡Vamos, chofer!

Luciano se quedó un largo rato viendo desaparecer el taxi Corrientes abajo. Por primera vez sintió que se conmisera de su mentor. Debía ser difícil llegar a esa edad solo y casi desvalido. El descubrimiento lo dejó atónito: don Antonio era un desdichado. Un desdichado de lujo, pero desdichado al fin.

Agosto de 1970

Tras el Cordobazo, Onganía debió defenestrar a su Ministro de Economía y promulgar la Ley 18.188, mediante la cual el nuevo peso pasaba a pesar lo que cien viejos, solo que devaluados en un 40%. Con esta ingeniosa medida, copiada paquetamente a Francia, la moneda patria volvía nominalmente a su valor de 1940 (bueno, dividido cien). El 29 de mayo, con el asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu, cuyo propósito ostensible era vengar tardíamente al general Juan José Valle (fusilado sumariamente con otros tras la infructuosa asonada peronista de 1956), pero probablemente planeado e instigado por los Servicios a través de Mario Firmenich -asiduo, parece, huésped del Ministerio del Interior durante los dos meses previos y con contactos con el Batallón 601 de inteligencia militar-, realizan su gran debut los Montoneros. El 8 de julio Onganía es sustituido por el general Roberto Marcelo Lévingson. Entretanto, Chile se enardecía en torno a la candidatura de Salvador Allende, que ganaría las elecciones el 4 de septiembre.

En octubre del año anterior, Luciano y Verónica, que llevaba cuatro meses de embarazo, resolvieron casarse. El padre de ella, un empresario judío que declinaba camino de la ruina, le había comprado en tiempos mejores un hermoso departamento en el Barrio Norte. Verónica trabajaba de profesora en la Alianza Francesa y en el Liceo Jean Mermoz, y su sueldo, tan bueno como seguro, era el ancla de la economía familiar, a la que Luciano aportaba cada tanto un exiguo cheque de derechos de autor o el pago ocasional pero en suculentos dólares de algún artículo publicado en el extranjero. En esas ocasiones, festejaban comiendo afuera, y Luciano aprovechaba para lucirse con las lecciones aprendidas a la vera de don Antonio. Mientras, seguía colaborando con Barletta y desarrollándose como escritor. El consejo de su amigo no había caído en saco roto y pudo por fin dar el gran paso: dejar de ser un comunista que escribe para transformarse en un escritor comunista. Con ello pudo empezar a permitirse con la literatura desviaciones impensables que constantemente le ganaban la desconfianza y hasta la inquina de los cancerberos de la virginidad ideológica. En febrero nació Veroniquita.

Hacia el mediodía, Luciano salía de negociar con cierto editor la mitad de una promesa cuando, al llegar a la esquina de Carlos Pellegrini y Lavalle, vio la figura entrañable que intentaba la hazaña de subirse a un taxi.

-¡Don Antonio! ¿Es usted? ¡No lo puedo creer!

-¡Muchacho! No, no te preocupes que me arreglo solo. ¿Cómo estás? A ver, dejá que te mire. Te veo muy cambiado, no sé si estás más gordo o qué.

-Y usted sabe cómo es: después de tener familia los hombres ya no recuperamos la figura de antes.

-¡No me digas que sos papá, muchacho! ¡Enhorabuena, carajo; te felicito! ¡Esto hay que celebrarlo como es debido! Subí que te llevo a almorzar.

-Pero invito yo.

-¡Ni pensarlo, muchacho! Tu plata es para tu hijo.

-Hija. Me salió hembra, don Antonio. Se llama igual que la madre, Verónica. Ya cumplió seis meses.

-¿Tanto hace que no nos vemos?

-Desde aquel *Trovatore*.

-¡Cómo pasa el tiempo, carajo! Pero bueno, no nos distraigamos. A Sarmiento entre Maipú y Esmeralda, chofer.

-¿Sarmiento y Esmeralda?

-Así es, muchacho. Vamos a festejar en forma. Te invito nada menos que a Clark's. Y dígame, ¿cómo andan las cosas, chofer?

-Normal.

-Y con los milicos, ¿qué tal?

-Normal.

-Bueno, si prefiere, no hablamos.

-No es eso, amigo. Es que, para qué le voy a decir una cosa por otra, estoy de mal humor.

-...

-Es el pibe mío, el mayor, que no quiere estudiar.

-¿...?

-Uno hace todos los sacrificios, ¿se da cuenta? Y él que quiere ponerse un negocio con un amigo. Un bar en Villa Gesell. Yo la guita se la presto... Bah, se la presto... ¡se la doy!, porque seguro que no la voy a ver más. Pero ¿qué va a ser cuando se ponga más grande? Yo le digo, Estudiá, Willy, porque se llama Guillermo, ¿se da cuenta?, pero le decimos Willy, Estudiá, Willy, que en este país los que tienen futuro son los profesionales; si no te vas a quedar de mozo de lujo toda la vida. Pero no me quiere hacer caso. Es que la juventud de hoy es así; no piensan en el futuro. Y este país lo que necesita es gente que piense, que estudie, que sepa, ¿se da cuenta? Solamente así vamos a salir adelante. Yo le digo, Miráme a mí, Willy: yo he sido tachero toda la vida y tachero me voy a morir, pero vos podés progresar, vos podés hacer lo que yo no hice. Tu abuelo llegó a este país con una mano atrás y otra adelante,

y laburó como un buey para que yo pueda ir al colegio secundario. No me quiso dejar trabajar, Estudiá, decía, que yo ya no puedo. Y yo terminé la secundaria y me conchabé de peón, y ahorré y ahora tengo este coche y otro que me lo trabajan dos pibes macanudos, un morocho, Gustavo, y otro casi rubio que se llama Alfredo y vive en Lanús. Y además tengo otro pibe, el Arturito, que me trabaja este de noche, pero yo hubiera preferido, qué se yo, ser profesional, ¿se da cuenta? Y el Willy, que en lo terco salió a mi señora, nada.

-¿Y cuántos más tiene?

-Dos. La nena, la Nancy, que tiene dieciséis, porque el Willy va para dieciocho y el menor, de siete, el Tony, “tiro al aire” que le digo porque me salió por casualidad y es un verdadero sabandija. La Nancy estudia magisterio, y yo le puse profesora particular de inglés y piano, y además va al conservatorio del barrio a aprender danza, que es lo que más le gusta. Es mi regalona. Pero esa se va a casar bien y no va a tener problemas.

-Yo en su lugar no me preocuparía por su hijo. Es joven. Déjelo que boludee un poco que ya solo va a entrar en razón.

-¿Usted tiene hijos?

-...

-Ya me parecía. Vea, yo tengo miedo que le pase lo que a tantos, que ponen un negocio cualquiera, les entra a ir bien, y después se quedan de comerciantes para toda la vida. El Willy da para mucho más. Yo no quiero que se quede a mitad de camino, como yo. Si en este país no hace falta ser comerciante para vivir decentemente. ¿Aquí está bien? Tranquilo que no hay apuro. Déjelo en 370 nacionales, o sea, 37 Ley... No; a ver... déjeme ver... ¡Es que con los nuevos pesos me hago cada quilombo! No; son 3,70 Ley.

Luciano esperó a que don Antonio lograra extirparse del coche y se pusiera dificultosamente de pie. Cuando entraron, su asombro no pudo haber sido mayor.

-¡Tengan los señores muy buenos días! Permítame que lo ayude con su sobretodo, señor. ¡Anselmo! Acomodá a los señores en la dos y pasá el cartelito de reservado a la cinco. Por aquí, señores.

Luciano no podía dejar de admirar la suntuosidad ambiente. Del techo colgaban carteles inusitados: *Robes de chambre de alpaca*, *Camisas de seda*... don Antonio, que le había seguido la mirada, explicó:

-Esto antes era *The Brighton*, una de las sastrerías más exclusivas de Buenos Aires. Cuando cerró y abrieron el restorán tuvieron la excelente idea de dejar todo tal cual, algo por demás inusitado en este país que no tiene inconveniente en destruir su pasado.

-¡Buenos días, señores!

El mozo estaba vestido como para una boda y traía dos gigantescos mamotretos de cuero. A Luciano le llamaron la atención la parquedad y el contenido del menú, en el que campeaban los nombres en francés. El bife de chorizo pasaba a ser *Chateaubriand* y su precio mutaba en consecuencia; y había platos exóticos, como patas de rana, bautizadas, desde luego, *cuissees de grenouilles*, y brie fundido con nueces y almendras.

-Aquí pedimos batido de Gancia y nos echan a patadas en el culo, muchacho, así que no abras la boca y seguime.

-¿Los señores gustan algún aperitivo?

-Dos jereces bien fríos, si es tan amable. Y ni sueñes con pedir provolone con aceite y pimienta que, como habrás visto, Italia está prácticamente desterrada de este incunable.

Cuando el mozo regresó con las dos exquisitas copas en la bandejita de plata, don Antonio engoló la voz.

-¿La centolla es fresca o viene congelada?

-Viene enfriada en hielo seco, señor.

-Bien. Con eso empezamos. ¿Y la langosta?

-Lo mismo, señor.

-¿Pero es langosta o bogavante?

-¿...?

-¿*Langouste* u *homard*?

-Ah, *langouste*, señor, viene del Pacífico.

-Bueno, con eso seguimos.

-¿Y con qué lo van a acompañar?

-Con un Errázuriz.

Tras una reverencia apenas lo suficientemente perceptible, el mozo hizo un gallardo mutis de palmípedo de lujo.

-¿Se puede saber qué *cazzo* pidió, don Antonio?

-Hoy comemos chileno, muchacho, y chileno vamos a chupar, en la esperanza de que del otro lado del Aconcagua triunfe el gran Salvador Allende. La centolla es la versión austral del cangrejo de Alaska; tiene una carne exquisita, que seguramente nos van a traer ya trozada dentro del caparazón, aunque yo preferiría las patas. Y la langosta es eso, langosta que no bogavante, o sea, con antenas gruesas en vez de pinzas. El vino es un chardonnay chileno de los buenos. Vas a ver que, en lo que a blancos respecta, nos sacan dos cabezas.

-¿Cree que la UP puede ganar, don Antonio?

-La derecha va dividida. Si los democristianos no hacen trampa en el senado, estoy casi seguro que sí. Va a ser el comienzo de un proceso inédito. Es la gran esperanza. Es, casi, la última. El grave peligro es que sobrevenga un sátrapa de izquierda o de derecha, y ahí no quiero ni pensar en las consecuencias.

-¿De veras lo cree posible?

-La primera no, la segunda, me temo que sí. Porque si el proceso se profundiza demasiado, los gringos y la burguesía local van a hacer todo por frustrarlo; si es preciso, por la fuerza, y la contrarrevolución es siempre despiadada. Aunque también es probable que se vaya desvirtuando solo, que las divisiones de la izquierda lo socaven, que la burguesía se aplique a un sabotaje metódico y que termine perdiendo las próximas elecciones o las siguientes, como Cheddi Jagan en Guyana. Eso va a ser una pena, pero menos grave, porque en la medida en que las instituciones se mantengan, una nueva victoria es siempre posible.

-Perdóneme, pero ¿quién es Cheddi Jagan?

-El fundador del Partido Comunista de Guyana, muchacho, que fue, además, el primer partido político de la colonia. Los ingleses no tuvieron más remedio que nombrarlo Primer Ministro en 1953, pero la contra angloyanqui le organizó tantas huelgas y sabotajes que tuvo que dimitir. Poco después los gringos derrocaron a Jacobo Árbenz en Guatemala. En 1961 ganó las primeras elecciones tras la independencia y otra vez lo mismo: la CIA le fomentó el descontento laboral y en 1964 perdió frente a Forbes Burnham, cofundador y desertor del Partido. Al año, los gringos invadieron Dominicana y defenestraron a Caamaño. Es increíble que nadie se acuerde de esa experiencia precursora. Ojalá que no se vuelvan a cometer los mismos errores.

-¡La pucha con su pesimismo, don Antonio!

El mozo reapareció con la botella asomando de un cubo bruñido y envuelta en una servilleta de lino. La descorchó con gran pompa, plegó el brazo izquierdo sobre la cintura a la espalda y lo extendió con un preciso conato de supinación para depositar medio centímetro exacto en el fondo de la copa de don Antonio. Este lo probó con discreto aspaviento, se demoró antes de tragarlo con aire reflexivo, como quien no termina de ponerse de acuerdo en el veredicto, y finalmente se pronunció por la afirmativa con una expresión de, Los he probado mejores, pero con este me arreglo. El mozo llenó entonces las dos copas hasta la mitad y giró para devolver la botella al cubo que había quedado a la zaga en una mesita apropiada especialmente.

-En algún avatar lejano, este mozo debe haber sido mosquetero, porque sirve el vino como si fuera a lanzar una estocada. ¡Salud, muchacho! ¡Y a la de tu mujer y a la de tu hijita!

-¡Salud, don Antonio! ¡¡¡...!!!

-Bueno, ¿eh?

-¡Deputamadrísima!

-Sus centollas, señores.

En efecto, la carne venía desmenuzada dentro de la mitad inferior del caparazón. Luciano la roció con limón, la mezcló con una pizca de mayonesa y la espolvoreó con media vuelta del molinillo de pimienta. La pulpa se deshacía literalmente en la boca frustrando el afán de los dientes. Era más eficiente y placentero simplemente aplastarla con la lengua contra el paladar y sentir cómo el delicioso menjunje escapaba por los costados.

-Bueno, y ahora contáme.

-Ni sé por dónde empezar, don Antonio. Baste decirle que me cambió la vida.

-¿Y cómo anda tu viejo con la flamante nieta?

-¡Chocho! Claro, la gurrumina nos ha acercado más. Ahora tenemos tema neutral, y, además, él está mostrando una veta cariñosa que yo ni sospechaba.

-¿Y tu vieja?

-En vez de alegrarse por la nieta, se lamenta porque es abuela. No que no la quiera. Pero no es ni la mitad de abuela que mi viejo. Alguna vez le hemos tenido que pedir que nos la cuide. Ni se imagina las excusas. En fin...

-Casi ni hablás de ella.

-Casi ni tengo que decir. Para mí, es un poco como si no existiera.

-Tené cuidado, muchacho.

-¿...?

-Porque existe. No que exista en El Tigre, en casa de tu viejo... porque, claro, no es su casa, sino la de tu viejo, ¿*vero*? No; existe en vos, y no porque no te des cuenta deja de existir. No te conviene tener polizones en el alma, muchacho.

-Esa me la tengo que anotar.

-Esa, muchacho, te la tenés que aprender.

El mozo reapareció con una vasta bandeja sobre la que señoreaban dos enormes domos de plata.

-¡Sus langostas, señores!

Luciano advirtió que don Antonio no tenía empacho en colgarse la servilleta entre la laringe y el cuello de la camisa y lo imitó.

-Aquí, muchacho, los únicos cubiertos eficaces son los deditos. Seguime.

Y don Antonio procedió a tritular y desarticular el pobre bicho con un virtuosismo digno de Jack el Destripador. La carne era succulenta, de una textura inesperada, resistente y tierna a la vez. A Luciano le gustó tanto que se olvidó del arroz que aguardaba blandamente a la orilla del plato. Don Antonio lo dejó comer en paz, alzando cada tanto la vista para cerciorarse de que su pupilo no necesitara asesoramiento, y solo habló cuando Luciano terminó con la cola.

-Seguro que seguís en el Partido.

-Sí, adivinó: sigo en el Partido.

-Tu constancia es conmovedora, muchacho.

-¿Y por qué tiene tanto problema con que siga siendo bolche, don Antonio?

-Porque después del asesinato de media clase campesina, la colectivización forzosa, las purgas de Stalin, el pacto entre von Ribbentrop y Mólotov, la matanza del bosque de Katyn, los campos de concentración, los hospitales psiquiátricos, la conspiración de los médicos judíos, Hungría, el muro de Berlín y Praga, seguir creyendo en el comunismo soviético es como estar casado con una puta convencido de que tarde o temprano va a entrar en razones y permanecer fiel como las mismísimas Jenny Marx y Nadiezhda Krúpskaya de Uliánov, o sea, de Lenin (que, dicho sea de paso, con esa cara no debe haber tenido mayores oportunidades de otra cosa).

-¿Va a empezar otra vez, don Antonio?

-No. Perdonáme, muchacho, es que no puedo con mi genio. Vos sabés que una de las cosas que yo valoro en vos es la sinceridad con que hacés lo que creés que tenés que hacer. Lo único que me inquieta es que te empecines, como tantos de tus camaradas -que son, no tengo dudas, de lo mejor que tiene la humanidad para ofrecer-, en no ver lo evidente.

-Vea, don Antonio, lo evidente, desde donde yo estoy, es la explotación, el napalm sobre Vietnam, el hambre en la India, Haití, Guatemala o el África; y, ya que estamos, las condiciones infrahumanas de nuestros villeros, los estragos del mal de Chagas en la mitad de la Argentina, la falta de hospitales, de escuelas y de viviendas dignas en un país que solito podría darle de comer a media humanidad. Y, con todos lo quilombos, las contradicciones y las aberraciones que usted quiera, el único aliado que tienen los que luchan contra todo eso es la URSS. Si no fuera por la URSS no habría, por lo pronto China, pero tampoco Cuba, ni nada, y los yanquis estarían haciendo lo que se les diese la gana. Diga lo que se le antoje, don Antonio, pero si no han ocupado el planeta es porque la URSS se lo impide, ¿o me va a decir que no?

-No, muchacho. En esa tenés razón. Pero una cosa es ver eso, que yo, aunque no lo creas, lo veo, y otra muy diferente es casarse con eso. La Historia, acordáte, es una perfectísima hija de puta. Ustedes, los oficialmente comunistas, dicen que criticar a la URSS es hacerle el juego al enemigo, y entonces callan los crímenes más horrendos que se han perpetrado en este siglo. Porque no te engañes, muchacho, los crímenes que se cometieron en la URSS han sido cuantitativamente peores que los del nazismo. Y los que se están cometiendo en este instante son peores que los que se cometen en los Estados Unidos o Francia o Inglaterra. Si uno lucha por la justicia, no puede luchar por la mitad de la justicia. La dignidad humana no es negociable nunca. Y los comunistas, los comunistas de verdad, deberían ser los primeros en defenderla en su propia casa. Los hay, claro, y están todos presos o internados en hospitales psiquiátricos o muertos. Stalin ha matado más gente que Hitler, muchacho.

-Yo no sé cómo puede comparar los crímenes de Hitler con los de Stalin.

-Porque es una comparación necesaria. Pero ojo, que yo no digo que sean lo mismo. Tienen un contenido político y hasta ético diferente. Stalin no perseguía exterminar dos razas, como sí se lo proponían los nazis. Ni se metió a eliminar a los homosexuales ni a purificar la humanidad de retrasados y deformes. En ese sentido, los crímenes de los nazis han sido, sin duda, los peores de la Historia. Pero, desde cierta óptica, los crímenes del PCUS son más aberrantes, porque sus primeras y peores víctimas son los propios comunistas. Y lo peor es que tantos han aguantado los trabajos forzados y afrontado la muerte convencidos de que el destino que corrían era natural, de que la Revolución es así, como Dios; y muchos, tal vez la mayoría, de los que sobrevivieron siguieron siendo comunistas y no alzaron la voz para denunciar aquello. ¿Vos sabías que las mujeres de Voroshílov y Kalinin estuvieron confinadas mientras sus maridos eran número dos y tres del Comité Central? ¿Que mientras Lazar Kagánovich era ensalzado, asesinaban a su hermano? Ni los nazis llegaron a ese virtuosismo de la tortuosidad. Eso no puede ser una simple deformación. Eso es algo viciado de entrada. Eso no tiene, no puede tener solución “dentro del socialismo”. Ahí hay que hacer borrón y cuenta nueva. Pero eso, a su vez, va a costar ríos de sangre.

-¿Entonces hubiera sido mejor que la Revolución de Octubre fracasara?

-Nunca sabremos cómo habría sido el mundo si no hubiese sido como es; ni nuestra vida. Es posible que sin la Revolución de Octubre el fascismo hubiera triunfado, y eso, sin duda, habría sido peor. En todo caso, no tiene sentido ponerse a especular. Lo importante es analizar cómo han sido las cosas en vez de haber sido de otra manera, y de extraer las correspondientes lecciones. Y eso es lo que ustedes se niegan a hacer. La Historia, muchacho,

es una enorme hija de mil putas, y uno no puede darse el lujo de seleccionar las páginas que va a leer y las que no. Porque ya lo dijo el viejo Hegel: los que no aprenden de la Historia están condenados a repetirla. Y ustedes, perdonáme, se han pasado sesenta años repitiéndola. No que los demás hayan aprendido mejor, y los trozkos menos todavía... ¿En qué te has quedado pensando?

-En que estamos hablando de las lecciones de la Historia y los crímenes del PCUS en el restorán más caro de Buenos Aires, regalándonos con centolla y langosta. Hay algo que no me termina de cerrar don Antonio, perdóneme.

-¿Y qué es lo que no te termina de cerrar, muchacho?

-Usted, don Antonio. Usted habla a veces como un marxista, otras se las agarra con el marxismo, y todo siempre acompañado de los mejores vinos.

-La ironía está de más, muchacho, pero te entiendo. Te entiendo, además, que no me entiendas. Yo no denuesto el marxismo, yo sigo siendo tan marxista como cuando comprendí que Marx había hecho una radiografía precisa del capitalismo. Yo me las agarro, para usar tus palabras, con quienes confundieron la ética con la Historia y resolvieron que porque el socialismo era más justo tenía que triunfar ya. Y la Historia, muchacho, se caga olímpicamente en la justicia. Algunos hombres han creído sinceramente que podían hacer prevalecer la razón ética sobre la razón histórica, y de ellos, precisamente, se ha valido la gran hija de puta para desarrollarse con total desdén por toda noción del bien y del mal. Los iluministas franceses y tras ellos los revolucionarios del 89, y tras ellos los jacobinos que decapitaron media Francia creían estar haciendo “el bien”. Yo estoy convencido de que Robespierre y Saint-Just se creían investidos de una misión trascendente y objetivamente “buena” que exigía mano férrea contra los enemigos de la Revolución. Y creo que lo mismo les debe haber pasado a Moreno, Castelli y todos los genuinos revolucionarios de Mayo. Pero al cabo, una vez que cumplieron su verdadera misión histórica, no la éticamente trascendente en la que sinceramente creían, la Revolución -que todavía no se ha mostrado sin ser caníbal- se los comió, y luego la Historia, más caníbal que cualquier revolución, se ha morfado a su vez a todas las revoluciones.

-¿Y entonces?

-Y entonces los hombres de buena voluntad, sobre todo los que no tienen nada que perder más que sus cadenas, tienen que defender sus derechos y los de los demás, luchar por la justicia, no ceder jamás, no aflojar; pero a sabiendas de que las reglas del juego, en última instancia, se les escapan de las manos, al menos por ahora; de que mientras las fuerzas productivas no se desarrollen como para permitir, mejor dicho exigir, que cambie el modo de

producción, el juego se da dentro del capitalismo. Y porque se da dentro del capitalismo, muchacho, yo, que vivo de fáciles rentas que no merezco, y vos, que aceptás mi invitación, hablamos de estas cosas en el restorán más caro de Buenos Aires, comiendo centolla y langosta. Y si en cambio hubiéramos ido al Sáenz Peña también habríamos estado comiendo mucho más y mejor que la inmensa mayoría de nuestros indigentes congéneres. No permitas que tu sinceridad de revolucionario de ida te impida disfrutar de este ágape que te ofrezco con toda mi sinceridad de revolucionario de vuelta en homenaje a tu flamante bebida. El día llegará, pronto, espero, que este restorán estará al alcance de cualquiera o habrá dejado de existir; pero entretanto, ¿por qué han de ser los explotadores y sus lacayos de lujo los únicos que puedan disfrutarlo? Comé y chupá sin complejos, muchacho, que no le estás sacando el pan de la boca a nadie.

Luciano tuvo la sensación de que don Antonio había remontado nuevamente vuelo a su orbe y no supo muy bien qué hacer con el silencio que le había dejado. Miró el cristal de las copas, la platería, los platos finísimos, el mantel y las servilletas de lino. Alzó los ojos y trató de imaginarse cómo habría sido aquella sastrería donde había una sección entera dedicada a las *robes de chambre* de alpaca. Un mundo que, por mucho que mutaba, se negaba a desaparecer. Y detrás, el hambre, la miseria, la sangre de miles de millones de seres humanos que habían vivido o vivían como bestias. Y las decenas, centenas de millones de soviéticos, de chinos, de coreanos sometidos al torniquete implacable de *la Revolución*. Él, entretanto, tenía la suerte infinita, la suerte inmerecida, la suerte por pura suerte, de haber sido prohijado por un don Antonio rico y generoso que le permitía el privilegio de un suculento banquete. La cuestión era no dejarse tentar, aceptar el trago sin hacerse alcohólico.

-¡Salud, don Antonio, porque algún día comer bien no sea de ricos!

-¡Y cuanto antes mejor, muchacho; salud! ¿Qué querés de postre?

-¿Usted qué recomienda?

-Unas *crêpes suzette*.

- ¡*Non se ne parli più!*

-Hablas con inusitado aplomo, muchacho. ¿Vas a decirme que sabés qué son las *crêpes suzette*?

-Ni idea, don Antonio, pero si las recomienda usted y las hacen en este templo de la gastronomía de Crespo, han de ser deputamadre.

-Ya vas a ver, entonces.

El mozo vino empujando una mesita rodante sobre la cual había un mechero y las flambeó *in situ* para maravilla de Luciano. Estaban exquisitas, con la exacta proporción de

azúcar, jugo de naranja, ron y Cointreau. La masa era de una sutileza que nada tenía que envidiar a la de los panqueques del Sáenz Peña, aunque, dada la diferencia de precios, habría debido ser al revés.

-¿Qué tal?

-Simplemente deputamadre.

Don Antonio voló nuevamente a su planeta y retornó para exhumar su aparejo de fumador.

-Te veo y me cuesta creerlo, muchacho.

-¿Qué?

-Que estés casado, que tengas una hija...

-¿Y qué tiene de extraño?

-No, nada, claro; pero no deja de asombrarme que seas el muchacho tímido y acomplejado que entró en aquel bar hurtándole el bulto a la cana y sin un puto mango para tomar un café. Has cambiado mucho... Para bien has cambiado; y yo me alegro más de lo que podés imaginar. ¡La cuenta, si es tan amable!

Don Antonio rechazó la ayuda que le ofreció el mozo y se incorporó en un complicado trabar de músculos. Luciano detuvo un taxi, abrió la portezuela y esperó a que su amigo volviera a recomponerse en su interior.

-Hasta pronto, muchacho. Y un beso enorme a tus dos mujeres.

-¿Y de veras no las quiere conocer, don Antonio?

-No sabés cuánto, muchacho.

-¿Y entonces?

-Entonces algún día. Te lo prometo, pero dejáme elegirlo a mí.

Septiembre de 1971

Lévingston había contrariado ciertos intereses sacrosantos y ofendido a los puristas del neoliberalismo con el nombramiento de Aldo Ferrer al Ministerio de Economía, para meter inmediatamente la pata hasta el pubis designando al cavernícola José Camilo Uriburu Interventor Federal en la Córdoba perennemente insurrecta. El “pintoresco Gobernador Uriburu” -como lo bautizó de modo inusitadamente certero *Nuestra Palabra*- llegó el 1º de marzo decidido a “cortar la cabeza de la víbora marxista” y la CGT lo sacó a patadas en el upite dos semanas después en lo que dio en llamarse “el viborazo”. Entre una cosa y otra, Lévingston se quedó solo en su alma, con lo que el 26 de marzo cayó víctima del primer golpe de estado que el público argentino pudo seguir por televisión. El nuevo presidente fue el general Alejandro Agustín Lanusse, quien, decidido a salir del impasse político sin perder la continuidad, lanzó la idea gattopardesca del Gran Acuerdo Nacional. Los radicales, ilusionados como siempre con retornar al poder y que fuera lo que Dios quisiese, le prestaron a Arturo Mor Roig (que tres años después caería ajusticiado por los Montoneros) para que, desde el Ministerio del Interior, manijeara la cosa. “Cano” comenzó así un vistoso peregrinaje hacia la institucionalización, voz que, como a buen militar, nunca terminó de acomodarse del todo entre los dientes. Llegó incluso a reunirse con Salvador Allende y proclamarse “de centro-izquierda”. Por derecha, devolvió a Perón el cadáver de Evita y, de hecho, le levantó la proscripción. Pero las cosas tenían sus bemoles. La inflación pegó uno de esos respingos tan argentinos. El descontento masivo que ocasionó habría de culminar en una gran huelga general. Los Montoneros, por su parte, habían asesinado al mayor Julio Sammartino, su segunda víctima después de Aramburu. Mientras, el Ejército Revolucionario del Pueblo, imitando a los Tupamaros que imitaban a Robin Hood, se dedicaba festivamente a los secuestros extorsivos y repartir el rescate entre los desfavorecidos.

Luciano había contraído una paternitis aguda. Las horas que tenía que pasar fuera de casa se le hacían eternas, pero cuando se sentaba a escribir, con el rabo del ojo y una oreja y media barriendo el espacio como un radar, las constantes peripecias de su hija le daban un ánimo que nunca dejaba de azorarlo. Veroniquita era un bólido que desaparecía o aparecía detrás o debajo de todos los muebles, que abría o trataba de abrir todas las puertas, todos los cajones y todas las tapas, que se llevaba a la boca todo lo que encontraba, que desordenaba papeles y descuartizaba libros y, en general, que absorbía los cuidados y el amor de sus padres como una esponja de incolmables ojos azules. Entre la militancia, sus afanes de escritor ansioso de romper el cascarón y la sempiterna preocupación por estabilizarse

económicamente le quedaba poco tiempo para marido, y a Verónica tampoco le sobraba para esposa.

Acababan de sonar las doce y Luciano caminaba por Santa Fe hacia Callao cuando advirtió un torpe perfil que trasponía trabajosamente la puerta de Roussillon.

-¡Don Antonio, carajo!

-¡Muchacho! ¡No sabés las ganas que tenía de volver a verte! ¿Al Sáenz Peña?

-¡Senz' altro!

Pararon un taxi y, como siempre, Luciano observó atento pero sin entrometerse el combate entre don Antonio y su pierna rebelde.

-¿Y cómo anda la cosa, chofer?

-Jodida.

-¿...?

-Imagínese, con el salto que pegó la inflación... porque estamos en un cuarenta por ciento, como en los viejos tiempos. Yo no sé... Para mí que Lanusse no va a durar. Se viene una huelga grande. La CGT está en armas. Vea, yo, que siempre creí que este país se iba a ir para arriba, me estoy poniendo pesimista. ¿Usté vio los atentados, los secuestros, las tomas? No, vea, y se lo digo con pena de argentino, la cosa va para mal, para muy muy mal.

-¿Y el laburo?

-Bueno, acá el laburo siempre pagó. A veces hay que yugarla más, sobre todo ahora con los aumentos. Pero la verdad que vivir, de tachero se puede. Eso sí, no sé por cuánto tiempo, porque si seguimos así...

-¿Y a la gente cómo la ve?

-Muy amargada, ¿cómo la voy a ver? Nadie sabe lo que puede pasar. No hacen más que hablar de la vuelta de Perón. La mitad juran que si el Viejo llega a volver hacen las valijas y se mandan mudar, y la otra mitad dicen que venga de una vez así se arregla todo.

-¿Y usted qué piensa?

-No sabría qué decirle. Vamos a ver qué pasa ahora. Porque yo nunca había sido peronista, creamé, pero ahora a este hombre le quiero dar una oportunidad.

-¿Le parece que vale la pena?

-¿Y qué otra queda? Si lo dejan gobernar, puede que vuelva a hacer como antes...

-Pero antes teníamos las arcas llenas de oro, Europa en ruinas comprándonos lo que quisiéramos venderle al precio que le pidiésemos, y los yanquis ocupados con Corea, China y Centroamérica nos dejaban más o menos en paz. Ahora la cosa es muy distinta, ¿no le parece?

-¡A mí me lo va a decir! ¡Más vale que es distinta! Pero ¿qué otra queda? Si estos guerrilleros se dejarían de joder y se pondrían a laburar, seguro que Perón sabría manejar a los militares y a los yanquis. Bueno, es lo que me parece, porque, como lo digo, yo nunca he sido peronista. Pero si pifiarnos esta, yo no sé adónde mierda va a ir a parar el país, creamé. En todo caso, yo trato de hacer lo mío: laburo honestamente, no jodo a nadie, obedezco las leyes... si todos haríamos igual, este país en una de esas se salva. Porque en su momento Perón hizo mucha obra, para qué lo voy a engañar. Claro que, como usted dice, ahora son otros tiempos. Yo lo único que sí sé es que si no viene esto se va a ir al carajo, pero que si viene, en una de esas también. Perdonenmén, ¿no?, pero yo, le digo, la veo muy pero muy mal. Déme mil pesos viejos, o sea, diez Ley, nomás, que si no me quedo sin cambio.

Don Antonio cumplió con todas las enojosas gestiones que le imponía emigrar del taxi. Simón corrió a abrirles la puerta.

-¡Qué gustazo, don Antonio, joven! ¡Por acá, don Antonio, que ya le limpio la mesa!

Mientras don Antonio se sentaba en cámara lenta Simón procedió a barrer con las espas de sus brazos platos, copas, cubiertos, panera, servilletas y migas.

-¿Dos batidos de Gancia y provolone con aceite de oliva?

-¡*Signorsì!* Y como acá el joven va a comer calamares en su tinta, aunque aún no lo sepa, nos vas abriendo un Torrontés don David y haciendo marchar dos revueltos Gramajo.

-Ya mismo, don Antonio.

-Dejáme que te ponga en antecedentes, muchacho. Estás por degustar uno de los pocos platos auténticamente patrios que no son indios. Consta de papas *paille* de un micrón de espesor, jamón crudo, pimienta y perejil. El secreto está en el punto del huevo. Como ves, nuestro carnívoro pueblo no ha sido propenso a la cocina intrincada. Aun así, por su alambicada complejidad, el revuelto Gramajo ocupa, para nosotros, un sólido lugar intermedio entre el sándwich de chorizo y un banquete imperial chino. Pero ¡salud!

Desaparecidos el último rastro de provolone y la última gota de los batidos, Simón se apersonó con el cubo de metal del que asomaba una botella bruna. La descorchó con dos certeros aspazos y sirvió un centímetro exacto a Luciano, que tras los prolegómenos de norma se lo llevó a los labios. ¡Qué diferencia! La boca se le agrandó henchida de un refrescante e intenso sabor a uva.

-¿Y?

-Deputamadre, don Antonio.

-¡A ver estos revueltitos!

Y Simón depositó cada porción al cabo de un preciso movimiento circular de su brazo derecho.

-¿Qué tal?

-¡Delicioso!

-¡¿...?!

-Perdón. ¡Deputamadre!

En efecto, las papas solo parecían existir como reminiscencia que tornaba a gatas crocante la simbiosis entre el huevo y el jamón.

-¿Y qué ha sido de tu ajetreada existencia todo este tiempo, muchacho?

-Sin parar un minuto. Con decirle que casi no tengo tiempo para estar con la gurrumina.

-Tenés que hacértelo, muchacho, y ha de ser el tiempo más importante. Todo lo demás puede aguardar, pero un chico no, porque no puede esperarte para crecer y no es justo que crezca sin vos. Tu hijita está aprendiendo a vivir, se está enterando sin saber de si la quieren y la respetan. Lo que aprenda ahora va a ser decisivo para el resto de su vida. Y lo que no aprenda, también. Esa plantita requiere enorme atención y tiene derecho a que se la presten. Es cierto que ni vos ni tu mujer pueden dejar de hacer todo lo que haga falta para darle de comer y un techo decente; pero la atención que le robe el trabajo de ustedes, por mucho que ella no lo pueda comprender ahora, le está volviendo transformada cada día. En cambio, la atención que le roban las demás cosas no.

-¿Me está diciendo que tendría que dejar de militar?

-¡De ningún modo! No se trata de elegir entre tu conciencia y tu hija. Pero, si me permitís, tenés que tener claras tus prioridades. Y esas prioridades han dejado de ser personalmente tuyas. Ahora tienen que venir primero las de tu hijita. Tu hijita tiene prioridades básicas; básicas por elementales y porque sobre ellas se está construyendo el edificio de su vida.

-Créame que a Veroniquita no la desatiendo. Vivo prácticamente para ella.

-Te creo que no la desatendés, muchacho, pero no te creo que vivas prácticamente para ella. Y es bueno que así sea. Tu hija tiene que ser, sin duda, lo más importante en tu vida, pero sería jodidísimo que fuera prácticamente lo único. Todo lo que te digo es que tenés que cuidar bien de que vos y, claro, sobre todo tu mujer le estén dedicando el tipo de tiempo que precisa. Cuidáte mucho de cometer con tu hijita los mismos errores que tus viejos con vos.

-A esa póngale la firma. Yo no sabré qué tengo que hacer para ser el padre que quiero para mi hija, pero sé perfectamente qué *no* tengo que hacer. Pierda cuidado, don Antonio, que

Veroniquita cuando sea grande me va a pasar, no lo dudo, una resma de cuentas, pero ninguna por falta de amor ni de atención ni de ternura ni de respeto.

-Bravo, muchacho.

Simón llegó precedido de un frondoso aroma a yodo.

-¡A ver estos calamarcitos!

Luciano tuvo que hacer un esfuerzo por superar la aversión inicial a un plato que parecía de petróleo crudo. Pero no bien se llevó el primer trozo a la boca el paladar le sonrió agradecido. La textura apenas gomosa del molusco venía bañada en una pasta de un sabor intenso que guardaba resabios de vino. Casi más apetitoso resultaba el arroz totalmente teñido de negro.

-¿Y? ¿Qué tal la parda pócima?

-¡Deputamadre! Aunque le juro que otro no me la habría hecho probar jamás.

Don Antonio bebió un pausado sorbo de vino.

-¿Así que seguís militando?

-Más que nunca. Y por favor, no empecemos. La dictadura se desmorona, la gente jamás había estado tan combativa. Pueden suceder grandes cosas, don Antonio; este país puede empezar a cambiar en serio y para mejor.

-¡Dichosas las neuronas que se lo creen!

-¡Vamos, don Antonio! A ver si depone un cachito ese derrotismo a ultranza.

-No es derrotismo ni a ultranza: es escepticismo y sensato. Este país va a cambiar, y puede que para mejor, aunque yo, personalmente, lo dudo. No mientras esté el peronismo atajando la pelota de la Historia, muchacho, que, hija de puta como es, no deja de patearle al cuerpo.

-El peronismo de hoy es otro, don Antonio.

-¿De veras lo creés? ¿Y en qué, seré curioso?

-En que han cambiado los propios peronistas. Hay una juventud nueva, que busca una salida distinta, socialista. La propia clase obrera ha cambiado. Somos un país mucho más industrializado, los trabajadores de hoy no son los cabecitas negras del 45 recién llegados del interior sin experiencia de clase.

-Estás hablando como un burócrata, muchacho. Como escritor, debería darte vergüenza.

-Todo lo que usted quiera, don Antonio, pero es así.

-*Parece* así, muchacho, pero en el fondo, las cosas no han cambiado tanto. La ideología peronista está incólume, simplemente se acentúan los matices de zurda, pero es una

maniobra coyuntural. Vas a ver. Si Perón llega a la presidencia otra vez, va a hacer el juego de siempre, solo que con cartas mucho peores. Y entonces sí que puede correr sangre.

-¿Y usted qué salida ve?

-Ninguna. Esa es la gran macana.

Simón se materializó como enviado por los Dioses.

-¿Un postrecito?

-Panqueques flambeados al Cointreau. Y a ver si Mr. Clean nos regala dos vasitos de su oporto particular.

Don Antonio desenfundó sus avíos para la pipa y se puso a prepararla con la ternura de siempre. Poco después reapareció Simón portando dos copas de oporto y sendas bandejitas en las que agonizaban las llamas.

-Dice don Niccola que esta botella se la acaban de mandar y que aprovechen porque de este no les vuelve a ofrecer.

-¡*Ave Nicholae pulcherrime!*

-¿Van a querer un cafecito?

-En realidad, preferiríamos uno cada uno, si no es mucho pedir.

-¡Usted sí que no tiene arreglo, don Antonio! Cada vez que se va yo me quedo de mejor humor.

-En ese caso, podés tomarlo como sucedáneo de la propina. ¡Salud, muchacho!

-¡Salud, don Antonio!

-¿Y?

-¡De pe eme!

Mientras Simón traía los cafés, don Antonio se marchó a su galaxia para encender la pipa. Terminada la meticulosa operación, regresó.

-¿Y tu padre, muchacho?

-Bien. Como siempre; bah, como siempre desde que tiene nieta. Mientras hablamos de la gurrumina no hay mayores cataclismos.

-¿Y tu vieja?

-De sempiterno polizón, don Antonio. La veo poco y casi no pienso en ella.

-¡Ojo con ese fantasma, muchacho!

Una vaharina más intensa que de costumbre monopolizó la mesa.

-¿Y las cosas con tu mujer?

-Bueno, como se imaginará, casi no tenemos tiempo para nosotros: el poquísimo que nos queda después de todo lo que hay que hacer es para Veroniquita.

-Sí, pero las cosas ¿qué tal?

-Bien. Vamos sacando adelante la familia, somos compañeros... Bien.

-Si vos lo decís, muchacho.

-¿Qué, no me cree?

-Es que si yo no te pregunto, casi no la mencionás.

-No se me asuste, que por ese lado no hay problema.

Su viejo amigo se quedó con un gesto trunco que Luciano tal vez no llegó a percibir.

-¡Simón, la cuenta!

Don Antonio se fue incorporando apoyándose en la mesa, el respaldo de la silla y el bastón, pero sin permitir que su amigo ni Simón lo ayudaran. Ya en la calle, Luciano detuvo un taxi.

-¿Y me va a dejar como siempre colgando del azar, don Antonio?

-Así es, muchacho. Ya ves que le podemos tener confianza.

El taxi se disolvió entre dos colectivos y Luciano se sorprendió contemplando un extraño paisaje de soledad.

Julio de 1972

En abril, el ERP secuestró y asesinó al empresario Oberdán Sallustro. Fue su pimer hecho de sangre. Más tarde cayó víctima de un atentado el general Juan Carlos Sánchez. Entretanto, se encrespaba la lucha anticolonial en el anacrónico Imperio Portugués, arreciaban los movimientos de liberación por América Latina, se profundizaba el proceso peruano encabezado por el general Velazco Alvarado, se afianzaba en Chile el poder de la Unidad Popular y el socialismo real parecía haber superado definitivamente el acné juvenil que tan fieramente le había brotado entre el otoño de Budapest y la primavera de Praga. Luciano intuyó que 1972 podía ser el año definitivo para lo que quedaba del siglo. Ahora militaba en el Frente de Intelectuales del Partido y su labor se concentraba en ayudar a Héctor Agosti a dar vida al Encuentro Nacional de los Argentinos, la repuesta del PC a La Hora del Pueblo, nucleamiento institucionalista de la derecha al que Lanusse esperaba fagocitar. La militancia le absorbía casi todo el tiempo útil. Lo que le quedaba lo dedicaba a escribir y mirar crecer a Veroniquita. Fueron días de exaltación y entusiasmo. La dictadura se venía abajo corroída por sus propias contradicciones y escalabrada por la serie de “-azos” que le había propinado el pueblo. Si las cartas se jugaban bien, y con un poco de suerte, el país podía salir adelante y, quién sabe, capaz que se daban las condiciones para la Revolución Democrático-burguesa con Vistas al Socialismo en que cifraban sus esperanzas los marxistas más sensatos. Verónica lo acolitaba todo lo que su trabajo de maestra y Veroniquita le permitían.

Aterido y calado hasta el alma por aquella pérfida lluvia que lo había sorprendido a las cinco en punto de la tarde cruzando la Plaza San Martín y resuelto heroicamente a afrontar la lista de precios del Petit Paris, Luciano vislumbró del otro lado del enorme ventanal la silueta entrañable de don Antonio con la mirada perdida en la molicie de sus fumaradas. Golpeó con los nudillos en la ventana y vio como en el rostro de su viejo amigo se encendía preludiando el calor que lo aguardaba del otro lado de la puerta.

-¡Muchacho, carajo! ¡Qué ganas de verte!

-¡Y yo ni se imagina, don Antonio!

-Bueno, pero sacáte ese anorak ensopado y sentáte. ¿Un buen chocolate con tostadas?

-¡*Non se ne parli più!*

-¡Mozo!

Se apersonó un provinciano achinado con aires de mayordomo venido a menos.

-¿En qué puedo servirlo, señor?

-Un chocolate bien espeso, doble ración de tostadas con manteca y dulce, y para mí otro café y un Reserva San Juan.

-Ya mismo, señor.

El mozo se alejó con un incongruo aire de pingüino puneño.

-¿Qué cuenta, don Antonio?

-¿Qué voy a contar? Mi historia hace rato que da vueltas cada vez más inútiles alrededor de esta puta pierna. Háblame de vos. ¿Qué es de tu vida? ¿En qué andás? ¿Cómo están tu mujer y tu hijita?

-Sigo básicamente en lo mismo, pero con más frío. Veroniquita hecha una diabla. Yo, tratando de ser escritor, marido y padre. ¡La pucha que son tres cosas difíciles! Entre el trabajo de Verónica y el mío, los problemas de guita que parece que no se resuelven nunca, la militancia y Veroniquita que nos acapara toda la atención que nos queda, llegamos al final del día extenuados. ¿Usted sabe cuánto hace que no nos tomamos vacaciones? Si de pronto pasan uno o dos meses y caemos en la cuenta de que no hemos salido ni a comer. El Colón no lo pisamos desde que nació la gurrumina.

El Perkins austral trajo en una taza la miniatura de un cráter del que manaba un aroma espeso que aventajó la memoria del del tabaco. Luego se entreveraron los levísimos armónicos del pan recién tostado y, de lejos, la presencia del café. Luciano apenas esperó lo suficiente para no calcinarse y sintió que el paladar se le tapizaba de una pátina remotamente amarga. Don Antonio echó en su pocillo unas gotas de coñac, bebió un sorbo y se quedó observando a su pupilo desde detrás de la pipa agonizante.

-Ya me lo veo venir. Usted quiere saber si sigo en el Partido, ¿no? Afirmativo.

-Después no me vengas con que te saco el tema.

-¡Quién me manda abrir la boca!

-Me temo que es tarde. ¿Qué me contás de la situación?

-La dictadura se está desmoronando. Lanusse quiere seguir en el poder y para eso está tratando de conglomerar a la derecha de los partidos burgueses que, en el fondo tiene miedo de que las masas desborden a Perón. Por eso nosotros estamos tratando de formar el polo progresista con lo mejor de esos mismos partidos... ¿Por qué sonrías?

-Porque veinticinco años después ustedes siguen sin comprender el peronismo.

-Vea, don Antonio, por lo pronto el peronismo de hoy no es el del 45...

-Mirá muchacho, el peronismo ha sido siempre una bolsa de gatos y ahora peor. Hay una masa trabajadora que no ha perdido sus ilusiones y está dispuesta a darle a Perón un cheque en blanco. Está la juventud que se ha jugado y le va a pasar la cuenta. Está una parte

importante de la pequeña burguesía que se hace ilusiones de revivir el pacto social del primer peronismo, convencida de que, si se porta bien, la van a dejar vivir en paz y prosperar en medio del bochinche obrerista. Hay una intelectualidad que esta vez no quiere apearse del tren del pueblo. Tenemos a la gran burguesía que sabe que, si mueve bien sus fichas, va a hacer su negocio. Están también los oportunistas de siempre, buscando apostar al número ganador para después ver qué partido pueden sacar. Y, por último, por supuesto, todo el espectro de fascistas, que sueñan con la reencarnación de un “líder”, de un “conductor”, cuyos equivalentes italiano y alemán son, respectivamente, *Duce* y *Führer*. Esos son los sectores que apoyan a Perón. ¿Quiénes quedan por fuera? Únicamente los radicales que cuentan con capitalizar la pusilanimidad de la pequeña burguesía antiperonista, la derecha gorila, que no puede olvidar el incendio del *Jockey Club*, y los trotskos menos engegucidos. Entre eso y la bronca de la gente, el peronismo va a ganar. Y ahí no quiero ni pensar la que se viene.

-Todo va a depender de cómo reaccionen las masas. Por eso hay que trabajar para aglutinar a las fuerzas progresistas, dentro y fuera del peronismo. Y además, la coyuntura internacional es otra. Hay fenómenos inéditos; pero, sobre todo, hay un campo socialista fuerte que se ha convertido en una verdadera garantía para todos los pueblos, que ayuda a Vietnam y a Cuba; y a los movimientos de liberación....

-Africanos, porque lo que es a los nuestros, ni un centavo. ¿No te llama la atención la escasísima atención que les merecemos a los dos referentes atómicos de la Revolución? Mirá, muchacho, primero: Yalta es Yalta. En nuestra querida América latina la URSS no se va a meter, y China menos (salvo para joder a los comunistas prosoviéticos, claro). Históricamente, Cuba ha sido y seguirá siendo un flato inesperado que tomó igualmente desprevenidos a los yanquis, a los soviéticos y a los chinos, y que, de yapa, casi causa una guerra, así que Chile mejor que no cuente con la ayuda fraternal de las irreconciliables vanguardias del proletariado. Segundo: no te engañes, la Unión Soviética y China defienden ante todo sus propios intereses.

-Usted habla de la URSS como si fuera lo mismo que los gringos. Pero si la clase gobernante en los países capitalistas es la de los dueños de los medios de producción, ¿qué clase tiene el poder en la Unión Soviética? Porque burguesía, que yo sepa, no hay, ¿no?

-Buena pregunta, muchacho. Yo mismo no estoy del todo satisfecho con la respuesta que se me ocurre. Es cierto que en la URSS no hay una clase propietaria de los medios de producción. Pero también es evidente que, sin haberse adueñado de ellos, la burocracia los administra para su propio beneficio. Por más vueltas que le des, los lujos de la nomenclatura no tienen otro origen que la plusvalía, léase la explotación. Lo que ocurre es que como los

nomenclátoreos no son propietarios sino administradores -y, para peor, administradores incompetentes-, solo pueden enriquecerse venalmente con las migajas de privilegios y prebendas que a los cresos de occidente han de parecerles de risa. Porque es obvio que el más rico camarada del Politburó es un pobre diablo comparado con un burgués argentino mínimamente acomodado.

Don Antonio resolvió sumarse al silencio que había inaugurado su amigo so pretexto de la pipa, que volvió a encender con amorosa paciencia.

-En realidad, yo no quería reanudar nuestra tradicional polémica sino que me hablaras de vos, de tus planes. Si te entiendo bien, estás básicamente contento con tu vida...

-Con todo menos con el laburo.

-El trabajo se te va a arreglar tarde o temprano, creeme. Y la literatura también. Me alegra que sigas prendido a la pluma. ¿Cómo te está yendo?

-Me cuesta, pero no cejo. Los cuentos me empiezan a salir más o menos redondos, aunque, claro, yo sigo apuntando a la novela, pero me da muchísimo trabajo.

-Ya te vas a encontrar. El secreto está en buscar con tesón, disciplina y, sobre todo, sinceridad. Si ser escritor está en vos, el asunto no es sino cuestión de tiempo.

Don Antonio se recluyó en un silencio como de búsqueda.

-¿Y qué tal las cosas con tu mujer?

-Bien, toco madera. Es una gran mina, don Antonio, y una gran compañera. Con todas las dificultades que tenemos, con Veroniquita que no nos deja casi tiempo para estar juntos, yo la siento siempre conmigo. Volver a mi casa es lo mejor que me sucede cada día.

El gesto de entusiasmo de Luciano se transmutó en una expresión de extrañeza.

-¿Por qué me lo preguntó?

-Porque hablás poco de ella.

Esta vez fue Luciano el que se retiró a buscar.

-Pero contáme de tu hijita.

-¿Qué quiere que le cuente, don Antonio? Es una luz. Crece cada minuto, cada minuto descubre algo nuevo. Se la pasa correteando por todo el planeta y preguntando en una media lengua que es para comérsela el por qué del universo. ¡Ah!, y le cuento que con Verónica cuidamos que siempre haya música clásica de fondo... ¡y le encanta! Sobre todo... adivine.

-No me digas que...

-¡Francesco Giuseppe! Adora el cuarteto *El emperador*, mire qué paquetería.

-Por lo que decís, tiene que estar pasando por una infancia feliz. Bravo, muchacho. La lección principal la tenés bien aprendida.

-Me ha tocado en suerte un buen maestro.

Don Antonio esbozó un conato de sonrisa, y Luciano supo que había acusado el golpe siempre embarazoso de la gratitud.

-Y hablando de buenos maestros, ¿que es de la vida de tu viejo?

-No le podía fallar el orden del día, ¿eh? Ahí anda, enloquecido con la nieta. Le juro que a veces no lo reconozco. ¡Y la paciencia que le tiene!

-¿Y con vos?

-Conmigo igual. Eso me temo que no tiene remedio.

-Nunca se sabe muchacho. Todos los incurables tienen cura...

-...cinco segundos antes de la muerte. Almafuerte *dixit*. Ojalá, don Antonio.

-¿Y tu vieja?

-De perpetuo polizón. Y por lo demás, siempre igual... o peor. La nieta, como le dije, le ha hecho palmaria su vejez.

-Sí. Y ahora que ha aparecido esa nueva mujer que acapara el poco cariño que le sobra a tu viejo, siente que su hombre cada vez le queda más lejos, y que hasta vos, el sucedáneo al que nunca prestó mayor atención, la ha abandonado para siempre.

Don Antonio volvió a atender su pipa. Luciano tuvo la impresión de que lo hacía con mayor morosidad que otras veces.

-¡Estás hecho un hombre, carajo!

-Ya venía siendo hora, ¿no?

La primera vaharada abrió paso a un rostro inesperadamente melancólico.

-A veces hasta me da pena...

-¿...?

-No me hagas caso. Mejor aceptáme una invitación a cenar.

-No sabe cómo me encantaría, pero le prometí a Verónica que volvería antes de las siete.

-Esa es una promesa sagrada, muchacho. No te detengo más.

-¿Usted se queda?

-A mí el tiempo me da lo mismo pasarlo en cualquier sitio agradable.

Luciano se sintió incómodo. Recusar la invitación de su amigo tenía un dejo de traición; pero Veroniquita lo reclamaba... No. La gurrumina estaría ocupadísima en crecer. Era él el que no aguantaba un minuto más sin verla.

-¿Y si se viene a cenar con nosotros, don Antonio?

-Otro día, muchacho. Andá nomás, que le estás robando tiempo a tu hijita... y también a tu mujer.

-¿Hasta la próxima vez, entonces?

-Sin falta.

Luciano tuvo la sensación de que don Antonio se había quedado mirándolo como a un barco que zarpa.

Marzo de 1973

Lanusse se jugó, pues, a quedarse con el poder pero el tiro le salió por la culata. Comenzó desafiando a Perón diciendo que no venía porque no le daba el cuero y perdió en el primer round. En su escala en Ciampino, fue a recibir al vetusto Líder una delegación encabezada nada menos que por el “hermano” Giancarlo Maria Valori, turiferario del “venerable” Licio Gelli, eminencia gris oscuro de la Logia P-2 y timonel del Banco Ambrosiano (administrador del capital de Dios en la Tierra), cuyo Presidente poco después apareció colgado, diz que con asistencia solidaria, de un puente londinense. El General viajó en un Boeing de Alitalia (el *Giuseppe Verdi* ¡pobre maestro!) acompañado por de cada pueblo un paisano, empezando por su futura viuda y el Cabo de la Policía Federal, astrólogo y nigromante José López Rega; desde el afamado neurocirujano Raúl Mattera hasta el burócrata sindical Casildo Herreras, pasando por escritores como Martha Lynch, cineastas como Leonardo Favio, cantores como Hugo del Carril, *regisseurs* como Juan Carlos Gené, actrices como Marilina Ross, *mannequins* como Chunchuna Villafañe, futbolistas como José Sanfilippo, historiadores como José María Rosa y sacerdotes como el padre Carlos Mugica. Llegado a sus pagos, Perón rechazó la candidatura a la Presidencia por el Frente Justicialista de Liberación -*Freyulí*, como le decían en el Barrio Norte-, pero la fórmula vicaria Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima sacó el 11 de marzo el 49,56% de los votos y ya no hubo excusa para la segunda vuelta. El peronismo ecléctico, proteico y folclórico se había adueñado de la mitad de las conciencias. En suma, que votó a Perón una auténtica bolsa de gatos que no tardarían en entrarse a los zarpazos.

Esa misma noche a las ocho, Luciano salía de una reunión de balance en el Comité de la Capital cuando se dio casi de bruces con un bulto que se desplazaba con el torpor de un caracol maltrecho.

-¡Don Antonio!

-¡Muchacho!

-¿Pero qué hace por acá y de a pie?

-Vengo de votar, muchacho. Sin mayores esperanzas, te confieso, porque no creo que las cosas vayan realmente a cambiar para mejor, pero había que expresar el repudio a la maniobra continuista.

-¿Entonces vive por acá?

-A los efectos cívicos, sí. Pero a los vitales, no del todo.

-¿Y para dónde va?

-Me temo que para ningún lado, muchacho. Estuve sentado en un bar como tres horas esperando que volvieran a circular los taxis, pero no hay caso. Acabo de caminar media cuadra y te confieso que no doy más. ¡Pierna de mierda!

-Bueno, déjeme ver... ¡Mire, ahí viene uno! No tiene la banderita, pero a lo mejor si ve que usted no puede caminar nos para. ¡Taxi!

El taxista, en efecto, los vio y se detuvo.

-¡Arriba, compañeros, que si no vaya uno a saber cuánto más van a tener que esperar!

-¡Menos mal que lo encontramos, porque ya habíamos tirado la toalla!

-Es que el pueblo está de fiesta, compañero. Yo, le digo, salí porque pensé que alguien tenía que andar yirando por si había alguna emergencia. A ustedes les paré porque lo vi acá al compañero con bastón... Espero que no se ofenda.

-¡Qué me voy a ofender!

-¡Mejor así! ¿Para dónde los llevo?

-A Hipólito Yrigoyen al 1600.

-¡Con el mayor placer, compañero!

-¡Pero don Antonio, si seguro que va a estar cerrado! Y además, ¿cómo se va a volver a su casa después?

-De alguna manera nos vamos a arreglar muchacho. Que no se diga que nos hemos encontrado, y especialmente en un día como hoy, y que no hemos ido a festejar como Dios manda.

-¿Así que usted también está contento, compañero?

-¡Claro que sí! ¡Si por fin nos sacamos a estos milicos de encima!

-¡Satamente! ¡Y qué paliza que les dimos! Claro, Lanusse se creyó que con el cuco del Viejo iba a asustar a la clase media y que entonces lo iban a votar a él. Para eso tenía que jugarse a la polarización y entonces se inventó eso del *ballotage* que se trajo de Francia. En la primera vuelta ¡sálvese quién pueda!, y en la segunda: el Viejo contra él. Pero por una vez el pueblo nuestro, que es muy ignorante en estas cosas, la vio venir clarito y les escupió el asado.

-¿Y cómo cree que va a ser este gobierno?

-Y, popular, ¿cómo va a ser? Vamos a volver a tener la dignidad que teníamos los trabajadores, vamos a hacer como en Chile. Claro que los chilenos tienen la ventaja de un ejército que no se mete en política. Pero acá a los milicos les acabamos de dar la gran paliza, así que otro golpe de estado, ¡minga! Acá el pueblo no se va a dejar madrugar. Aparte de que muchos militares son peronistas y, si hace falta, al Viejo lo van a defender. ¡Lástima que no

quiso ser candidato! Pero es lo de menos, porque la consigna está clarita: ¡Cámpora al gobierno, Perón al poder! Además, el Tío es un compañero de fierro, leal, honesto, sin ambiciones personales, un compañero que va a hacer la política del Viejo, ya va a ver. Y para más datos tiene detrás no solamente a toda la clase trabajadora, sino a la juventud. Y esta juventud, fíjese bien lo que le digo, al Viejo no lo conocía. Solamente lo conoce por lo que le contamos los viejos como yo. Porque si nosotros queremos el país que nos robaron, estos pibes quieren el país que nunca tuvieron, ¿se da cuenta? Estos pibes no quieren, como nosotros, el pasado; quieren el futuro. Quieren poder estudiar, poder laburar, tener lo que los padres les contamos que teníamos. Nosotros, a ver si me explico, peleamos por un recuerdo, ellos pelean por el mañana... ¡Y cómo pelean! Yo, le digo sinceramente, creo que sin estos pibes el Viejo no habría podido volver. Los viejos como yo se lo debemos a ellos. Y eso, a mí, como argentino, como peronista de toda la vida, me llena de orgullo. ¡Mire, si se lo digo y hasta me pongo a lagrimear, la puta que lo parió! Es que son diecisiete años, compañero. ¡Diecisiete años de rezar todas las noches! ¡Diecisiete años de hacer huelgas, de aguantar palos, de abrocharse el cinturón! Pero a ver si todavía me paso... ¿Dónde quieren que los deje, compañeros?

-En el Sáenz Peña. ¿Cuánto le debemos?

-¡Nada, compañero! ¿No se fijó que ni puse el reloj? Hoy el pueblo peronista está de fiesta, compañero; y el no peronista también. Hoy estamos de fiesta todos los argentinos menos los gorilas y los oligarcas. ¡Cómo quiere que le cobre!

Por suerte, el restaurante estaba abierto. A Luciano le dio la impresión de que don Antonio se había tornado más ágil. No que salir del taxi no le costara, pero lo hizo con inusitado vigor. Simón los vio y salió a recibirlos.

-¡Don Antonio! ¿Pero qué hace por la calle un día como hoy? ¡Pase, pase! ¡Y usted también, joven, y perdone que no lo saludé... es que la emoción, usted sabe!

-¿Cómo andás Simón?

-¿Y cómo quiere que ande, don Antonio? ¡Saltando en una nube! Y don Niccola ni le cuento. No bien anunciaron que seguro que no iba a haber segunda vuelta, me llamó a mi casa y me dijo, Vení que esta noche abrimos, Simón, para que la gente tenga dónde festejar. ¡Pero pasen, pasen, nomás! Eso sí, van a tener que disculpar, porque aparte de que acabamos de abrir casi no hay nada.

-Decinos que sí hay y cortamos por lo sano.

-Tengo un vitel toné que es de ayer, pero está muy bueno. Y después les puedo ofrecer, qué sé yo... algo sencillito, de parrilla...

-Don Antonio, ¿y si nos mandáramos unas buenas milanesas con papas fritas?

-¡Muchacho, tu sensatez me pasma! ¿Puede ser?

-¿Cómo no va a poder ser, don Antonio? Ya mismo marchan. ¿Les traigo el vitel?

-Y nos abrís un Montchenot para festejar.

Simón desapareció entre el desierto de mesas y sillas para rematerializarse armado del vino y el sacacorchos.

-¿Prueba el pibe?

-Prueba el pibe.

Luciano cató con especial atención. Le pareció una delicia, con una cálida reminiscencia de la madera que lo había prohiado seis de los diez años de espera y el dejo de una aspereza casi imperceptible.

-¿...?

-Deputamadre, don Antonio. ¡Salud!

-¡Salud muchacho! Pero esperá. ¡Simón!

Simón venía con la bandejita de metal.

-¡Vení, Simón! Vas a brindar con nosotros. Pero primero andá a llamarlo al Tano: ¡Que venga a brindar con su propio vino que pagamos nosotros, carajo! ¿Se baño? ¿O está de fiesta pero no tanto?

-No va a salir, don Antonio. Usté sabe como es.

-Sí, enemigo del jabón y sus derivados.

-Por hoy déjese de jorobar, don Antonio. ¡Salud!

-¡Salud!

-¡Salud!

-A ver qué te parece el *vitello tonnato*.

Luciano cortó un trozo de pesceto cubierto como por una salsa bechamel. Le llamó la atención un sabor levemente salobre que no llegó a individualizar.

-¿Y?

-Deputamadre, don Antonio; pero no consigo identificar el gusto.

-Bueno, la carne es pesceto, pero la salsa lleva atún y anchoas, y ese es el gusto que te desconcierta. Pero decíme, ¿cómo andan tus cosas, muchacho?

-Como siempre. O sea, bien en todo menos en plata. La gurrumina sigue creciendo minuto a minuto, cada vez más idéntica a la madre. Verónica sigue en el Liceo Francés. Yo sigo traduciendo y dando clases.

-¿Y escribiendo?

-Todo lo que puedo, que no es mucho. Pero tengo mi primera novela casi que terminada.

-¿Principio, fin y piedra angular?

-Principio, fin y piedra angular.

-¡Enhorabuena, muchacho! Aunque sospecho que no me vas a decir nada más, ¿*vero*?

-*Verissimo*.

-¡Así que habías salido escritor después de todo! ¿Y tu mujer y tu hijita? ¿Sigue amante de Haydn?

-¡Al pie del cañón! Aunque ahora que va al jardín de infantes me la están distraendo con las típicas zonceras infantiles. ¡Pero viera como las canta! Tiene una afinación que ni la Tebaldi.

-¿Y tu señora?

-Bien, como siempre. Es más, andamos buscando acrecentar el parvulario. No queremos que la gurrumina se nos quede de hija única.

-Hacen bien, muchacho. Como tan bien sabés, ser hijo único suele ser peligroso. ¿Y tus viejos?

-Igual.

-Y vos, claro, siempre en el Partido...

-Y yo, claro, siempre en el Partido. Y usted, claro, ya va a empezar otra vez. ¡Estamos de fiesta, don Antonio!

-¡Bien acotado, muchacho! Mejor cierro el pico.

No habían terminado de deglutir el último trozo cuando Simón reapareció con las milanasas. Tiernas como una muchacha que se abre por primera vez al amor y con regusto al ajo abundante con el que habían compartido el aceite.

-¡Salud!

-¡Salud!

Camino de devolver la copa a la mesa, Luciano dejó entrever una sombra en la mirada.

-¿De veras cree que la cosa no va a cambiar, don Antonio?

-Como creo habérselo dicho, muchacho, mucho me temo que no para mejor.

-No lo entiendo, don Antonio. Fíjese el ánimo de la gente, el entusiasmo, la conciencia...

-No te encandiles, muchacho. Es cierto. Hay un aire nuevo. Pero yo en Perón no confío. Ya va a encontrar la manera de desviar todo este entusiasmo. Fijáte, además, en su

entorno íntimo. Perón tiene cuerda si acaso para un par de años y esos secuaces siniestros son los que van a heredar el poder. Y además, está la violencia. Eso no va a parar así nomás. La derecha fascista va a pasar a la ofensiva, y a la hora de matar, va a dejar enanos a los Montoneros y al ERP juntos. La pequeña burguesía que ahora anda saltando de alegría se va a pegar el gran cagazo. Y una de dos: o nos sumimos en una guerra civil de consecuencias que ni quiero imaginar, o volvemos a tener a los milicos; y si llega a ser así, vamos a recordar el onganiato como un período de entrañable bonhomía.

-¡Pucha que está pesimista, don Antonio!

-Digamos, insisto, que escéptico. La Historia, muchacho...

-Es una hija de puta.

-¡Exactamente! Y no quiero ni pensar con qué nos va a salir.

-¡Pero hace cinco minutos usted estaba festejando, don Antonio!

-Y sinceramente, muchacho. Celebro el fin de esta dictadura. Pero también tiemblo pensando en la que puede venir si las cartas se barajan y se juegan mal. Es que cuando miro a los jugadores que tiene la zurda peronista me quiero agarrar de los pelos. Vaca Narvaja, Ramus, Cabo, Abal Medina, Galimberti... hasta hace quince minutos estos tipos eran nazis. Y los de la variante trotska no son mucho más promisorios, porque Gorriarán Merlo, Pujals, Santucho y compañía se dicen guevaristas pero no han entendido lo esencial del planteo del Che... ¡Y mirá que yo no comulgo con él!

-¿En qué sentido?

-En que no comprenden que ahora la lucha no puede más que ser cívica. Van a querer seguir fungiendo de Tupamaros transplatinos, solo que encastrados de sangre y con gobierno constitucional. Entre ellos y los Montos bien pueden dar el pretexto para el golpe militar más sanguinario de la hijísima de puta de la Historia de este pobre país. Ojalá me equivoque, pero no lo creo.

-Me temo que de postre no les puedo ofrecer más que flan casero.

-¡*Non se ne parli più!* ¿Crema o dulce de leche, muchacho?

-Dulce de leche, por supuesto.

-¡Que sean dos, entonces! Y le decís al Tano que, bien que comprendemos el pudor elemental que le impide manifestarse ante nosotros en todo su aromático esplendor, nos mande algo digno con que brindar.

Simón regresó con dos porciones elefantiásicas de flan que disputaban heroicamente el espacio a unas ciclópeas plastas de dulce de leche y con tres vasos de un vino espumante.

-Es champán, don Antonio.

-¿De qué procedencia geográfica?

-Pruebe y me dice. Y me traje también para mí. ¡Salud!

-¡Salud!

-¡Salud!... ¡Pero la reputísima madre que lo remil parió al Tano panodoro! ¡Esto es francés!

-Píper Jísic.

-¡Piper Heidsieck! ¿Y de dónde carajo lo sacó?

-Se lo trae un piloto de Air France que viene siempre a comer aquí.

-¿Y lo abrió para nosotros?

-No es para tanto. Lo abrió apenas supo que no habría segunda vuelta y esto es lo que le quedaba.

-O sea, que no ha querido comparecer no tanto por prurito de higiene deficiente como de beodez excesiva.

-¡Usted no cambia, don Antonio!

-A esta edad, ni aunque quisiera. El próximo acto del drama, empero, es cómo mierda consigo un taxi para volver a mi casita.

-Yo tengo un amigo remisero que lo puede venir a buscar. Ya mismo lo llamo.

-En el ínterin, fijáte si no quedó alguna gota de este galo néctar. Caso contrario, unos cafecitos bien cargados y dos Cointreau. ¡Ah, y la cuenta!

Simón se internó en la cocina y regresó con los cafés y dos copas de champán a medio servir.

-Es todo lo que quedaba, don Antonio.

-¿Y la cuenta?

-Dice don Niccola que la próxima vez le cobra doble.

-Ese hombre es como los primeros santos de la cristiandad: cochino, pero infinitamente bondadoso.

Entretanto había llegado el taxi. Don Antonio, por supuesto, no se dejó ayudar y se trasladó con su sempiterna laboriosidad hasta la calle para desembocar en la ímproba tarea de subirse al coche que lo aguardaba con la portezuela abierta.

-¿Te puedo acercar a algún sitio, muchacho?

-No vale la pena don Antonio. Vivo bastante cerca y prefiero caminar.

-¡Hasta la próxima, entonces!

Y el auto fue empequeñeciéndose por la calle que se angostaba hacia una noche en la que, distantes, comenzaban con su estruendo los cohetes y los bombos.

Octubre de 1973

Cámpora dio inicio a una política de neto corte popular, pero la izquierda peronista se le fue de las manos y la derecha pasó inmediatamente al contraataque. Cundían las ocupaciones de fábricas y los secuestros de empresarios. Si tras la de Aramburu y hasta el cambio de gobierno los movimientos guerrilleros tenían en su haber nueve muertes, los asesinatos y los atentados ahora se tornaban cada vez más frecuentes y, con ellos, la polarización del peronismo más irreconciliable y violenta. La prensa amarilla comenzó a denunciar el “vacío de poder” en torno del “dentista de Giles”. El 15 de junio, el ingenuo y descartable Tío se fue a buscar a Perón (que no había asistido a la ceremonia de asunción del mando pero sí, en cambio, se había vuelto a la España de Franco) y el 20 se lo trajo, pero enojado. En las inmediaciones del Aeropuerto Internacional de Ezeiza se congregó a aguardar al Viejo una variopinta multitud - muestra inconfundible del país real- que respondía en su mayoría a la Juventud Peronista, manejada a su vez por los Montoneros. La ultraderecha, por su cuenta, se había hecho de la tribuna y llegó dispuesta a saldar cuentas de una vez por todas con los insumisos. El resultado oficial de la matanza fue de 14 muertos y 93 heridos. Pero la víctima principal fue el proyecto peronista: el de Perón y el de los otros. Buen comunista argentino, Luciano no pudo nunca superar su aversión visceral a un movimiento que sabía irredimiblemente fascista, aunque, por desconcertante añadidura, representara falaz pero indudablemente a aquel país real que siempre lo había incomodado. No se engañaba; esa fogosa muchachada no iba a poder cambiar el peronismo. O el peronismo lograba cambiarla a ella o terminaría asesinandola a mansalva. El tiempo ya estaba dándole la razón. En julio, los putativos sitiadores del Viejo derrocaron palaciegamente al Tío, instalaron provisionalmente a Raúl Lastiri, yerno de López Rega, y, tras unas nuevas elecciones, entronizaron al matrimonio Perón. Debutaron las desapariciones. Derecha e izquierda peronistas se batían sin cuartel.

En marzo Luciano había viajado a Chile contratado por el Instituto Pedagógico para dar una serie de clases y conferencias. El país bullía. Sus amigos no daban abasto, volcados por entero a la hermosa tarea de afianzar el gobierno popular y a la menos constructiva de pelearse entre ellos. El Partido Radical se dividió; la escisión, el PIR o Partido de Izquierda Radical, terminó desertando de la UP. Pero quedaban el Partido Socialista, el MAPU, el MAPU Obrero y Campesino, Izquierda Cristiana y, desde luego, el vasto Partido Comunista de Chile. El MIR apoyaba, y jorobaba, desde la orilla, preparándose -y era el único que la vio venir- para la riada de sangre. Luciano disfrutaba profundamente aquellos “baños de masas”, como los llamaba Rodolfo Ghioldi, en que la clase obrera íntegra, unida férreamente en la

CUT, salía a manifestar codo con codo junto a los estudiantes. Don Antonio se lo había dicho, era un país que tenía la enorme ventaja de estar lleno de chilenos. En una manifestación de las más nutridas, se perdió dentro de un grupo de obreros que se pasaban una botella de vino. Cuando se la ofrecieron a él, le pegó un ósculo más prolongado que lo convencional, con lo que el que se la había dado le recriminó, ¡No compañero, zi no eh pa' curarze zino pa' gritar má juerte! Por la calle desfilaba de pronto una columna de chiquilines con los libros bajo el brazo coreando, ¡Estos momios desgraciaos ya nos tienen rechoreaos! El transporte público se hizo gratuito para los escolares y las "micros" ostentaban en el parabrisas un cartel que decía "El gobierno popular los lleva gratis: suban cabritos". Los niños de las "callampas" recibían religiosamente su medio litro de leche todos los días. El proyecto del metro, que debía unir el centro con el Barrio Alto, fue modificado para terminar en un suburbio trabajador. Los funcionarios públicos se redujeron sus propios sueldos. Por primera vez en la historia del país, un gobierno en ejercicio lograba aumentar la cantidad de votos en las elecciones parlamentarias de mitad del período.

Cuando regresó a Buenos Aires, a principios de agosto, Luciano habría querido hacer las valijas y volverse con sus mujeres a vivir aquella vida plena, pero como Patricia acababa de estrenarse y Veroniquita tenía sarampión resolvieron esperar. Eso, seguramente, le salvó la vida. El 11 de septiembre mismo sus compañeros fueron arreados directamente al Estadio Nacional. No salió ninguno. Luciano participó con Veroniquita en andas en la multitudinaria manifestación que se organizó en Buenos Aires y los cuatro asistieron al acto del Luna Park, donde, sin saberlo, Patricia realizó su gran debut político, prendida tenazmente al pezón generoso de su madre.

Luciano bajaba por Corrientes, tras una reunión en la que se había analizado la situación chilena, cuando volvió a dar con don Antonio, que estaba en estremo tren de subirse a un taxi en la esquina de Uruguay.

-Perdón, señor, ¿me permite que lo ayude?

-¡Muchacho!

-El mismísimo.

-¡Subí, subí que vamos a festejar el reencuentro! ¿Tenés tiempo?

-Para usted, siempre. Y si es para comer, más todavía.

-A Hipólito Yrigoyen al 1600, por favor. ¿Qué me contás muchacho? ¿Cómo están tu mujer y tu hijita?

-Mis hijitas, don Antonio. Me acaba de nacer la segunda.

-¡Te felicito! ¡Razón de más para festejar; aunque no en Clark's, que después te da culpa! Bueno, pero contáme; contáme cómo se llama, contáme todo.

-Se llama Patricia, nació con casi tres kilos y la ha piantado del trono a Veroniquita, que no deja de protestar. Verónica y yo, bien. El laburo, como siempre, aleatorio. Y el talante medio de capa caída con lo de Chile.

-Con esa tamo' todo 'e luto, jefe.

-¿Cómo dice, chofer?

-No, que lo escucho 'é hablar de lo de Chile, y le digo que eso no' puso 'e luto a todo'. Yo tenía la esperanza que acá juera a ser lo mismo, ¿vio? Que tendríamos gobierno popular nosotros' también; pero ¡qué mierda vamo' a tener! Si lo único que sabemos e' hacér quilombo y agarrarno' a tiro'. Ahora volvió a salir el Viejo, pero ¿qué quiere que le diga? Yo no sé. El Movimiento 'tá muy dividido, y al viejo lo tienen sitiado el Brujo y la Isabelita. Además', el Viejo 'tá viejo. ¿Cuánto má' puede durar? ¿Y depué'? No, yo me la veo venir muy mal, me la veo. Acá va a correr má' sangre que en Chile, acuérdesse lo que le digo. Dio' no lo permita, pero yo me la veo venir así.

Los tres hombres guardaron silencio el resto del trayecto.

-Nos deja en el restorán, por favor. ¿Cuánto es?

-Son, a ver, y mire, lo dejamo' en mil quinientos'.

Don Antonio se apeó en dilatados movimientos de descompresión y Luciano supo que sería peor que inútil hacer amague de ayudarlo.

-¡Bienvenido don Antonio! ¿Cómo le va, joven?

-¡Cómo andás Simón! ¿Y cómo anda el Tano? ¿Siempre ineludicante ante las tentaciones de la higiene?

-¡Ya tenía que empezar! Usté no tiene remedio, don Antonio. Venga siéntese aquí que yo ya mismo traigo los batidos, el queso y todo lo demás.

-¿Qué te tienta para festejar tu segunda vástaga?

-¿Sabe qué querría? Un buen bife de chorizo con ensalada mixta.

-Observo que te has puesto telúrico, muchacho. ¿Y para empezar?

-Con el queso me basta.

-Muchacho, estás desconocido. Pero hágase tu voluntad de flamante progenitor.
¡Simón!

-¡Ordene, don Antonio!

-Hoy estamos de guardar, de modo que nos vas a traer dos bifés de chorizo exactamente a punto con ensalada mixta. Y para ahogar las penas por lo de Chile, un Cavas de Weinert.

-¡Esa sí que es terrible, don Antonio! Y lo más peor es la sangre que está corriendo... ¡Pobres chilenos, carajo! Bueno pero mejor no sigo porque me amargo más. Ya mismo le hago marchar los bifés.

Mientras Simón se alejaba sin la vivacidad de siempre, don Antonio hizo un gesto como para olvidar que había bromeado con algo que no admitía bromas. Lo substituyó con una sonrisa a medias.

-¿Y qué tal tu viejo, ahora que tiene dos nietas para jugar a ser humano?

-Más chocho que nunca, como se podrá imaginar. Bien. Mientras no hablamos de mí, quiero decir. Y yo lo evito todo lo posible.

-¿Y tu mamá?

-Dos veces más histérica que con Veroniquita sola.

-Siempre de polizón, ¿eh?

-¡Qué se le va a hacer!

Don Antonio pareció darse una vuelta por su remota constelación y, de regreso, inquirió:

-Decíme, muchacho, ¿todavía creés en la Revolución?

-Todavía, y me temo que siempre.

-Siempre es mucho tiempo, muchacho. Demasiado. ¿No has escarmentado con Chile? Fijate: un gobierno genuinamente popular, genuinamente democrático, con genuino apoyo en la calle, en un país de genuina tradición democrática, con un Partido Comunista genuinamente de masas, con unas Fuerzas Armadas parecía que genuinamente constitucionalistas. ¿Te imaginás si el pueblo hubiese tenido armas?

-Se diría que lo alegra...

-No. Me entristece profundamente, pero también me alivia. Porque yo sigo creyendo que Marx tenía razón, que el socialismo es la etapa superior del capitalismo, no la inferior, y que históricamente solo puede darse en los países más desarrollados. Y creo, para mi propio pesar, que las intenciones revolucionarias en países como Chile o la Argentina, para no hablar de Nicaragua o Malí, están condenadas de antemano, CIA o no CIA. Por eso me alivia, por la sangre que, con todo, no va a llegar a derramarse, por las heridas que, con todo, no van a llegar a producirse para tomar siglos en cicatrizar. Por eso. Pero no te confundas; a mí el

asesino de Pinochet, sus secuaces y sus cómplices no me dan sino asco. Ahora la lucha va a ser contra una dictadura fascista, no por la Revolución.

-Contra una dictadura fascista que no estaba. ¿No habría sido mejor evitarla?

-¡Claro que sí! Pero, como venían las cosas, era más o menos inevitable. ¡No se pudo evitar la de Hitler!

-Usted es demasiado determinista, me parece.

Simón llegó providencial.

-¡A ver este Cabas de Güéyner!

-Probálo vos, muchacho.

-Deputamadre. ¡Salud, don Antonio!

-¡Salud, muchacho, y por un mundo mejor!

-Y con el mundo este ¿qué hacemos?

-Tratamos de cambiarlo lo que se pueda como se pueda. Tratamos, por lo pronto, de evitar una guerra nuclear a cualquier precio. Luego, de evitar cualquier otra guerra. Tratamos, como te decía, de que no se abran nuevas heridas que tome siglos cerrar. Tratamos de que los sueldos suban, de que la desocupación disminuya, de que se respeten los derechos elementales. Tratamos de muchísimas cosas, muchacho.

-Usted parece creer que el capitalismo puede ser reformado. Es como confiar en que, con un poco de paciencia y de ingenio dietético, el león se va a hacer vegetariano. ¿No le parece algo ingenuo para un marxista?

-Si lo creyera, sería un perfecto pelotudo histórico. Si creés que lo creo, estás insultando mi inteligencia.

-No fue mi intención.

-Lo sé, por eso no me altero; pero creo que el ingenuo sos vos.

-¡A ver estos bifecitos!

La carne estaba perfecta. El bife de dos centímetros de espesor, apenas chamuscado por las franjas paralelas de la parrilla, y de un rosado salmón por dentro que, al resentirse por el tenedor o el cuchillo dejaba salir una hebra de sangre, mezclado con el aderezo exacto de la ensalada, el frescor de la lechuga, la jugosidad del tomate y la quebradiza pungencia de la cebolla, ganaba por varios cuerpos a todos los sabores que pudieran recordarse. Y el vino premiaba el paladar con su colofón de terciopelo.

-Mirá, muchacho, a mi modo de ver, el error que cometen casi todos los marxistas es creer que el materialismo dialéctico es una panacea terapéutica, cuando es más bien un método de diagnóstico. Marx desnuda la esencia a la vez inicialmente progresista,

permanentemente inhumana y a la postre reaccionaria y vil del capitalismo. Sobre esa base infiere que la cosa va a cambiar de cierta manera y que ese cambio, como el precedente, lo va a gestionar la clase en ascenso, que ahora va a ser, por fin, la de los explotados; pero no cualesquiera: el proletariado. ¡*Attenti!* No simplemente los pobres; no los campesinos, no los trabajadores en general: los proletarios. Y yo no termino de comprender cómo carajo puede hacerse una revolución proletaria sin proletariado. Ya te lo dije una vez y te lo digo otra: Las revoluciones diz que socialistas, en todo caso las triunfantes, no han sido nunca en países en que el capitalismo estuviera en crisis como sistema de producción. Ni una, ni una solita es consecuencia de la contradicción entre la naturaleza colectiva de la producción e individual de la apropiación.

-Creo que Vietnam y Cuba habría que analizarlos por separado, ¿no le parece?

-No te engañes; esas revoluciones sobreviven gracias a que el heroísmo indudable de sus pueblos tiene el respaldo de al menos una de las dos superpotencias de “izquierda”. El problema es que yo mucho en la bondad de las susodichas no tengo. A la hora de la verdad, esos pueblos van a quedar tan en banda como los demás; como el chileno, sin ir más lejos, ¿o la URSS movió un dedo para evitar la catástrofe? ¿O China, que ni siquiera rompió relaciones con Pinochet? No te engañes, muchacho; no ha llegado, ni de lejos, el tiempo de *la Revolución*. Creer en ella no se diferencia demasiado de creer en Dios. Aunque te parezca mentira, creo que la revolución socialista es justa y, de todos modos, inevitable. A la históricamente muy larga. Cuánto, lo ignoro; pero está mucho más lejos de lo que la Revolución Francesa les quedaba a Voltaire y Rousseau. Yo te pregunto, entonces, si seguís creyendo que a este país, a este país concreto lo va a salvar, en este momento histórico concreto, una revolución socialista.

-No ya mismo, pero a la no tan larga, sin duda.

-¿Y quién la va a encabezar? ¿Otra vez una falange de mutantes de la pequeña burguesía? ¿Para volver a cometer los errores de siempre? Y aun si no, ¿con qué apoyo internacional? ¿De dónde va a sacar plata el estado flamantemente proletario para revitalizar la industria, no hablemos ya de desarrollarla, y cómo para hacerla competir en el extranjero? ¿Y el problema del Ejército, y, ya que estamos, de la Marina y la Fuerza Aérea?

-Según usted, entonces, no hay nada que hacer.

-Yo no he dicho eso. Me he limitado a hacerte una serie de preguntas que no parecés demasiado dispuesto a contestar. ¿Es confidencial o no tenés ni puta idea?

-No me cargue, don Antonio. Usted sabe perfectamente que la cosa no es sencilla, y sabe perfectamente que yo no creo que la revolución sea para mañana. Por lo pronto, el

Partido afirma que si en la Argentina no se gana una parte del ejército no hay revolución posible. Pero una cosa es ser consciente de que cualquier revolución precisa condiciones objetivas y subjetivas que no se reúnen así no más, entre ellas un contexto internacional adecuado y todo lo que usted y yo sabemos; una segunda cosa es buscar lo que uno puede hacer para ayudar a que esas condiciones se creen; y una tercera y muy distinta quedarse cruzado de brazos a la espera de que se den por milagro.

-Y, si entiendo bien, vos estás en la segunda y yo en la tercera, ¿o me equivoco?

Esta vez fue Luciano el que emigró a cogitar. Entre tanto, don Antonio iba disponiendo sobre la mesa la parafernalia de fumador.

-Vea, don Antonio, yo a usted le debo muchísimo; usted me ha enseñado más que nadie; fue el único, en realidad, que me enseñó acerca de la vida, y nunca se lo voy a terminar de agradecer...

-Pero...

-Por favor no lo vaya a tomar a mal, pero yo no estoy de acuerdo en lo que usted hace, o, mejor dicho, no hace.

-...

-Porque yo le acepto todas las críticas que quiera a todos los movimientos revolucionarios que hay o ha habido, pero yo no lo veo proponiendo nada. Usted se limita a menear la cabeza, a arrojar baldazos de agua fría sobre todos los entusiasmos que le pasan delante de la nariz.

-Es una manera de verlo. Los que vos llamás baldazos de agua fría yo los llamo duchas de sensatez. Yo no siento ningún apego por este sistema: yo también quisiera cambiarlo, pero no encuentro bien cómo. Creía, como vos, pero me equivoqué. Fue peor el remedio que la enfermedad. Sin duda que hay que luchar contra la explotación y por condiciones más dignas de vida para todo el pueblo y para todos los pueblos. El problema es de qué manera. Y también con quién. Y ahí, me temo, comienzan las micciones peligrosamente extratarro. Pero no es lo único, muchacho, para nada.

-¿Qué más hay?

-Hay la gente de carne y hueso, hay, especialmente, vos.

-¿Y por qué especialmente yo?

-Porque el único que puede hacer o no en tu nombre sos vos. No basta, por desdicha -y a vos te ha costado sangre, sudor y, sobre todo, un torrente de lágrimas aprenderlo por las malas-, no basta hacer cosas que están bien. También es preciso hacerlas por razones que estén bien. Si no, el precio es caro, muchas veces demasiado, no solo y no tanto para el que se

equivoca de razones como para quienes dependen de él. Que tus hijas no sean nunca víctimas de berretines mal encajados.

-La revolución no la hacen solamente los solteros, don Antonio.

-No, pero eso no quita que tengo razón en lo que te estoy diciendo, muchacho. Y vos debieras saberlo mejor que nadie. Tenés que analizar a fondo tus razones. No es que dude de ellas, te lo aseguro, pero me gustaría que te detuvieras a pensar muy seriamente por qué estás tan metido en una lucha indudablemente justa.

-¿Por qué? ¿Una lucha justa no lleva en sí su propia justificación?

-La lucha puede que sí, los luchadores no. La justificación de un luchador no es automáticamente insospechable. Es más, te diría que casi nunca, o, por último, no en la mayoría de los casos.

-¿Qué lo lleva a decir semejante cosa, don Antonio?

-Mi experiencia, limitada como es. Hay un hecho incontrovertible: todas las revoluciones han terminado por comerse a sus hijos. Camaradas de lucha que después se han entreasesinado pomposamente o en sigilo. Algo pasa que no debiera pasar, a menos que sea ley que suceda y que nada podamos hacer para impedirlo, como ocurre con la muerte misma. Yo quiero creer que la revolución sin crímenes es posible. Pero hasta el día de hoy no las ha habido.

-Me da la impresión de que usted quiere revoluciones de salón, revoluciones entre caballeros; pero eso supone no solo la caballerosidad de los revolucionarios, sino también la de los explotadores.

-¡Ojo con el panfleto, muchacho! Eso de desenfundarlo como si fuera un Colt 45 es peligroso.

-No es panfleto, don Antonio; es la pura verdad y usted lo sabe. No le eche tierra. Ni es justo ni usted se lo merece.

-¿Qué no me merezco?

-Hablar como uno de ellos. Mucho sí señor que el capitalismo es un sistema podrido, pero a la hora de pensar en cambiarlo... Prefiero no hablar más.

-¿Tenés miedo de que me ofenda? No te aflijas. Difícilmente se te ocurra una sola pregunta que yo mismo no me haya hecho. No te preocupes por mí que ya no vale la pena. Pero vos tenés que cuidarte mucho. No digo físicamente, que claro que también. Acordáte de esto que yo aprendí: la ideología no es la persona, la ideología es la manera como la persona piensa. Nunca juzgues una cosa en vez de la otra. Y tampoco confundas automáticamente lo que la persona hace con lo que es. La persona puede ser mejor o peor que lo que piensa e

incluso que lo que hace. Porque, así como abundan los fascistas hijos de puta que piensan como piensan y hacen lo que hacen de puro hijos de puta, hay demasiados revolucionarios que son revolucionarios de puro hijos de puta. No me preguntes cómo es posible; me lo pregunto yo mismo y no tengo idea. Tipos como Stalin o Mao. Gente que empezó abnegada, que sufrió privaciones y vejámenes. Gente que no podía saber ni creer que algún día iba a verse dueña de un poder omnímodo. Es una cosa que he tenido que aprender y que a vos te conviene ir sabiendo: nada corrompe más que el poder, o sea, la impunidad. El poder le saca al ser humano lo peor que tiene dentro... Aunque nos hemos vuelto a ir por las ramas. Te preguntaba, y no me contestaste, por qué estás metido en esta lucha.

-Porque es justa, don Antonio.

-No es la respuesta que busco ni la que precisás. Te pregunto qué mecanismo tuyo te lleva a creer que la lucha es justa y luego a estar dispuesto a participar en ella como lo estás haciendo. Te pregunto, en otras palabras, por qué vos sí a diferencia de otros, a diferencia, incluso, de vos mismo, si pensaras de otra manera. Y te conviene saberlo, muchacho. Cuando uno apuesta tanto, le conviene saber qué lo lleva a afrontar el riesgo de perder. Porque vos tenés mucho que perder. Y no solamente vos, muchacho: tus hijas. Cuando el hombre tiene familia que cuidar, entra a apostar con dinero ajeno. Una cosa es verse arrastrado por los acontecimientos. Ahí cada uno reacciona como le sale. Pero lo tuyo es premeditado. No digo que esté mal, no me malentiendas; pero sí digo que esa meditación previa tiene que ser muy pero muy a fondo. Porque si tenés un cortocircuito en los motivos profundos, corrés el peligro de una catástrofe.

-¿O sea?

-Si a vos la injusticia verdaderamente te quema, si no te deja dormir, si no podés ser feliz sin combatirla, vamos bien. Pero si lo que te quema y no te deja dormir es otra cosa, si esa otra cosa va piadosamente disfrazada de abnegación, cagaste y cagaron todos los que estén a tu alcance. Porchia lo previene clarito: quien me tiene de un hilo no es fuerte, el fuerte es el hilo. Si el fusil está en manos del poeta frustrado, del padre frustrado, del amante frustrado, o sea, del hombre frustrado, se transforma en un arma muchísimo más peligrosa, porque no estará disparando contra el verdadero enemigo. Si tu odio no es contrapartida exacta de tu verdadero amor, muchacho, cagaste. Yo te pregunto, por tu hilo; o sea, por tu verdadero amor. ¿A quién querés tanto que estás dispuesto a pelear?

-A mi pueblo, don Antonio, a todos los pueblos de este puto planeta.

-Hmmm. Demasiados objetos para un solo amor, muchacho. No digo que no sea cierto, pero... a ver si logro hacerte entender por otro lado. Vos sos uno solo, pero tenés que repartirte. ¿Qué parte de ese fraccionamiento les toca a tu mujer y a tus hijas?

-Me la pone brava, don Antonio. Pero también me la pone con trampa. Yo no soy una pizza, un pedazo para una hija, otro para la otra, otro para mi mujer y lo que queda para la revolución...

-Mirá bien por dónde empezaste a cortar esa pizza que no sos.

-Empecé en el orden que usted me sugirió, don Antonio.

-No, yo empecé por tu mujer y vos empezaste por tus hijas.

-¡Vamos...!

-En serio. Yo creo que empezaste por donde te salió de dentro, no por donde yo te “sugerí”. Tirá de ese piolín, muchacho, a ver cómo se desmadeja el ovillo.

-¡Usted no tiene remedio! Pero bueno... No, yo no desatendería la educación de mis hijas...

-¿Y su felicidad?

-No, claro que no.

-¿Y si su felicidad dependiera de que te fueras al mazo?

-Sería imposible. Para mí la felicidad no es sinónimo de simple bienestar, ni siquiera de paz. Para mí la felicidad es más de dentro. La felicidad, para mí, es estar bien uno con uno mismo...

-¿Te acordás de nuestros primeros encontronazos? Era lo que te decía. No estar peleado con los propios sentimientos. Esa es la felicidad.

Don Antonio procedió a limpiar estudiosamente la pipa, como si escarbaba buscando la mejor manera de preguntar.

-Perdonáme la indiscreción, muchacho, pero ¿cómo andás con tu mujer?

-No me puedo quejar.

-¿Y en la cama?

-En la cama bien.

-¿Y eso te basta?

-Con ella sí.

-...

-¿Qué? ¿No me cree?

-Sí y no. Te creo que te lo creés.

-¿...?

-En una de esas, vos sos de los que pueden conformarse con una cama mediocre; y perdoná el término, pero es lo que me lleva a imaginarme ese “bien” tan lacónico...

-No se equivoca.

-... pero, no sé, me temo que tarde o temprano vas a querer, a necesitar una cama de veras caliente.

-¿Y ahí?

-Ahí vas a tener que elegir entre mudarte a la otra cama o visitarla a escondidas. Las dos cosas son complicadas. Ojalá no lo llegues a necesitar, pero conviene estar preparado, muchacho.

Luciano emigró a un planeta de atmósfera difícil de respirar. Acababa de admitir, sin habérselo dicho nunca, que no era feliz con Verónica. Cuántas veces, haciendo un amor más y más perfunctorio había tenido que acudir el dulce recuerdo de Rosaura. O, menos a menudo, al candente y escandaloso de Claudia.

-Pensá muy bien las cosas. Yo te oigo hablar de tu hijita, de tu bendito Partido... dejáme terminar, de tus afanes de escritor y te siento feliz, lleno de vida y de futuro. Pero de tu mujer no hablás si yo no te saco el tema, como no hablás de tu vieja. Yo creo que esos silencios van de la mano, y que una buena parte de tu felicidad se te escapa por ellos. Tenés que resolver esos silencios, muchacho. No vas a poder ser genuinamente feliz hasta que lo logres.

-Si ya sé, pero qué quiere que le haga...

-No tengo idea, pero es un territorio sombrío que te conviene explorar con una lámpara de diez mil vatios. La relación del varón con la mamita es, según el gallego Freud, el miasma primigenio de la humana psiquis. Esos nudos que tenés atados ahí abajo y ahí dentro un día te los podés encontrar alrededor del cuello. Hablás poco de tu vieja. Mejor dicho, no hablás nada. No puede ser muchacho. No puede ser. Y creeme, si no puede ser... *no es*.

-Es que, en serio le digo, don Antonio, para mí es casi como que no existiera. La veo poco. Cuando la veo, me hincha soberanamente las bolas. No le tengo paciencia. No me interesa lo que dice. No le creo sus quejas. Y cuando no la veo, le juro que ni pienso en ella.

-Eso no quiere decir nada. O, en todo caso, quiere decir montañas. Como no puede ser que tu vieja no signifique nada, bueno o malo, y como sí puede ser que vos no pienses en ella, *tiene que ser* que la procesión vaya por dentro. O sea, que tu conciencia de militante está sentada sobre un magma que puede reventarte la corteza en cualquier momento. ¡Tené cuidado! ¡Tené muchísimo cuidado!

-Me parece que exagera un poco, don Antonio.

-No hago más que adoptar el sesudo criterio de Sherlock Holmes: una vez descartado lo imposible, lo que queda tiene que ser la verdad, por improbable que parezca. Es cierto que a tu vieja no le das ni cinco de bola, no puede ser cierto que no le des ni cinco de bola, ergo tiene que ser cierto que le das cinco de bola pero no te das cuenta. ¡Elemental, mi querido Watson! Es más, tengo una teoriita.

-¿...?

-Yo creo que el desamor -el desamor que vos percibís como tal- de tu vieja te jode, en el fondo, muchísimo más que el de tu padre. Y creo que si tus relaciones con las minas tienen un flanco vulnerable, no es tanto porque vos sos como tu viejo, sino porque ellas tienen algo de tu mamá. Ese “bien” a secas de Verónica, buscálo por ese lado.

-No termino de entenderlo, don Antonio.

-Mirá, a mí me da la impresión de que vos te relacionás con las mujeres como con tu vieja, que es, un poco, o un muchísimo como se relaciona con ella tu viejo.

-Mi viejo es el marido de mi vieja, no su hijo.

-Las pelotas. Te apuesto a que él se relaciona así con tu vieja porque no hace más que perpetuar el único modelo que tiene: su propia madre y, claro, la manera que ella tenía de relacionarse con su marido, tu abuelo. Pero eso es lo de menos. A vos el desamor, la indiferencia, el egoísmo tan poco maternal de tu vieja te ha dejado un agujero grande como un camión cisterna. Ese agujero, más que el que te perforó tu señor padre, es el que te jode para vivir. Ese es el que, si te descuidás, te va a cagar todas tus relaciones amorosas. Yo no conozco ni a Verónica ni a Claudia ni a ninguna otra mina que hayas tenido, pero te lo doy firmado que, en el fondo, se han parecido muchísimo a tu vieja. Y eso es solo la primera mitad. La otra es que tu manera de relacionarte con ellas ha sido muy pero muy parecida a tu manera de relacionarte con tu vieja. Y esa es solo la segunda mitad. La tercera es que esa manera es muy pero muy parecida a la manera como se relaciona con ella tu propio viejo.

-Usted es un brujo, don Antonio. Parece mentira, pero tiene razón: hay momentos en que en Verónica la veo pintada a mi vieja. Y en esos momentos me siento exactamente como creo que ha de sentirse mi viejo. ¡Qué lo tiró! Pero así y todo, Verónica no se parece tanto a mi vieja como usted cree.

-Dios, que, bien mirado, no existe, no lo permita, muchacho. Pero en dos o tres cosas fundamentales, dos o tres cosas amarradas a los afectos más profundos, se *tiene* que parecer, como vos *tenés* que parecerte a tu viejo, por más que putees. Pero es menos grave de lo que crees. Porque tu vieja te quiere. A su manera, como el culo, pero te quiere. Te lo puedo jurar. Si no te quisiera, vos estarías muerto, en un manicomio o en la cárcel.

Luciano sintió que estaba a punto de abroquelarse en un silencio macizo de dudas y, allá en el fondo apenas intuible, de miedo. Don Antonio había dado nuevamente en el clavo. Había momentos en que Verónica le parecía un espejo tramposo de su madre. Tramposo porque él la quería, precisamente, porque no era como ella y acaba resultando idéntica. Y también le había sucedido con Claudia. ¿Cómo hacían esas dos mujeres tan distintas en todo para parecerse tanto a esa otra mujer tan distinta de cada una de ellas? La pregunta, venida clamorosamente de la nada le causó vértigo.

-Usted no me deja escapar nunca, don Antonio.

-Muchacho, si de veras lo quisieses, yo no tendría cómo impedirte. El que no se quiere escapar sos vos. Vos sos más fuerte que tu temor. Esa, muchacho, es la verdadera valentía. El que no tiene miedos que superar, no sabe lo que es el coraje.

Don Antonio procedió a la escarpada tarea de ponerse de pie. Luciano lo fue acompañando hasta la puerta y paró un taxi.

-Hasta pronto, muchacho.

-¿Hasta cuán pronto, don Antonio?

-Hasta todo lo pronto que el destino tenga a bien. No lo tientes, que no hace falta.

Marzo de 1974

El segundo (o tercero, o cuarto, según) gobierno peronista fue el último estertor de una Argentina que aún se creía capaz de engancharse de furgón de cola al tren del Primer Mundo. El Brujo había lanzado el lema de “Argentina Potencia” y, para apuntalarlo, hizo erigir en la Plaza de la República “el árbol de Navidad más grande del mundo”, o sea, tirar de la punta del Obelisco diez cables a tierra y colgar dos docenas de globos tan pretenciosos y vacuos como la consigna. El país, entretanto, se descuartizaba. El Ministro de Economía era José Ber Gelbard (afiliado secreto al Partido Comunista, según se supo más tarde). Don José había viajado a Cuba con decenas de empresarios compatriotas y regresado con ventas a crédito por valor de doscientos millones de dólares. Por su parte, el Canciller Alberto Vignes (luego sindicado como miembro emérito de la Logia P-2) había hecho historia en la insulsa OEA con un discurso profundamente antiimperialista. Pero la ofensiva fascista estaba en marcha. Desde el Ministerio de Bienestar Social, el ex-cabo de la Policía Federal ascendido vertiginosamente a Comisario Inspector montaba la Alianza Anticomunista Argentina, la tenebrosa Triple A. Perón le tendió la cama al Rector de la Universidad de Buenos Aires, el otrora comunista Rodolfo Puiggrós, para reemplazarlo por el nazi confeso Alberto Ottalagano. Los ministros y gobernadores más progresistas fueron sustituidos. Al cordobés Obregón Cano, su Jefe de Policía, Antonio Navarro, le hizo un golpe de estado provincial, una de las aportaciones más novedosas de la Argentina al repertorio político circense. El cadáver del vicegovernador, el sindicalista Atilio López, líder del cordobazo, apareció poco después con más de ciento veinte orificios de bala. Por su parte, las organizaciones armadas de la izquierda peronista se amalgamaban definitivamente bajo la égida de los Montoneros, mientras el ERP cobraba renovada fuerza y notoriedad con el asalto al Regimiento de Tanques de Azul. Aun así, la economía funcionaba como ya no volvería a funcionar: la deuda externa era de apenas siete mil millones de dólares y el desempleo no soñaba con existir.

Agonizaba sin darse por enterado el estío y Luciano estaba leyendo de contrabando en Fausto cuando del otro lado de la mesa de novedades oyó el entrañable llamado.

-¡Muchacho!

-¡Don Antonio! ¡Qué sorpresa! ¡Si supiera cómo he pensado en usted!

-Yo también he pensado mucho en vos, muchacho. Vamos a celebrar este encuentro como lo exigen nuestras viejas tradiciones.

-Si insiste...

-¿Y cuándo he dejado de insistir? Vení, no pierdas tiempo tentándote con literatura que de todos modos no vas a tener tiempo de leer.

-¿Y usted no se compró nada, don Antonio?

-Un par de cositas que me van a mandar a casa. Saben que o me consienten o se quedan sin mi dinero mal habido, porque yo apenas si puedo acarrear mi pierna desertora.

Solo entonces reparó Luciano en el empeoramiento de su amigo: el brazo libre buscaba en todo momento algún sustento complementario. Salieron, pues, en lenta procesión, don Antonio cuidando de no derramar libros cada vez que se apoyaba en alguna mesa, pero, como siempre, sin reclamar solicitud.

-¡Taxi! A Moreno y Sáenz Peña, por favor.

-Tómese su tiempo, señor.

-¿Y? ¿Cómo ve venir la situación, chofer?

-Le voy a decir. A pesar de los quilombos, yo tengo fe en que las cosas cambien para mejor. Y vea que debo ser uno de los pocos argentinos que reconocen que nunca fueron peronistas. Pero han pasado casi veinte años y este país parece que ni se movió. Sí, los milicos se mandaron un par de túneles... ¿y? En la época de Perón, me acuerdo, todos los días se abría una escuela, un puente, un ramal de tren. ¿Usted sabe cuánto hace que en esta ciudad no se construye un hospital? El último lo empezó Perón, y como lo había empezado él, después nunca lo terminaron.

-El problema está en si va a poder o querer seguir con esa política.

-Lo único que se puede hacer es esperar. Porque vea lo que le voy a decir: este país o se arregla ahora o no se arregla más. ¡Si hasta nos han salido guerrilleros, señor! ¡Guerrilleros! ¡En la Argentina! ¡Estamos todos locos o qué! Pero mejor me callo, a ver si todavía me paso y encima me viene una úlcera. Aquí tiene, hagamos mil doscientos no más, que si no me quedo sin cambio.

Don Antonio fue sacando uno a uno sus pedazos del coche, pero sin pedir ayuda y sin semblante de aceptarla.

-¡Don Antonio! ¡Joven! ¡Hacía rato que no se los veía por estos pagos! ¿Cómo anda, don Antonio?

-No me digas que no te das cuenta solo, Simón.

-¡No se me enoje, don Antonio! Es una manera de preguntar, nomás.

-¡Ya sé, Simón, te estoy cargando!

-¿Con usted también es así, joven?

-¡Peor!

-Bueno, siéntese que ya le traigo los batidos y el provolone.

-¡No cambies nunca, Simón!

-¡Y usted tampoco! Bueno, no del todo.

-¿Qué te tienta, muchacho?

-Con este calor, me conformaría con una porción de mollejas a la parrilla con ensalada.

-*¡Non se ne parli più!* Hacemos de cuenta que la entrada es el provolone y nos abrí un Comte de Valmont.

Simón desapareció camino de la cocina y don Antonio dio inicio a la ceremonia del provolone.

-¿Cómo estás, muchacho?

-Más o menos. Económicamente, me defiendo como puedo; o, mejor dicho, como puede Verónica, pero, por el momento, vivimos sin mayores privaciones. La literatura se me va amigando, por suerte, pero todavía no doy con el escritor que quiero ser.

-El vino se lo damos a probar al joven, ¿no?

-¿Y a quién, si no? A ver muchacho, ¡tu veredicto!

-Ideal para las mollejas, don Antonio. ¡Salud!

-¡Salud! Pero seguí contando. ¿Qué fue de tu novela?

-Creí haberla terminado, la dejé en salmuera un par de meses, por las dudas, y cuando volví a leerla ya no me gustó. Ahora no sé si empezarla a escribir desde cero o tirarla a la basura y probar suerte con otra. La idea, por fortuna, ya la tengo.

-Hacéme caso, muchacho; no tires nada. Nunca se sabe si en esa mina abandonada no vas a encontrar después alguna pepita insustituible.

-No, si yo nunca tiro nada, don Antonio. Supongo que es parte de mi ser escritor en potencia. Le explico: soy consciente de que escribo bien, pero todavía no me siento escritor cabal. O sea, que sé decir bien, pero que todavía no doy en el clavo de qué quiero decir. Me siento como si estuviera dando vueltas en una espiral que no termina de encontrar su centro.

-¡Bien dicho, muchacho!

-Sí, como le digo, decir bien no es el problema...

-Sos joven, muchacho. ¿Qué edad andás teniendo estos días?

-Voy para treinta, don Antonio, ya estoy crecidito.

-Pues, en lo que a la literatura respecta, parece que todavía no lo suficiente. Pero, o mucho me engaño, o ese no es el verdadero quid.

-No. Es cierto.

-¿Entonces?

-Ando mal con Verónica. Bueno, no que ande mal en el sentido de que discutamos o no tengamos de qué hablar ni nada de eso, sino... ¿cómo explicarle?

-Muchacho, o se me ha atrofiado el naso, o lo tuyo es un agravado problema de cama.

-¡...!

-En la cama, “bien” suele no ser suficiente. Y menos a los treinta años.

-Es que, ¿cómo decirle?, Verónica no es la que era. Desde que nació Patricia siento que casi no me desea.

-A ver, ¿cómo es eso?

-Le cuento. Yo ya no la busco más. Dejo que ella tome la iniciativa cuando, cada tanto, le dan ganas. A veces consigo que nos vengamos juntos, pero casi siempre estoy tan pendiente de ella que termino acabando después. Y ahí, una vez que ella ha tenido un orgasmo le diría que funcional, se queda inmóvil, como haciéndome el favor. Y no bien siente que me vine, se le nota que está impaciente porque me le salga de encima.

-Esto que me decís, muchacho, es grave, muy grave.

-A mí también me parece, pero dígame, ¿usted por qué lo piensa?

-Esa mujer no te quiere más.

-¿De veras lo dice?

-De veras muchacho, y con una pena enorme, creeme.

-¿Le parece que tenga otro tipo?

-No tengo idea, pero la nariz me dice que no. Si es la mujer que creo que es, si estuviera enamorada de otro seguro que te lo habría dicho.

-¿Entonces?

-Entonces no tiene a nadie, pero a vos tampoco. Se ha quedado sola. Puede ser, claro, que en una de esas todavía te quiera, pero no ahora. La pregunta importante es si vos la querés todavía.

-¿Y usted qué opina?

-Que vos tampoco. No en estos momentos.

-Nunca me imaginé que me podría pasar algo así. Quiero decir este deterioro sin causa aparente. No sé qué hacer, don Antonio.

-Mirá, mientras no estés seguro, lo mejor es que no hagas nada drástico. No te olvides de tus chiquilinas. No que tengas que mantenerte atado a una relación que no te satisface, pero sí que las decisiones que tomes tienen que estar muy pero muy bien pensadas. Dale tiempo al tiempo. Puede ser que la cosa sea pasajera.

-¿De veras lo cree?

-No. Pero por el momento no hay alternativa. ¿Has probado hablar del asunto?

-No, le confieso que me da miedo.

-Mala cosa el miedo en una relación, muchacho. Casi mejor los cuernos.

-No me entienda mal: me da miedo revolver un avispero que después va a ser imposible arreglar.

-Mirá, muchacho, te voy a contar parte de una historia. Una vez, hace años, tuve un gran amigo, dirigente sindical. Este amigo se aguantó torturas que ni podés imaginarte. Y, sin embargo, le tenía miedo a su mujer. ¡Y hubieras visto a esa mujer! ¡Más fea que una patada en los huevos! Pero él le tenía miedo. La policía no lo podía quebrar, los matones no llegaban a arredrarlo, y él le tenía miedo a esa mujer. ¿Qué le podría haber hecho? Nada, ¿no es cierto? Pero él le tenía miedo. No puede ser, te dirás. Y yo coincido. Como te he dicho tantas veces, si no puede ser, no es. Y si es, pero no puede ser, no es lo que parece: el miedo que tenés es a que ella te abandone. Solo que si ella te abandonara no sería tan grave, como no lo habría sido para mi amigo.

-¿Y entonces?

-Entonces el miedo profundo es que vuelva a abandonarte tu mamá, muchacho, ese polizón del que nunca hablaste.

-¡Jamás se me habría ocurrido!

-Suele suceder. Pero ahora que acabo de darte la idea, ¿se te ocurre?

-Tendría que pensarlo, don Antonio.

-Así es, muchacho, y te conviene pensarlo mucho.

Luciano sintió un vacío tremendo en el estómago. Don Antonio lo miró dulcemente desde su planeta y, al cabo, acudió en su socorro.

-¿Preferís que cambiemos de tema?

-Francamente, sí.

Simón se materializó providencialmente con las ensaladas y una fuente atestada de mollejas que venían cortadas en filetes de unos tres milímetros de espesor. Luciano asperjó unas gotas de limón. Apenas quebrado el conato de resistencia de la superficie, el sabor terco de la carne desmentía su levísima consistencia, incluso mezclado con los frescores disímiles de la lechuga, el tomate y la cebolla y empapado del aderezo agridulzón que los cimentaba.

-¿Qué me contás de la situación, muchacho?

-¿Qué quiere que le diga, don Antonio? Esto se está poniendo muy pero muy jodido. Perón no va a tardar en romper oficialmente con la izquierda y la descomposición del peronismo nos puede llevar a un baño de sangre.

-Así es, muchacho. Y la ultra, que no ha aprendido jamás ninguna lección, va a aprovechar para seguir metiendo la pata hasta el occipucio. ¡Y pensar que alguno se hizo ilusiones de que con la subida de Cámpora aquí las cosas daban un vuelco definitivo! Se avecinan tiempos siniestros, muchacho. El golpe de Pinochet no es más que un anuncio de lo por venir. El imperialismo ha tenido que recular fiero en Asia y va a desplazar el frente para nuestros pagos. Vos, me imagino, seguís en el Partido, ¿no?

-Sigo.

-¡Beato tu!

-...

-Te veo como que estás en otra cosa, muchacho.

-Es que no puedo dejar de darle vueltas a lo que me acaba de decir. Lo de Verónica y mi vieja...

-Sí. Es un tema difícil de cambiar. Lamento haberte cortado la mayonesa, pero si no te lo digo yo, ¿quién?

-Nadie, don Antonio. Lástima que nunca quiera que quedemos en volvernos a ver y que terminemos encontrándonos por casualidad cada muerte de obispo.

-No te enojés ni te ofendas. Créeme que es mejor así. A vos no te conviene institucionalizar esta amistad nuestra... Y a mí, francamente, tampoco.

-¿Por qué dice eso?

-No me conocés. No es culpa tuya, por supuesto, pero no me conocés. Yo soy un tipo mucho más jodido de lo que parezco. No me vas a creer, pero no quisiera defraudarte.

-¿Y por qué habría de defraudarme, don Antonio?

-Porque he defraudado bastante en esta vida. Mirá, ahora soy yo el que te pide que cambiemos de tema.

Don Antonio se refugió en su misterioso planeta. Desde allí comenzó a preparar una pipa que a Luciano se le hizo cargada de soledad.

-¿Algún postrecito?

-Yo me arreglo con un café.

-Y yo.

Simón dejó tras sí un silencio de humo y ojos que no se encontraban. Cuando regresó, los amigos seguían sin cambiar palabra.

-A ver si este Calvados que le robé con permiso a don Niccola los ayuda a mejorar el humor.

-¡Sos un gran tipo, Simón! ¡Salud, muchacho! ¡Por tiempos mejores para todos y en todo!

-¡Salud, don Antonio!

Don Antonio pagó y se trabó en lucha con su pierna. Cuando terminó de acomodarse en el taxi, dirigió a Luciano una mirada profundamente triste.

-Perdonáme si te arruiné el día, muchacho, pero no te conviene seguir viviendo con esta materia pendiente. Pensálo muy bien. Es el mejor consejo que me queda para darte.

-¿Y cuándo lo vuelvo a ver, don Antonio?

-Como siempre, muchacho: la próxima vez.

Diciembre de 1974

El 1° de mayo la Juventud Peronista hizo lo que nadie había hecho jamás. Primero interrumpió el discurso del líder cada dos cláusulas cantando, ¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa General que está lleno de gorilas el Gobierno Popular? Y después lo dejó plantado en el balcón mientras un Perón desaforado les gritaba, ¡Estúpidos! ¡Imberbes! ¡Infiltrados! El Viejo murió el 1° de julio y ahí se terminó de desencadenar el desastre. El 6 de septiembre los Montoneros pasaron a la clandestinidad. La Triple A, por su parte, arreció. La Argentina se descoyuntaba sin que nadie pareciera dispuesto a poner coto a la demencia... ni mucho menos capaz de lograrlo.

Frente al batido con el que procuraba olvidar el calor pegajoso, contrapartida del frío húmedo con los que Buenos Aires castiga a los porteños cuando le entra el malhumor de los solsticios, Luciano vio aparecer por la puerta de El Foro el fiel bastón y tras él la figura de don Antonio que negociaba arduamente con la puerta.

-¡Don Antonio, carajo!

-¡Muchacho!

-¿Cómo está?

-Achacoso, como siempre, pero fuera de eso relativamente bien. ¿Y vos?

-Bien. En todo caso, mejor que la última vez que nos vimos.

-La última vez que nos vimos, andabas con problemas de cama, que son, según se mire, donde comienzan o terminan los problemas del hombre.

-¡La pucha con su memoria de elefante, don Antonio!

-Qué querés, muchacho; yo lo único que hago en esta vida es acordarme. Pero contáme. ¿Se han arreglado las cosas con tu mujer?

-Digamos que dejaron de descomponerse. Debe ser por falta de tiempo, porque no doy abasto, y Verónica tampoco.

-¿Y tus hijas?

-Creciendo sin miramientos. Veroniquita está hecha una pizpireta y Patricia una bandida. ¡Lástima que tenga siempre tan poco tiempo para ellas!

-...

-Sí, ya sé. Le juro que les dedico hasta el último segundo que puedo. Si no estoy más tiempo con ellas es porque realmente no tengo cómo, créame.

-Te creo, muchacho, claro que te creo. Pero ¿en qué andás que estás tan ocupado?

-En literatura, don Antonio. Creo que estoy cerquita de mi centro. Y además el periódico. Y lo que escribo para fuera. Y las traducciones. Y, por supuesto, la militancia.

-En el Partido.

-Sí, don Antonio, en el Partido. ¿Ya va a empezar otra vez?

-No muchacho, a menos que me aceptés una invitación a cenar donde siempre.

-En realidad, no debería, porque tengo que hacer, pero déjeme hacer una llamado y en una de esas me arreglo. Mientras tanto pídase un batido.

Luciano regresó a los pocos minutos con una expresión de felicidad completa.

-¡Listo! ¡Se cobra, por favor!

-Ya pagó el señor.

Don Antonio se encogió de hombros. Luciano le hizo lugar para su compleja operación de ponerse en pie. Después salieron en lenta yunta y pararon un taxi.

-A Yrigoyen al 1600, por favor.

-¿Y cómo ve la cosa, chofer?

-Como el culo, ¿cómo quiere que la vea? Este país se va a la mierda. ¡Y yo que lo vote a Perón con tantas esperanzas! Le juro que no era esto lo que soñaba. Esta no se la vio venir nadie, le digo; mire que yo acá escucho hablar a mucha gente. ¿Y sabe lo qué es peor? Que cada vez son más los que andan nostalgando a los milicos.

-¿Y usted no?

-Vea, ¿qué quiere que le diga?, yo a los milicos los tuve siempre aquí, que no los puedo tragar. Aunque, la verdá la verdá, a veces me pregunto si no van a ser mejor que todo este quilombo. No, si se lo digo yo, este país se va a la mierda. ¡Hay que joderse, carajo! ¡Y mire que podríamos estar viviendo todos como reyes! Porque aquí sobra todo: hasta laburo sobra. El problema de la Argentina ¿usted sabe cuál es? Escúcheme bien: ¡los argentinos! El problema de este país somos nosotros, que no aprendemos más.

-¿Y según usted qué tendríamos que hacer?

-¿Y qué vamos a tener que hacer? ¡Laburar! ¿Qué otra? Laburar y dejarnos de joder. ¡Eso tendríamos que hacer! Es que acá los inmigrantes que vinieron no vinieron a hacer un país, ¿me sigue? No, vinieron a hacerse la América. Y cada uno tira para su lado y los demás que se jodan. Y así andamos. Se lo digo yo: este país se va bien pero bien a la mierda.

-Pero usted también es hijo de inmigrantes, ¿no?

-¡Y de no! Mi viejo es hijo de tano y griega y mi vieja mezcla de yugoslavos y turcos... sirios, bah. En el gremio hay un gallego de Barcelona que me llama "hijo de todas las leches", el muy guacho. Pero la verdá que tiene razón, así que ¿cómo me voy a enojar?

-¿Y sus abuelos no laburaron como todos los demás? ¿Y el catalán ese no labura igual que usted?

-No, sí... ellos, claro; pero yo digo los demás, ¿vio? Porque execsiones hay siempre. ¿Vienen al Sáenz Peña? Esperen que se corra ese señor y los dejo justito en la puerta. Sin apuro, don, tranquilo... No, que me quedo sin cambio, don; déme mil quinientos nomás. ¡Buen provecho!

Como tantas veces, Simón corrió a abrirles la puerta.

-¡Don Antonio, joven: qué placer! ¡Adelante!

-¿Cómo andás, Simón?

-Como todo el mundo, don Antonio, con los dedos cruzados que esto no se vaya a ir al mismísimo demonio. ¿Batiditos de Gancia y provolone?

-Batidos acabamos de tomar, pero venga nomás el provolone

-¿Y para comer?

-Yo diría de empezar con unos sesos a la romana.

-¿Me va a hacer comer neuronas, don Antonio?

-Tenéme confianza, muchacho. Y de plato fuerte ¿qué te parece una truchita salmonada?

-¡Hágase su voluntad así en el cielo como a la mesa, divino Maestro!

-Y nos abris un Caballero de la Cepa Chardonnay.

Simón desapareció camino de cumplir con su misión sagrada.

-Bueno, decíamos ayer, de modo que seguís en el Partido.

-¡Todo sea por el placer de comer con usted, don Antonio! Sí, contestábamos ayer, sigo en el Partido. Cambio.

-¿Y cómo ves venir la cosa, muchacho?

-Difícil. Cambio.

-Difícil es un piropo, muchacho. Se avecinan tiempos fuleros. Este gobierno, que no es tal, va a terminar desintegrándose. El problema es quién ataja la pelota.

Simón reapareció con el provolone y el vino, que dio a probar a Luciano, quien cumplió con todas las prescripciones de la liturgia. El Chardonnay le llenó la boca con su amable frescor, apenas acidulado, que desfilaba sin alardes por el paladar.

-¡Deputamadre!

-Parece que le gustó, Simón. Podés respirar tranquilo.

Don Antonio produjo una sonrisa como un iceberg, que apenas mostraba la superficie de su contento.

-¿De modo que te estás dedicando a la literatura?

-Yo mismo no me lo puedo creer. Estoy escribiendo montones.

-¡Enhorabuena, muchacho! ¿Y qué, si puede saberse?

-Cuentos y la novela, que terminé y volví a empezar y volví a terminar.

-Y que no me vas a contar de qué va,

-Secreto profesional.

-A ver joven si le gustan los sesos.

Para su propia sorpresa, Luciano no vaciló en cortar con el tenedor un trozo abundante de una especie de molleja sutilísima rebozada en harina y huevo. Fue un sabor desconocido pero no sorprendente; el seso tenía el gusto que su textura anunciaba: apenas una caricia lejanamente salobre a la lengua antes de desaparecer sin dar oportunidad a los dientes.

-¿Y?

-¡Deputamadre! ¡No puedo creer que estoy comiendo masa encefálica, carajo! don Antonio, usted me ha cambiado la vida.

-¡Salud!

-¡Salud!

Simón se llevó los platos y regresó con las truchas. Luciano comprendió intuitivamente cómo extraer la cabeza con el espinazo intacto. Don Antonio lo miraba con un orgullo indisimulable. Luciano se llevó a los labios el primer bocado y se esmeró en saborear esa carne que se deshebraba sin más pelea que la de unas gotas de limón para marcharse arrastrando un eco de tomillo, laurel y perejil.

-¿Y si le echo un poquito del aceite de oliva?

-¡Muchacho, me conmovés en lo más profundo de mi mucosa estomacal!

Luciano estaba en la gloria. Y la gloria le reclamaba más atención de la que podía dedicarle sin callar. Don Antonio lo dejó largo rato en esa intimidad que, lo sabía, no estaba hegemonizada por el almuerzo. De pronto, Luciano pareció espabilarse y comprender que estaba siendo mal compinche de mesa. Don Antonio se le adelanto sacando el primer tema que le vino a la testa.

-¿Sabés de qué hace rato que no charlamos? De música. ¿Alguna novedad en tus gustos?

-No demasiadas, porque casi no tengo tiempo, aunque cada vez que puedo me escapo a algún concierto. Pero al Colón va para un año que no voy.

-Ya no es el que era. ¿Te acordás de aquel *Trovatore*?

-¡Cómo iba a olvidarme! Y pensar que el año pasado tuvimos que conformarnos con Nino Mastrango y Elinor Ross; menos mal que Manuguerra y la Arkhípova salvaron el día. ¿Sabe qué me gustó mucho? *Juana de Arco en la hoguera*. No me pareció una obra maestra, pero salí muy contento.

-Yo tengo por Honnegger una debilidad. No es un gran músico, es cierto, pero nunca decepciona.

Los amigos volvieron a callar. Don Antonio emigró a su orbe para encender la pipa. Luciano se rebobinó dentro del suyo.

-...

-¿Me iba a preguntar algo, don Antonio?

-En realidad, te quiero preguntar un montón de cosas.

-Tire, nomás.

-¿Cómo andas con tu viejo y, sobre todo, con tu vieja?

-Igual.

-Andás inusitadamente lacónico, muchacho. No te reconozco.

Simón se apersonó como enviado por los Dioses.

-¿Algún postrecito?

-Yo, con su permiso, paso, don Antonio.

-¿Café tampoco?

-Bueno, un cafecito sí.

-Estás como en otra, muchacho.

-Perdonemé, don Antonio, pero sí. Tengo la cabeza por ahí.

Don Antonio no preguntó nada. Y Luciano, entonces, no tuvo que contestar. Salieron en silencio.

-¿Te puedo dejar en algún lado?

-Tranquilo, don Antonio. Me voy caminando. Igual, Verónica sabe que no voy a volver hasta la madrugada.

-¿Hasta la madrugada?

-Sí, ¿por?

-Porque para la medianoche faltan dos horas y para la madrugada como cuatro. No me quiero meter, muchacho, pero me huele a cama alternativa.

-¡Usted es brujo, don Antonio!

-Brujo no; viejo. Pero tené cuidado que estás jugando con plata ajena. Hasta pronto, y que te vaya bien. ¡Te lo merecés, carajo!

Luciano se quedó mirando cómo el coche desaparecía por Cevallos y emprendió paso cada vez más vivo hacia Independencia. Claudia, se había casado y divorciado; se habían vuelto a encontrar por casualidad hacía dos semanas. Tal vez la cosa habría tenido secuela, pero no hubo cómo. Ella militaba en el ERP y poco después pasó a la clandestinidad. A fines de abril su cadáver apareció con otros tres acribillados en un estacionamiento de Lomas de Zamora. Llevaba cinco meses de embarazo y le habían vaciado un cargador de FAL en el vientre. Luciano nunca llegó a saber que el hijo era suyo.

Octubre de 1975

Luciano resultó finalista del premio Casa de las Américas y pudo viajar a Cuba. La Revolución efervescente lo entusiasmó. Hizo contactos por todo el planeta que le permitieron conocer Europa. Lo invitaron a una recorrida de varios países socialistas: la República Democrática Alemana, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria y nada menos que la URSS, que, como había dicho don Antonio años atrás, seguía ajena al descubrimiento del palo y de la escoba. Su encuentro con el socialismo “real” lo decepcionó mucho más de lo que estuvo resuelto a admitirse y, claro está, de lo que llegó a admitir de los dientes para afuera. Pero la Revolución imparables comenzaba a florecer por su cuenta, sin pedir autorización al Partido Comunista de la Unión Soviética. En abril de 1974, la dictadura fascista más antigua del planeta, anterior incluso a la de Mussolini, había volado hecha añicos por un levantamiento militar y en Portugal parecía comenzar el primer proceso socialista europeo moderno no contiguo a la URSS. Exactamente doce meses después, los yanquis huían despavoridos de Saigón y de Pnom Penh, y en septiembre, lo impensable: la Revolución Socialista en Etiopía, otra vez encabezada por militares ganados milagrosamente para la causa del marxismo y de sus pueblos. Portugal, Angola, Mozambique, Etiopía, Somalia, Yemén del Norte... las revoluciones ya no eran cesáreas practicadas por el Ejército Rojo. Para desesperación del siempre lúcido Henry Kissinger, las fichas del dominó empezaban a desmoronarse cada vez más estrechamente en torno de los Estados Unidos.

Luciano sacó un nuevo libro de cuentos y comenzó a publicar asiduamente en diversos medios de prestigio internacional. Llegó incluso a ver su nombre al pie de un par de artículos de Le Monde. El PC lo envió de viaje varias veces. Sus renovadas visitas a la URSS y los países del “campo socialista”, la inexplicable China, el Vietnam imbatible y la Cuba paradójica, que amalgamaba socialismo y sol, principios de acero y salsa, la ineficiencia y la irresponsabilidad más escalofriantes y el más caliente de los entusiasmos, le fueron haciendo comprender que esos heterogéneos cimientos no podrían menos de quedar irreconocibles una vez comenzado a erigir de veras el verdadero edificio de un mundo verdaderamente mejor. Pero no dudaba que estos y no otros eran los cimientos, los únicos que había, pringosos de sangre, venalidad, sectarismo, intolerancia, miedo e ineptitud como habían terminado siendo por tantos “errores” insensatamente criminales. El verdadero edificio debiera ser como el que había comenzado a construirse en Chile: revolución en libertad; revolución con todas las ideas progresistas en pugna hacia adelante. Poco importaba aquel fracaso sangriento. Tarde o temprano la experiencia habría de repetirse para triunfar de una vez por todas. Como había

profetizado desde su voz de violonchelo Nicolás Guillén, en vez de aquel barco hundido decenas salían a navegar.

Excepto que en la Argentina el barco de recambio estaba todavía en algún astillero perdido. La izquierda parecía haberse vuelto loca. El Partido Comunista Revolucionario – “fraccionado” del PC madre algunos años antes por considerarlo “revisionista”- llamaba a “defender a Isabel y López Rega del golpe pro-ruso”. El PC, por su parte y para variar, no sabía bien qué hacer. Condenaba la violencia de izquierda y de derecha, denunciaba la política reaccionaria de la viuda del viudo y buscaba agrupar a las fuerzas más sensatas; pero no hacía nada para parar el golpe de estado, solazado en su paciente trabajo de captación y adoctrinamiento de “militares patriotas”. Luciano no terminaba de comprender la línea partidaria, pero veía que era, si no la más sensata, en todo caso la menos disparatada. El Partido era el único que no le había chupado las medias a Perón y denunciaba claramente a la derecha sin caer en el voluntarismo suicida que no podía menos de socavar la cada vez más frágil democracia burguesa. Era, además, la única fuerza revolucionaria en comprender que no había salida democrática posible sin el apoyo decidido de una parte del ejército, y también la única en creer que semejante milagro era posible.

Para fin de año los asesinatos políticos pasaban de mil quinientos. Era evidente que la cosa no podía durar. Gelbard fue reemplazado por Alberto Gómez Morales y este por Celestino Rodrigo, que pasó a la posteridad como asestador del rodrigazo el 2 de junio siguiente. La moneda se devaluó de la noche a la mañana un 150% y se liberaron -o sea, duplicaron- los precios. La inflación remontó al 300%. Sobrevino una huelga general y, tras ella, la defenestración de López Rega. Entretanto, Isabelita firmaba el decreto que encargaba a las Fuerzas Armadas el cuidado del orden interno y la lucha contra la subversión. Poco importó que convocase a elecciones para fines del 76: el huevo de la serpiente se hacía más traslúcido que nunca.

Serían las doce y media cuando Luciano, que acababa de dejar en la boletería del Teatro del Pueblo un artículo para *Propósitos*, vio que don Antonio salía penadamente del edificio contiguo.

-¡Don Antonio, carajo!

-¡Muchacho! ¿Sos vos?

-¡Don Antonio! ¡Qué alegrón!

-Pero decíme, ¿cuánto hace que no nos vemos?

-Camino de un año.

-¡Mirá que han pasado cosas desde entonces! ¡Vení que te invito a almorzar!

-Voy, don Antonio, pero esta vez me toca invitar a mí, ¿no le parece?

-Todavía no te lo podés permitir, muchacho.

-¿Cómo lo sabe?

-Por la pinta zarrapastrosa que no has dejado de arrastrar, aliteración más, aliteración menos.

-No vaya a creer, don Antonio. Mire que ya conozco París.

-Sí, pero más bien de mochilero. Seguro que no probaste el *foie gras* ni las patas de rana. No lo niegues.

-No lo niego.

-¡Taxi!

Luciano sostuvo, como siempre, la portezuela, mientras don Antonio iba acomodándose en trabajosos pliegues.

-A Yrigoyen y Sáenz Peña.

-¿Qué nos cuenta de la situación que estamos viviendo, chofer?

-¿Qué le voy a contar? Esto es un desastre. Veá, yo cuando por fin se fue Lanusse, volvió el Viejo y subió Cámpora estuve saltando y hasta llorando en la Plaza. ¡Chile, Cuba; el pueblo te saluda!, me acuerdo que gritábamos cuando el Tío salió acompañado de Allende y Dorticós. Me hacía acordar a los actos de los años gloriosos, cuando el trabajador tenía dignidad, maestro, cuando los chicos de los laburantes tenían colonia de vacaciones mientras sus viejos podían pasar una o dos semanas en el hotel del Sindicato en la sierra o en la playa. ¡Esa era otra Argentina! Pero después se acabó. Desde el 55 empezamos a los tumbos. Primero Lonardi y después Aramburu, con el hijo de puta del Almirante Rojas, Hormiga negra que le decían, ¿se acuerda? ¡Bueno usted sí, maestro, pero usted qué se va a acordar si usted debía ser un pibe de pantalones cortos! Pero bueno... Después subió Frondizi, que había transado con Perón. Al principio la cosa parecía mejor. Hasta entraron a radicarse las fábricas de autos. Como quince; ni en Norteamérica había tantas... Claro, así les terminó de ir. Y entonces empezaron a darle de nuevo a los peronistas con el plan CONINTES, no sé si lo habrá oído nombrar, aunque usted seguro que se acuerda, maestro. Y terminaron sacándolo a Frondizi y poniéndolo a Guido, que era un títere. Y después hubo elecciones sin peronismo y subió el viejo Illia, que era un tipo honesto, pero que no servía para nada. Y después lo bajó Onganía, que lo bajó Lévingston, que lo bajó Lanusse. Y ahí la cosa se les puso más que marrón oscuro a los militares y Lanusse se jugó a dejarlo venir al Viejo, que no quiso ser candidato y por eso lo pusieron al Tío con Solano Lima. Yo no sé si se acuerda que el dólar bajó por primera vez en la historia y se clavó en mil pesos. El Tío decretó que la ropa se

vendía con descuento. Todos corrimos a comprarnos un traje nuevo, me acuerdo. Y entraron a volver los profesionales que se habían ido, no sé si se acuerda, que les dieron facilidades. Parecía que por fin íbamos a ser el país que siempre quisimos. Pero la cosa se puso fea enseguida. El Viejo estaba viejo. Al Tío lo sacaron ignominiosamente. Yo, en el fondo, me alegraba -¡cómo no me iba a alegrar!- que el presidente fuera otra vez el propio Viejo. Pero Isabel no era Evita, y el Brujo era un colado. Mire, si no, la paradoja: sube el Tío y vienen Allende y Dorticós. A los seis meses sube el propio Viejo y manda traer a la Carmen Polo de Franco -bueno, también el hermano se lo bancó al Viejo todos los años de exilio, de modo que eso hasta cierto punto lo puedo llegar a comprender-, pero, de yapa, se invitó al presidente uruguayo, Bordaberry, un oligarca de los mismos que en la Argentina le hicieron la guerra al Viejo hasta que por fin lo tumbaron. Y empezaron a sacar a los que habían peleado en la resistencia y a meter a los gorilones más antiperonistas. Los Montos se pusieron a hacer quilombo enseguida. Claro, tenían a toda la juventud que se había jugado para que el Viejo pueda volver y se habían hecho muchas ilusiones. Entonces la gente del hijo de puta del Brujo les entró a dar con todo. Y ellos meta hacer presión, denuncias y todo eso, hasta que se hartaron y se mandaron mudar de la Plaza. Y yo, que soy peronista de toda la vida, le digo, les di la razón. Pero ellos también tuvieron su culpa. Entre ellos y el Brujo no lo dejaron gobernar al Viejo, que se debe haber muerto más de pena que de viejo.

-Usted debió haber sido historiador, no tachero.

-¡Ma qué historiador! Yo lo que soy es un argentino con memoria.

-¡Ojalá hubiera más, créame!

-Pero ahora la cosa se puso mal, le digo. Todos los días ponen bombas, todos los días matan a alguien, si no son los Montoneros, es el ERP, y si no, la Triple A, que, le digo francamente, son de lejos los más jodidos. Y encima volvemos a tener la inflación de los peores tiempos. ¡Y esta mujer, por el amor de Dios! No, le digo, este país se va derecho a la mierda. Mucha gente empieza a rogar que vuelvan los milicos. Le digo, si esta mina no empieza a poner un poco de orden, la van a sacar a la mierda, y yo no sé si no me voy a alegrar. ¿Aquí está bien? ¡No, jefe, que me deja sin cambio! Déme cinco mil.

Don Antonio descendió, como siempre, al cabo de una compleja maniobra, pero sin un gesto que diera pie a la intervención de Luciano.

-¡Dichosos los ojos, don Antonio! ¡Y otra vez con su pupilo!

-¿Cómo estás, Simón?

-Tirando, don Antonio. Y usted, joven, ¿qué me cuenta?

-Tirando también, Simón, como todo el mundo.

-Como todo el mundo no, creamé; que acá hay más de uno que en vez de tirar, mete la mano. Ya les traigo los menús. Mientras tanto unos batiditos y un poco de provolone, ¿no?

-¿Y cómo le ha ido todo este tiempo, don Antonio?

-Como siempre, muchacho. Solo que la pierna me da cada vez más trabajo y ando con la movilidad mermaidísima. Igual me arreglo, como ves, porque, por suerte, todavía voy colado en la clase media y me alcanza para desplazarme en taxi. ¿Y vos?

-Escribiendo cada vez más, cada vez mejor y cada vez por más plata, aunque nunca demasiada. Y si no, como siempre; dando clases, haciendo mis changuitas... Y ocupándome todo lo que puedo de mis gurruminas, pero con los tiempos que corren, no tengo ni la mitad del tiempo que quisiera.

-Que estás escribiendo mejor, me consta.

-¡No me diga que me ha seguido leyendo!

-¡Claro que sí! No todos los días un compatriota sale finalista del Premio Casa de las Américas.

-Pero si ese no me lo publicaron en la Argentina, ni tampoco el segundo libro de cuentos...

-Uno tiene sus contactos, muchacho.

-Pero bueno, cuénteme, ¿qué le pareció la novela?

-Buena.

-¿Buena a secas?

-Buena a secas. Pero muy buena para ser la primera. Aunque, a mi juicio, todavía tenés que terminar de emanciparte de Gorki. Los cuentos, en cambio, son otra cosa. Ahí sí que se te ve el verdadero fuste.

-¿Y qué cuento le gustó más?

-Sin duda el del asesinato en el subte de Nueva York.

-¿Y cuál le pareció más flojo?

-No es que me haya parecido flojo, pero el del pibe que viaja por la República Democrática Alemana y se encuentra con la chica que no quiere irse con él es un cuento de hadas. En los países socialistas habrá un montón de pibas remacanudas y reconscientes que no querrían mandarse mudar a Occidente, pero no por pruritos ideológicos, sino, sobre todo, por miedo de que luego los camaradas se las agarren con los que quedan atrás. Es una de las primeras cosas que me abrieron los ojos, ¿sabés? Vos vas a Francia o a Nigeria o a Panamá, te levantás una piba, te la traés a la Argentina y el problema se te plantea acá, no allá. Que se haya piantado no le va ni le viene a nadie más que a ella y a la familia que tiene que verla irse.

Y si se arrepiente y se quiere volver, no tiene que pedirle permiso a nadie. Y mirá que este país de mierda nunca se ha pegado una vuelta demasiado lejos del fascismo. En cambio, en los países socialistas, ¡cagaste! Para colmo, el que se va es un traidor, pierde el laburo, pierde la casa, y, en muchos casos, pierden el laburo los parientes hasta de cuarto grado. ¡Dejáme de joder! ¡Si esa es la etapa superior del capitalismo, estamos rejodidos, muchacho!

-Le voy a hacer una confesión, don Antonio: yo llegué a creer que usted tenía razón, que el socialismo era, al menos por ahora, una quimera, que la revolución no podía cometerse sin crímenes. Pero fíjese: a Cuba se le pueden enrostrar mil cosas, incluso mil injusticias y mil aberraciones, pero ni un solo crimen.

-Ojalá tengas razón, muchacho. Ojalá la sigas teniendo por muchos años. Porque sería la primera vez...

-Y no solamente eso, don Antonio. Mire lo que está pasando en todo el mundo. Se ha caído el imperio portugués, y donde estaban Salazar y Caetano y sus tropas coloniales ahora empiezan procesos revolucionarios inéditos. ¡En el África, don Antonio; en Angola, en Etiopía... hasta en el Yemén! Después de Cuba, las revoluciones se hacen sin la URSS.

-Parece, muchacho; parece. Te repito por enésima vez: no puede haber revoluciones proletarias en países sin proletariado. No puede ser. Y si no puede ser, muchacho, *no es*. El precio de esta ceguera de los revolucionarios, porque no me caben dudas de que son auténticos revolucionarios ni de que están auténticamente ciegos, será terrible. Van a empezar por devorarse entre ellos y se los va a terminar morfando el imperialismo. Tiemblo de solo pensarlo. Fijáte bien en Pol Pot. Los crímenes de esa bestia van a dejar enanos los desmanes de los yanquis. Yo tengo muchísimo miedo del fin de siglo que nos espera.

Simón, que había traído los batidos volvió para retirar los vasos

-¿Que van a querer comer?

-¿Qué opinás de un chivito a la calabresa, muchacho?

-¡*Non se ne parli più!*

-¡Y nos abrís un Montchenot!

-Perdóneme que insista con mi libro, don Antonio, pero ¿qué crítica me puede hacer que me vaya a servir?

-Más literatura y menos política. Vos no sos un Borges de izquierda, un filósofo disfrazado de escritor, y mucho menos un criptopolítico. Solo a un Borges le sale ser Borges. Vos sos un escritor de veras.

-¿Me quiere decir que Borges no lo es?

-No es eso. Borges no escribe sobre la vida, porque sencillamente no la conoce. No tiene más personajes que él mismo, porque no conoce a nadie. Pensá: ¿qué personajes tiene el pobre Georgie? ¿Funes? Lo más parecido a una persona de carne y hueso que ha imaginado es Emma Zunz -¡y la única mujer de su obra!-. Borges es un pajero genial. Vos no. Vos has querido y sabido vivir. Pero todavía ponés la literatura al servicio de un programa político. No cometás ese error. La vida es primero. Si querés que nos pongamos marxosos, lo primero es la praxis social. La conciencia viene después. Dejá que tus personajes vivan su vida. No te metas demasiado con ellos, que se la vas a arruinar. Sé buen padre de tus criaturas: dales el ser, ayudalas a crecer y desarrollarse, pero dejalas que crezcan y se desarrollen solas. No trates de imponerles tu lógica. Contá las cosas, narrá los hechos, describí las situaciones, pero sin meterte a sermonear. Acordáte de que el lector, el que te interesa, aquel para el cual consciente o inconscientemente escribís, no es ningún idiota y que -como a vos mismo, como a mí- no le gusta que le den clases de nada. Dejále sacar sus propias conclusiones. Y si no son las que querías, mala suerte.

-No estoy de acuerdo, don Antonio. Yo escribo, precisamente, en busca de que mi lector saque ciertas conclusiones. En todo caso, quiero orientarlo hacia esas conclusiones, o, al menos, que se dé cuenta de que esas son las conclusiones a que yo mismo llego. Yo no tiro al aire, don Antonio. Yo trato de apuntar con todo cuidado.

-Se me hace que en el fondo seguís creyendo en el realismo socialista, muchacho. Tené cuidado con el costumbrismo de izquierda. Realista es Shakespeare, no Shólojov.

-Me temo que no he leído a don Mijaíl.

-A mi modo de ver, no te perdés gran cosa. A mí me parece un farsante. Y hablando de todo un poco, ¿qué hay de tu padre?

-Bueno, él tampoco ha tenido demasiado tiempo para sus nietas, para no hablar de la abuela. Sigue militando a todo vapor, don Antonio. Pero últimamente hemos discutido mucho. Me acusa constantemente de desviacionismo de derecha. La verdad es que a veces me parece que, en el fondo, tiene razón.

-¿Todavía no has celebrado tu XX Congreso, entonces?

-Mi viejo no es Stalin, don Antonio.

-Fijáte que más de lo que te parece. Por lo pronto, ha generado un zalamerísimo culto a la personalidad.

-¿...?

-En tu gentil persona. Y, según me dijiste, la de tu madre. Pero el problema fundamental del estalinismo no es Stalin; el problema está en quienes renuncian voluntariamente a mirar con ojo crítico.

-Usted entonces está de acuerdo con Borges en eso de que meterse en un partido es excusa para no pensar.

-Solo hasta cierto punto. Yo creo que la decisión de comprometerse organizadamente con una causa tiene que ser fruto de una reflexión profunda. El problema empieza cuando la reflexión cede paso a la disciplina ciega, cuando uno entra a escudarse en que los caminos del Partido son igual de misteriosos que los del Señor. Porque, por cierto, Borges dice que tanto profesar una religión como meterse en un partido son no únicamente renunciar a pensar sino ceder a otros la responsabilidad por los propios actos.

-Pero usted y yo sabemos que la única manera de derrotar a un enemigo organizado es organizándose uno, ¿no? Y la disciplina es parte de toda organización, ¿no?

-Sin duda, muchacho. Pero no te olvides de que la disciplina consiste, siempre, en permitir que el juicio a primera vista equivocado del otro prevalezca sobre el de uno.

-Bueno, no siempre.

-¡Siempre, muchacho! Siempre. Para obedecer órdenes que se creen justas se precisa coraje, pero no hace falta disciplina.

-El Monshenó lo prueba el pibe, ¿no?

-¡Desde luego!

Luciano cumplió con todas las mociones olfativas, ópticas y papilares de la ceremonia y sentenció:

-¡Deputamadre! ¡Salud, don Antonio!

-¡Salud, muchacho!

Libaron detenidamente, mirando cada tanto el escarlata de los cristales.

-¡A ver estos chivitos!

La carne tenía apenas más consistencia que la de res, pero el gusto era mucho más avasallador. La salsa -más bien un simple aderezo compuesto de ajo, aceite de oliva, orégano y ají molido- lo completaba, enriquecía y realzaba a la vez. Luciano masticó largamente, tratando de discernir uno por uno los diferentes sabores y de volverlos a juntar. Después se dio un instante para despedirse de ellos a medida que desaparecían garganta abajo y se premió por fin con un buche generoso que paseó por todos los rincones de la lengua y del paladar.

-¡Deputamadre!

Al cabo de tres o cuatro bocados a los que dedicó hasta la última hebra de concentración, pudo por fin avenirse a hacer una pausa.

-¿Le puedo preguntar algo, don Antonio?

-...

-¿Por qué insiste tanto en que nos encontremos por casualidad?

-Yo mismo no lo sé bien, muchacho.

-No se ofenda, pero a mí me da la impresión de que no quiere que lo conozca.

-No es que no quiera que me conozcas, sino que... ¿Cómo explicártelo? No quiero que me veas como papá sustituto. No lo tomes a mal, pero no me animo con la responsabilidad.

-Oiga, don Antonio, eso me lo podría haber creído cuando nos conocimos y yo andaba sin saber qué hacer de mi vida. Pero ahora, se lo digo una vez más, estoy grandecito. Me casé. Soy padre de dos hijas. He viajado. Tengo publicados varios libros. Me va a disculpar, pero francamente no creo que ande necesitando un papá. Además, ya tengo.

-¿Y cómo anda?

-No me cambie de tema, don Antonio.

-No, si el que cambió fuiste vos.

-Me doy por vencido. Anda bien... supongo. Nos vemos poco. ¿Puede creer que no leyó ninguno de mis libros?

-Puedo.

-Yo no sé, pero pienso que si una de mis hijas escribiese un libro, qué sé yo, ¡de costura! yo me lo leería de pe a pa. Haciendo de tripas corazón, tal vez, pero de pe a pa.

-¿Y por qué creés que no los quiere leer?

-Ni idea.

-¿Porque no te quiere?

-Bueno, espero que no...

-No, no puede ser por eso.

-¿Y por qué entonces?

-Porque tiene miedo de que seas mejor que él.

-¡Pero si él no necesita creer que es mejor que yo!

-Evidentemente sí.

-Pero ¿por qué?

-Eso no lo sabe ni él, te lo aseguro.

-¿Y usted?

-Yo tampoco, ¿cómo lo voy a saber? Pero en este caso no hace falta ser médico para ver que la persona está enferma.

El chivito había dejado de importar. Seguía igual de sabroso y aromático, pero Luciano había interrumpido las relaciones diplomáticas con su paladar. Masticaba mecánicamente, casi a desgano. Le daba a la vez pena, bronca y vergüenza saber que sus muchos y fehacientes triunfos no compensaban el agujero negro que le quedaba de no haber llegado a sentir nunca ni la tibia aprobación de su padre.

-No permitas que también te prive del placer de la comida, muchacho. Perdonáme, no debí haber sacado el tema. Dejá de hablar y, si podés, de pensar hasta terminar con este chivito. Está deputamadre, acordáte.

Luciano reorganizó toda su anatomía, buscó una posición más vertical, trató de hacer limpieza a fondo en el cráneo y volvió a fijar ojos y nariz en el plato. Poco a poco, entre el chivito y él fueron ganando la batalla. Don Antonio vigilaba de reojo, tratando de no distraer a su joven amigo. Así siguieron degustando en silencio, cada uno en lo suyo, hasta que Luciano, emancipado ya del chubasco, procedió a engullir lo que quedaba de la salsa chorreando de toneladas de pan.

-Rico el chivito, ¿no, joven?

-Deputamadre, Simón. Deputamadre.

-Pensar que no hay tanta gente que le gusta. Parece mentira, pero le digo una cosa, aquí habemos muchos que no saben comer. Por eso cada vez que le digo que vino don Antonio el patrón se pone de fiesta.

-¿Y cómo se conocieron, don Antonio?

-Un día el patrón me preguntó que quién era el cliente que había pedido los panqueques flambeados al cuantró y quiso salir a conocerlo.

-Y ahí es donde me enteré de su idiosincrásico concepto de la higiene personal.

-No exagere, don Antonio. Bueno, y desde entonces, cada vez que sabe que es para don Antonio se esmera más. Y mire que nunca volvió a salir, ¿eh? Porque el patrón no se mueve de la cocina más que para ir al baño.

-Querrás decir al toilet, porque al baño propiamente dicho, ni en pedo.

-Déjese de embromar, don Antonio, y mejor dígame qué quiere de postre.

-¿Probaste alguna vez el sambayón al oporto con nueces, muchacho?

-Ni sé qué es.

-¡Y vos creés que ya no te hace falta papá! Me hacés marchar dos sambayones... con oporto en serio, ¿estamos? Y traéte los con dos vasos del *idem*.

Simón remontó vuelo camino de la cocina persiguiendo la bandeja cargada de despojos.

-Comer con vos se ha convertido en un verdadero placer, muchacho.

-El placer ha sido mío desde el primer día, don Antonio.

-Con tu permiso.

Los brazos de don Antonio se ocultaron detrás del mantel para resurgir empuñando pipa y tabaquera. Luego volvieron a desaparecer. Los codos revelaron un prolijo hurgar en los bolsillos laterales de la chaqueta que culminó con la presentación del encendedor y del curapipas. Luciano observó con renovada curiosidad y antiguo cariño la apacible prosopopeya. Las manos de don Antonio acariciaban esos objetos, sobre todo la pipa. La cargó con meticulosa fruición, se la llevó a los labios y apenas si los chasqueó para ir verificando el tiro mientras aplastaba suavemente el tabaco. La mano derecha descendió para cambiar el curapipas por el encendedor y volvió a alzarse sin prisa. Llama y chimenea se amigaron en silencio. Don Antonio pareció regresar desde la despaciosa bruma de la primera bocanada como de otro planeta del que traía como trofeo el encendedor nuevamente dormido.

-Así es muchacho.

-¿...?

-Es un verdadero placer.

Y retornó nuevamente a su planeta para quedarse hasta que Simón trajera los sambayones.

-Me dijo don Niccola que me cuenten qué les parece este oportito. Se lo trajeron de Oporto mismo. Tiene un amigo que de tanto en tanto le hace llegar unas botellas.

-Muchacho, vas a probar un vino de reyes. Miráme un poquito el color de esta joya. ¡Salud!

Luciano intuyó que había que sorber apenas un par de gotas y dejarlas haciendo equilibrio en la punta de la lengua. Bastó para que se le invadiera el paladar. Era un gusto tenaz aferrado a una textura casi pastosa. Después probó el sambayón. Una enorme copa como de mayonesa bronceada en la que, en medio de una tormenta inmóvil, había quedado atrapada una flotilla de trozos de nuez.

-Es la única cosa que hemos copiado mejorando el original. El *zabaione* primigenio es chirle y amarillento. Sabroso, sin duda, pero no tanto. Más delicado, sin duda, pero no te llena la boca como este. El nuestro es sambayón a lo bestia.

-...

-¿Y?

-¡Deputamadre!

-¡Amén! Contáme más de tu mujer, muchacho.

-¿Cómo explicarle, don Antonio? Con Verónica nos queremos, de eso no hay duda, pero no sé... con la vida que llevamos la cosa se hace muy cuesta arriba. Nos vemos poco. Cuando estamos juntos, las gurruminas nos acaparan la atención...

-¿Y aquella cama alternativa?

-...

-¿Preferís no hablar?

-Era Claudia, ¿se acuerda? La que me sacó eróticamente de pobre, como usted decía. La mataron, don Antonio. En un supuesto enfrentamiento, aunque yo sé que es mentira, porque ella jamás habría sabido siquiera cómo manejar un arma. Apareció con otros tres. Andaba en el ERP.

-Lo siento mucho; en el alma lo siento, muchacho, creeme. Es la primera vez que te toca de cerca, ¿no?

-Sí... muy de cerca.

-Esta locura no hay cómo pararla, muchacho, pero no te voy a empezar con mi sermón de siempre. ¡A su memoria, muchacho!

Luciano sintió que un escozor se le adueñaba de las pupilas.

-Si querés llorar, llorá, muchacho. Es lo menos que se merece.

-Perdóneme, don Antonio. Ya vuelvo.

-Tranquilo, muchacho, tranquilo.

Luciano se levantó con torpeza y ganó al baño justo a tiempo para poder encerrarse en un gabinete y esperar que nadie oyera los gritos, que llegaban con casi un año de retraso. Inmóvil en su silla, don Antonio volvía a guardar, humedecido, su pañuelo de seda para esconder luego el rostro tras una densa nube de humo. Parado a una mesa de distancia, también Simón tenía un brillo extraño en la mirada.

Luciano se lavó la cara y regresó lentamente a la mesa. Don Antonio no lo dejó abrir la boca.

-Sentáte, muchacho. No digas nada. Tomáte otro café. ¡Simón, dos cafés bien pero bien cargados!

Simón acudió con los pocillos y dos copas de coñac.

-Tenga, don Antonio, tené, pibe; estos se los regalo yo.

-Sos un gran tipo, Simón. Y el Tano también. Ahora traenos la cuenta.

-Vaya tranquilo, don Antonio. Me la paga la próxima vez, yo después le explico a don Nicola. Chau, pibe, ¡fuerza!

Don Antonio tardó largo rato en obtener una vertical precaria en la cual no llegó a afianzarse sino tras varios bamboleos.

-Bueno el vino, ¿eh?

Pero Luciano comprendió que el vino no tenía nada que ver.

Marzo de 1976

Mientras en el resto del globo la marcha incontenible de la Revolución empezaba a perder garbo, la Argentina se desintegraba. La violencia recrudecía minuto a minuto. La economía no terminaba de recuperarse del rodrigazo. Los precios estaban por las nubes, el salario real se había despeñado y los ahorros quedaban hechos humo. La moneda se devaluaba literalmente minuto a minuto. El billete verde, que en agosto de 1975 se cotizaba a 1.575 pesos había remontado a 32.500, o sea, más del 2.000%. No quedaba sector social que continuase apoyando al gobierno. Hacia comienzos de año estaba claro que el golpe era inminente. Luciano era ya un escritor y periodista de cierto renombre, y para entonces sus ingresos más importantes eran los siempre esporádicos y exiguos pagos en dólares que, sin embargo, resultaban opíparos a la hora del cambio. Por primera vez, la familia vivió en los arrabales de la prosperidad.

Una de las tantas mañanas que Luciano entró en Casa Piano a cambiar diez dólares para las compras de la semana se cruzó con don Antonio, que salía jalando su pierna inerte.

-¡Don Antonio! ¿No me diga que usted también anda cambiando dólares? ¿Compró o vendió?

-Así es, muchacho. ¿Cómo estás?

-Mejor que el país, lo cual no es mucho decir. ¿Y usted?

-Casi tan mal. Pero de movilidad, nomás. Mirá, vos hacé lo tuyo, que yo te espero aquí al lado y después nos vamos a almorzar. ¿O estás ocupado?

-¿Cuándo he estado ocupado para usted, don Antonio? Vaya; pídense un batido que yo ya me le junto. Ah, y como acabo de recibir un cheque nada menos que de cien dólares, me va a permitir que lo invite aunque más no sea esta vez.

-Eso lo negociamos después muchacho. Tomáte tu tiempo, que cuanto más demores en la cola mejor negocio vas a hacer. ¡La reputísima madre que los parió; pobre país, carajo!

El local estaba atestado. Luciano terminó por cambiarle el dinero a otro que estaba en tren de comprar y salió con los bolsillos henchidos en busca de su amigo.

-Ni te sientes, muchacho, que este lugar es una pocilga.

Don Antonio pagó los quince centavos de dólar que costaba a esa hora el batido de Gancia y se puso arduamente de pie.

-¿Al Sáenz Peña?

-Como ya es tradicional en este combo.

-Pero pago yo.

-Pero vamos a ver. Paráme ese taxi.

Luciano aguardó a que don Antonio fuera trasladando su tundida humanidad dentro del coche, cerró la portezuela y subió por el otro lado.

-A Yrigoyen y Sáenz Peña, por favor.

El taxista partió sin mirar por el espejo retrovisor y casi dejó el guardabarros colgado de un ómnibus que pasaba a toda velocidad.

-¡La puta que te parió!

-Anda como la mierda la cosa, ¿eh?

-Como la mierda es un piropo, pibe. Esto no da más. Estamos todos destrozados. Recién, la verdá, la culpa la tuve yo, no el colectivo; aunque también el animal venía como a ochenta... ¡Hay que joderse! ¡Cargado de pasajeros, un martes al mediodía, por plena Corrientes, y a los santísimos pedos! ¿Saben la cantidad de muertos si me llega a agarrar? Y perdonenme la frenada, es que todos tenemos los nervios de punta. La gente está muy muy mal. Yo, la verdad, nunca pensé que en este país las cosas podrían ponerse así. Miren, yo, que soy peronista de la primera hora, les digo una cosa: o en este país entran los milicos o nos vamos todos a la mismísima mierda.

-¿Y usted de veras cree que los milicos la van a arreglar?

-No tengo ni la más puta idea, pero, la verdá, si no la arreglan ellos no la arregla nadie. Aquí lo que hace falta es mano dura. ¡Mano dura! Meter en cana a todos estos chorros sinvergüenzas, sacarla a la puta de mierda esa y mandarla de vuelta al cabaré en Panamá, liquidar a todos los terroristas, cerrar los sindicatos y a marchar todos parejitos marcando el paso y el primero que se quiera hacer el gallito: ¡pum! ¡pum!, cuatro tiros y a la mierda. Otra no hay, creanmén. El pueblo argentino no sirve para la democracia. Es demasiado cómodo, demasiado enquilombado, y a la hora de la verdá, demasiado cagón. Mire, se lo digo con pena, pero es así. Esto, la verdá, no da más.

-¿Y no tiene miedo que sea peor?

-¿Peor? ¿Cómo mierda?

-Bueno, que entre a correr todavía más sangre.

-Yo a eso, mire lo que le digo, miedo no le tengo. Que entre a correr sangre, pero de ladrones, de burócratas y de terroristas. Yo, si a mí me darían un fusil, la verdá, los mato yo mismo. Esto no da más. ¡Esto no da más, la reputísima madre que los recontracienmil parió! ¿Dónde quieren que los deje?

-Justo en el restorán por favor. Cóbrese. Y redondee a cinco mil seiscientos.

-¿Usted gana en dólares o qué, maestro? No, déjelo en cinco mil quinientos así no me lleva todo el cambio. Vaya y morfe bien mientras pueda, que si seguimos así vamos a tener que entrar a pedir limosna los veinticinco millones de pelotudos que vivimos en este país de mierda.

Luciano aguardó a que don Antonio terminara de extraerse del asiento y caminó detrás de él alerta a que no fuese a perder el equilibrio.

-¡Pero miren la sorpresa! ¡Don Antonio! ¡Joven! ¡Pasen; pasen!

-¿Cómo andás, Simón?

-¡Qué quiere que le diga, don Antonio! Esto no da para más. Yo hasta estoy deseando que vuelvan los milicos, con eso le digo todo.

-¡No me digas que vos también! ¿Será posible que en este país no quede nadie con un gramo de cordura?

-Venga, siéntese y no se amargue que después le va a caer mal la comida. ¿Les voy trayendo los Gancia y el provolone?

-Yo, con este calor, preferiría pasar directamente a un blanco bien frío.

-¡Muchacho! ¡Por fin alguien que verbaliza algo sensato! Traenos un Orfila chablis. Vas a ver. Un buen vino, muchacho... Un vinito, ¿cómo te lo puedo explicar?

-Honesto.

-¡Muchacho: estás hecho un oráculo!

-¿Y de comer?

-Yo me iría por algo sencillito y con escamas. Un buen Gran Paraná, por ejemplo.

-Simón, vos que tenés buena vista, ¿este es el mismo gurí con que yo sabía venir endenantes?

-De pinta sí, don Antonio, pero me parece que anda engualichado.

-¡Sean, pues, dos Grandes Paranases!

-¿Con?

-Muchacho...

-Háganoslos al roquefort, y para empezar nos trae dos tomatitos rellenos, pero les pone una gotita del vinagre y del aceite de don Niccola.

-Simón, creo que puedo morir contento. Y vos, ya que estás, también, que este milagro se debe igualmente a vos y a la luctuosa mano del Tano, aunque rime, carajo, y quien, puestos todos a sucumbir, puede asimismo expirar satisfecho.

-Ya los hago marchar.

Simón desapareció en la cocina y reemergió chablis y tomates rellenos en mano.

-¡A ver este vinito!

Y se lo dio a probar a Luciano sin mirar siquiera a don Antonio, que observaba con una expresión aledaña del éxtasis.

-¿Y?

-Honesto. Honesto deputamadre. ¡Salud!

-¡Salud!

-Bueno, contáme, ¿cómo andás?

-Ya le dije. Mejor que el país. Cada vez que cobro unos dólares me siento Rockefeller. Con Verónica hasta estamos pensando en irnos unos días al mar a patinar los cien verdes que le conté. ¿Puede creer que las gurruminas todavía no lo han visto?

-¡Vaya si puedo! Sería fantástico que pudieras aprovechar. ¿Y seguís escribiendo?

-Cuando tengo tiempo, que no es muy seguido; pero sí, sigo escribiendo.

-Me alegro, porque sos un gran escritor.

-¡No me diga que me ha seguido leyendo!

-Me temo que ya te lo dije.

-¡Usted no cambia, don Antonio!

-No, simplemente decaigo. ¿Y con tu mujer?

-Bien.

-¿Bien?

-Bien.

-Sin comentarios...

-Mejor.

Luciano probó un bocado de su tomate relleno con arroz, atún y mayonesa. El tomate, rojo como un Primero de Mayo, había alcanzado la madurez perfecta. El relleno era simple, funcional, más para dar gusto al tomate que al revés, y las dos gotas de *aceto* balsámico y las cuatro de aceite de oliva extra virgen lo ennoblecían todo como un conato de sombra de ojos y un toque de *rimmel* perfeccionan, sin embargo, un rostro femenino dijérase imperfectible.

-¿Y las infantas?

-Divinas, don Antonio. Las miro crecer y no puedo creer que son mías. ¡Lástima el puto país en que les va a tocar ser jóvenes y, lo que es peor, viejas!

-Lástima enorme. Y vos, hablando de Roma, ¿siempre en el Partido?

-No empiece, don Antonio.

-En serio, muchacho.

-Sí, sigo en el Partido. Cambio.

-¿Y qué estás haciendo para parar la que se viene?

-Mire, don Antonio, usted sabe que yo, personalmente, a los milicos los tengo aquí, pero ¿qué otra salida hay? Las fuerzas políticas están en plena desbandada. Esto es un sálvese quien pueda. La ultra está más loca que nunca y no deja de provocar. La derecha está aprovechando para reponerse de su derrota del 74...

-¿Porque vos de veras creés que lo del 74 fue una derrota?

-Sin duda. ¿Si no, qué hacían Allende y Dorticós en el balcón de la Casa Rosada?

-¡*Touché!* Pero ¿cuánto duró? ¿Y dónde está Allende?

-Precisamente, de lo que se trata es de no seguir perdiendo esa victoria.

-¡Escritor tenías que ser! ¿Y vos creés, como tu dichoso Partido, que los “sectores progresistas de las Fuerzas Armadas”, otramente conocidos como “militares patriotas”, van a sacar el país del pozo, asistidos por la mórbida mano de la burguesía nacional y la callosa del pueblo trabajador?

-Son los únicos con fuerza suficiente para encauzar este quilombo, don Antonio.

-¿Vos sos consciente de la barbaridad que estás diciendo, muchacho?

-Fíjese en el proceso peruano...

-Si no me equivoco, mi general Velazco Alvarado no ta má.

-Pero el proceso sigue.

-¡Muchacho, tanta inocencia me enternece!

-Bueno, mire, entonces, la experiencia de Portugal.

-Primero, hay que ver en qué termina. Segundo, ¿cómo vas a comparar la Argentina con Portugal? Esos milicos llevaban más de veinte años de guerra colonial. ¿Dónde está la experiencia análoga en este país?

-Mejor cambiamos de tema.

-Como quieras. Pero este país está al borde de un abismo sin fondo, y nadie parece comprenderlo.

-Y según usted, ¿qué habría que hacer?

-Lo que te dije y te repito: cerrar filas contra el golpe militar. Defender no a este gobierno sino las instituciones. Porque este país no va a salir jamás del pozo si no acaba con los ciclos de gobiernos de mierda y peores golpes de estado.

-Se dice fácil.

-Tan fácil como “militares patriotas”.

-Vea, para mí la única salida pasa por el frente cívico militar más amplio posible, juntando todas las fuerzas progresistas y populares. No hay un solo partido capaz de encauzar

la cosa. Acá ya no es cuestión de radicales o peronistas, sino de corrientes democráticas dentro de cada partido, que la tienen casi todos, y de las fuerzas armadas. ¡No hay otra, don Antonio! ¡Este gobierno es indefendible!

-El gobierno sí, pero las instituciones no.

-Me extraña que apueste tanto a la democracia burguesa.

-Por el momento y al menos en este país, es la única que hay o, si preferís, la única posible. Dentro de esta democracia, limitada y lastimosa como es, se puede buscar una salida que evite la guerra civil. Movilizarse para obligar a que la Copera renuncie, ¡sin duda! Dejar que la echen los milicos, ¡jamás! Pero, como sugerís, cambiemos de tema.

-¡A ver estos pejerrey!

La carne, impolutamente alba, estaba en su perfecto punto: casi se deshacía sola no bien se le acercaba el cuchillo, pero una vez en la boca llegaba con su sabor tímido y distante a todas las papilas, mientras la salsa le comunicaba el tris exacto de acerbidad.

-¿Cómo andan tus viejos?

-¡Qué lejos se fue, don Antonio!

-¿Qué? ¿De eso tampoco querés hablar?

-No... Están bien... Aunque el viejo tan bien no anda. El rodrigazo lo dejó en pelotas. Si sigue así va a tener que vender la casa. Está muy preocupado, porque como en la época de Frondizi lo expulsaron del Hospital no tiene jubilación. Bueno, salvo la de la Asociación Médica, que parece que es una miseria. Y aunque está hecho un pibe, tiene muchísimo miedo de no poder seguir trabajando. Porque no solamente lo han amenazado varias veces, sino que los muy hijos de puta han intimidado a muchos pacientes.

-Bueno, pero tu viejo ha de tener resto, ¿no? Y si no, tu vieja.

-No vaya a creer, don Antonio. El viejo ha vivido siempre al día y, por otra parte, no aceptaría jamás un peso que no se hubiese ganado con el sudor de su estetoscopio. En ese sentido, le digo, no puedo menos de admirarlo. Las cosas como son.

-Sí, lo puedo creer. ¿Y tu vieja?

-Más muerta de miedo que él.

-Y siempre de polizón...

-Mi madre no ha sabido cómo pagarse el pasaje en el alma de su hijo, don Antonio.

-Sí, estás hecho todo un escritor. Pero ¡cuidado, muchacho, que la vida suele traicionar a los literatos! Pensá un poco: no ha de ser fácil para una mujer así aguantarse lo que se tiene que aguantar. Todo eso que se queja de haber dejado lo dejó por tu viejo, y por tu viejo sigue

sin recuperarlo. Te digo, muchacho, esa mujer, con todo lo loca que decís que está, sabe querer mucho más y mejor que tu señor papito.

-En todo caso, mi vieja sabrá cómo querer a su marido, pero lo que es a su hijo...

- Edipo *dixit*. Pero bueno, no nos distraigamos de esta noble criatura. ¡Salud!

-¡Salud!

Los amigos saborearon sin premura. De pronto, don Antonio depuso los cubiertos y se llevó el vino a los labios como para ayudarse a conjurar la sombra de perturbación que le había oscurecido la mirada.

-Este país se va a la mierda, muchacho. Aquí hay dos frentes prioritarios: la defensa de las instituciones y la del salario. Y la defensa de las instituciones pasa por poner fin a la violencia y a los asesinatos.

-Esa es, precisamente, la línea del Partido.

-No del todo. El Partido condena la violencia, pero esperando que el que le ponga coto sea el ejército. No comprende que lo que va a hacer el ejército es encargarse abiertamente de reprimir. Y que con el pretexto de reprimir a la guerrilla, se las va a agarrar con los trabajadores. Abrí los ojos. Que el Partido insista en tenerlos más cerrados que una almeja muerta es cosa de él; pero vos abrí los ojos. ¡Por favor, muchacho; abrí los ojos!

-Creo tenerlos bien abiertos, don Antonio. La situación está, sin duda, rejodidísima. El gobierno es una bolsa de gatos, los montos y el ERP no dejan de hacer quilombo, la Triple A asesina cada vez más, la clase obrera está manejada por la burocracia peronista, la pequeña burguesía anda desesperada y ya sabemos a qué suele llevar esa desesperación. Está claro que este país no puede seguir así. ¿Pero qué fuerza política con opción de poder hay en este momento? Ninguna. La cosa va a terminar dirimiéndose entre los militares. Y no va a serles fácil. Fíjese: a Allende, que tenía apoyo popular y un prestigio internacional enorme, le pudieron dar el golpe. Y aquí, con un gobierno que no lo quiere ni la mamá, con la gente pidiendo más o menos a gritos que lo saquen a la mierda, no han podido todavía. ¿Y sabe por qué? Porque, a diferencia de los milicos chilenos, los nuestros están divididos. O sea, que, acá, “los militares” no constituyen un grupo homogéneo. Está la ultraderecha fascista, los Menéndez, los Camps, los Suárez Mason, y están los que quieren acabar con este quilombo pero sin abjurar de una política exterior independiente, sin plantar a la Argentina de los No Alineados, ni romper relaciones con Cuba.

-Vos crees en los Reyes Magos, muchacho. Pero incluso así, ¿y con eso?

-¿No le parece importante?

-¡Oh, desde luego! Una cosa es una dictadura fascista sometida a los designios del imperialismo y otra, muy que pero muy distinta, una dictadura fascista independiente.

-Es que no se trata de eso, don Antonio. Al contrario. De lo que sí se trata es, precisamente, de evitar el pinochetazo, de evitar una dictadura abiertamente fascista.

-Ah, porque encubiertamente fascista es mejor. ¿Vos tenés idea de la barbaridad que estás diciendo, muchacho?

-Es que no hay alternativa. O, mejor dicho, la única otra posibilidad es que el poder lo tomen los sectores más reaccionarios...

-Muchacho, serenáte, cerrá los ojos y pensá: suben los militares, los mejorcitos, los “patriotas”, ¿bien? Los montos y el ERP no van a parar la mano. Si ahora no tienen la excusa de luchar contra un gobierno anticonstitucional, entonces la van a tener servida en bandeja. ¿Y estos patriotas de uniforme qué van a hacer? Reprimir. ¿Cómo? Con todo. ¿Solamente a la ultraizquierda? No. Ese va a ser el pretexto. Van a meterle al país un cinturón de castidad que reíte de Onganía. Ponétele de otra forma. ¿A qué clase van a representar los “patriotas” de desfile? ¿Qué intereses van a defender? ¿Los de la clase obrera? Ni soñando. ¿Los de la pequeña burguesía? Ni locos. ¿Los de la burguesía nacional? Puede ser, pero lo dudo. En todo caso, si combate interno hay, va a ser entre los sectores de la gran burguesía aliados al imperialismo y los más independientes. Entre los liberales a la Alsogaray y los nazis a la Ottalagano. Y eso ¿cómo se va a reflejar políticamente? Unos van a pegar con porra y otros con garrote. Pero cualquiera el sector que triunfe del todo o de momento, vamos a volver al círculo vicioso de los golpes y contragolpes, solo que esta vez más sangrientos que nunca; y este pobre país se va a terminar de ir bien pero bien a la mierda.

-Pero es que no hay sociedad civil organizada, don Antonio. ¡No la hay!

-En efecto, no la hay. Y la tarea es, precisamente, organizarla, no arrojarla por la borda o, peor, entregarla atada de pies y manos a los milicos.

-¿Y qué tal estaban los pejerrey? Mano santa don Niccola para estas cosas, ¿no?

-Si no inmaculada, sin duda santa.

-¿Algún postrecito?

-Yo no. Francamente con un café me arreglo.

-Que sean dos, entonces.

-Esto está muy jodido, muchacho; mucho más jodido de lo que pensás.

Simón trajo los cafés que los amigos bebieron en silencio.

-¡La cuenta, Simón!

-¡Ni sueños, muchacho! ¡En serio! ¡Ni sueños!

Y Luciano comprendió que no podía insistir. Don Antonio tenía los ojos enrojecidos y había guardado la pipa sin encenderla. Ponerse de pie pareció requerirle un esfuerzo casi sobrehumano. Luciano nunca lo había visto así.

-Acompañáme a tomar un taxi, muchacho.

Salieron sin decir palabra. Don Antonio fue desapareciendo dentro del coche, y cuando solo le quedó afuera la mano con la que iba a cerrar la portezuela, dijo:

-Cuidáte mucho, muchacho. Mirá que estás jugando con plata ajena. Pensá en tus hijas. No aflojes en los principios, pero pensá siempre en tus hijas. Se vienen tiempos terribles, muchacho. ¡Terribles!

Diciembre de 1976

Tras el golpe del 23 de marzo, la represión se hizo masiva, con un ejército y una policía omnipresentes y omnipotentes que, sin embargo, casi nunca intervenían abiertamente en los cada vez más frecuentes secuestros y desapariciones. El vuelco no fue solo militar y político. Videla nombró Ministro de Economía al prosapioso José Alfredo Martínez de Hoz, que abrió de par en par las puertas a la importación con el sesudo concepto de que la industria nacional aprendiera a competir. En efecto, la industria creada por Perón al abrigo de una Segunda Guerra Mundial que tenía distraídos a Inglaterra y los Estados Unidos -nuestros tradicionales proveedores de todo lo que tuviera un tornillo, un pistón o un enchufe- fue desde el vamos un bebé de incubadora, protegido por una férrea cortina aduanera del insalubre aire del capitalismo cada vez más “globalizado”. Y la industria argentina, con un mercado interno ínfimo pero todo a sus anchas, se dedicó alegremente a crecer y multiplicarse artificialmente. Pero Martínez de Hoz pinchó la burbuja, y la criatura, en vez de aprender a respirar, empezó a morir de asfixia. Las fábricas pasaron a reducir la producción o cerrar, mientras el capital, merced a una de las tantas gráciles piruetas que le son propias, pegó el saltito a la especulación para adquirir lucrativa carta de ciudadanía en la “Patria Financiera”. Los que no tenían más que su fuerza de trabajo para vender, por desdicha, se encontraron con un mercado que pagaba cada vez menos cada vez a menos. El globo de los cresos, por su parte, se desprendió de la cesta en la que se apiñaba el pueblo y remontó raudo a la estratosfera. Quienes les servían directamente -los peluqueros de los ricos, los carniceros de los ricos, los choferes de los ricos, los abogados de los ricos, los arquitectos de los ricos, los pedicuros de los ricos, los masajistas de los ricos- quedaron prendidos al cordaje sin molestarse por la canasta que se despeñaba. La contrapartida auspiciosa fue que, al igual que a principios de siglo, el argentino versión turística adquirió fama de ricachón en todo el orbe. Fue la época de la dulce guita dulce, del ubicuo, frívolo y prepotente “déme dos”. Pese a la infame “campaña antiargentina montada desde el exterior”, la Argentina -la Argentina formal, tan celosa ella de las formas- navegaba a toda vela aprestándose a lanzar sus garfios de abordaje para instalarse por fin y merecidamente en el codiciado bajel del Primer Mundo.

Los libros de Luciano, aunque no oficialmente prohibidos, desaparecieron de todas las librerías. Y con el dólar de improviso subvaluado, no quedaba otra que volver a dar clases en la Cultural Inglesa y traducir para varias empresas mientras Verónica seguía enseñando en el Jean Mermoz.

Luciano, se había detenido a tomar un café en el Foro cuando vio entrar por etapas la vacilante figura de don Antonio.

-¡Don Antonio!

-¡Muchacho!

-¡Siéntese, don Antonio, y acompáñeme con un batido!

-¿Cómo va todo, muchacho? ¿Cómo están tu mujer y tus chiquilinas?

-Bien, por suerte. Las dos aprendiendo a gangosear en el Liceo Francés.

-¡Caramba, muchacho, qué paquetería!

-Becadas, don Antonio; gracias a que Verónica enseña allí y que, por el lado de su vieja, tiene pasaporte francés.

-La mejor paquetería es la gratuita, muchacho. Pero tengo una idea mejor. En vez de tomarnos el aperitivo aquí, vámonos directamente a almorzar.

Los amigos salieron en despareja yunta, con don Antonio empeñado en la ingrata tarea de convencer a su pierna renuente de seguirlo por el planeta. Pararon un taxi. Como, concentrado en cerrar la portezuela tras su pierna indiferente, don Antonio se había desentendido del mundo mientras Luciano permanecía atento a que no precisase ayuda, no advirtieron un detalle que, por cierto, comenzaba a popularizarse: una a cada lado de la luna trasera, el coche ostentaba un par de calcomanías que rezaban, respectivamente, “Los argentinos somos derechos y humanos” y “Yo quiero a mi Argentina ¿Y usted?”.

-A Hipólito Yrigoyen al 1600.

-En dos patadas estamos.

-¿Y qué tal la cosa, chofer?

-Y muchísimo mejor, ahora que tenemos un poco de orden, porque con la Puta y el Brujo, le digo, ya no se podía vivir. Ahora sí que a este país no lo para nadie, fíjese lo que le digo. Ahora hasta televisión color dicen que vamos a tener. En el mundo nos tienen envidia, óigame bien, envidia nos tienen; porque más se quisieran ellos tener un país como el nuestro, que tiene de todo y no necesita nada ni nadie. Por eso montaron esa campaña antiargentina, ¿me interpreta?, por envidiosos. Y por engrupidos por los comunistas, que están cabreros porque acá les mojamos la oreja. Acá la subersión no les salió. Con todo el despelote que había ellos creían que les iba a salir, pero se quedaron con las ganas. Entonces van y arman el gran quilombo con los derechos humanos. Claro, los derechos humanos de los subersivos, porque de los derechos humanos de las víctimas ni mu. Yo quisiera saber cómo respetaban ellos los derechos humanos de los alemanes y de los japoneses durante la guerra. Porque hablar de derechos humanos en tiempo de paz, cualquiera. Pero yo les diría que se vengan acá

unos días, que los secuestren o que les pongan una bomba y ya van a ver si vuelven tan gallitos.

-Bueno, pero no me va a negar que de vez en cuando se les va un poco la mano, ¿no?

-Mire, ecesos los hay en todas las guerras, qué se le va a hacer. Pero si hacen boleta a alguno, póngale la firma que en algo raro andaba.

-Sí, pero de repente se la agarran con la familia, por lo menos eso dicen.

-¡Sí, los de la campaña antiargentina! Y además le digo que yo no sé si está tan mal, porque a estos tipos les importa un carajo lo que les hagan a ellos, pero a su familia la tienen que querer, digo yo; tan degenerados no pueden ser. Entonces ya saben: vos hacé lo que se te dé la gana, matá, poné bombas, lo que quieras, pero la que paga es tu familia. Y si no te gusta, dejáte de matar y poner bombas y andá a laburar. Yo le digo, si en otros países, un suponer Israel, que tiene sus quilombos, hicieran lo mismo ya va a ver como se acabarían los líos en dos patadas.

-Bueno, pero acá hace como un año que están los milicos y los líos parece que no se acaban.

-Es que acá se dejaron madrugar. Si Lanusse habría tenido la visión de apretar las clavijas entonces, otro gallo cantaba ahora. Pero no, lo dejó venir a Perón. El Viejo le tuvo paciencia a la juventud, porque, claro, en parte se la debía, pero no cayó en que los marsistas habían aprovechado que llevaba diecisiete años afuera para hacer su laburito de infiltración, ¿me interpreta? Porque ellos trabajan siempre así. Como son cuatro gatos locos tienen que meterse en todos lados para ver si logran cactar a la gente, a los idiotas útiles que les dicen, para que les hagan el juego de ellos. Y claro, con la juventud la cosa les salió pipona. Y ahí los tipos se envalentonaron y para cuando entraron los milicos ya era tarde. Pero creamé, un año no es nada, ¿o cuánto duró la Segunda Guerra Mundial? Pero déles otro año, dos cuanto más, y va a ver como todo vuelve a ser como antes.

-¿Y el laburo, qué tal?

-Y, qué quiere que le diga, difícil. Ahora con lo que abrieron las importaciones hay algunas cosas más baratas, pero son básicamente las más caras, ¿vio? Las cosas que uno necesita, en cambio, las que uno compra, esas están por las nubes. Pero igual, si uno le mete, se vive. Claro, ahora con el mismo laburo no alcanza como antes, así que la gente se mete a hacer changas los fines de semana o chapa un laburo más. Usté, un suponer, labura en la oficina pongamos de nueve a cinco, y chapa un turno de noche en algún colegio, como profe de lo que sea, ¿me interpreta? Yo, por ejemplo, estoy al volante del tacho de siete a cinco, con una horita que me tomo religiosamente para almorzar, porque yo lo que usté quiera, pero mi

bifecito con ensalada y medio de tintito es sagrado. Bueno, que a las cinco le entrego el tacho a un peón que tengo que me lo trabaja el resto del tiempo y ayudo a un primo mío en el restorán, ¿vio? Porque como soy bueno para las cuentas, me deja que atienda la caja mientras él se ocupa de la cocina y de vigilar al personal, que sirvan bien y no se manden cagadas. Los sábados ahí sí, laburo con él todo el día. Los domingos depende, cuando tiene mucha clientela va y me llama para que le dé una manito. Se labura, pero se va tirando.

-¿Y la seguridad?

-Vea, con los milicos se acabaron los chorros. Claro, hay que tener un poco de cuidado que no lo tomen a uno por subersivo, porque están un poco nerviosos, como es natural. Pero si uno se cuida y hace buena letra, esta es la ciudad más segura del mundo. ¿Dónde quiere que lo deje, jefe?

-En la puerta del Sáenz Peña.

Luciano se quedó atento a ver si el deterioro de esos años no había hecho abjurar a don Antonio de su soberbia. Pero durante el mucho tiempo que le tomó sacar la pierna inútil, apoyarla como un tronco sobre las baldosas, girar trayendo la otra, erguirse sobre ella y el bastón mientras hacía fuerza con la mano izquierda aferrada a la portezuela entreabierta, se ponía por fin de pie, daba media vuelta trabajosa, volvía a girar y por fin emprendía la marcha, ni miró a su compañero. Verlo causaba una mezcla de pena y admiración.

Un mozo joven se adelantó a correrle una silla de la primera mesa junto a la ventana.

-¿Y Simón no está?

-Sí, pero hoy avisó que venía tarde. Tenía que ir al médico por algo del hígado.

-Vos sos nuevo, ¿no? ¿Cómo te llamás?

-Agustín, pero puede decirme Tino.

-Bueno, yo me llamo Antonio, y este es Luciano, viejos clientes, así que nos tenés que tratar bien. Traenos a cada uno un batido de Gancia con limón, mucho hielo y un tercio de Campari.

-¡Délo por hecho!

El mozo hizo mutis entre las mesas que comenzaban a poblarse de los comensales de siempre.

-Si no se ofende, don Antonio, me arreglo con un buen filet de merluza con ensalada.

-¡Muchacho, no me asustes!

-En serio, don Antonio; dormí poco y mal y no quiero tentar al Diablo.

-Como quieras. Bueno, después me vas a contar. ¡Simón!

-¡Don Antonio, tanto tiempo!

Simón había entrado de civil, un poco encorvado y sin el garbo presuroso de otrora.

-Déjeme que me ponga el saco blanco y yo mismo lo atiendo, don Antonio. ¿Ya pidió el Gancia con Campari? ¿Vio cómo me acuerdo?

-Tenés una memoria de elefante, Simón. No te mueras nunca. Sos el portador de una de las tradiciones más gloriosas de este país: los mozos que no necesitan anotar los pedidos.

-¿Cómo le va, joven? ¿Sabe que todavía me acuerdo de las clases que le dio acá don Antonio? Aprendió un montón, ¿no?

-¡Más vale que sí! ¿Y usted cómo anda, don Simón?

-El don déjeselo a don Antonio. A mí llámeme Simón, nomás. Bien, aunque los años empiezan a pesar. Ya estoy pensando en colgar el repasador. Si no fuera porque la jubilación no me va a alcanzar para nada... ¡Parece mentira! Casi cuarenta años aportando religiosamente todos los meses, casi cuarenta años de laburar como un buey... No es por presumir, ¿vio? Y además a usted le consta que lo hago con gusto, porque dar de comer bien a la gente, sobre todo a la gente como don Antonio, que es un sibarita, es, le digo, un placer. Pero, igual, también es laburo, ¿vio? Y son casi cuarenta años. ¡Si habré gastado zapatos, le digo! Cuarenta años y lo que me van a dar no me va a alcanzar para nada. Y lo que es peor, que con la inflación me va a alcanzar cada vez para menos... Pero bueno, ustedes han venido a comer como la gente y no a escuchar mis problemas. Perdonemén. ¿Qué se van a servir?

-Este sorprendente joven no quiere más que un filet de merluza con ensalada. Y para mí, entonces, lo mismo. Nos abris un Orfila rosado. Con el vino no te vas a achicar, ¿no?

-Eso nunca, don Antonio.

-Pero primero traenos los batidos que le pedimos a tu colega.

Simón dio media vuelta fatigosa y se alejó. Todavía caminaba con firmeza, pero apenas si separaba los pies del piso.

-Bueno, contáme.

-No hay mucho que contar, don Antonio. No doy abasto. Enseño en la Cultural, doy clases privadas de inglés y francés y el resto del tiempo traduzco boludeces para varias empresas. Bueno, el resto del tiempo que dedico a parar la olla, se entiende. Porque también están las gurruminas... no se imagina lo grandes que se han puesto, sobre todo Veroniquita. Y además, claro, la militancia... y, cuando puedo, la literatura.

-Seguís en el Partido...

-Sigo en el Partido.

-Y creés el cuento de que esta no es una dictadura fascista.

-¿Otra vez, don Antonio?

-En serio. ¿De veras estás de acuerdo en que Videla no es Pinochet?

-No lo es, don Antonio. Si no, los yanquis no le harían tanta guerra.

-Pero están matando más gente que en Chile.

-Es cierto. Pero nosotros no hacemos un análisis ético sino político.

-¿Te das cuenta del disparate que estás diciendo?

- Es una verdad terrible, don Antonio, pero no un disparate. Este gobierno, con toda la sangre que derrama, no es Pinochet. Este gobierno tiene una derecha fascista que complota para derrocarlo. Si cae Videla y llega a subir Menéndez va a ser mucho peor.

-¿El vino se lo dejamos probar al joven, don Antonio?

-A ver qué le parece.

Simón regresó por las merluzas dejando tras sí el murmullo fatigado de sus pies.

-Y aquí están los filesitos. La merluza la trajeron fresquita esta mañana.

-En este país gastronómicamente idiosincrásico, muchacho, la merluza es lo más barato de cualquier menú. Pero, bien hecha, como en este caso, con la harina y el huevo en perfecta simbiosis, es un plato inusitadamente discreto, noble y digestivamente imperceptible.

Luciano cargó el tenedor de esa carne nívea que se deshacía con solo mirarla y lo casó con la lengua ávida. El sabor se difundió tímidamente, como pidiendo permiso. Un vino más varonil lo hubiera apabullado, pero el *rosé* hacía gala de una discreción casi ineflicaz.

-Parece mentira, don Antonio. Tanto esmero que gastan los cocineros en inventar los platos más alambicados, y viene una mísera merluza con un modesto vinito a hacerles competencia de igual a igual...

-No menosprecies el ingenio culinario que ha debido desarrollar la humanidad pararrioplatense, muchacho. Si mañana probaras un buen *foie gras poilé* al vinagre balsámico, te olvidarías enteramente de la bondadosa modestia de esta merluza. Pero poco le hace. El gusto de lo demás no interesa; lo único que importa es la sensación de ahora. No caigas a la mesa en el mismo error que solemos cometer los hombres en la cama: concéntrate en lo que tenés en el plato, y no en lo que has tenido o podrías tener.

Los amigos siguieron comiendo en silencio, hasta que don Antonio, incapaz de domeñar su genio, sondeó:

-¿Y tu viejo?

-Bien. Bien de abuelo, quiero decir...

-¿Porque de padre...?

-Como siempre.

-¿Y tu mamá?

-De sempiterno polizón.

-Y él, claro, defiende a pie juntillas la sensata línea del Partido...

-¡Don Antonio!

-Perdonáme, muchacho, pero no puedo impedírmelo. Abrí los ojos. Secuestran, torturan, asesinan. Desaparecen mujeres embarazadas y nunca vuelve a saberse ni de ellas ni de las criaturas. ¡Qué análisis geopolítico ni qué ocho cuartos! ¿Cómo podés contemplar esta locura asesina y solazarte en el hecho de que, pese a todo, le seguimos vendiendo grano a la Unión Soviética y material ferroviario a Cuba? ¡Y la mano de estos facinerosos no tiene inconveniente en lavar la de Cuba en las Naciones Unidas... ni Cuba la de ellos! En algún lado tienen que estar los principios, muchacho. Yo no sé bien qué aconsejarte hacer, pero sé una cosa que no tenés hacer, que no *podés* hacer: quedarte callado, mirar para el otro lado, ser cómplice de la mentira y de la sangre. Cualquier cosa menos esa, muchacho. ¡Cualquier cosa!

-Mejor cambiamos de tema, don Antonio.

-Sí, mejor.

Pero en vez de cambiar de tema, siguieron comiendo en silencios paralelos. Don Antonio se llevaba los trozos de merluza a su planeta con una mirada profundamente triste. Y Luciano traía al suyo un sabor amargo que no tenía nada que ver con el ex pez.

-¿Algún postrecito?

-Yo me arreglo con una manzana asada.

-Y después dos cafecitos bien pero bien cargados, que tenemos que ayudar a que nuestro joven amigo se despierte un poco.

Simón volvió a tramitar su lento giro de 180 grados y fue desapareciendo gradualmente como un sol.

Luciano sintió una pena interminable. Una pena que arrastraba a Simón, y a don Antonio cada vez más achacoso, y a los jubilados que habían trabajado toda su vida para cobrar una jubilación paupérrima, y a la Argentina en que pasaban, juntas, todas estas cosas: la vejez, el deterioro, la miseria postrera e inapelable... la ignominia, la sangre, la muerte.

Simón regresó con su cansino *glissando* y sirvió las manzanas.

Luciano escarbó dentro de la cáscara rugosa y se llevó a la boca la cuchara cargada de pulpa rosácea. La manzana asada era simplemente eso: una manzana asada, con un poco de almíbar y canela. Un sabor simple, sin pretensiones pero ampliamente satisfactorio, como la merluza, como el módico *rosé*.

-Así es, muchacho.

-¿...?

-Están pasando cosas terribles. Cosas que no habían pasado nunca y que nunca creí que pudieran llegar a suceder. No te ofendas, pero no puedo creer que no lo veas, que no lo sientas, que no te indignes, que no quieras ponerte a llorar a grito pelado. Yo, te juro, no sé... si tuviera cuarenta años menos y una pierna más, y si fuera menos cobarde, saldría a putear a la calle. Pero ese sería yo solo. Ustedes tienen un partido organizado, con experiencia; un partido de militantes aguerridos, valientes, abnegados, generosos; un partido que ha tenido una legión de muertos heroicos. ¿Cómo pueden ser cómplices de este holocausto? ¿Cómo puede un partido que, por muchos errores que haya cometido, nunca se vendió malbaratarse así por una legalidad indigna, por una legalidad, que, al cabo, no sirve absolutamente para nada?

Simón acudió dificultosamente con los cafés y luego se las arregló para cargar la bandeja sin mover un centímetro del torso, giró sin despegar los zapatos del piso y se alejó caminando como un torpe esquiador de fondo.

Bebieron sin hablar. Después, cuando don Antonio terminó de ponerse de pie, salieron sin cruzar palabra. Luciano aguardó a que su amigo lograra ingresar completamente en el taxi y ni pensó en preguntar cuándo volverían a encontrarse. Vio alejarse el coche casi con alivio. Pero apenas desapareció, se percibió invadido de un sentimiento incómodo que no llegaba a identificar. Dio media vuelta y se dirigió a Avenida de Mayo para tomar el subte. Cuando empezó a bajar las escaleras comprendió por fin lo que sentía: vergüenza.

Septiembre de 1977

Poco después de aquel encuentro con don Antonio Luciano se vinculó a la Liga de los Derechos del Hombre, dentro de la cual, junto con otros muchos, los abogados del PC -que insistía en que el régimen no era fascista- bregaban valientemente por arrancar a la dictadura la mayor cantidad de presos, sin distinciones ideológicas. Aunque no era abogado, colaboró en la redacción de escritos, hizo de enlace, aconsejó a familias de desaparecidos e integró comisiones que visitaron cárceles, comisarías y cuarteles. Verónica se ocupaba de la casa, de las hijas y de ganar el poco dinero que, sumado a los eventuales cheques que venían de Europa, les permitía sobrevivir precariamente. Se veían poco y hablaban menos. Los dos sabían el papel que le correspondía cada uno. Entre ambos, protegieron a las pequeñas como mejor podían de la realidad espeluznante en que les tocaba crecer. El matrimonio se había transformado en una rutina eficiente y silenciosa, sin resquicios para la ternura ni remansos para el amor. Casi no pasaba un día sin que algún amigo o conocido fuera detenido o secuestrado. Cada mañana, Verónica veía partir a su marido sin saber si volvería a verlo, y él daba cada vez a sus hijas un beso que podía ser el último. Pero no había otra salida, y ambos lo sabían y lo aceptaban.

Hasta que un buen día, pasó lo que tenía que pasar.

Luciano estaba por meterse en la estación Puente Pacífico cuando vio que un taxi clavaba los frenos y se quedaba varado a un ángulo de 25 grados de la acera a pocos metros delante de él.

-¡Muchacho!

-¡Don Antonio! ¡Qué sorpresa y qué alegría!

-¿Adónde vas?

-¿Adónde cree? Si parece que tengo un Dios aparte... ¡A almorzar!

-Bueno, en ese caso vamos juntos. Mire, entonces tome Sarmiento y después Libertador hasta Suipacha y nos deja entre Santa Fe y Charcas.

-Ya no se llama Charcas, maestro; hace como veinte años que le pusieron Marcelo T. de Alvear.

El taxi se puso en marcha, rodeó la Plaza Italia y tomó camino de la Avenida del Libertador.

-Milagro que no me lleva al Sáenz Peña, don Antonio.

-Desde que se jubiló Simón no he querido volver. Además el Tano también colgó el cucharón.

-Lo voy a extrañar... ¿Cómo anda, don Antonio?

-Solamente en taxi y cada vez menos. Dentro de poco me van a tener que traer el morfi a la catrera. Y vos, muchacho, ¿cómo estás?

-Vivo, que como están las cosas, no es poco.

-Bueno, ya me vas a contar. Ahora, dejáme contemplar mi ciudad, que no sé cuánto tiempo más la voy a poder disfrutar. Cuando llegemos a la esquina de Libertador, fijáte en la estatua que está frente al zoológico. Del lado de Belgrano está la de Tarás Shevchenko... Pensar que esta ciudad tiene un monumento a Tarás Shevchenko... ¿sabés quién era?

-...

-Ni más ni menos que el poeta nacional ucraniano. Bueno, la que está del otro lado, casi tapada por los árboles y trepada a un pedestal tan alto que solo se le ven los pies, es el Sarmiento de Rodin. Porque en la *belle époque*, muchacho, nuestra oligarquía se gastaba parte de la plata para embellecer la ciudad. A Rodin le encargaron el Sarmiento y a Bourdelle el Monumento a Alvear, el que está en La Recoleta. Y si te fijás, cuando estemos por Plaza Francia, después del Museo de Bellas Artes, a tu izquierda vas a ver una escultura inmensa de Moore, una adolescente de Maillol y dos Bourdelles más: *El centauro herido* y el *Heracles arquero*. Algún día metete por los jardines de Palermo a admirar las esculturas, muchacho, una más magnífica que la otra. *El esclavo*, *La cautiva*, *El arquero de San Sebastián*, *El segador*, *El sembrador*... Y no dejes de mirar bien *La duda*, de Cordier, en la Plaza San Martín, una alegoría tan ingeniosa como sobrecogedora. Después bajá por Esmeralda hasta Juncal. El edificio Estrogamou, en la esquina donde arranca Arroyo, es uno de los más espléndidos de Buenos Aires. En el patio tiene una reproducción en bronce, tamaño natural, de la Victoria de Samotracia. Y aprovechá para echarle las últimas ojeadas al pasaje Seaver, que lo están por demoler.

El taxi dobló por el costado del Monumento a los Españoles e ingresó en la vastísima calzada que daba a los coches un aire de hormigas presurosas sobre una inmensa mesa de ónix.

-Fijáte la calidad de la construcción, la elegancia... y el verde maravilloso ennobleciéndolo todo... Te digo, muchacho, sin ánimo chauvinista, que esta debe ser una de las avenidas más hermosas del planeta. ¿A usted le gusta Buenos Aires, chofer?

-Vea, jefe, yo no conozco afuera, ¿vio? Ni Montevideo conozco. Pero los extranjeros que se me suben al coche se quedan con la boca abierta. Dicen que otra ciudad como esta no hay. ¿Es cierto?

-En gran medida sí. Es una ciudad deputamadre. Pero la están haciendo mierda. Ahora el atorrante de mi Brigadier Osvaldo Cacciatore, nuestro aeronáutico Intendente Municipal, derrumba edificios antiguos sin piedad; todo con la excusa de tajar la ciudad de autopistas tan caras como innecesarias. ¡Hay que joderse! ¿A usted le parece, chofer?

-La están haciendo papilla, jefe. Los otros días por la televisión Tato Bores daba la receta del pollo a la Cacciatore: la mitad de las manzanas partidas en dos y las otras hechas puré. Le digo, yo no sabía si reírme o ponerme a llorar.

-A mí me encantaba la Recova, ¿sabe, don Antonio? Una noche, me acuerdo, acababa de mandarme a la mierda una chica con la que estaba metido hasta las orejas y me puse a caminar la Recova desde la Casa Rosada hasta Retiro. Eran como las cuatro de la mañana y las arcadas estaban inundadas de los diarios de la mañana. Del otro lado todavía existían las grúas del puerto. Yo iba caminando... no sé, como si levitara. Y de pronto comprendí que, después de aquella piba, esta ciudad era lo que yo más quería en el mundo. Ahora de la mina ni me acuerdo.

Luciano se quedó pensativo. Era la primera vez que se le ocurría que Buenos Aires no era eterna, que también para él había cambiado y seguiría cambiando, que un día, antes, seguramente, de lo que pensaba, la acariciaría con la memoria, echando sobre la ciudad presente la nostálgica plantilla de la que había sido y lamentando cada uno de los huecos o de los rellenos nuevos.

-¿Y, qué tal la cosa, chofer?

-¿Qué quiere que le diga, jefe? Aquí ya casi no se puede vivir. La guita no alcanza para nada. Hace un año, por lo menos, uno laburaba un poco más y zafaba, pero ahora no basta ni con dos laburos. Claro, abrieron la importación de todo. Ahora hay para comprar todo lo que nunca hubo, hasta BMW hay. Pero guita... ni un peso partido por la mitad. Estos tipos están destrozando el país y nadie se anima a pararlos. Claro, si al que se atreve lo hacen boleta sin miramientos.

-¿O sea, que lo de la campaña antiargentina es camelo?

-¿Y qué interés tendrían los europeos o los norteamericanos en hacerle la contra a la Argentina? Lo que pasa es que allá se puede hablar y aquí no.

-Pero hay colegas suyos que la ven de otra forma.

-Algunos sí. Otros no, pero no se animan a abrir la boca. No vaya a creer todo lo que le dicen, porque la gente habla o se queda callada por miedo. Habla para mentir o no dice nada.

-No me diga que usted es medio subversivo...

-Si lo fuera o no se lo diría o estaría muerto, créame. No. Subversivo no, pero peronista sí, desde siempre, de familia, de tradición. Porque el argentino de veras, y perdóneme si lo ofendo, que no es la intención, el argentino de veras sigue siendo peronista. Y ahora casi le diría que más que nunca. Peor se pone la cosa, más lo extrañamos al Viejo. Aunque muchos sabemos que el Viejo que murió no es el mismo que el que presidió la década de oro.

-¿...?

-El primer Perón fue de zurda... ¡No, no me ponga esa cara! ¿O Perón no hizo todo lo que los zurdos decían que había que hacer? ¿O con Perón la clase obrera no estaba mucho mejor que nunca, ni antes ni después?

-¿Y ahora?

-¿En serio me lo está preguntando? Ahora es un desastre.

-Pero me cuentan que han disminuido mucho los asaltos.

-¡Y claro, si los chorros tienen miedo que los confundan con subversivos! Sí, es cierto que hay un poco más de orden, pero están matando mucha gente. Nadie dice nada, por miedo, claro, pero están matando mucha gente. Mire que yo me la paso en el taxi y veo cada cosas. Los otros días, por Juan B. Justo y Gaona, un jueves, a eso de las once de la mañana, pleno centro, clavan los frenos unos Falcon de esos que circulan sin patente, se bajan cuatro ursos y se le tiran encima a una parejita que él tendría veinte años y ella ni dieciocho y, para mejor, embarazada como de seis o siete meses. Les entraron a puñetazos y patadas. La chica gritaba que parecía que se iba a quedar sin garganta, y el pibe también, ¡Me llamo Rubén Centeno, nos van a matar, avisen a mi familia! Pero ahí no más le rompieron todos los dientes de un culatazo. Después los metieron en uno de los coches. Antes de mandarse mudar uno de los matones paseó la Itaka apuntando a todos lados y gritó, ¡Estos son subversivos. El primero que avise nada a nadie lo vamos a hacer boleta por cómplice! ¿Usted creé que alguien movió un dedo? ¡Qué van a mover, jefe, si acá a uno lo matan por menos! Lo más triste, le digo, es que cuando los Falcon desaparecieron, nadie comentó, nadie dijo una palabra. Cada uno siguió por donde iba y aquí no ha pasado nada. A mí, jefe, qué quiere que le diga, me da vergüenza este país.

-¿Y usted qué hizo?

-En ese momento nada, ¿qué iba a hacer? Además llevaba un pasajero con pinta de cana. Pero apenas lo dejé busqué el nombre en la guía. ¿Sabe la cantidad de Centenos que hay? Bueno, los fui llamando a todos. Pero o no tenían nada que ver o se hacían los suecos. Más de uno me cortó o me amenazó incluso con denunciarme. Por suerte yo siempre llamaba

desde teléfono público, que buena guita me costó. Creo que a la final di con la familia, porque la señora que atendió se quedó muda y la oí que se echaba a llorar. En todo caso, yo avisé, como pidió el pibe. Porque yo no tendré las bolas para hacerles frente a estos hijos de puta, pero tampoco me voy a hacer cómplice.

-¿Y cómo sabe que nosotros no lo vamos a delatar?

-Llevo años de tachero, jefe. Si en todo este tiempo no hubiera aprendido a conocer a la gente no sé si estaría vivo.

Luciano mantuvo discretamente abierta la portezuela mientras don Antonio arriaba la pierna parásita y se aplicaba a su torpe coreografía de lisiado testarudo. Entraron en el restaurante y escogieron la primera mesa a la derecha.

-¿Y cómo anda, don Antonio?

-Literalmente, como el culo, muchacho, con esta pierna que ya está para tirarla, lástima que le tenga tanto cariño. Por lo demás, razonablemente bien, de vuelta de todo y de todos, viendo cómo se desangra, desintegra, vende, arruina y degrada mi país sin que nadie ofrezca una alternativa sensata a la locura.

Un mozo alto y moreno que se repartía mal dentro de una chaqueta dos talles exagerada trajo un menú que entregó a don Antonio con gran ceremonia.

-¿Qué se van a servir los señores?

-¿Cuánto hace que no probás tamales de humita, muchacho?

-¡Uh!

-Los señores no se van a arrepentir.

-Y para después me voy por los *calamaretti* a la lyonesa.

-Yo lo sigo, don Antonio, así nos elige un buen blanco.

-No te creas el mito de que los mariscos solo se acompañan con blanco, muchacho. Son cuentos chinos. Y como los tamales con blanco no pegan, vámonos por un tinto de los menos peleones. Ábranos una botellita de Pont l'Evêque.

-¿Agua mineral o soda?

-¡...!

-¿...?

-¡Los señores perdonen!

El mozo dio media vuelta seguido de la chaqueta y se fue a pasar la orden.

-Este sí que pertenece a la especie *Sartolínusque Praepósterus*. Fijáte, muchacho: le queda tan grande el saco como el castellano. ¡Hay que joderse! ¡Y en La Payanca, la quintaesencia del bistró porteño! Yo que el patrón lo proscribía.

-¡Una botella de Ponlebé para los señores!

-No, déle a probar al joven... ¿Y?

-Un vino... cabal.

-¡Bien adjetivado, muchacho; bien adjetivado! ¿Seguís escribiendo?

-Casi nada, don Antonio. Prácticamente no tengo tiempo. Ni le cuento la cantidad de ideas que voy anotando para no olvidarme. Algún día las voy a desarrollar. Pero ¡cuándo!

-¿Tan ajetreteado andás?

-Hay que parar la olla, don Antonio; y el poco tiempo que me queda se lo dedico a las gurruminas.

-¡Bien hecho, carajo!

-Y además, claro, está la militancia.

-Siempre bolche, supongo.

-Siempre.

-¿Y tu viejo?

-También.

-Sí, ya sé, pero ¿cómo está?

-Como siempre, sectario, pero sectario abuelo de dos nietas, lo cual lo humaniza notablemente.

-¿Y lo ves seguido?

-Con todo lo que está pasando y lo ocupados que estamos los dos, poco y nada. Él sigue en El Tigre. Yo por allá casi no voy. Salvo por las gurruminas, mantenemos una relación cordial pero distante: yo soy el cordial y él el distante. Y cada vez que nos vemos terminamos más distanciados que antes.

-¿Discuten mucho?

-¡Ni se lo imagina! Es que es un sectario de mierda.

-Y teniendo vos dos hijas y él sendas nietas ¿de política discutís con tu viejo? ¿A tu edad, muchacho?

-Y con él ¿de qué otra cosa? Salvo las nenas, es el único tema que tenemos en común.

-Pues tan en común no parece que lo tengan. ¿Y tu vieja?

-De polizón, don Antonio.

-¡A ver si los señores encuentran de su agrado los tamales!

Cada uno abrió su hoja de maíz y se vio sumido en un hálito vernáculo. La humita tenía la consistencia perfecta, ni muy pastosa, ni muy dura: apenas más tozuda que el buen

puré de papas. A la distancia exacta, de modo que el paladar llegaba a ella tras un preámbulo dulzón, la carne picada, apenas sazonada para disputarle en pie de igualdad papilas al maíz.

-¿Qué me contás, muchacho?

-Ya que le gustó, un plato cabal; como el vino. No sé por qué, pero comiendo esta humita acompañada de un buen tinto sin pretensiones me siento más argentino que nunca.

-¡Te me has puesto telúrico, muchacho! No te conocía esta vertiente pachamamesca.

-Ha de saber que tiene ante usted a un chamamecero irreductible, adorador de los hermanos Ábalos y enemigo jurado de Los Fronterizos, amén de campeón del gran Aníbal Troilo, Pichuco, y adalid -y permítame que me ponga de pie- de los inmortales Julio de Caro y Carlos Di Sarli.

-¡Sentáte, muchacho, a ver si todavía te ponés a zapatear! Pero ¡qué te han hecho los Dioses!

-Me lo interpusieron a usted en mi meditabundo y desconcertado sendero de adolescente tardío, don Antonio.

-¡Qué parla, muchacho! No te me vengo con una admonición y un suplicante llamado a la cordura lingüística por que sé que el que me está cargando ahora sos vos... A menos que ya estés en pedo, lo que a este docente del etilismo le ocasionaría una profunda decepción.

-No se preocupe, que este vino es bueno, pero no tanto.

-¡Salud, de todos modos!

-¡Al gran pueblo argentino, salud!

-Buena falta que le está haciendo. Salud a nuestro pueblo, sensatez a los jóvenes que resisten la dictadura y que se les caigan las escamas de los ojos a los comunistas.

-No vamos a empezar otra vez, don Antonio.

-Yo no soy tu viejo. Conmigo tiene sentido discutir. Por lo pronto, el pozo ciego emocional fermenta menos. Y, además, yo no estaré de acuerdo con los comunistas del PC en general y con vos en particular, pero los respeto y te respeto. Ahora, si no querés que hablemos más de eso, hablemos de otra cosa. Igual, aquí viene nuestro atildado Demóstenes con bandeja.

-A ver si los señores lo encuentran de su agrado.

-¡Salud!

-¡Salud, don Antonio! Porque volvamos a encontrarnos pronto y lo pueda invitar yo.

-¡Je! ¿Seguís seco?

-Como el Sáhara, don Antonio.

-Me lo imaginaba. Aunque te ha mejorado sustancialmente el gusto renglón pilchas, muchacho. Si tuvieras un poco más de guita, serías un dandy, como debe haber sido -y no me extrañaría que siguiese siendo- tu señor papito.

Luciano saboreó concienzudamente su plato. Los pequeños moluscos, reducidos aún más por la cocción, parecían dátiles atrapados en un manglar de cebolla casi caramelizada empapada ella misma de una salsa espesa que olía intensamente a vino. La carne ofrecía a los dientes un conato de resistencia que se resolvía en un leve estallido seguido del sabor del líquido caliente y apenas más salado de lo que el paladar esperaba.

-¿Qué tal los minúsculos cefalópodos?

-A veces me da la impresión de que lo conoce.

-¿A quién?

-A mi viejo. Y de que lo conoce mejor que yo.

-Ni falta que me hace. El síndrome lo he visto muchas veces, e invariablemente en la zurda. Claro que también tengo más experiencia por esa mitad.

Luciano demoró largamente el bocado y bebió un sorbo sin prisa.

-Dígame una cosa, don Antonio. ¿Usted dónde está parado?

-No estoy parado casi nunca, muchacho.

-En serio.

-En serio. Vengo a ser, y te lo repito creo que por enésima vez, un escéptico de izquierda. Uno que está de vuelta de todo aquello adonde querés ir, muchacho. Un divorciado de la Revolución. Divorciado nomás. No me he vuelto a casar, a diferencia de tantos traidores que ahora se encaman con cualquier variante de la derecha; ni me he hecho monje, como otros que, sin traicionar, se han dedicado a la paja metafísica. En otras palabras, que he recuperado la lucidez sin perder la dignidad.

-...

-No acabás de convencerte, ¿no?

-No se vaya a ofender, don Antonio, pero la ecuación no me termina de cerrar.

Se hizo un silencio que para Luciano fue inicialmente incómodo. Temía haber contrariado a su amigo, pero su duda lo molestaba. Tenía la sensación de que don Antonio se le escabullía detrás de un muro infranqueable. El otro, sin embargo, no se fastidió. Su silencio era simplemente de reflexión.

-No me enojo, muchacho. Yo con vos creo que no me podría enojar jamás. Pero te comprendo. No sabés hasta qué punto te comprendo. Yo, te confieso, preferiría creer, tener la fe de tantos que han luchado y luchan por un mañana mejor. Mirá, lo que me pasa podría

verse así: imagináte a un médico que, pongamos que por más avezado, conoce a fondo las enfermedades, sabe que las terapias conocidas no solo no son eficaces sino que, a la larga, resultan contraindicadas, pero no ha descubierto todavía una terapia mejor. ¿Qué hace? ¿Recomienda que no se haga nada hasta tanto la medicina avance un poco más? El paciente no puede aguardar. ¿Recomienda que, perdido por perdido, se apliquen las terapias conocidas? Sabe que a la larga son peores que la enfermedad. Una vez más, soy escéptico: no creo en las terapias que se han descubierto y ensayado hasta hoy. Pero soy de izquierda: no me dan lo mismo la injusticia, la miseria, la explotación. Y sé que son vilezas inherentes a la sociedad dividida en clases. Yo miro a gente como vos, como tu viejo mismo -al margen de la menesunda afectiva que lo lleva a comprar la noble distracción del amor a la humanidad sector operario-, y créeme que me causan envidia y admiración.

-¿Por qué insiste en creer que mi viejo es un hipócrita?

-Yo nunca he dicho tal cosa ni la he pensado. Lo que sí digo es que un padre que quiere más a todos los hombres abstractos que a su hijo concreto tiene el corazón en el culo. Para mí este es un caso de sospechosísimo daltonismo emocional: solo se distinguen los colores que están lejos. No me caben dudas de que tu viejo se dejaría matar, de que resistiría la tortura, de que aceptaría la pobreza o incluso la miseria si fuera el precio de sus convicciones. No se trata de eso. Se trata de que se dejaría matar o condenar a la miseria sin lamentarse de las consecuencias para vos. Eso es lo grave.

-¿Sería mejor al revés, entonces?

-Si por al revés querés decir que por amor a vos abjurara de sus principios, no. Pero si al revés quiere decir que, al margen de lo que haga con el sentimiento, *sienta* que te quiere más a vos que a él mismo y el resto de la humanidad, en ese orden, entonces sí, sin duda, mejor al revés. Mira, los alemanes capturaron al hijo de Stalin, que peleaba en el frente como soldado raso, y se lo quisieron cambiar por Von Paulus. Stalin dijo que él no trocaba a un general por un soldado. Hizo bien. Pero dudo mucho que lo haya sentido. Eso es lo terrible. ¡Eso! Porque eso no es humano. Y esa es la deshumanización que permite los tremendos crímenes que han cometido todas las revoluciones y tantos revolucionarios. Te digo más: eso es, precisamente, lo que conduce a cometer todos los crímenes.

-...

-¿En qué te quedaste pensando, muchacho?

-En que tiene razón, don Antonio, y sin embargo...

-¿*Eppur*?

-Y sin embargo, no termino de estar de acuerdo. Las revoluciones las hacen los hombres. Errores, crímenes incluso, se van a cometer siempre.

-¿Cómo cuántos millones de crímenes? Porque puestos a contabilizar cadáveres, te digo que para el padrecito Stalin necesitamos un ábaco más grande que para el *Führer*. O, más aquicito, el camarada Pol Pot, el camarada Kim Il Sung y el camarada Mao y sus zigzagueantes herederos... Muchacho, te repito una idea que alguna vez quise explicarte: en las masas analfabetas, el sueño de la razón proletaria produce monstruos. Los *mujiks* rusos cambiaron al Zar por Stalin, los campesinos chinos al Emperador por Mao, y la lista sigue.

-Mire, a mí de a ratos me sigue pareciendo que usted no cree en nada, don Antonio.

-Solo los nihilistas no creen en nada. Yo, en cambio, me considero realista: yo creo, pero en muy pocas cosas.

-¿En qué, por ejemplo?

-Como dice un proverbio árabe, la verdadera grandeza del hombre no está en no caerse nunca sino en levantarse cada vez que se cae. En eso creo yo: en la capacidad del hombre de volverse a levantar. Y creo que es posible una organización social que disminuya, espacie y amortigüe las caídas, que mitigue sus consecuencias para el que se cae y para los demás, y que ayude cada vez a levantarse. En eso creo. Pero en nada más. No parece mucho, pero es muchísimo. En eso debieras creer también vos. Lo demás son simples cuestiones tácticas.

-¿Y en la revolución ya no cree?

-A mi manera. Yo no creo que el hombre pueda cambiar exclusivamente a fuerza de praxis social. El hombre como bicho, como animal producto entre todos los demás de la evolución de las especies, no ha salido de la etapa en que estaba cuando se descolgó de la rama, se puso de pie y echó a andar por el planeta para adueñarse de él. La praxis social es la superestructura de la ontología biológica, muchacho. Solo puede encauzarla, no modificarla. El hombre puede cambiar de manera de pensar, y, desde luego, de actuar, pero no de sentir, porque el origen profundo de los sentimientos antecede a la práctica social y, a la postre, resulta independiente de ella, al menos en las tres o cuatro cosas fundamentales de la vida. Creo en una organización social que permita paliar el egoísmo, la superstición, el miedo a la muerte, los celos, la envidia, el afán de poder o de sumisión... pero no creo que los pueda modificar, ni muchísimo menos eliminar. Eso que ves en los monos, muchacho, esa es la base sobre la cual el hombre erige el portentoso y frágil edificio de su praxis social. Llegar a la luna o componer música dodecafónica no cambian mucho la cosa. Marx tiene razón al decir que la praxis determina la conciencia. Pero dudo mucho que determine el inconsciente. En

todo caso, al revés. Como ves, yo soy marxista para afuera, para la práctica social, y freudiano para adentro, para los conflictos que nos endilga la superposición artificial entre la organización social consciente y los instintos con los que bajamos de las palmeras.

-¿Por qué artificial?

-Porque es eso, un “artificio”. La organización social del hombre se diferencia de la de los primates -y ni hablemos de la de las hormigas o las abejas- en que no es natural: evoluciona con el desarrollo de las fuerzas productivas, al margen de la evolución de la especie, que, desde ese punto de vista, no ha hecho mucho más que envejecer más lentamente y quedarse calva antes.

-¿De veras cree en una esencia inmutable, independiente de la praxis social? ¿De veras cree que la praxis social no hace más que cubrir con hojas de estación el tronco eterno de un hombre objetivamente incapaz de cambiar?

-De veras. Ojalá me equivoque, por supuesto, pero, te repito, no pienso que la praxis social pueda cambiar a fondo el hombre. Los problemas fundamentales los tenemos todos más o menos por igual, como que por igual los han tenido todos nuestros ancestros. No se manifiestan socialmente de la misma manera, es cierto. Ya no nos agarramos a mordiscones por un pozo de agua, pero seguimos agarrándonos a mordiscones atómicos por cosas psicológica y vitalmente equivalentes. Yo creo que el hombre no es inherentemente bueno ni malo, como no son ni buenos ni malos los leones o los escarabajos. La enorme diferencia -y ahí sí estamos hablando de una consecuencia directa de la praxis social- estriba en la conciencia de las consecuencias de nuestros actos. Porque podemos recordar e imaginar las consecuencias de lo que hacemos podemos juzgar lo que hacemos, y ese juicio sí que cambia y no es el mismo ni en el tiempo ni en el espacio. Se modifica con la praxis social del individuo más o menos paralelamente para todos los individuos del grupo, sobre todo en función de la clase social -y ahí Marx tenía todita la razón-, pero también en función de la edad, del sexo y de mil circunstancias más. Cambia la manera como nos vemos y nos entendemos, pero no la manera como somos.

-Bueno, pero estamos de acuerdo, supongo, en que así como no hay hormigas “mejores” que otras hormigas, o incluso especies “mejores” que otras especies, salvo desde la perspectiva específicamente humana, sí hay, en cambio, hombres mejores que otros hombres y grupos sociales mejores que otros, y organizaciones sociales mejores que otras, ¿no?

-Sin duda.

-Y a usted no le dan igual unos que otros, ¿no?

-Desde luego que no.

-Usted prefiere los tipos, los grupos y las organizaciones “buenos”, si me perdona la simplificación un tanto pelotuda, o en todo caso éticamente superiores.

-Desde luego, muchacho. Pero, acordáte de que las nociones del bien y del mal, por producto de la praxis social, están históricamente condicionadas. Aún así, yo creo tener firmes ideas de uno y otro, bien que esas ideas no han sido siempre idénticas. Han ido evolucionando ellas mismas con mi propia praxis. A mi edad, no creo que vayan a cambiar. Pero eso no las hace automáticamente eternas ni mucho menos indiscutibles.

-Usted me parece, sin embargo, un muy buen tipo; en todo caso mejor que la mayoría.

-¿A cuántos conocés lo suficiente para llegar a generalizar así?

-¿Y usted?

-Mis generalizaciones son simples inferencias. Sospecho -y estoy bastante convencido de que sospecho bien- que las cosas son como me parece que son. En cuanto a lo de que sea un buen tipo, sin duda... en algunos momentos y para algunas cosas, pero ni en todos los momentos ni para todas las cosas. He sido, por ejemplo, buen amigo y acaso buen amante, pero he sido mal novio y no sé si habría podido ser buen padre. Es difícil, en mi experiencia, ser buen padre y mal marido. No vayas a creer, muchacho; he hecho muchas cosas de las que me arrepiento y me avergüenzo, y otras tantas me arrepiento y me avergüenzo de no haberlas llegado a hacer. Cada uno de nosotros arrastra sus flaquezas y sus culpas.

Don Antonio emigró como a examinar la memoria de sus culpas y sus flaquezas, pero pareció regresar sin ellas.

-Lo más difícil es combinar la flexibilidad y la firmeza, el odio por el enemigo con el amor por los amigos, la sombra y la luz. Marechal -que en paz descansa en el paraíso en el que tanto creyó- diría el caballo terrestre y el caballo celeste. Pero vamos a pedirnos el postre. Yo te sugiero que nos reencontremos con la Pachamama y pidamos el quesillo con cayote. ¿Lo probaste alguna vez?

-No. ¿Qué es?

-Básicamente una especie de *mozzarella* subdesarrollada, de cabra, con el dulce de una fruta parecida a la sandía que tiene un rústico sabor a paisaje de Catamarca.

-¡*Non se ne parli più!*

-¡Mozo!

-Los señores dirán.

-En efecto, diremos. Y, más particularmente, diremos que querríamos sendos quesillos con cayote.

-A sus órdenes.

-Y vos, muchacho, ¿en qué andas metido, si no es demasiada indiscreción?

-Como periodista estoy muy quemado, de modo que publico poco. Si no fuera por los derechos que cobro de Europa y el laburo de Verónica... Políticamente, estoy metido en la cosa de los derechos humanos.

-¡Bien hecho, carajo! Es la prioridad del momento. Aunque para defender con eficacia esos derechos, a esta dictadura hay que denunciarla a los cuatro vientos. Solo que, si no yerro, tu Partido no es muy proclive a levantar polvareda. Me consta que sus abogados no cejan con la metralla de *hábeas corpus*, pero fuera de eso, a la hora de señalar públicamente con el dedo, no quieren hacerle el juego a la “campana antiargentina”, ¿o me equivoco?

-No se burle de una línea tan difícil de establecer y seguir, don Antonio. Esta dictadura es más terrible que la de Pinochet, pero el contenido político no es el mismo. Le hace pito catalán a los yanquis que no pueden terminar de tragarse el aceite de ricino de las relaciones con Cuba o, si a eso vamos, con la URSS.

-Lo que me espanta es que la URSS y Cuba sí. Y que el PC se ufane de ello y que se haya metido en el siniestro callejón sin salida de la “convergencia cívico-militar”.

-Vea, don Antonio, usted podrá decir lo que quiera, pero las contradicciones secundarias no pueden hacerse prevalecer sobre la principal. La lucha a muerte no es entre los montos y Videla sino entre el socialismo y el capitalismo. Y en esa lucha, que la Argentina - por las razones que sean- no esté anclada firmemente en el campo imperialista es una ventaja estratégica que no se puede arrojar por la borda.

-Desaparecido más, desaparecido menos. No, muchacho, te equivocás de cabo a rabo. Esta dictadura está firmemente anclada donde tiene que estar. Que por contradicciones internas se mande un par de coletazos independientes a la larga no puede contar. ¿Quién la amenaza? ¿Los montos? Los montos no tienen ideología. Los que no caigan como mártires o como pelotudos van a terminar transando. Los del ERP son más sanos; todo lo sano que puede ser un trotzko ideológicamente mohíno. Pero ¿qué programa tienen? A estos hijos de puta no los va a sacar un centenar de valientes, y mucho menos de valientes sin puta idea de adónde quieren ir. En suma, que a mí me parece que lo que están haciendo los montos y el ERP es un disparate, pero un disparate éticamente menos disparatado de lo que está haciendo el PC, y sobre todo de lo que *no* está haciendo el PC.

-Hablemos de literatura, mejor.

-¡Por qué no! ¿Qué es de la vida de Rodolfo Walsh, de Paco Urondo y de Haroldo Conti?

-No quiero que nos disgustemos, don Antonio.

Don Antonio desenfundó pipa y tabaquera y se fue con ellas a su galaxia. Allí cargó devotamente la chimenea, apisonó el tabaco, lo encendió sin prisa y permaneció dos o tres exhalaciones, tras las cuales la comisura extendida por la succión aprovechó para aportar su mitad de una sonrisa. Esta vez, Luciano no tuvo ni asomo de inquietud. Su amigo ya regresaría con noticias de sus cavilaciones.

-Has cambiado mucho, muchacho...

-Ya no soy tan muchacho, don Antonio.

-¡Qué querés que te diga! Para mí sí. Desde aquí todos los de menos de cincuenta parecen muchachos. ¿Cuántos años tenés ahora?

-Camino de los treinta y cinco. Treinta y tres, para mayor precisión. Y estoy casado, y tengo dos hijas. Y soy escritor...

-¡Cierto! ¡Sos escritor, carajo! Y ya casi famoso, podemos decir. ¿Te acordás de cuando nos conocimos y pensabas que nunca habrías de poder?

-Todo el tiempo, don Antonio. Usted sigue sin darse idea cabal de lo que significó para mí haberlo conocido. Y de lo que sigue significando. Mire, yo...

-Dejálo ahí, muchacho. Hacéme el favor, te pido; dejálo ahí.

Don Antonio se retiró inesperadamente a un silencio melancólico, como si lo hubiese sorprendido la sombra de una fatalidad.

-Decíme una cosa, muchacho: ¿vos no tenés miedo de que te maten?

-Me cago de miedo, don Antonio. Con todos los secuestros y asesinatos que están cometiendo los parapoliciales, el miedo casi no me deja vivir. Y a Verónica tampoco, aunque nunca me dijo ni mu. Pero no podría hacer otra cosa. Dejar de pelear nunca habría sido una solución. Le digo, yo preferiría no tener que pelear por nada, por nadie ni con nadie. Pero no se puede.

-Se puede, muchacho; claro que se puede. Sos vos el que no puede. Y no podés porque te mueve un amor grande como una casa. Vos podrías ser feliz sin pelear. Pero no mientras quedasen en el mundo cosas que valieran una pelea.

-¿Y usted, don Antonio, qué? ¿Se quedó sin cosas que valieran la pena?

-Vos no me conocés, muchacho; casi no sabes quién soy. Para vos he sido un maestro, no una persona. Te lo digo sin inquina; yo tampoco moví un dedo para darme a conocer. Yo nunca he dejado de pelear. Lo que he dejado, hace mucho tiempo, es de pelear en un ejército.

-¿Los señores van a querer café?

-En rigor, ya lo queremos, para qué decir una cosa por otra...

Don Antonio volvió a la taciturnidad de sus brumas.

-¿En qué se quedó pensando?

-En que me gustaría conocer a tu familia, sobre todo a tus hijas. Perdonáme, no es que tu mujer no me interese...

-No tiene que disculparse, don Antonio. Creo que lo comprendo...

-A ver, ¿por qué?

-Porque mi mujer es toda de ella, pero mis hijas son mitad mías.

-Tanta perspicacia me confunde, muchacho. Así es. ¡La adición, si es tan amable!

-A las órdenes de los señores.

Don Antonio recuperó arduamente su imperfecta y vacilante verticalidad, pero siempre sin dejarse socorrer, y fue arrastrando el estorbo de su pierna hasta que llegó a la calle.

-¿De veras quiere conocer a mi familia, don Antonio?

-Por supuesto, muchacho, ¿o lo dudás?

-No, claro... Mire, déjeme que lo consulte con Verónica, a ver cuándo puede venir a comer a casa. Y como sé que no me va a dar su teléfono, aquí tiene el mío. Llámeme esta noche o mañana y arreglamos.

-Sin falta, muchacho. Sin falta. Y gracias.

-¿Por?

-Así no más, muchacho. Así no más.

Don Antonio fue ovillándose dentro del taxi hasta que solo le quedó por meter la pierna que le sobraba.

-No te prometo llamarte hoy o mañana. Pero sí dentro de poco. Tenéme paciencia.

-Ya era hora de que me tocara a mí.

-¿...?

-Tenerle paciencia a usted.

INTERMEZZO DOLOROSO. LA SEPARACIÓN

El taxi se llevó a don Antonio Suipacha arriba y Luciano, al calor de una alegría inesperada, resolvió irse caminando despacito, aprovechando el sol de septiembre y dos horas vacías. Buenos Aires florecía a la primavera como una muchacha de quince años. Sus colores esplendían con una energía nueva. El negro espeso del pavimento deponía el mate y se brillantaba, el de los taxis se transmutaba en charol recién lustrado, coronado de amarillo puro sol; la policromía de los colectivos se tornaba más generosa; el verde de millones de gomeros, tipas, palos borrachos, jacarandás, lapachos, tilos y plátanos, de las plantas y los toldos en que empezaban y acababan cien mil balcones flirteaba con los matices del trópico; los claveles, las rosas, las margaritas, los crisantemos, los lirios, las violetas y los cientos de flores de cada uno de los mil quioscos lucían más floridos que nunca. Las adolescentes parecían apenas asomadas de la crisálida, ondulando al caminar sus pantalones estrechos y blusas nimias; las mujeres salían de su hibernación voraces e impacientes. En el aire, viciado por los escapes malevos de los colectivos, comenzaba a adivinarse el efluvio de los jazmines, aunque ahora todos los olores retrocedieran derrotados por el omnipresente tufillo a carne asada que emigraba de cada una de las obras en construcción. En medio de la demencia y la vorágine, a pesar de toda la sangre y de todas las lágrimas, la vida triunfaba sin pedir permiso, y la Reina del Plata volvía a reclamar su sitio entre las obras maestras del hombre. Luciano decidió tomar por Marcelo T. de Alvear hacia la Plaza San Martín a mirar *La Duda*, para seguir luego Esmeralda abajo y echar una ojeada a *La victoria de Samotracia*. Luego iría por Arroyo, a prepararse para evocar la hermosa cuadra entre Carlos Pellegrini y Cerrito y mirar con los ojos de la memoria el Pasaje Seaver, y a dejarse acariciar por los palacetes de la Plaza Carlos Pellegrini, empezando por el que fue de los Ortiz Basualdo -salvado de las topadoras porque Francia no quiso mudar su embajada-, para seguir por Alvear camino de La Recoleta y tomar, si el presupuesto se lo permitía, un café de ricos en La Biela, mientras en el ex convento de enfrente los ancianos del Asilo hacían sus precarios bártulos, desahuciados por el Orión municipal cuyo afán de poner más mona y moderna la ciudad estorbaban.

Nunca llegó a tener idea exacta de cómo pasaron las cosas. Solo recordaría la frenada salvaje y el ruido metálico de las portezuelas que se abrían. Antes de que atinara a reaccionar estaba totalmente inmovilizado y con la cabeza cubierta por lo que supo una capucha negra. Lo plegaron como a un mantel y lo metieron de dos certeros empujones en el asiento trasero de un coche. Sintió en el cuerpo el estremecimiento de la carrocería con el cerrarse simultáneo

y definitivo de las portezuelas, y enseguida la súbita aceleración. Con ella vino el primer golpe. A la cabeza. Demasiado muelle para culatazo, demasiado duro para puño, recapacitó después. Luego el segundo, en la otra sien. Después el primero en el estómago; puño, seguramente. El cuerpo se le aflojó por entero. Cuatro brazos diestros en el mester aprovecharon el desplome de su resistencia para arrojarlo al reducido espacio entre el asiento de atrás y el respaldo del delantero. Ahora sentía el peso de las botas en las costillas y en la nuca. Un peso profesional, que lo mantenía con la frente, la nariz y el mentón aplastados contra la alfombrilla de goma, pero no tanto que no pudiera respirar si de veras se lo proponía. En cada viraje el coche se ladeaba y con él las botas se clavaban en ángulos diferentes. No oyó que sus captores intercambiaran una sola palabra. Al cabo de unos minutos, la sorpresa fue cediendo protagonismo al terror. Se supo perdido. Así que por fin iba a conocer la tortura y la muerte. Esta conciencia, paradójicamente, lo tranquilizó un tanto. Lo suficiente, en todo caso, para que el pánico fuera abriendo paso al dolor insoportable de la cabeza triturada por las botas. Trató desesperadamente de llenarse los pensamientos de cualquier cosa que no fuera la realidad. Varios recuerdos acudieron a auxiliarlo en tropel, chocando unos con otros, corriéndose, empujándose, superponiéndose, mezclándose... Verónica. Verónica cuando era *ella*, inalcanzable y hermosa. Y Verónica simplemente ella, cotidiana y ausente. Los primeros pasos de Patricia, Veroniquita con su primer deber de la escuela. Don Antonio convenciéndolo de las bondades del pan con provolone y aceite de oliva... y, de pronto y de la nada, Rosaura... su olor a india, sus inmensos pezones... y perdió el conocimiento.

Lo revivió la sacudida del auto que frenaba en seco. Las botas aflojaron y terminaron por abandonarlo, pero entonces vinieron los dedos como garfios que lo arrancaron de cuajo de la horizontalidad y le calzaron las esposas; y los puñetazos a las sienes, las patadas en el culo, los culatazos en la coronilla. Y ahora sí, las palabras: ¡Sos boleta, bolche hijo de puta!, ¡No te cagués, puto de mierda, que todavía no te llevamos al baño! Órdenes, saludos, un cerrojo que se corre, una puerta que suena pesada, el empujón brutal que lo arroja al piso y le hace golpear la cabeza contra la pared, la lluvia de puntapiés. Siente que la sangre le empapa la capucha y le impide respirar por la nariz o le inunda la garganta y no lo deja hacerlo por la boca. La sensación de asfixia es más poderosa que el dolor. El dolor le recuerda, por lo menos, que está vivo, pero los pulmones que se estrujan resecos, el diafragma que parece querer salirse por la espalda le anuncian la muerte. ¡Así no! ¡Así no!, grita sin poder emitir sonido alguno. ¡Así no!, vocifera en el silencio ahogado por los insultos, el ruido de los golpes y el crujir de las costillas. Nada. Ni la imagen fugaz -más el olor que el rostro- de

Rosaura atina a detenerse un nanosegundo para permitirle no pensar. Un golpe seco en la nuca aleja el ruido y aplaca los dolores.

Lo despierta la violencia del agua glacial en el cuerpo que comprende desnudo. Lo tienen acostado boca arriba, las muñecas atadas al cabo de unos brazos como obsesivos por emanciparse, los tobillos ensimismados. Debajo, una textura metálica y cuadrangular. Recupera en un santiamén la lucidez. Tiene exacta conciencia de dónde está y de lo que está por sucederle. Muchas veces se ha preguntado cómo es ese suplicio de la picana. De niño quiso cambiar una ampolla con la lámpara encendida y sintió el ramalazo brutal de la corriente. Pero no recordaba que le hubiera producido dolor. Una sacudida profunda, sí; la debacle de todos los órganos, también; y la angustia de sentirse atrapado por una fuerza que, sin embargo, parecía empeñada en sacárselo de encima... pero no dolor. Sabe que se equivoca, y la inminencia del tormento lo acobarda, lo torna la piltrafa deleznable que siempre ha temido descubrir en el fondo de su ser. Los verdugos ríen y se toman su tiempo, ¿Tenés miedo, nene?, ¡No te asustes, vas a ver que no duele nada!, ¡No lo hagas ilusionar, Tordo, que después va a ser peor!, Bueno. A ver. ¿Por donde querés que empecemos? Mirá, puede ser por acá. Un rayo le penetra por el costado arriba de la cadera. Se contorsiona y el alambre se hincó en la carne de las muñecas y los tobillos, O por acá. Siente que el sobaco se le incendia, O por acá. La nuca parece querer separarse del cráneo y del cuello, O por acá. Es como si le metieran fuego a la planta del pie, Pero no es lo más terapéutico; lo más terapéutico es, por ejemplo, por acá. Tiene apenas tiempo de recordar que lo peor son los pezones. Es como si se los estuvieran arrancando con pinzas candentes, O por acá. No, lo peor, le habían dicho, era el glande. Se percató de que, pese a sus dientes trenzados y sus comisuras a punto de rasgarse, ha gritado. Su voz le llega como de lejos, desde las cuatro paredes, A ver esa boquita. Siente unas pinzas metálicas que se le meten entre los dientes y le desarticulan las mandíbulas. No, lo peor, tiene tiempo de pensar, es las encías. Y lo es. El dolor y las descargas se combinan para hacerle sacudir la cabeza como un sonajero. El metal choca contra las muelas, los dientes, el paladar, la lengua, la campanilla. Ignora cómo, pero el estridor del aullido se abre paso alrededor del cilindro interminable y sale de la boca, ¡Paren! Siente la moneda fría del estetoscopio que lo palpa minuciosamente, Quién lo hubiera dicho. Sos un bolche de mierda pero, en el fondo, tenés buen corazón. ¡Denle!

No le preguntan nada. No hay nada que pueda decir ni hacer para aplacarlos. Si le exigieran que delatase a algún camarada, que gritase ¡Abajo el Partido Comunista!, que se pusiese de hinojos y rogara que ya no lo torturasen, sería perfectamente capaz. Se detesta. No aguanta un segundo más dentro de ese cuerpo destrozado ni dentro de su mente que lo

desprecia más que sus verdugos, ¿Querías decirnos algo, mi amor?, ¡La reputísima madre que los remil parió, fascistas hijos de p...! El culatazo lo salva de sentir la picana en los pezones.

Se despierta hecho un guiñapo, se ha orinado y cagado encima, siente la cara cubierta de sangre; las muñecas y los tobillos le arden; en la boca hinchada, la lengua y las encías luchan despiadadamente por el espacio comprimido. La sensación de mugre, sobre todo de mugre ajena, es peor incluso que el dolor. El colchón sobre el que está tirado apesta. El piso está húmedo y hiede también. ¿Qué querrán saber?, se pregunta. No se imagina nada que él sepa y ellos puedan tener interés en averiguar. No conoce a nadie importante ni tiene acceso a ningún secreto. El Partido es legal; los comités están abiertos. Sí, hay cientos de camaradas desaparecidos y seguramente miles presos. En el caso especial de los comunistas los milicos no buscan información sino venganza... ¡Eso!: vengarse y amedrentar. Saben que el verdadero enemigo somos nosotros, se dice, y comprende que se miente. Hasta cierto punto, esto lo tranquiliza, Si no tengo a quién delatar, por mucho que me torturen no voy a poder delatar a nadie. Menos mal. Si no, ¡quién sabe! Pero y entonces ¿cómo saber si era capaz de aguantarse sin traicionar?, Bueno, mejor enterarse otra vez. En todo caso, lo fundamental es no doblegarse, no perder la dignidad. Recuerda la anécdota que le había contado Patricio, el exiliado chileno del Partido Radical, que cuando lo arrojaban achicharrado en la gélida celda común donde pasaría su primera noche, oyó una voz que decía, ¡Jefe, al nuevo me lo tira aquí al lao que viene calentito! Pese al dolor tremendo que le desgarraba los labios, se sorprendió sonriendo. Entonces no está todo perdido, se dijo. Volvió a perder el conocimiento. Cuando lo recuperó, se acordaba de haber soñado con su padre, que le reprochaba, A ver si sos un bolchevique de veras, boludo, y con Rosaura, que se metía en la cama y apartaba a Verónica diciéndole, Dejáme a mí que yo sé lo que le gusta, se ponía a chuparle suavemente el glande deforme y, sin querer, se lo mordía. Comprendió que lo que lo había despertado era el dolor insoportable de un conato de erección. De pronto sintió el pánico mayor: no volver a ser hombre. La punzada tremenda de la erección frustrada pasó a ser entonces un bálsamo.

Durante una semana no volvieron a torturarlo, pero todos los días oía suplicar a sus vecinos. No sabía cuántos eran, y el temor de la provocación le aconsejaba ni preguntar ni darse a conocer. Le traía de comer un cabo tucumano. Era una especie de caldo infame, apenas tibio cuando no frío, que las tres o cuatro primeras veces se negó a probar, Al principio no lo quiere ninguno, pibe, pero tarde o temprano terminan pidiendo más. Vos nunca tuviste hambre en serio, ¿no? Ya vas a ver. Yo tengo órdenes de hacerte comer a la fuerza, pero no hace falta. Ya vas a comer solito. Además, bastante te han roto como para que encima te pegue yo. Cuando por fin no pudo más y decidió probarlo, vomitó todo. Lo mismo

las tres o cuatro veces siguientes. Pero terminó por aceptar que era la única manera de mantenerse con vida. Para quererlo, tenía que juntar muchas hebras dispersas: la fe en el socialismo y el Partido, el miedo de no volver a ver a Veroniquita y a Patricia, el recuerdo de las sinfonías de Haydn, las ganas de volver a comer como con don Antonio... y la ilusión de encontrar a Rosaura y contarle cuánto había pensado en ella en los momentos más difíciles de su vida. La gran ausente era Verónica. Supo que, si sobrevivía, no querría seguir con ella. ¡La puta que los parió -se dijo-, lo único que me faltaba es pasar los últimos días de mi vida pensando en que si no me matan, me divorcio!

Las necesidades las hacía en un cubo que él mismo debía vaciar cada mañana en un pozo ciego y que nunca le permitían siquiera enjuagar. Una vez por día le renovaban el agua en otro balde. Era el agua para beber y para lavarse con una pastilla de jabón amarillento pesado y duro como un ladrillo. Resolvió asearse cuando sabía que se estaba por quedar dormido. Eso le permitía agua relativamente limpia para tomar durante el día. El colchón era inmundado y las mantas estaban llenas de agujeros. Pero al menos estaban secos. El piso nunca dejó de estar húmedo y de apestar a orina rancia. Pasaba el día encaramando en el colchón, manteniendo a mano los dos baldes para no tener que pisar el suelo. Se disciplinó para no beber más que el agua indispensable y así no tener que orinar más del mínimo, y para ir de cuerpo por la mañana, apenas se levantaba y justo antes que le permitieran vaciar el balde, de modo que la celda no se le inundara, además, de su propia pestilencia. No le pusieron nunca un compañero, pero sus vecinos estaban de a dos. En la celda de la derecha habían juntado a un montonero y a uno del ERP que acabaron a las trompadas. Terminaron llevándose los pelos. Pudo reconocer los gritos de ambos, torturados simultáneamente. Los trajeron al día siguiente y los oyó llorar abrazados. Por la tarde se llevaron al del ERP y dejaron al monto pidiendo que no lo fueran a matar, que se lo llevaran en cambio a él, ¡No te aflijas que a vos también te va a llegar el turno!

Se conmisero. Cuando amainaron las botas, se acercó a la pared y trató de hacerse oír por su vecino. ¿Cómo te llamás?, ¿Y vos quién mierda sos?, Luciano. Luciano Bertone, ¿Monto o ERP?, Comunista, ¡Andáte a la puta que te parió!

Una noche lo arranca del sueño la batahola de gritos e insultos que se acerca. Instantes después se abre la puerta con violencia y un tropel de sombras invade la celda. Se ovilla para ofrecer el blanco más pequeño y compacto a las patadas que, sabe, no tardarán en llover sobre él. Cuando ya se deslía con todos los huesos triturados, siente que le ponen la capucha y lo alzan en vilo, ¡Ahora vas a saber si Dios existe, ateo hijo de puta! No atina a articular palabra; el pánico se abre paso invencible entre todos los dolores. No puede impedir que un líquido

viscoso y candente se le escape de entre las nalgas y le corra piernas abajo, ¡No me digas que te cagaste!, ¡Maricón tenías que ser, bolche puto!, ¡Será posible que ni uno de ustedes sepa morir como un hombre! Lo arrastran y lo esposan de espaldas a una columna. El ruido implacable de los cerrojos le resuena largamente dentro del cráneo, ¡Apunten! Siente que se contrae como un animal aterrado, pero las manos esposadas a la columna se lo impiden. Hala con tanta fuerza que el metal se le clava en las muñecas. Espera el impacto de los disparos en el pecho. ¡Que no me vaya a doler!, piensa y sabe que es su último pensamiento. Trata de gritar ¡Viva el Partido Comunista!, pero la voz no le sale. Quiere evocar a Veroniquita y Patricia, pero los rostros se le niegan, ¡Apunten! Cae en la cuenta de que la descarga no se ha producido aún; forcejea más con las esposas, ¡Apunten!, ¡Por qué no tiran de una vez!, se siente implorar, ¡Apunten!, ¡Tiren, caraj...! Y está vez sí, eterna y a quemarropa, la ráfaga de metrallera. Las balas tardan inexplicablemente en llegarle al cuerpo. Las espera un instante más y finalmente comprende que no, que no lo han matado. El líquido viscoso y candente se hace más espeso y se mezcla con la orina que mana incontenible, ¡Cómo te cagaste y te measte, bolche maricón de mierda!, No te aflijas, que todavía nos vamos a divertir un rato, pero después sí que sos boleta. Lo arrebatan al poste, ¡Caminá bolche hijo de puta, caminá como un hombre, carajo!, ¡Maricón!, pero él no tiene fuerzas para controlar las piernas y lo arrastran por el suelo hasta su celda. Lo arrojan sobre el piso nauseabundo. Apenas puede reptar hasta el colchón, encumbrarse a medias y romper en sollozos. No quiere darles el gusto de llorar. No llora, pero le cuesta un esfuerzo tremendo. Ha visto la muerte y se ha cagado literalmente en las patas. ¡Boludo!, le grita el Dr. Bertone, y Rosaura no viene a rescatarlo. Lo acapara el miedo inexorable de morir, del impacto de los proyectiles. Siente una pena abrumadora de dejar la vida, de abandonar para siempre a sus hijas. Lo inunda una vergüenza abyecta de su propia debilidad. No sabe cómo esconderse del escarnio. Se detesta; y odia más a sus verdugos porque le han hecho detestarse. Entonces sobreviene el sentimiento más poderoso, el que lo desplaza o multiplica todo: la impotencia, la impotencia absoluta. ¡Hijos de puta! ¡Hijos de remil putas!, quiere gritar, pero tiene los labios hinchados y la lengua convertida en un gigantesco estropajo. Hecho un pingajo peor aun por dentro que por fuera, se duerme entre zollipos. La pesadilla es casi peor. Lo van a matar en serio, Veroniquita y Patricia le suplican que no las deje solas. Él les tiende la mano y no puede llegar a tocarlas. Lo van a matar de veras. Verónica y Rosaura cambian de rostro, le dicen una u otra o las dos, Ya no te va a gustar más, y lo apuntan con sus metralleras. Lo van a matar para siempre, y el Dr. Bertone le pasa la mano por el culo y se la refriega en la nariz, ¡Te cagaste, boludo! Lo despierta el olor insoportable de sus propios excrementos.

No lo dejan lavarse durante dos días. Rechaza la comida. Está tan sucio que sus carceleros rehúsan acercársele. Le pasan y le retiran la comida sin tocarlo. Al tercer día el cabo le trae un balde de agua, jabón, toalla y una muda de ropa limpia, ¡Dale pibe, ánimo!, y, pese al hedor que lo envuelve, lo ayuda a arrastrarse hasta el agua. Se lava lentamente. Cada movimiento le cuesta montañas. Hay lugares de la espalda a los que no puede llegar. El cabo lo ayuda, ¿Por qué andas metido en esto?, le pregunta entre los labios hinchados. El rodillazo en el muslo lo toma por sorpresa, ¡Conmigo no te metás, bolche de mierda!, luego lo ayuda a incorporarse y vuelve a pasarle el jabón por la espalda, Disculpáme, pibe, pero mejor no me pongas nervioso.

Recordó a Marisa, la camarada secuestrada que permaneció desaparecida dos meses en un centro de detención clandestino donde fue violada y torturada salvajemente, luego pasada a disposición del Poder Ejecutivo en la cárcel de mujeres y finalmente puesta en libertad, que se ufanaba de haber explicado a sus compañeras de pabellón que ella era una presa política, porque los comunistas luchaban dentro de la legalidad. Marisa era obrera textil. Había sido delegada en Alpargatas y entregado la vida a su clase y al Partido que la encarnaba. Se había jugado intercediendo por los obreros peronistas, montoneros y hasta trotskistas presos. Había recibido amenazas, había sido encarcelada, torturada y despedida más veces de las que podía recordar. Era una comunista, una mujer, un ser humano intachable. Pero Luciano sintió vergüenza. Vergüenza porque una persona valiente y abnegada como Marisa pudiera decir -¡y creer!- semejante barbaridad, semejante infamia. Cuando saliera, si salía, iba a discutir a fondo la línea del Partido frente a la dictadura. De improviso, tuvo una certeza tremenda: las mazmorras de Stalin -no, no de Stalin, de los comunistas soviéticos-, de Mao y sus camaradas chinos, de Corea del Norte, de Albania, tal vez -no, sería demasiado terrible- de Cuba, debían ser terriblemente similares. ¿En nombre de qué mundo mejor se podría condenar a qué enemigo a semejantes vejámenes? El tiempo que podía lo dedicaba a recordar. A sus hijas en todo momento, y a don Antonio de día y a Rosaura de noche. Y también la frase de Max Aub, aquel español francés, republicano hasta la médula y anticomunista intransigente: Nos quedamos por el camino, es cierto; pero era el camino. Y supo que, con todos los meandros, las contradicciones, los errores, los disparates y hasta los crímenes, este era el camino. Había que dar trabajo digno a los trabajadores, educación a los niños, cuidado a los enfermos, protección y respeto a los viejos, vivienda a las familias... lo demás, incluidos los espantosos crímenes de Stalin, Mao, Kim Il Sung, Enver Hoxa y Pol Pot, eran notas al pie de página. Porque, al cabo, solo hay dos clases, y el que no

está con una está con la otra. Pero la línea del Partido frente a la dictadura, esa había que replantearla a fondo.

Unos días después lo volvieron a sacar a la rastra, lo llevaron hasta el “quirófano”, como entretanto se enteró que llamaban a la sala de torturas, y volvieron a picanearlo. Para su sorpresa, mientras le iban atando los pies y las manos, comprobó que sentía más odio que miedo. Antes de que le pusieran la capucha pudo cruzar una mirada con el Tordo, que lo observaba con sorna, estetoscopio al cuello. ¡Hijo de mil putas!, llegó a decirle con asombrosa calma que el primer choque de corriente en el glande hizo astillas. El dolor era mucho peor de lo que recordaba, pero se juró no gritar. Apretó las mandíbulas hasta que pareció que se le deshacían los dientes, dejó escapar rugidos que pasaban por su la garganta como lijas interminables, pero no gritó. Y cuando le metieron la picana en la boca supo que podía aflojar, porque con la picana en la boca gritar era casi imposible. ¡Paren!, oyó que gritaba el Tordo desde otro país. Sabía que lo estaba auscultando, pero no sintió el estetoscopio. ¡Basta por hoy!, oyó que refunfuñaba malhumorado, y se fue hundiendo en el vacío con la primera sonrisa en mucho tiempo.

¡Aguantá como un verdadero bolchevique, boludo!, le había increpado su padre desde las brumas del sueño, Aguanto bastante bien, viejo, no te aflijas; pero me pregunto cómo habrías aguantado vos. Y el padre dio media vuelta por un paisaje de Dalí para cruzarse con don Antonio que le decía, Te traje a una amiga. Y Rosaura se acostaba a su lado, y corría a Verónica explicándole, Dejáme a mí que yo sé lo que le gusta.

Lo torturaron varias veces más, y fue siempre aterrador, pero no volvió a gritar. Entonces trataron de ganarle por el flanco psicológico. Un día, cuando lo traían destrozado del quirófano, mientras lo ayudaba a acomodarse sobre el colchón, el cabo le masculó, Tenés que ser fuerte pibe: tu mujer hace rato que está cogiendo con un compañero tuyo, Daniel Kesselbaum. Claro, como él también es moische, ¿viste? Y ella seguro que prefiere un circuncidado, sobre todo si le gusta chuparla, que seguro que le gusta, ¿no? Bueno, vos también tenés que entenderla. Está sola y quién sabe si vas a salir, ¿no? Daniel era un abogado de la Liga por los Derechos del Hombre, que había sido el novio anterior de Verónica. La cosa, claro, podía ser. Pero por suerte... -¡por suerte!- casi ni le importó; aunque se guardó muy bien de decirlo. Que creyeran que le habían dado un golpe bajo y no buscaran por algún lado diferente. Con otros, en cambio, daba resultado. El monto vecino se quiso suicidar por un cuento parecido. No pudo y se quebró. Había aguantado las peores torturas durante seis meses, y al día siguiente, llorando como una criatura, empezó a cantar hasta la Traviata. Pero buscaron, de todas maneras, por otro lado. Le dijeron que Veroniquita había

contraído poliomielitis, y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para convencerse de que tenía que ser mentira. Casi se desmoronó, pero no llegó a perder la lucidez y se repuso prácticamente enseguida. Un poco porque vieron que no daba resultado y otro porque, en realidad, no tenían nada que ganar si se quebraba, lo fueron dejando en paz. Eso, claro, acrecentó la desconfianza y la inquina de los montos, que le hicieron un vacío absoluto. Pero los cuatro del ERP lo trataron bien. Entre marxistas, le dijeron, no debía haber cornadas delante del enemigo. Si salimos, tenemos que encontrarnos para discutir a fondo, le explicaron, pero acá no podemos darnos el lujo de estar divididos. El día que le hicieron el segundo simulacro de fusilamiento, cuando se fundieron en un solo clamor su ¡Viva el Partido Comunista, carajo!, con el ¡Viva el Ejército Revolucionario del Pueblo, hijos de puta! de sus camaradas y sonó la descarga unánime, se rebobinó sintiendo el líquido viscoso, volvió a comprender por fin que las balas no habían llegado ni llegarían, mas cuando finalmente le sacaron la venda, vio que el simulacro había sido solo para él. Sus amigos, sus camaradas del alma, estaban desparramados por el piso cubiertos de sangre, Vos te salvas porque sos marxista no subversivo, consintieron en explicarle mientras lo llevaban al quirófano. Rompió a llorar a gritos. Los esbirros creyeron que se iba quebrar, pero lloraba de ira... de ira y de vergüenza por no ser subversivo, y los cagó a puteadas hasta que perdió el conocimiento. ¡Bien, pibe!, le musitó el cabo en la celda mientras le secaba la sangre del labio deshecho, Vas a ver que no te vuelven a tocar. Le decía casi la verdad. Dos semanas después, le hicieron un último “tratamiento”. Del quirófano se lo llevaron directamente al despacho del Coronel.

El Coronel, aparentando estar enfrascado en el cartapacio que tenía abierto ante sí, ni se dignó mirarlo, ¿Sabe por qué lo detuvimos Bertone? Por boludo, por eso lo detuvimos. Porque usted es un bolche tan pelotudo que se toma en serio. Porque anda mezclado con subversivos que lo usan como un imbécil. Lo detuvimos para asustar a otros pajarones como usted. Y en una de esas lo habríamos hecho boleta. Pero eso lo deciden arriba. Y usted parece que tiene amigos que le digo que no debieran ser amigos suyos, Bertone, agregó sin invitarlo a sentarse, Aunque, en fin, también es cierto que usted es marxista pero no subversivo. Si todos los zurdos tuvieran la sensatez de los comunistas no nos veríamos obligados a mancharnos de sangre. Pero no lo llamé para darle explicaciones que no merece, sino para decirle que tiene la opción de abandonar el país. Dentro de cuatro días. Aquí tengo su pasaporte y su pasaje. Mi gente ya ha pasado por su casa y le dijo a su mujer que preparen las valijas de toda la familia. Ellas toman el avión a Madrid mañana. Se me van todos. ¡No me interrumpa, carajo! ¡Se me van todos, le digo, y se me van ellas mañana y usted el jueves! No quiero que se vean antes, ni que viajen juntos. Su mujer sabe que si habla más de la cuenta

usted es boleta. Así que a ella la pueden ir a despedir su viejo y los suyos, que, si su mujer no es boluda -y yo judíos boludos todavía no conozco- no está enterado nadie más. Los pasajes ya están pagos. Los pagó su mujer. No me pregunte cómo hizo; eso mejor pregúnteselo a ella. Con ese culo no le debe haber costado trabajo. Además ella es judía, y aunque el viejo está en la ruina, usted sabe cómo se ayudan los moishes entre ellos. Demasiado, para mi gusto, pero igual, mientras haya gente como nosotros dispuestos a poner las pelotas, de la Argentina no se van a poder adueñar, y del mundo tampoco. Parece mentira, un tipo como usted, casado con una judía de mierda, y que además mientras usted está detenido acá le abre gambas y nalgas a un judío como ella. ¡Hay que joderse con estos comunistas! Encima de meterse con una rusa de mierda, cornudo. Yo le confieso que, si fuera por mí, ustedes hace rato que no existirían. Porque los montos y los perejiles no andarían jodiendo tanto si no hubieran aprendido marxismo de ustedes. Pero bueno, no tengo más tiempo para perder con usted. El jueves a las diez lo llevamos a Ezeiza. Aproveche lo que le queda de tiempo para ponerse pintón. No queremos que llame indebidamente la atención. Le advierto que lo vamos a llevar hasta el avión y que a bordo va a haber gente nuestra para asegurarse que no arme quilombo hasta que hayan decolado. Y no me venga con el cuento de que se niega, porque si usted se niega, son boleta primero ellas y después usted. Puede retirarse... ¡Silencio, carajo, que no le he dado permiso para hablar! ¡Retírese, mierda, y si vuelve a poner los pies en este país, créame que va a ser para siempre y enseguida!

No atinó a putearlo. La cabeza le daba vueltas y todo su cuerpo era un bolso de huesos descoyuntados y músculos entumecidos. El cabo y un soldado lo tomaron de los brazos y se lo llevaron casi en vilo, ¡Bertone!, llamó el Coronel. Los uniformados se detuvieron y lo forzaron a girar, Usted es un tipo inteligente y de huevos. Más de uno cantó con menos música. Yo, si quiere, hasta lo respeto. Algún día va a comprender que las cosas no son como usted cree sino como son. Y ese día nos va a comprender a nosotros. Como nos comprende Rusia, que con tal de hacer negocio mira para el otro lado. Como nos comprende, a su manera tan pelotuda, para variar, el hijo de puta de Fidel Castro, que, por un lado da entrenamiento militar a los subversivos y lo exhibe en público a Firmenich, pero por el otro nos compra hasta caramelos... a crédito, por supuesto.

El Coronel hizo un gesto impaciente y los subordinados se llevaron su carga a la celda, Vos sí que tenés suerte, pibe -le dijo el cabo desde la niebla-, porque de acá, desde que yo estoy, sos el primero que sale respirando. No lo juzgues mal a mi Coronel. Es un buen tipo, buen padre, buen cristiano. Se hace el duro nomás. El verdadero hijo de puta es el Tordo. A ese sí que le gusta ver cómo los cocinamos. Para mí que después se hace la paja. Pero no te

quiero distraer más, pibe. Descansá un par de horas. Después tengo orden de llevarte a que te bañes y a que el Tordo te zurza un poco. No le va a gustar, te digo; ese se hizo médico para hacer doler mejor, no para curar.

Se desplomó sobre el colchón. Antes de perder la conciencia, llegó a percibir algo inusitado: olía a limpio. Se lo habían cambiado. Abrió como mejor pudo el ojo derecho desde el fondo del montón de carne que lo aplastaba y advirtió que también habían limpiado la celda, ¡Hijos de puta! -pensó ya camino de las sombras-, no quieren que se note que me hicieron mierda.

Cuando el cabo vino a despertarlo, tuvo la sensación de que lo arrancaban de otro mundo. El viaje de regreso se le hizo a la vez eterno y violento, ¡Vamos, pibe, a ver si te lavás un poco y volvés a parecer una persona. Dale! Lo llevó casi a la rastra a un baño impecable, que olía a jabón y a agua limpia, Tené la toalla y el jabón, ¿querés champú? Tenés hasta media hora. Aprovechá. El cabo le abrió el agua, ¿Te gusta así o un poco más caliente? No pudo responder. Al golpearlo con su leve repiqueteo y antes de comenzar a aplacarlos, el agua le recordó hasta el mínimo de sus dolores: la espalda, los brazos, los antebrazos, las muñecas, los hombros, la cintura, las nalgas, los muslos, las pantorrillas, los pies... Las orejas, los ojos, la nariz, la boca. Se enjabonó costosamente, sintiendo la respuesta pronta del dolor al menor roce, ¡Así no te vas a poder lavar bien, pibe! ¿Querés que te ayude? A ver, dame, dejáme. Tranquilo. Te parece que te va a doler, pero los músculos se acostumbran enseguida. ¿Ves? Eso es, tranquilo. A ver, levantá el brazo. Tranquilo. Muy bien. Bueno, pero las bolas y el culo te los lavás solito.

Se quedó inmóvil bajo el chorro tibio. Habría preferido el agua más caliente, pero no tenía fuerzas para decirlo. Poco a poco el cuerpo se le fue desinflamando lo suficiente para que pudiera moverse con cierta naturalidad. En ese instante mismo el agua cesó, Ya está bien, pibe. Ahora secáte. Ahí sí tené cuidado, sobre todo con los movimientos bruscos. Fue una operación compleja y lacerante. Tardaba tanto que el cuerpo se le secaba más por evaporación que por efecto de la toalla, Acá tenés un pijama limpio. Ahora vas a comer algo caliente y te me acostás enseguida que tenés que descansar bien. Te vamos a dejar dormir hasta que te despiertes solo. Por suerte -o acaso por designio-, el pijama le quedaba holgado, de modo que podía moverse dentro de él sin sentir la resistencia de la tela... Se acordó del Ganimedes ¿cómo le decía don Antonio? de la Payanca. La asociación de ideas le venía por partida doble: el cabo le había traído un plato de sopa humeante. Vas a ver qué banquete, pibe, le anunció. Luciano lo miro desde debajo de las bolsas de carne que comenzaban a retroceder hacia la frente y las cuencas. No, no te parecés a don Antonio, se dijo, y el recuerdo de aquella

iniciación de la mano de su amigo lo llenó como de luz, Y, ¿qué tal? Es el locro de nosotros y lo cocinamos el salteño y yo. Es una delicia, creeme. Era un guiso espeso del que iban desprendiéndose los sabores de las alubias, el maíz, el zapallo, los puerros, los pimientos verdes, las ínfimas rodajas de chorizo, los trocitos de cerdo y ternera que se desvanecían al solo contacto con la lengua, apenas un toque de ají picante, cebolla, ajo, cebollín, pimentón, comino. Una verdadera delicia, que, además, resultaba sencillísima de masticar y tragar. ¡Ah si los Dioses enviaran a Ganimedes con un vasito de Comte de Valmont...!, Acá tenés pan fresco, para que limpies bien el plato. Veo que te gustó, ¿eh? Te ofrecería más, pero el Tordo dijo que te podía hacer mal. No sé si será verdá o si lo dijo de puro hijo de puta que es, pero por las dudas. Así que ahora te vas a comer el bife, que te lo hice yo mismo, bien a punto, como debe ser, no hecho suela de zapato como lo comen ustedes, los porteños. Acá tenés. Ya está cortadito porque tengo orden de no darte cuchillo. Comételo despacio, pero antes de que se enfríe. Se llevó a la boca un trozo de carne apenas chamuscada por fuera y que tenía el color preciso del punto. Era un lomo de primera, tierno pero sabroso, apenas salado para cerrar los poros y que conservara todo el jugo. Le haría falta una nada de pimienta, recordó, Mirá lo que te traje, pibe: un cachito del chimichurri del salteño. No me botonees que el Tordo lo prohibió expresamente. Te puede caer mal, dijo; demasiado picante, dijo; demasiado agrio. ¡Pamplinas, pibe! Ese Tordo es un porteño pelotudo que come como una monja. ¡Qué va estar picante y agrio este chimichurri! Pero te pongo poquito nomás, por si acaso. El trozo siguiente traía montada una gota espesa que difundía la mordacidad del vinagre y la salmuera, el ajo y el ají, la benevolencia del aceite, el frescor del tomillo, del perejil y del orégano. Le pareció que la lengua retrocedía como una ostra al contacto con el limón, pero que inmediatamente retornaba anhelante de renovar la sensación, ¡La puta que lo parió, don Antonio! Mire que me dejó marcado para siempre. Sin usted no me habría parecido tan inmunda la comida de estos meses y lo habría pasado un poco mejor. Pero tampoco estaría disfrutando tanto ahora. Río último, don Antonio. Río último pensando en usted. ¡Salud!, pensó sin darse cuenta de que lo hacía en voz alta, y se llevó a los labios el basto vaso de agua, ¿Estás brindando con tu mujer, pibe?, No, con un amigo, ¡La puta que son raros ustedes los zurdos!

Lo mimaron durante cuatro días más y a la mañana del quinto lo hicieron vestir con pantalón y saco sport, camisa abierta y mocasines. Le pusieron unas gafas negras de patillas anchas que le impedían ver absolutamente nada y lo metieron en un Falcon entre dos custodios. Dieron varias vueltas para desorientarlo, que él trató inútilmente de memorizar, y tomaron lo que evidentemente era ya la autopista Ricchieri. Cuando el auto se detuvo lo

hicieron quedarse sentado y no le permitieron quitarse los anteojos. Uno de los custodios se bajó, conversó brevemente con un oficial de Aeronáutica que parecía estarlos esperando y desapareció por una puerta lateral. El chofer y los otros dos no le dirigieron la palabra. Como a los veinte minutos el matón volvió a aparecer llevando en la mano su pasaporte, el formulario de migraciones y su tarjeta de embarque, Bajá y no te mandes ninguna boludez porque no porque estemos entre tanta gente te vamos a dejar de hacer boleta. Portáte con naturalidad y dentro de media hora vas a estar camino de volver a ver a tu familia, ¿de acuerdo? El que viajaba sentado junto a él lo bajó de un golpe en la carótida. Se le pusieron uno a cada lado y echaron a andar tras el que mandaba, que cada tanto se volvía para verificar que todo estuviera en orden. Se abrieron paso con poca ceremonia entre la turba de visitantes y pasajeros que, comprendiendo inmediatamente de qué tipo de gente se trataba, les abrió paso asustada. Ya estaban por atravesar la puerta de acceso a migraciones cuando, por encima del alboroto de los llantos, los deseos y las recomendaciones, oyó que alguien gritaba

-¡Muchacho!

Giró azorado, ¡Vamos, pibe, vamos!, lo tironearon los que lo llevaban. Se plantó con todas sus fuerzas, convencido de que no se atreverían a armar un escándalo en pleno aeropuerto a menos que fuera estrictamente necesario y se arrancó las gafas.

-¡Muchacho! ¡Muchacho! ¡Aquí, Luciano, a tu izquierda!

Y la vio. Encaramada sobre el bastón, desde la segunda fila del cordón de familiares y amigos de los demás pasajeros que se iban de vacaciones, de negocios, de luna de miel o a estudiar, asomaba la silueta escorada de don Antonio.

-¡Tu familia está bien, muchacho. Salieron el sábado!

¿Cómo se habría enterado? ¿Y cómo habría hecho para llegar desde donde lo dejó el taxi hasta allí? No atinó a responderse ni responderle.

-¡Fuerza, hijo, que el futuro empieza mañana y va a ser mejor!

Un empujón y un tirón sincronizados lo arrancaron del piso y lo metieron violentamente tras la puerta definitiva.

Lo hicieron pasar por un costado. En la sala de embarque no quedaba nadie. La azafata que los estaba aguardando los condujo en silencio al avión. Lo sentaron solo en la primera fila de la clase turista y se retiraron. Sintió que todo el pasaje lo observaba. Pero casi no tuvo tiempo de pensar en nada que el aparato se puso en marcha, reculando a paso de hombre camino de la pista. La azafata se le acercó, se inclinó como para verificar que el cinturón estuviera abrochado y, sin mirarlo, le dijo, Ya pasó todo, señor. No se preocupe.

Aquí le dejo el pasaporte. Cualquier cosa que precise me lo pide a mí, porque mis compañeras se mueren de miedo. Buen viaje.

El avión dio una fuerte sacudida y se lanzó contra el viento. Pocos segundos después el suelo se le desprendía y, con él, todo un país y toda una historia. Una Historia mucho más hija de puta de lo que jamás hubiera pensado posible. Se relajó, y entonces volvieron a dolerle todos los dolores que había olvidado desde que bajó del Falcon. Trató inútilmente de encontrar una posición menos suplicante. Entre una contorsión y otra, le vino sorpresivamente a la memoria un detalle que en su momento no había llegado a registrar conscientemente: encaramado sobre el brazo libre que don Antonio alzaba, al cabo de su silueta frágil de Torre de Pisa, flameaba un pañuelo rojo. Por primera vez desde los primeros puñetazos, por primera vez desde muchísimo antes, no aguantó más y rompió a llorar como una criatura.

En Madrid lo esperaban Verónica y las chicas. Ella lo abrazó casi como si hubiera vuelto a ser *ella*, pero en el taxi la magia del momento ya había comenzado a desgastarse. Esa noche, en el departamento que les habían prestado unos amigos argentinos que estaban de viaje, al cabo de ni recordaban cuánto tiempo, hicieron el amor. Un amor impetuoso, tenaz, de dos cuerpos que se habían negado a morir e insistían en seguir viviendo. Pero ellos no estaban del todo dentro de esos cuerpos. Y entre esos cuerpos, en cambio, no dejó de estar Rosaura, que de tanto en tanto susurraba, Déjame a mí que yo sé lo que le gusta. Fue el último amor. Al día siguiente Verónica le confesó que le había sido infiel y Luciano casi le agradeció que le hubiese evitado tomar la iniciativa, ¿Con Daniel?, Sí, ¿cómo lo supiste?, Me lo contó un pajarito... no, no me hagas caso, pero me imaginé que tenía que ser él. ¿Lo seguiste viendo mientras yo estaba desaparecido?, Una semana, porque después lo secuestraron a él también; su cadáver apareció un mes más tarde entre los de unos montos que liquidaron en un “enfrentamiento” en Lanús, ¿Estabas enamorada?, Sí, Pobre petisa, cómo debés haber sufrido, dos veces viuda al mismo tiempo, y te lo digo absolutamente en serio. ¡Y yo ni me di cuenta, se maravilló por dentro; la puta que lo parió, qué ciego estaba! Esa noche, descolocado aún por la diferencia de hora y molesto por el eco de los dolores que persistía por todo su cuerpo, se levantó sigilosamente de la cama, encontró un viejo cuaderno y un bolígrafo, y se puso a escribir la novela que habría de sacarlo por fin del anonimato y la penuria.

Convinieron en seguir viviendo juntos hasta tanto ambos se hubieran asentado lo suficiente y las finanzas permitieran otra cosa. Había que inscribir a las gurruminas en el jardín de infantes y la escuela, arreglar los papeles, abrir cuentas bancarias, sacar tarjetas de crédito, conocer y darse a conocer, explorar Madrid, hacerse una idea de España, columbrar

Europa, establecer modos de contacto con la familia de ella y con el Partido, superar el mutuo recelo con los camaradas españoles, tantear editoriales, ubicar a Eduardo Mendoza, que tanto lo había ayudado desde detrás de sus bigotes perpetuamente sonrientes, y, en general, habituarse al exilio, asomarse al vértigo de no poder volver. Mendoza le regaló un pasaje en Talgo a Barcelona y lo alojó una semana durante la cual le fue abriendo, una tras otra, cien puertas decisivas, pero ninguna como la del adelanto de la Editorial Planeta. Regresó a Madrid sintiéndose casi rico y, sobre todo, seguro. Había llegado. Había tenido que irse, pero había llegado. Esa misma noche hablaron con las chicas. Veroniquita se puso a llorar, mientras Patricia los contemplaba sin comprender nada. Luciano la miraba gimotear y habría preferido cien sesiones con el Tordo, No es por amor abstracto a la humanidad, don Antonio, explicó mentalmente al amigo que acaso no volvería a ver, sino por desamor entre su madre y yo. ¡Por favor, compréndame!

Una semana después había alquilado un pisito en pleno Madrid de los Austrias. Al mes, su nombre comenzaba a aparecer asiduamente al pie de artículos en El País, y poco después sus “yes” porteñas contrapuntearon por la televisión las bulliciosas “eses” de varios programas periodísticos.

Por cierto, Verónica le confirmó, como había sospechado ya en el avión, que don Antonio llamó al día siguiente y así supo lo ocurrido, No sabés cómo me ayudó. El pobre hombre se venía casi todos los días, llamó a medio mundo, hasta a los garcones de sus parientes con los que me dijo que hacía años que no se hablaba, sobre todo un sobrino, el hijo de su hermano menor, que parece que trabajaba para los Servicios. No solamente compró él los pasajes, sino que hasta nos acompañó al aeropuerto, porque papá, con el infarto, no se podía mover y mamá no se animaba a dejarlo solo ni diez minutos; además yo no se lo habría permitido. Y tu viejo también, a su manera, sin cansarse de repetir que te habías dejado chapar como un boludo, me prestó mil dólares. Si, prestó, ¡qué le vas a hacer, vos sabés como es! Mirá, si me preguntás, te diría que le daba vergüenza que el que estuviera desaparecido fueras vos, Supongo que esa sería su manera de admirarme un poco. ¿Y no sabés el teléfono o la dirección de don Antonio?, No, nunca hizo falta que me los diera, porque llamaba diez veces por día, cinco antes y cinco después de venir, ¿pero quién es?, Un amigo que conocí de casualidad hace más de diez años, ¿Y no sabés ni su número de teléfono?, No, nunca me lo quiso dar, ¿...?, Es una historia larga.

Y así empezaron a pasar los cinco años siguientes.

TERCERA PARTE. EL REENCUENTRO

Noviembre de 1982

El dos de abril de 1982 los kélpers se despertaron para encontrarse con la bandera albiceleste abofeteada por el contrariadísimo viento de las Malvinas. Fue el principio del fin de muchas cosas, pero sobre todo del capítulo más siniestro de la historia argentina, que arrastró consigo el vistoso plumaje de creerse europea que tanto había pavoneado ante el espejo la vernácula pequeña burguesía. Los militares se democratizaron de la noche a la mañana, y el pueblo, que había perdido su capacidad de intimidarse, amaneció, por su parte, entusiasmadamente belicoso. Para colmo del absurdo llegó a Europa una inverosímil ensalada de vicarios sufragados por el Gobierno libertador, integrada por sapos de todos los pozos políticos, incluidos, ¡oh magnífica ironía!, como diría Hegel citando a Borges, algunos compañeros del Partido, que, en nombre de la “contradicción principal”, venían a sacar las castañas del fuego a los criminales más terribles de la azarosa cronología del país. Era una locura, sin duda alguna, pero una locura antiimperialista. Y las prioridades eran más internacionales que vernáculas. Envuelto en el vaho del *scotch* importado, el general Leopoldo Fortunato -es un decir- Galtieri había pateado el tablero geopolítico, y eso favorecía directamente la causa del socialismo y fortalecía a la URSS. Solo se mantuvieron al margen los circunspectos pistoleros de Tradición, Familia y Propiedad, que hicieron un análisis ajustadamente simétrico al del PC: primero el Cristianismo, luego Occidente y después la Argentina. Unos y otros habían comprendido el hecho esencial. La propia URSS, que, para variar, venía perdiendo fiero lo que luego resultó un final de juego, lo celebró. El linajudo canciller Nicanor Costa Méndez no tuvo más remedio que trasladarse a una Canosa tropical y abrazarse tiernamente con Fidel Castro; el general Mario Benjamín Menéndez y sus camaradas de armas, veteranos curtidos en la represión contra un puñado de soñadores insensatos, tuvieron que enfrentarse a un ejército de veras; el almirante Jorge Isaac Anaya perdió el vetustísimo si venerable crucero General Belgrano, que en su avatar de Phoenix había logrado eludir las bombas niponas que aniquilaron Pearl Harbor; y el brigadier Basilio Lami Dozo (¡ah los nombres de nuestra tan poco casta casta castrense!), cacique de la fuerza más nazi de las tres, la que comulgaba íntimamente con el sesudo planteo de Tradición, Familia y Propiedad, no tuvo otra que lanzar a sus gallardos pilotos a bombardear las fragatas británicas con aviones Phantom de la guerra de Corea y bombas calculadas para pegar contra el duro suelo cordillerano de Santiago de

Chile, que perforaban sin estallar los gráciles cascos de aluminio de las fragatas inglesas mientras los Sea Cat y los Sea Wolf los bajaban como moscas.

Luciano aprovechó, como tantos, el resquebrajamiento de la dictadura para volver ese mismo noviembre. Solo, sin Verónica, que se había casado con un arquitecto valenciano, y sin Veroniquita ni Patricia, que perdían aire por todas las eses y saliva por todas las zetas y no querían saber nada de ese país que no recordaban.

En Ezeiza el funcionario de migraciones que le escrutó el pasaporte con aire a la vez un tanto sobrador y otro tanto solidario le dijo un genuino y sonriente, Bienvenido a su país, que no era difícil interpretar como, Sabemos quién es y por qué se fue, pero los tiempos han cambiado, y, por último, ya es hora de que hagamos borrón y cuenta nueva. Se encontró frente un Buenos Aires con las contradicciones al rojo vivo. El centro se había desplazado de sus añoradas Florida, Lavalle y Corrientes hacia la Recoleta. Al tiempo que la inflación superaba el 200%, y para julio el salario real se había desmoronado en un 34%, la ciudad lucía telarañada de autopistas y en cada esquina parecían haber inaugurado un *shopping* monumental, con todos los chiches del Primer Mundo al que, tenía que confesárselo, se había acostumbrado. Sabía que este despilfarro suntuario no era más que una pompa de jabón cuyo aire provenía de la explotación más cerril y de ríos de sangre; que era, como todos los nuevos oropeles de la burguesía que se creía primermundamente próspera, una mentira colosal, un sueño del que esos mismos burgueses tan atildados y perdonavidas se iban a despertar en la ruina. Pero de todos modos, ver a Buenos Aires -a ese Buenos Aires, en el que había crecido y al que llevaba atadas las puntas de todos los recuerdos- tan parecido a como él había soñado siempre a toda la Argentina... ¡Si hasta los precios eran del Primer Mundo!

Fue fácil encontrar a algunos amigos, difícil pescarles el rastro a otros... otros, demasiados, no habían dejado rastro que seguir. Varios, acaso también demasiados, habían intentado con diferentes grados de fortuna cobijarse al calor de una dictadura más benigna. Otros no podían escupir de sus bocas condenadas al perpetuo rictus de amargura el sabor a sangre inútil de la derrota. Los que mejor sobrellevaban la demencia del carnaval macabro eran los familiares de los desaparecidos. La suya era la única tristeza digna, porque eran los únicos que aún tenían claro por qué y para qué pelear: para poder enterrar de una vez a sus muertos. Junto a ellos, un grupo valiente y nutrido -¡ay, pero no lo suficiente para salvar a su clase del bochorno!- trabajaba incansablemente por encontrar pistas, recuperar documentos, convencer a testigos, sufriendo toda clase de insolencias, burlas, humillaciones y vejámenes, pero sin aflojar ni un milímetro. Eran, pensó Luciano, lo mejor de su burguesía natal. Los únicos con los que podía hablar sin fingir cordialidad.

A quien no logró ubicar pese a todos sus pesquisas fue a don Antonio. Buscó inútilmente su nombre en la guía de teléfonos, donde no había ningún Muñoz D. o Demente, y por más que se tomó el trabajo de llamar uno por uno a todos los Muñoz nadie supo darle una pista.

Fue recibido con gran pompa, solicitado por la prensa que le había huido como a la peste y buscado por una televisión que jamás había querido ni enterarse de que existía. La Argentina vivía la euforia de las primeras elecciones auténticamente democráticas desde la Independencia. El Partido había reunido casi un millón de firmas que exigían su inscripción en los padrones, celebrado un multitudinario acto en Atlanta (donde Rúbens Íscaró, el viejo amigo de su padre, fue abucheado por la juventud y luego expulsado sin mayor ceremonia junto a su hermano Normando), negociado su apoyo al burócrata sindical Herminio Iglesias, y en general cometido todos los errores que se podían cometer en tan poco tiempo y que le costarían lisa y llanamente su presencia en la vida política del país. La Historia, aburrída de los gritos de los torturados y los llantos de las Madres y las Abuelas de la Plaza de Mayo, se dedicaba locamente a la farsa. El principio del fin había terminado. Luciano se fue alejando, casi sin proponérselo, del PC. Pero sin saber exactamente para dónde, aunque el camino pasaba ciertamente por la soledad. Por suerte, podía permitirse viajar y, por otra parte, no le faltaban invitaciones: Cuba, Canadá, México, Brasil, Francia, Alemania.

Su madre había muerto hacía dos años. Él intentó volver, pero el consulado se negó a renovarle el pasaporte y los camaradas le informaron de que, aún si conseguía algún salvoconducto o procuraba ingresar por el Uruguay, los servicios lo estarían esperando. En el fondo, fue un alivio: no tenía nada de ganas de enterrarla nuevamente. Hacía años que lo había hecho. El flamante viudo, por su parte, se había vuelto a casar casi inmediatamente con una mujer mucho más joven que, según Luciano supo después, era su amante desde hacía años. Sin mayores esperanzas ni entusiasmo, resolvió que debía restablecer el contacto. Se preparó para un encuentro difícil. Efectivamente, su padre, tras encontrarlo bien de aspecto, no tardó en decirle que su literatura le parecía derrotista, impregnada hasta el tuétano de una visión pequeño burguesa, que no contribuía a la lucha... ¡A la lucha! Y el que había escapado a la muerte y tenido que exiliarse con lo puesto había sido precisamente él, Luciano, el pequeño burgués derrotista. Mientras que al viejo, constantemente amenazado, es cierto, no le habían tocado un pelo. No se lo dijo. ¿Para qué? Hablaron de otras cosas. De Verónica, de las gurruminas que hablaban castellano con acento, de la nueva consorte del Doctor, una mujer más joven que, a su manera, parecía quererlo. La cosa no cuajó. La zalamería estridente de “mamastra”, como la llamaba entre los pocos amigos que había logrado recuperar, le daba

alergia. Pero lo que le asestaba el golpe de gracia era la obsecuencia de su padre ante esta mujer tan obviamente inferior. Al cabo de cinco años, y pese a que el Dr. Bertone se mantenía en un estado más que envidiable vistos sus casi ochenta, Luciano lo veía vencido, insignificante... Un día el Doctor sufrió un infarto. Luciano se abrió paso entre la turbamulta de médicos de todas las edades, viejos camaradas y hasta algún que otro pariente de pro avenida a la reciente democracia que se agolpaban en la antecámara de la sala de terapia intensiva, entró en la habitación desangelada, se aproximó a aquel cuerpo de pronto empequeñecido, empobrecido, derrotado, tomó la mano casi inerte más por liturgia que por convicción, miró el rostro macilento del que crecían unos tétricos tubos amarillos, y no pudo menos de decirse, *E avanti a lui tremava tutta Roma!* Fue, recapacitó más tarde, su XX Congreso. ¡Cuánto habría querido poder contárselo a don Antonio! Creyó que su padre no sobreviviría. Pero al cabo de cuarenta y ocho horas estaba repuesto, más sectario que nunca y más que nunca chupamedias de la insufrible mamastra, henchida del heroísmo de haber sido, durante dos días, viuda inminente de médico notable.

Fue rehaciendo su vida sin mayores cataclismos. Durante sus años de exilio había ido consolidando su posición económica, ayudado, de paso, por su atávica frugalidad salvo -nadie es perfecto- a la hora de comer y beber, sobre todo si pagaba otro (de tal palo tal astilla, se decía, reconociendo en sí mismo el lastre genético de su padre). De modo que, pese a que Buenos Aires estaba más cara que Madrid y hasta que París, vivía holgadamente. Un mediodía, con la ciudad hecha una doncella de primavera, decidió que era hora de regalarse un minibanquete. Optó por probar un restorán que acababan de abrir cerca de Coronel Díaz y Las Heras. Le habían dicho que allí servían las mejores perdices en escabeche de Buenos Aires y que el cordero era auténticamente patagónico. Fue subir al taxi y sentir una profunda nostalgia de su viejo amigo.

-¿Qué tal la cosa, chofer?

-¿Qué quiere que le diga, señor? Este país se va bien a la mierda. Los milicos nos han metido hasta la verija en una guerra totalmente al pedo. Y mire que yo lloraba de alegría, ¿eh? Las cosas como son. Porque a mí, como argentino, ¿vio?, las Malvinas siempre me parecieron sagradas. Acá todos nos pusimos como un solo hombre. El que tenía plata, puso plata, y el que no, lo que tuviera. Si usted supiera la sangre que donamos mis dos pibes y yo... todos, le digo. Mi señora, con las otras mujeres del barrio, juntó qué sé yo cuántas frazadas y ropa, ¿vio?, y remedios. Le digo, pelaron los placares y los botiquines. En mi casa no quedó una aspirina ni un par de medias de lana. Todo se fue para los chicos. ¡Cómo los mandaron al muere, señor; no hay derecho! ¡Y encima nos engrupían que les estábamos hundiendo todos

los barcos! Ahora esto es un desastre: los precios por el cielo, la gente con bronca... No, mire, mejor me callo que si no sé si me pongo a llorar o a dar patadas. ¡No hay derecho, señor; no hay derecho! Y pensar que yo me alegré cuando sacaron a la Copera, le digo sinceramente. Además, las cosas como son, durante un tiempo pareció que esto se iba para arriba. Porque yo, créame, como tantos argentinos, de todo eso que hablan ahora de los desaparecidos no sabía nada. Yo de veras creía que solamente mataban terroristas, que bien se lo merecían, las cosas como son. Pero ahora resulta que también mataron a mucha gente que no tenía nada que ver. Eso sí que es una barbaridad. Y lo que es peor, ¿cómo mierda salimos de esta ahora? Van a volver los políticos y va a ser igual pero con más quilombo y, claro, con menos guita. ¡Qué lo parió, carajo; pobre país! ¿Lo dejo en la puerta del restorán? ¡Pensar que antes yo sacaba a mi señora a comer afuera todos los fines de semana! No, redondeemos, señor, total por unos centavos de mierda...

Luciano buscó una mesa apartada, donde nadie lo fuera a distraer de la comida y se dirigía directamente al fondo de la sala cuando vio el viejo bastón apoyado contra una mesa y a su dueño que, evidentemente, había llegado unos pocos minutos antes.

-¡Don Antonio!

-¡Muchacho! ¡Qué alegría, carajo! ¿Cuánto hace que no te veo? Dejáme ver, cuatro... no, ¡cinco años! Desde el día mismo que te llevaron... Pero seguramente no querés acordarte y no te culpo. Esa pesadilla ya pasó. Sé que en Europa te fue muy bien y que aquí te ha estado yendo estupendamente. ¡Uno de los pocos, mirá qué paradoja! Por cierto, aprovecho para felicitarte por tu novela. Magnífica. Yo me he transformado en un admirador tuyo. Siempre compro *Noticias* los primeros domingos del mes para leer tu columna. Pero contáme, ¿seguís casado? ¿Cómo están tus crías? ¿Qué planes tenés? Contáme todo.

-Ella no existe más, don Antonio...

-¡Caramba!

-Así es. Como usted ya sabe, la cosa venía mal desde hacía algún tiempo. Cuando llegué a Madrid, casi el mismo día, me contó que había tenido una relación... una relación buena, con un buen tipo que la ayudó a sobrellevar la cosa. Con nosotros mal entre nosotros, sin tiempo ni ganas, con las gurruminas a cuestras, la policía encima, los amigos en la clandestinidad o desaparecidos, no debe haber sido fácil y nunca la quise juzgar. Él era un abogado compañero de la Liga al que mataron poco después de desaparecerme a mí. La cosa es que, pese a todo, cuando me dieron la opción de irme del país Verónica no vaciló un segundo. Hizo las valijas en un santiamén, metió a las chicas en un taxi y se apareció en el aeropuerto en un par de horas. ¡Pero qué le estoy contando si usted lo sabe mejor que yo! ¡Y

pensar que hasta hoy no había tenido cómo darle las gracias por todo lo que hizo, por haberme ido a despedir cuando me iba solo y hecho mierda sin saber siquiera por qué, ni a qué, ni adónde!

-No me tenés que agradecer nada, muchacho. Hice lo que había que hacer, lo que hubiera hecho cualquiera.

-Cualquiera no, don Antonio.

-No, no cualquiera, pero sí cualquiera de nosotros. Hice, sin ir más lejos, lo que habrías hecho vos. Por otro o por mí. ¿O me equivoco?

-No. Pero igual...

-Hacéme un favor, muchacho, y te lo pido muy en serio: no hablemos más del tema, ¿puede ser?

-Si insiste...

-Insisto, muchacho, y por favor no me hagas insistir más.

-¡Mozo! Nos trae ya mismo dos copas del mejor champán que tenga.

-¿Importado?

-Importado, que nosotros nos hemos quedado en el Torrontés.

El camarero hizo mutis por la cocina y reapareció trayendo dos copas ambarinas alborotadas de ínfimas burbujas.

-Es francés. Beb Cli... Cli...

-Veuve Clicquot. ¡Perfecto! ¡A su salud, don Antonio!

-¡Ah, eso sí que me vendría bien; a mi salud, entonces!

Los viejos amigos entrechocaron las copas y libaron largamente el vino que los unía.

-De modo que cuando se encontraron en Madrid la cosa ya no dio para más...

-No. Ya casi no nos quedaba nada en común más que las gurruminas. A mí, por suerte, me empezó a ir mejor casi enseguida. En fin, que se la hago corta. Nos separamos bien, sin resentimientos. Fue la mujer que necesité y estuvo al pie del cañón siempre. Se merece ser feliz, pero conmigo no puede, ni yo con ella, ¡qué se le va a hacer!

-Estás a la vez más blando y más duro muchacho.

-No me lo va a creer... ¡No, seguro que sí! Lo que me hizo más duro y más blando fue la tortura, don Antonio. Me hizo a la vez más fuerte y más tolerante.

Don Antonio pareció emigrar una vez más a su viejo planeta privado, del cual regresó estrenando una sonrisa de satisfacción.

-Bueno, pero no nos distraigamos con cosas importantes. Me vas a dejar que te invite para festejar el reencuentro. ¿A que no sabés por qué elegí este sitio?

-Porque tiene las mejores perdices en escabeche de Buenos Aires y el corderito patagónico viene nomás de la Patagonia y eso es lo que piensa pedir.

-¡'Ta que estás irreconocible, muchacho! ¡No me digas que vos viniste para eso también!

-Para eso y para probar el Montchenot 1974, que dicen que es de antología.

-¡Muchacho, me enterneces hasta lo más profundo del caracú!

-Buen discípulo de mejor maestro, don Antonio.

-No digas chambonadas. Tarde o temprano habrías visto la gastronómica luz, sobre todo en Francia. Porque se sigue comiendo deputamadre en Francia, ¿no? ¡No me vayas a ocasionar una desilusión a esta edad provecita!

-Usted sí que no cambia, don Antonio. Pero esta vez el que invita soy yo. ¡Mozo! Mire, perdices en escabeche para los dos y después dos corderitos.

-Si van a empezar con unas perdices, con un corderito les sobra, don. Casi le aconsejaría que también compartan las perdices, que vienen de a dos.

-Bueno, mire, vamos a hacer así. Compartimos unas perdices y un corderito. Pero empezamos con un buen cacho del mejor provolone que tenga que me lo raya aquí, y me trae, además, un poco del mejor aceite de oliva que encuentre...

-Bueno, ahora tenemos provolone italiano y aceite de oliva italiano también, o español. Yo le recomiendo el español, ¿vio? Me parece que tiene más gusto sin ser tan fuerte.

-¡Loado sea el hijo de puta del ex ministro y consumado safarista, Fito Martínez de Hoz, que con el hambre de nuestros padres y el futuro de nuestros hijos ha abierto las puertas de este país a las delicias del provolone y el aceite madrepatrios! Carajo, si hasta me da vergüenza aprovecharme. Extra virgen, por supuesto.

-¿Y para beber?

-¿Ya tiene el Montchenot 74?

-Desde el mes pasado que llegó, don. ¿Agua con o sin gas?

-¿Agua?

-Perdonemé, don, es la costumbre. ¿Para el señor tampoco?

-Él fue el que me enseñó a no tomar agua.

-¡Te miro y no lo puedo creer, muchacho!

-Pues ya ve, don Antonio.

El mozo trajo los aparejos para el matrimonio entre el provolone y el aceite.

-¿Así que usted se come el provolone rallado con aceite? Eso seguro que lo aprendió afuera, ¿no? ¿Pero sabe lo que yo le pondría? Un poco de pimienta fresca le pondría. Espere que le traigo un molinillo.

Don Antonio y Luciano intercambiaron miradas en que se mezclaban la complicidad, la sorna y la admiración.

-El día en que los mozos dejen de ser así, ese día, oíme bien, ese día la Argentina habrá cagado para siempre. El Sindicato Gastronómico, muchacho, es, a la vez, la última esperanza y el último baluarte.

-¿El vino lo prueba usted o el señor?

-Déselo a probar al señor, no más, que sabe cómo. ¿De qué se ríe?

-De nada muchacho, de nada.

-¿Y?

-Deputamadre.

-¡A la salud de los Ganimedes criollos, don Antonio!

-¡Eterna, muchacho, eterna, para que este país de mierda no se muera nunca!

Luciano se quedó mirando su copa unos segundos.

-¿Sabe cuándo comprendí que ya era escritor, don Antonio?

-...

-No me lo va a creer: en medio de la tortura. Para tratar de distraerme, de no sentir el dolor, me imaginaba que lo que me estaba pasando le sucedía a un personaje, y yo escribía mentalmente la escena. A veces un dolor peor que los otros me interrumpía la búsqueda de un adjetivo y ese dolor se me transformaba en frustración y bronca. Odiaba más al milico hijo de puta que me ponía la picana en los huevos por haberme hecho perder el adjetivo que por el vejamen y el sufrimiento físico, ¿lo puede creer? Me salió un mecanismo de defensa a toda prueba. Sin eso, quién sabe si no me hubiera quebrado, como les pasó a tantos. Lo más extraordinario es que cuando salí, ya tenía la novela de pe a pa en la cabeza. Si no fuera porque apenas si me despertaba para comer, casi me pongo a escribirla en el avión. Verónica no lo podía creer. La terminé en dos meses. Para mejor, un escritor amigo me ayudó a publicarla enseguida. Sobre el pucho, un compañero de exilio me presentó a una amiga traductora al francés y seis meses después era un joven autor latinoamericano consagrado en el resto de Europa, ¿qué me cuenta? Claro que la novela ganó muchísimo en traducción, y que el éxito se debió en gran parte a que los exiliados estábamos de moda y el tema era lo suficientemente escabroso, pero el hecho es que ahí comenzó a cambiar mi vida...

-Te equivocás, muchacho; ahí *terminó* de cambiar. Todo lo demás es consecuencia. Esa, muchacho, fue tu piedra angular.

-Si usted lo dice.

-Yo lo digo.

-...

-Y también empezaste a dejarla de necesitar... a *ella*, digo.

-Tal cual. Veo que no ha perdido sus dotes de Nostradamus, don Antonio.

-Y conociste a otra mujer. Apuesto a la traductora amiga de tu amigo.

-¡Usted es un brujo!

-No, muchacho, apenas sagaz.

-Pero ¿cómo se le ocurrió justo esa?

-Porque te mejoró la novela, o, mejor dicho, porque vos estás convencido de que te la mejoró. Un escopetazo a oscuras...

-... en el gallinero. ¡Nunca me voy a olvidar de esa! Sí, fue la traductora... sigue siendo. Me la traje conmigo, para que aprenda a comer carne de veras. Me está costando un poco de trabajo hacerle comprender que la vaca tiene mejor gusto muerta, pero no tanto como el que le hice tomar a usted.

-¿Seguís con ella?

-Teóricamente sí, prácticamente, está por ver, como dicen los íberos.

-¿Y las chicas?

-Se quedaron con Verónica. La menor termina la primaria dentro de dos años, y la mayor ya va para los trece. Quiere estudiar adivine qué: sociología, ¿y qué quiere ser? ¡Escritora! ¿A quién saldrá, no? Y creo que ya anda medio noviendo con el hijo de un compañero que desapareció el mismo día que yo. Pero ese nunca volvió a aparecer.

Se hizo un silencio total. Los dos amigos se quedaron mirando fijamente sus copas, como si los muertos pesaran sobre la mesa, como si los años de delirio, sangre y desolación no hubieran terminado de hundirse lo suficiente en la memoria. Luciano sintió el latigazo de mil recuerdos: rostros queridos, muertos, derrotados. ¡Historia hija de puta!, pensó, y levantó unos ojos vidriosos al encuentro del mirar amargo que a don Antonio se le había quedado atrapado en su vaso.

-Recuerdo a un soviético que conocí en Austria. Nos hicimos amigos y lo llevé a casa de un comunista español que había sido capturado en Francia y recluido casi tres años en el campo de concentración de Mauthausen. El español nos ofreció una manzanilla, pero el soviético sacó de su bolso una botella de vodka, llenó los vasos a lo bestia y alzando el suyo

dijo, En la Unión Soviética, el primer brindis es por los caídos, por los demás brindamos después, si queda. Vamos a brindar por los que no están, muchacho. Con cada bocado vamos a brindar. Se lo merecen y te lo merecés.

-¡A ver, este por los héroes de la Guerra de la Independencia!

-Este, ¡por Martí caído en combate, por Morelos fusilado y por Belgrano muerto en la miseria!

-Y este, ¡por los mártires de la Semana Trágica y de la Patagonia Rebelde!

-Y este ¡por los asesinados en José León Suárez, por Tróxler, por Haroldo Conti, por Rodolfo Walsh, por Paco Urondo!

-¡Por Kehoe y Trumper, por Ingalinella y Calvo, por Mentaberry!

-¡Por Felipe Vallese, por Pascal Allende! ¡Por los muertos de Trelew y Monte Chingolo!

-¡Por Víctor Jara, por Camilo Torres, por el glorioso Che, por Camilo Cienfuegos!
¡Por Frank País!

-¡Por Salvador Allende! ¡Por Augusto César Sandino!

-¡Por el Coronel Francisco Caamaño! ¡Por Zelmar Michelini!

-¡Por Carlos Marighela! ¡Por Emiliano Zapata! ¡Por Victoriano Lozano!

-¡Por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo! ¡Por Julius y Ethel Rosenberg!

-¡Por Patrice Lumumba, Agostinho Neto, Amílcar Cabral, Stephen Biko y Ahmed Ben Barka!

-¡Por Bobby Sands! ¡Por el Mahatma Ghandi!

-¡Por Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti! ¡Por Buenaventura Durruti!

-¡Por Jean Moulin! ¡Por Julius Fucik! ¡Por Julián Grimau! ¡Por Ernest Thälmann!

-¡Y por los nuestros que hemos matado: por Bujarin, por Rádek, por Tujachevski, por el Comité Central del Partido Comunista Polaco entregado a los nazis y por Roque Dalton!

Don Antonio bajó de pronto la voz.

-Y por Claudia, muchacho.

-Y por el ruso, el gallego, el turco y el indio.

-¿...?

-Cuatro amigos con los que debí haber muerto, don Antonio.

Y así, con provolone italiano, aceite de oliva español y vino de Mendoza fue aquel homenaje a todos los muertos por un mundo mejor.

-¿Y, qué tal tu perdiz?

La carne conservaba su gusto a campo abierto, realzado y suavizado a la vez - ¡milagros de la dialéctica culinaria!- por la larga marinación, ofreciendo a los dientes una resistencia nominal de mujer coqueta.

-Deputamadre, don Antonio. De-pu-ta-ma-dre.

-¿Y tu viejo cómo está?

-Viudo y vuelto a casar. La vieja murió hace tres años.

-Lo siento.

-Yo no tanto, créame. Nunca pensé que perder a una madre fuera tan fácil.

-No lo es, muchacho, y si es lo que te parece, ya lo vas a pagar con interés compuesto. No te engañes. Tu vieja se habrá muerto, pero el polizón sigue a bordo.

-Tal vez, pero esos intereses, en todo caso, todavía no me los cobran. ¿Y usted cómo anda de salud, don Antonio?

-Con todos los achaques que cabe esperar, aparte del premio consuelo de esta pierna cada vez más hostil, muchacho. Pero sin problemas de monta, valga la ironía. Como ves, puedo comer y chupar a voluntad... sin exagerar, claro. Vos, supongo, tendrás una salud de acero inoxidable.

-No me puedo quejar. De no haber sido por eso, no sé si el encierro y la tortura no me hubiesen destruido.

-Y encima no fumás.

-Nunca me gustó. ¿Y usted sigue quemando incienso?

-En dosis más reducidas, pero sigo.

Como obedeciendo a un pacto tácito, ambos amigos callaron y se concentraron en las perdices. Cada tanto uno alzaba el vaso en un conato de brindis y el otro lo imitaba. Don Antonio no llegó a terminar su porción y se quedó jugando con el pan, esperando que Luciano diera cuenta de la suya.

-¿Se quedó sin hambre, don Antonio?

-No muchacho, pero quiero dejar el grueso de mi contraída voracidad para el corderito.

-¡Hablando de Roma!

-¡Este corderito son palabras mayores! Cuidado con la fuente que está hecha una brasa. ¿Qué les sirvo primero, la paleta o las costillas?

-¿Cómo que primero?

-Y sí... Todo de una vez no se los voy a servir, porque si no se enfría.

-En este país nunca va a haber hambre, don Antonio. Pedimos una sola porción para compartir y nos traen cuatro. ¡Qué animales! Yo no logro volverme a acostumbrar y termino pidiendo siempre de más.

-¡Esto está... me quedé sin epítetos, don Antonio!

-Deputamadre.

-¡Nunca mejor dicho!

Nunca. La carne delgada y crocante tenía todo el sabor de las distantes estepas patagónicas que el general Julio Argentino Roca había robado a los indios y repartido entre sus oficiales.

-¡Me van a perdonar, pero me había olvidado el chimichurri! Aquí tienen.

Luciano probó el bocado siguiente con una gota de la espesa solución de condimentos. Buenísimo, pero era mejor el del cabo, pensó, y no se equivocaba. El recuerdo de aquel chimichurri de ensueño trajo apareado el de toda la pesadilla. Ansioso por conjurar los fantasmas, tuvo que hacer un enorme esfuerzo que don Antonio no pudo dejar de advertir.

-¿Estás bien, muchacho?

-Ahora sí... Ahora por fin sí, don Antonio.

-¡Salud, muchacho!

Volvieron a comer en silencio. Don Antonio estudiaba a su amigo con delicadeza, pronto a intervenir si le parecía preciso. Pero, por suerte, no hizo falta.

-¿Y en qué andás ahora, muchacho?

-En mil cosas, don Antonio. Escribo mucho. Es más, estoy escribiendo dos novelas a la vez.

-¿Una con cada mano?

-No es para tanto.

-¿No me querés contar?

-Secreto profesional, don Antonio; espero que me comprenda y no se enoje.

-Te comprendo, muchacho, y no me enojo. ¿Y qué más?

-Bueno, usted sabe, artículos en los diarios, alguna entrevista por radio y televisión...

-Ya hace rato que has dejado de ser casi famoso, ¿eh?

-...

-Siempre lo supe.

-¿De veras?

-De veras. Desde cuando leí aquel cuento tuyo tan malo... porque ahora puedo decirte que era malo con ganas, pero se veía que era una obra mala de un gran escritor. No me equivoqué y me alegro.

-¿Y por qué no me dijo nada entonces?

-Porque ya tenías bastante con tu padre. Vos lo que necesitabas era que te dieran una mano, no una patada.

-¿Y? ¿Les gustó? ¿No les dije yo que esto eran palabras mayores? ¿Seguimos con la paletita?

-Yo...

-¡Vamos, don Antonio; pruébela aunque más no sea!

-Y bueno... Si insistís, muchacho.

-Insisto.

La paleta estaba aún más deliciosa. La carne tenía más espacio para ser carne. Tierna y firme a la vez, con el sabor penetrante que su homóloga de res no podría tener jamás. Carne para ocasiones especiales, como los licores fuertes. Don Antonio probó un bocado, abandonó los cubiertos y se quedó mirando a su amigo con unos ojos profundos que no perdían detalle, como si, muy discretamente, estuviera haciéndole el inventario. Cuando Luciano terminó de chuparse literalmente los dedos, don Antonio le sirvió el resto del vino y alzó su copa como quien celebra una misión bien cumplida.

-¿Algún postre?

-Me comería un panqueque de banana quemado al rum.

-Yo paso.

Mientras esperaban, don Antonio fue preparando sin premura los útiles de fumar.

-¡A ver este panquequito! Cuidado que el plato está caliente.

El panqueque estaba poco menos que perfecto. El caramelo cubría la circunferencia con un mosaico traslúcido y quebradizo para abrir paso a las bananas casi derretidas, pero no tanto que no regalaran memorias de su textura original. Un colofón en Do mayor digno de Haydn.

Don Antonio aguardó a que su amigo terminara su panqueque y luego se replegó a encender la pipa. Unos segundos después, Luciano recuperaba el recuerdo de aquella humareda bonancible que tanto mejoraba el aire.

-¿Cafecitos?

-Bien cargados, por favor.

Don Antonio seguía en su galaxia privada, donde se lo veía acomodando pensamientos y ordenando ideas. Luciano esperó paseando por memorias sin trascendencia: plazos que respetar, llamados que hacer, libros que comprar.

-¡A ver estos cafecitos!

-¡Salud, muchacho!

Don Antonio alzó la taza de café y Luciano la chocó con la suya.

-¡Por el futuro, que, como siempre, empieza mañana! ¡Mozo!

-Señor.

-¿Tiene oportito importado?

-¿Tinto?

-Tinto.

-¿Común, de diez o de veinte años?

-El mejor, dos vasos como la gente.

-Ya mismo.

El mozo regresó con dos copas de un rubí casi ónice.

-¿Se acuerda cuando protestaba contra la ausencia de buenos vinos dulces, don Antonio? ¡Quién hubiera dicho que ni diez años después nos darían a elegir cuánto de añejo!

-Y el precio que vas a pagar no es ni la diezmillonésima parte del que ha tenido que pagar todo nuestro pueblo muchacho. ¡Esa es la gran desgracia!

-El gran crimen, don Antonio.

-Pero veo que eso no te disuade.

-A que no me disuadiera me enseñó usted. Lo venden, tengo dinero que me ha ganado con mi propio trabajo, y lo compro. Pero no me va a temblar la mano si tengo que romper hasta la última botella para que podamos volver al país que teníamos, de mierda como era.

-No exageres muchacho; con botellas como esta, la mano te va a temblar un poquito.

-Bueno, sí; un poquito. ¡Salud!

-¡Salud, muchacho!

Luciano pagó y se levantó, poniendo especial atención a ver si su amigo seguía negándose a que lo ayudaran. Don Antonio se obstinó en sus cada vez más endeble trece hasta que por fin logró ponerse de pie, aunque era evidente que pronto ya no podría.

-¿Para dónde va, don Antonio?

-¿Por?

-Porque si me queda de camino, lo llevo, ¿o sigue sin querer que sepa dónde tiene la madriguera?

-¿Vos para dónde vas?

-Para el centro.

-Ah, no, yo voy para el otro lado.

Luciano vaciló, pero por fin se atrevió a hacer la pregunta.

-¿Cuándo lo vuelvo a ver, don Antonio?

-Yo te llamo muchacho.

-¿Adónde?

-A tu casa. Estás en la guía, ¿no?

-Estoy en la guía.

Don Antonio se ovilló con exasperante lentitud dentro del taxi, guardó la pierna y cerró la portezuela.

-Pronto.

-Hasta pronto, don Antonio.

-No, muchacho, que te llamo pronto. Adiós.

-¡Mire que le tomo la palabra, don Antonio!

Gritó Luciano al taxi que desaparecía.

Junio de 1984

Pero don Antonio no cumplió su promesa. O tal vez sí, pero demasiado tarde. Cuando una semana después Luciano salió de viaje a Europa, aún no había llamado. Luciano estuvo seis meses recorriendo el Viejo Continente aprovechando su influencia para hacer vigorosa campaña por el esclarecimiento de la suerte corrida por los desaparecidos y el castigo a todos los represores. Regresó exhausto a un Buenos Aires que bullía. La dictadura había caído en medio del oprobio más absoluto. Se habían celebrado elecciones y, sorpresa de las sorpresas, los peronistas perdieron. Pero la euforia no duró. Para fin de año la inflación habría de llegar al 700%. Los menos de 4.000 millones que se debían en 1969 y que la nueva dictadura heredó convertidos en menos de 10.000 pasarían a 45.000. Cada argentino habría acumulado, entonces, un pasivo de 1.500 dólares, y los recién nacidos se encontrarían con él a cuestas. El país avanzaba a marcha forzada hacia el abismo. Un poco porque nadie más parecía tener idea de qué hacer y otro porque él mismo tampoco, reanudó su militancia en el Partido. Pero las cosas habían cambiado, o, mejor dicho, había cambiado su manera de verlas. Era obvio que tocaba replantearse prácticamente todo, que no se podía seguir siendo cómplice de la ineptitud criminal de la burocracia de los países socialistas, que era hora de decir con todas las letras que un socialismo con muros, con policías secretas omnipotentes y omniscias, con censura de hierro, en que el carrerismo y la venalidad o, en el mejor de los casos, la hipocresía, eran la única manera de ascender, de viajar, de obtener prebendas cada vez más flagrantemente injustas, no podía ni merecía existir. Quedaba la única esperanza de Cuba. Había que defenderla con uñas y dientes, hasta el último suspiro. La Revolución había dado todas las marchas y contramarchas posibles, aliándose y desaliándose de la URSS, liberalizando y desliberalizando la pequeña producción y el comercio, había perseguido a los homosexuales y los había reivindicado, y todo sin cambiar de timonel. Como Mao con las Cien Flores y tras cartón la Gran Revolución Cultural Proletaria, aunque, claro, ni por asomo tan siniestramente. En el fondo de su alma, Luciano dudaba de la posibilidad misma de la victoria del socialismo en una isla sin más recursos que el azúcar, el tabaco y el café (¡todos desaconsejados por los médicos!) y bloqueada a cal y canto por la potencia más potente y prepotente de todos los tiempos. Aún así, seguía siendo un hecho que Cuba era el único país subdesarrollado que había eliminado de un plumazo el analfabetismo, que había garantizado el acceso de todo un pueblo a la salud; el único país del Tercer Mundo sin niños callejeros, sin cárceles clandestinas, sin desaparecidos, sin escuadrones de la muerte. En los tres continentes de los ciegos, Cuba era un tuerto mucho más que honroso. Y en el mundo entero, los menos ciegos

eran, simplemente, tuertos de lujo. Este tuerto tan especial y testarudo estaba probablemente condenado a encegucer, como Guatemala, o México, o la Argentina, pero Luciano no estaba dispuesto a ser cómplice de la derrota. Tarde o temprano Fidel se iba a morir sin haber logrado -o querido- hacer que el socialismo hubiera hecho carne en el pueblo separado de su imagen y vendrían los buitres de afuera en complicidad con los de dentro (¡y cuántos de ellos ya estarían al acecho desde las ramas del Partido!) a despojar a los cubanos de todas sus conquistas. O acaso no: tal vez el retroceso no sería total, y la humanidad habría ascendido, tras medio siglo de privaciones de un pueblo heroico, un peldaño más. Nada, absolutamente nada justificaba rendirse, dejar de luchar por un mundo mejor. A la larga, el remedio tenía que ser mejor que la enfermedad. Era la historia de la medicina y debía ser, con todo, la historia de la humanidad; porque la Historia sería la gran hija de puta que era, pero no había que perder la esperanza de doblegarla, de ponerla al servicio del hombre. Quizá fuera inútil, pero solo luchando por cambiarla se podía averiguar si era, en efecto, imposible que cambiara. No cejar, entonces, mas con los ojos bien abiertos: luchar con esperanzas pero sin fe. Terriblemente difícil, pero era la única manera sensata. Porque este mundo de mierda, este mundo manejado por los ricos para los ricos, había que cambiarlo.

Pasada la una y media de la tarde, con el invierno pisándole los talones, Luciano entró muerto de hambre y frío en La Payanca frotándose las manos y buscando una mesa lo más cercana posible a la cocina, por eso ni miró las que daban a la calle.

-¡Muchacho! ¡Vaya sorpresa! ¡Ya pensaba que no te iba a ver más!

-¡Don Antonio! ¡Qué alegría! Pero ¿por qué no me llamó como me había prometido?

-Es una historia larga, muchacho. Estuve internado.

-¡No me joda, don Antonio! ¿Qué tuvo?

-Lo que puede llamarse piadosamente un episodio, aliteración más, aliteración menos.

Pero pasó y ahora ya estoy igual de mal que antes.

Solo entonces Luciano cobró conciencia del tremendo deterioro de esos pocos meses. Don Antonio estaba reducido a su mínima expresión. El saco le quedaba enorme, ¡Como a aquél mozo que nos atendió aquí mismo!, evocó. La piel se le había tornado amarillenta, los ojos habían perdido casi todo el brillo y las manos le temblaban visiblemente.

-Sentáte, muchacho, que acabo de llegar y todavía no pedí. ¿Qué querés comer? Sabés que aquí sirven un loco...

-Deputamadre.

-Deputamadre.

-Pero con una condición.

-...

-Invito yo.

-Vos invitaste la última vez.

-Y fue la única. Déjeme sentirme importante, don Antonio; no me prive de este placer inocente.

-Si insistís...

-Insisto.

-¿Cómo están los señores? ¡Qué placer volver a poderles servir!

-¡Ah, es usted! ¿Cómo le va, tanto tiempo?

-Cordialmente, señores, muy cordialmente.

Luciano miró a su amigo con una sonrisa de oreja a oreja, y vio con tremendo alivio que a don Antonio le volvía el fulgor de la mirada.

-Me es un verdadero incordio, amigo, de veras se lo digo.

-El señor es muy amable. ¿Y qué se van a servir hoy los señores?

-¿Te parece que empecemos repartiéndonos una provoleta al orégano, muchacho?

-Déle nomás, don Antonio.

-¿Y luego?

-Después le trae un locro a mi amigo y a mí un bife de lomo bien a punto, con ensalada mixta. Y una botella de Chatueau Vieux.

El mozo se marchó a dejar la orden y regresó con la botella.

-Un vino...

-¿Cabal?

-Cabal. ¡Salud, don Antonio!

-¡Salud, muchacho!

-¡Por los Dioses que nunca se han olvidado de juntarnos!

-¡Por ellos, y porque no vayan a perder la memoria antes de tiempo! Pero aquí viene nuestra ansiada provoleta.

El mozo repartió el queso con su antebrazo asomando unos cincuenta centímetros entre los pliegues interminables de la manga.

-Los señores tengan muy buen provecho.

-Igualmente, gracias.

Luciano cortó la gruesa rodaja de queso que regalaba aroma oreganado. El provolone conservaba lo suficiente de su antigua tenacidad para que hubiera que cortarlo, pero luego se avenía mansamente a ser untado en el pan.

-¿Cómo andan tus cosas, muchacho? ¿Seguís con tu traductora? ¿Y tus nenas?

-No, mi traductora le está traduciendo a otro. Es que no terminó de adaptarse a este país enloquecido y acabó volviéndose a Europa. Las gurruminas muy bien. Veroniquita está hecha toda una señorita... prácticamente quince años. Y sigue de novia con el hijo de mi compañero desaparecido. Esta se va a terminar casando y cuando me descuide me hace abuelo.

-Cuando te descuides vos no, muchacho; cuando se descuide ella.

-¡Usted no cambia, don Antonio! Y Patricia ya tiene casi doce y empieza la secundaria. Pero parece menos propensa a los amoríos que su hermana mayor.

-¿Las ves seguido?

-Ahora que me toca viajar mucho, por suerte, sí.

-¿Y acá no van a volver?

-¡Qué mierda van a volver, don Antonio!

-¿No te duele?

-¡Claro, cómo no me va a doler! Pero este país no tiene nada que ofrecerles, y ellas no lo conocen siquiera. No. Mejor que se queden allá con la madre.

-Por cierto, sé que has viajado haciendo bastante ruido.

-Nunca el suficiente, don Antonio, por desgracia.

-Hacés bien, muchacho. La única manera de seguir adelante no es olvidar, como pretenden tantos. Ni en la política ni en la vida. Olvidar, ¡jamás! Comprender, sí; pero no olvidar. Y para comprender hay que saber. Toda esta terrible verdad tiene que salir íntegra a la luz del día. Las verdades son como los muertos: solo se pueden enterrar cuando se tienen.

-¿Y usted, don Antonio?

-Ya me ves. Igual, pero peor. Leo mucho, escucho mucha música, salgo poco, como menos, chupo menos... pero sin claudicar. Los principios son los principios. Sobre todo los étílico-gastronómicos.

-A esa constancia, ¡salud!

-¡Salud!

-Le cuento que mi viejo se terminó de fundir. Ya no pudo mantener la casa de El Tigre y se tuvo que mudar casi que de prestado. Dice que extraña a las gurruminas, pero nunca las llama ni les escribe. Y sigue militando en el Partido; pero se ha ablandado bastante. ¿Sabe lo que me dijo el otro día? Me dijo, Yo había creído tener firmemente en mis manos la pala con la que la humanidad trabajadora iba a enterrar de una vez por todas la explotación del hombre

por el hombre. Es muy probable que me haya equivocado. Pero esa pala existe, y, tarde o temprano, alguien la va a empuñar. Ojalá seas vos el que la encuentre. ¿Qué me cuenta?

-Que es, en efecto, admirable.

-Sí; es lo que he llegado a pensar al cabo de tantas vueltas.

-¿Y ahora te toca a vos darle una mano, entonces?

-La que él nunca fue capaz de darme a mí, pero sin que se entere, porque no aceptaría un peso. Mamastra en cambio, es más, digamos, pragmática.

-Hacés bien. Fue un mal padre, es cierto, pero fue todo lo bueno que pudo. Ahora podés quererlo y tratarlo como la persona que siempre ha sido: llena de defectos, pero valiente y abnegada. El solo ejemplo que te dejó es más que lo que han legado muchos. ¡A su salud, muchacho! Que ya es hora.

-Me sorprende, don Antonio. Pero, claro, ¡a su salud!

Luciano creyó advertir un brillo extraño en los ojos ahora tanto más cenicientos de su amigo.

-¿En qué se quedó pensando?

-En que no quiero que me creas mejor que él.

-¿...?

-Más sano, sin duda. Mejor, no sabría decirte; me temo que no. Yo te lo vapuleé mucho, es cierto, pero para despertarte de una pesadilla. Cambiemos de tema. Decíme, muchacho, ¿y para dónde te pirás la próxima vez?

-Para la Isla de la Libertad, don Antonio. Voy de jurado al Festival de Cine, al Premio Casa de las Américas, a dar un curso de literatura argentina del exilio en la Universidad, a empacharme de langosta, a empaparme por dentro de mojitos y daiquiris, a bañarme un poco en el Caribe y, si Dios es servido, a fifarme al menos una mulata revolucionaria, aunque me confieso más propenso a hacer concesiones en cuestión de ideología que de tafanario.

-Langosta, mojitos y daiquiris que vas a pagar en dólares, ¿no?

-¡No va a empezar otra vez, don Antonio!

-El que empezó fuiste vos, muchacho. Pensálo. Y hacé memoria: ¿alguna vez viste en El Floridita, en el Monseñor o en La Bodeguita del Medio a un solo cubano que no estuviera acompañando a extranjeros?

-¡Así que también había conocido Cuba, don Antonio!

-Como te dije aquel día, ¡dónde no he estado! ¡Y de dónde no he vuelto!

-¿Y qué le parece el color de la esperanza, don Antonio?

-Más pardo del que querría, muchacho. Yo ya no creo en las revoluciones con papá. Por mucho que el papá haya tenido y conserve unos huevos a prueba de dinamita y una probidad personal seguramente intacta.

-No me va a comparar a Fidel con Stalin, o con Mao, o con Kim Il Sung, o con Tito... En todo caso con Ho Chi Minh.

-El viejo Ho es, tal vez, la excepción que confirma la regla. Y no, no comparo a Fidel como persona, pero sí como fenómeno sociopsicohistórico. Y ahí lo comparo también con Perón. Hay un carisma indudable, que han tenido ciertos personajes históricos aparecidos en determinados momentos, que encandiló a las masas. Casi siempre para mal. En las elecciones generales alemanas de 1932, entre los socialdemócratas y los comunistas sacaron cinco millones de votos. ¿Me querés decir dónde estaban en 1933? Ni en las cárceles ni en los campos de concentración: estaban en el Estadio de Núremberg. Ahí estaban. ¿Dónde creés que va a estar el millón de cubanos que hoy por hoy llena a cada rato la Plaza de la Revolución si llegara a reimplantarse el capitalismo? Los pueblos, como las personas de que están hechos, son veleidosos. No te hagas ilusiones. Hay hombres que no, pero son estadísticamente pocos, y lejos de bastar para influir de manera decisiva durante un tiempo decisivo. La Historia, muchacho, es una tremenda hija de puta. Veo que vos seguís tratando de cambiar el mundo.

-Buena falta le hace, ¿no cree? Por lo pronto, la dictadura cayó, y la verdad -poco a poco, pero seguro- va saliendo a la luz.

-Sí. Pero no te olvides que a Galtieri lo derrocó la Thatcher, y que hasta los comunistas se prestaron a apañar la aventura de aquel fascista borracho

-¡No me va a salir con que los ingleses tenían razón, don Antonio!

-No. Son tan hijos de puta como nuestros milicos o más. Si tuvieran que hacer lo que hicieron ellos, lo harían, como que lo han hecho durante siglos en todo el planeta. No hay burguesías buenas y burguesías malas. Todas tiran para su bolsillo; si pueden, con guante de seda, y si no, a balazo limpio. Los milicos franceses no vacilaron en torturar a los combatientes del ELN exactamente igual que los alemanes los habían torturado a ellos. Y no dudo que los milicos argelinos, antiguos militantes del ELN, anden torturando a su vez. No se trata de eso. Pero lo de las Malvinas era una aventura insensata. Además, esas islas son tan nuestras como las Seychelles. Nunca en la vida hemos puesto un pie en ellas, sus habitantes son todos ingleses... ¿para qué carajo las queremos? No valen una gota de sangre, y mucho menos de sangre joven. Fue un disparate. Lo más extraordinario es que, durante unos meses, este país fue eso, un país. Poco importaba que la guerra fuera de circo; era una guerra, había

que unirse y pelear, y nos unimos y peleamos... Bueno, pelearon algunos, especialmente los pilotos, justamente la fuerza más nazi y la más reacia a prenderse en la comparsa. Pero el pueblo estuvo a la altura. Hubo gente, gente sencilla, gente que nunca se había metido en política que donó hasta su anillo de bodas. Luego vino la inevitable debacle, y después -solo después- la insurrección. ¿Por los desaparecidos? No. ¿Por la subasta del país? No. ¿Por el destrozamiento del aparato productivo? No. Porque perdimos una guerra que nos dijeron que estábamos ganando. ¿Te das cuenta, muchacho? ¡Solamente a los argentinos, a *todos* los argentinos, se les pudo haber ocurrido que podían ganar una guerra con los ingleses! ¡Una guerra *naval*! Y ni siquiera en respuesta a una agresión, que ahí habría que haber peleado con uñas y dientes cualesquiera las desventajas: ¡la empezamos nosotros! Mejor dicho, la empezaron ellos, los milicos, sin preguntar y, por supuesto, sin medir las consecuencias. Menos mal que, al cabo, se acabaron las botas por un buen rato.

-Puede que tenga mucho de razón, don Antonio, pero a Galtieri no lo vinieron a derrocar los marines ingleses. A Galtieri lo volcó una revuelta popular masiva.

-No. Si hubiera sido así habría caído también el gobierno militar. Se desmoronó, sin duda, pero no fue derrocado, como no lo fue Lanusse. Perdieron, pero no fueron echados. La gente que derrocó a Galtieri venía de haberlo vitoreado frenéticamente. ¡No te engañes, muchacho! Este pueblo no ha aprendido la lección y la Historia, que sigue igual de hija de puta, muy pronto se la va a tomar otra vez. Y entonces sí que te vas a acordar de este Nostradamus limitadamente móvil. La Argentina es tan previsible que hasta ha tenido sus dos 18 Brumario: el primero el 17 de octubre de 1945, cuando el país real salió a la calle y a la Historia por primera vez desde las montoneras de Güemes y el éxodo jujeño. Y salió encandilado por un farsante que le vendió un buzón tan descomunal que lo siguen comprando, que se siguen peleando, ametrallando, asesinando para comprarlo. Esa fue la tragedia. Una tragedia sin sangre, cuya única víctima fue el país posible. El otro fue el día del frustrado aterrizaje en Ezeiza, donde casi corrió más sangre en unas horas que durante toda la dictadura militar precedente. Esa fue la comedia. Fijáte vos, una tragedia casi indolora y una comedia empapada de sangre, perforada por el estruendo de las bombas, los gritos de los torturados, el silencio de los desaparecidos y el llanto de las madres y las abuelas. Mirá si el nuestro no es un país de opereta, y de opereta trágica, para peor. Y después de toda la sangre, de la hecatombe, de una guerra inmundada y otra vergonzante, de la ignominia más completa, salen los radicales a despilfarrar ese capital de experiencia acumulado con tantas lágrimas y tantas privaciones, con este cobarde que tres días después de asumir el mando reniega de su promesa de no habilitar fueros especiales para juzgar a los represores... Y un país que se desintegra

minuto a minuto, que se malbarata, que se corrompe... ¿Qué Argentina les habría quedado a tus hijas si no tuvieran la suerte... mirá lo que estoy diciendo: la suerte de que hubieras tenido que exiliarte, de que te hubieras separado y de que tu mujer hubiese resuelto no volver? Este es un país camino del sálvese quien pueda, muchacho. Con el agravante de que van a poder muy pero muy pocos. La pequeña burguesía, incapaz de comprender nada de nada, no ve que el supuesto acoplamiento al tren del Primer Mundo es de lata, que tarde o temprano se va a hacer pedazos y nos vamos a precipitar pendiente abajo por los mismísimos rieles por los que creemos estar subiendo, para hacernos mierda en la primera curva. Ahí quiero ver a los tangueros más pintados haciendo cola para mandarse mudar, escarbando en cada cajón de la casa del pariente más remoto en busca de algún pedazo de papel que les sirva para reclamar cualquier ciudadanía olvidada. Y los aviones se van a volver cargados de los bisnietos de nuestros abuelos, muchacho. Y le va a tocar a la gente como vos quedarse a juntar los añicos, y a pegarlos armada con una dosis de toneladas de paciencia china, en medio de un mundo pletórico de ruinas y cadáveres. No me entiendas mal; yo celebro que la dictadura haya caído, pero no me hago ilusiones con esta democracia venal, incompetente e irresponsable. Por un tiempo -ojalá que largo, ojalá que para siempre- no va haber desaparecidos, ni centros de detención clandestinos, ni ninguna de las manifestaciones más salvajes del fascismo (porque detenciones arbitrarias, vejámenes, torturas y muertes sospechosas va a haber mientras haya policía, y con la mano de obra desocupada del aparato represivo, peor). Pero la cosa de fondo no va a cambiar. La explotación va a ser cada vez más despiadada, la miseria se va a acentuar, el desempleo va a subir, al país van a terminar de venderlo. Yo sé que has luchado valientemente contra estos hijos de puta, que te has jugado por un mundo mejor. Y te respeto por eso, muchacho. Pero no creo que este mundo sea tan sencillo de cambiar. ¿Sabés por qué? Porque primero tiene que cambiar el hombre o, en todo caso, un número estadísticamente significativo de hombres. Y eso requiere una mutación biológica. El hombre no ha cambiado sustancialmente desde que echó a andar sobre sus patas traseras. Sí, se han desarrollado las fuerzas productivas, tras ellas ha ido evolucionando la organización social, pero no han cambiado ni el motor ni el combustible del proceso. A veces, como te digo, pienso que el problema es estructural, que la especie es, ella misma, incapaz de salvarse, de trabajar colectivamente para su propia felicidad, de no tener que cagar al otro para sentirse bien uno. Yo no veo que puedan desaparecer la envidia ni los celos. Con eso nomás hay para descuajaringar el más perfecto de los socialismos utópicos, para no hablar de los tan imperfectos “reales”.

La provoleta había sido retirada a medio saborear y el locro y el bife se enfriaban ignominiosamente. Luciano sintió que don Antonio se había alejado para siempre, como Verónica. Aunque tal vez era él el que lo había dejado para siempre atrás. El banquete de la amistad finalizaba en un *grave* casi lastimoso de los contrabajos. Luciano abrió la boca para decir otra cosa. Pero la furia lo sorprendió desde las sombras con un inesperado zarpazo

-Yo lo oigo a usted hablar de la especie y me hace acordar a esos humanistas de biblioteca que hablan del “hombre” o de los “hombres” como si hablaran de paquidermos. ¿Qué, usted no es miembro de la especie, don Antonio? ¿O yo? ¿O Beethoven o Marx; igual que nosotros, igual que ese pibe que acaba de pasar vendiendo chicles cuando tendría que estar jugando a la pelota o haciendo los deberes para la escuela? ¿Me va a decir que ese pibe es estructuralmente incapaz de ser feliz o de poner su granito de arena para que lo sean los demás? ¿Él no pero usted sí, solo que usted no hace nada? ¿Él no, pero yo sí, únicamente que lo que yo hago no sirve para un carajo? Si de veras cree eso, don Antonio, ¿qué sabor le puede encontrar al *aceto* balsámico de Módena, me puede explicar? ¿Para qué mierda ha perdido tanto tiempo enseñándome a comer y a pensar? ¿De qué puto carajo sirven entonces los XX Congresos?

-Estás furioso conmigo, muchacho, pero yo no te he hecho más que decir lo que pienso a veces, cuando no me cierran las cuentas. ¿Beethoven, decís? Era un músico genial, pero ¿mejor ser humano que los demás? ¿Marx? Marx tuvo un hijo con la sirvienta al que nunca reconoció, al que ni siquiera enseñó a leer y escribir, ¿lo sabías? Era un pensador de la gran puta, sin duda, un tipo que hizo una radiografía implacable del capitalismo, que entendió, ¡por fin!, el verdadero motor de la Historia. ¿Pero fue mejor que vos o yo? Y, ya que estamos, Freud, que descubre, ¡por fin!, el verdadero combustible de la Historia, lo cual no le impide dedicarle un libro al Duce. Mirá qué motor y qué combustible, muchacho: el afán por vivir cada vez más fácil y el afán por cogerse a la mamá, asesinar al papá y castrar al hijo. ¿Y todo bajo la forma de qué? De la ambición de poder, de riqueza, de fama... El hombre -y vos y yo también, muchacho- está recagado. Quiere ser lo que no es. Y cuando se pone más lúcido, quiere ser lo que cree que debería ser. Y cuando se pone más lucido todavía, comprende que no, que no puede ser ni lo que no es, ni mucho menos lo que debería ser. Hay quienes se piantan para la metafísica y entran a creer que hay un Dios, un Dios medio imprevisible, algo arbitrario, bastante cruel, pero en el fondo macanudo, cuya gran ventaja es que no es hombre. Aunque si lo mirás bien, no hay hijueputa más castrador que ese Dios, porque el hombre no se lo puede imaginar más que a su imagen y semejanza. Igualito de hijueputa, pero inmortal y omnipotente... ¡menudo personaje!

-Usted sabe que yo me paso la metafísica y todas las religiones por las pelotas, don Antonio, pero ese Dios que usted describe es el judeocristianoislámico de las religiones monoteístas de estos últimos dos mil y pico de años y de una parte, nada más, de la humanidad. Usted juzga a todos mirándose en el espejo, y como lo que ve no termina de gustarle, quiere hacer trizas el cristal. Yo no sé si la especie se puede salvar. No ya porque sea egoísta o pelotuda, sino porque los que controlan la riqueza y las armas nucleares son unos pocos y esos sí bien pero bien hijos de puta. Es posible que un día nos hagan volar con planeta y todo por el aire. Ya han estado a punto varias veces. ¿Quiere decir que no hay nada que hacer? Yo no lo creo. Y si lo creyese, igual probaría de hacer algo, aunque más no fuera por las dudas, total, nunca se sabe. Y perdóneme, don Antonio, pero usted casi ni puede caminar. Usted se jacta de conocer el mundo. Lo ha conocido, sin duda. Pero ¿cómo sabe que el mundo que conoció es el mismo de ahora y cómo sabe que, aun si lo fuera, no se puede cambiar? Yo he dado bastantes vueltas desde las últimas veces que nos hemos visto. Y he visto mucha, muchísima miseria humana. No sé si tanta como debe haber visto usted, aunque créame que mucha. Pero también he visto otras cosas. Maestros que les dan todo a los chicos y que, a cambio, no reciben más que un sueldo de miseria. Médicos que podrían estar haciéndose ricos curando señoras gordas y atienden en dispensarios que entre ellos y los vecinos han fabricado casi a mano en las villas miseria, entre ellos mi viejo, para decir las cosas como son. Gente que ha dado su vida, no ya por un mundo mejor, sino por un vecino. Gente torturada que no delató. Tipos que pudieron corromperse y no lo han hecho. Periodistas que han arriesgado todo para denunciar un negociado o una injusticia. ¿No son hombres, acaso, no son miembros de la especie?

-¡Mirá lo que me estás preguntando, muchacho! ¡Claro que esa gente existe y es numerosa! Lincoln decía que se puede engañar a todo el mundo cierto tiempo, y a cierta gente todo el tiempo, pero no a todo el mundo todo el tiempo. Tenía razón, y por eso la especie va conociendo, poco a poco, su propia Historia, que no por ello deja de ser una reverendísima hija de puta. Y de la misma manera te digo que todo el mundo puede ser desinteresado cierto tiempo, y cierta gente todo el tiempo, pero no toda todo el tiempo. Llegan los grandes momentos, llegan las huelgas generales, o las guerras de liberación, o las revoluciones y ahí tenés a casi todo el mundo -o, al menos, a una masa crítica de todo el mundo- poniendo el hombro, alfabetizando, cortando caña, o tirándole aceite hirviendo a los ingleses, o retirándose en masa de Jujuy, o derrotando a los nazis en Stalingrado. Antes y después queda cierta gente, pero nunca todo el mundo, ni siquiera un número estadísticamente significativo. Y por eso las revoluciones se han ido o se van a ir, todas, toditas, siempre a la mierda, pero no

sin antes haberse comido a sus hijos. Y, por el momento, al menos, no hay nada que ni Beethoven, ni Marx, ni vos, ni yo, ni los maestros y los médicos esos de que hablás, ni el pibe que pasó vendiendo chicles podamos hacer para evitarlo. Me acuerdo de un periodista de Pravda que conocí en Moscú hace muchos años. Acababa de celebrarse, precisamente, el XX Congreso y comenzaba el famoso “deshielo”. El tipo había peleado en el sitio de Leningrado, seguramente la gesta más heroica de la Historia. Había pasado hambre y frío, había visto morir a su familia y caer en combate a sus camaradas. Había sido gravemente herido. Había dado todo por su patria y por el socialismo en el que, oficialmente, aún creía. Era un especialista en América Latina. Hablaba perfecto castellano y conocía como veinte países de nuestro continente. Bien, un día se puso en pedo como solo se ponen los rusos, que tienen tanto pasado y tanto presente que olvidar, y se deschavó, *Vos no tenés idea de lo que es el poder soviético, Antonio: es peor que el fascismo, porque el fascismo no tiene flanco defendible. Acá, la mínima crítica es, de veras es, un obús más que te arroja el enemigo. No hay adónde escaparse. No se puede hacer nada. No se lo puede cambiar para mejor, y el capitalismo es peor. Los que nos damos cuenta nos morimos de miedo, de un miedo que no le teníamos a los nazis. Y los que no, mentimos, o nos emborrachamos, o las dos cosas, o terminamos en campos de concentración o en hospitales psiquiátricos. Y si llega a triunfar la revolución en la Argentina, y si no te dejás corromper con trivialidades como viajes al extranjero o acceso a tiendas en divisas, vas a ser como todos nosotros: cobarde o cómplice. Si vos fueses Secretario del Partido en el poder y te enteraras de que yo le estoy diciendo esto a un extranjero, me mandarías fusilar.* Yo le contesté que ni lo uno ni lo otro, que yo nunca iba a dejar de decir lo que pensaba y de criticar todo lo que me pareciera mal, que nunca iba a ser como ellos,

Entonces el que va a morir fusilado sos vos. Nunca supe más de él; debe haber muerto cirrótico. No seas zonzo, no te creas la mentira descomunal del grisáceo socialismo soviético, ni el de hormiguero del Gran Timonel, ni el execrable del Camarada de Hierro Kim Il Sung. Tené cuidado con las esperanzas que inviertas en el Vietnam inclaudicante del difunto Ho Chi Minh o la Cuba gallarda de Fidel. Las revoluciones son mejores para la guerra que para la paz: resisten con más valentía y eficacia el napalm que la Coca Cola. La ecuación económica no cierra, muchacho; el socialismo en países coloniales o feudales, el socialismo coda del capitalismo ausente es un disparate que habría puesto de punta todos los abundantes pelos de Marx. No puede ser, muchacho, y si no puede ser, *no es...* por mucho que parezca. Vamos a perder la Tercera Guerra Mundial sin disparar un tiro (y, bien pensado, ¡menos mal!). Pero lo más triste no va a ser eso. Ni siquiera la muerte de la esperanza. Lo más trágico

es que la habremos asesinado nosotros mismos. ¡Qué digo! Ya está muerta, solo que son muchos los que todavía no pueden o no quieren oler la hediondez del cadáver, de las decenas de millones de cadáveres.

-¿Y con eso qué? La URSS es una cagada, la Revolución Francesa terminó en su contrario, a los comuneros de París los diezmaron a mansalva... todo lo que usted quiera. Pero ¿cómo sabemos que la próxima vez las cosas no van a salir mejor, aunque más no sea un poco, y la siguiente otro poco? Usted tira la toalla, don Antonio. Allá usted Yo creo que hay un metro cuadrado de planeta y diez minutos de su historia que pueden ser mejores o peores según lo que yo haga, y me parece inmoral hacer como si no.

-Y tenés razón, muchacho. El problema es que sos poco representativo de la especie.

-Usted se ha pasado la vida haciendo diagnósticos. Diagnósticos atinados, no lo niego, en una de esas geniales. Usted se ha pasado la vida paseándose con su estetoscopio, pero se ha negado siempre a dar ninguna inyección. ¿Para qué sirven, para qué han servido todos esos diagnósticos, don Antonio?

-La respuesta la he buscado yo mismo toda mi vida. Si, como vos decís, nunca he dado una inyección es porque me tocó aprender por las malas la primera máxima hipocrática: si no estás seguro de que no vas a hacer daño, no hagas nada.

-Pero, don Antonio, si los tipos como usted, que la ven tan clara, se niegan a mover un dedo, ¿quién va a cambiar, entonces, este mundo de mierda?

-La gente como vos, muchacho. Sobre todo, los jóvenes como vos; los jóvenes con esperanza, y casi te diría que con fe. Yo me he pasado la vida tratando de construir una brújula. Es el único legado que te dejo después de todos estos años. Ojalá te sirva.

-¿Y dónde esta el Norte, según su brújula, don Antonio?

-No lo sé. Es el único punto que no marca. Hubiera querido perfeccionarla, pero, ya ves, no me ha salido. Como podrás darte cuenta, yo no soy más que un teórico. He pensado y creído descubrir qué cosas pasan, y por qué pasan, y qué cosas pasarían si pasaran determinadas cosas, pero todas las cosas que se me han ocurrido que pueden pasar, como las que, en efecto, han sucedido, llevan al mismo callejón sin salida.

-No diga boludeces, don Antonio. Y ahora perdóneme, pero tengo mucho que hacer. No se preocupe, pago yo. ¡Se cobra, por favor! Hasta que nos volvamos a ver.

-Hasta entonces, muchacho. Gracias por la cena. Y ojalá te salga lo del metro cuadrado durante diez minutos. No va a venir nada mal.

Luciano se puso de pie sintiendo que para hacerlo tenía que estirar una apretada espiral de amargura. Dio dos pasos hacia la puerta, vaciló un instante y giró. Don Antonio

seguía sentado, con una expresión de tristeza infinita que armonizaba a la perfección con su figura empequeñecida y desarticulada. El anciano alzó unos ojos extrañamente serenos.

-Me vas a tener que ayudar a levantarme, muchacho.

Luciano lo tomó dulcemente por debajo de las axilas y se sorprendió por la frágil levedad de esos huesos casi sueltos. De pronto cayó en la cuenta de que, salvo el apretón de manos en medio del primer encuentro hacía veinte años, nunca había tocado a su amigo. Lo fue alzando con cuidado. Y don Antonio fue dejándose hacer, hasta que quedó prácticamente en brazos de Luciano, y ahí ninguno de los dos pudo más y se abrazaron. Los brazos como canutos de don Antonio, con la poca energía que les quedaba, ceñían el cuello de Luciano, mientras este tenía que hacer un esfuerzo supremo de concentración para no terminar triturando ese cuerpo que se despedía y, sí, no era una impresión falsa, temblaba.

-Soltá, muchacho, que no quiero hacerme fama de trolo a una edad tan avanzada. Metéme en un taxi.

-Lo acompaño hasta su casa, don Antonio.

-No, dejá, no hace falta.

-¿Se me va a morir sin decirme dónde vive, carajo?

-Nunca se sabe, muchacho. Nunca se sabe... Metéme en un taxi.

El mozo se ofreció a dar una mano, pero Luciano lo atajó.

-No, deje, gracias. Me arreglo solo.

-Se ve que lo quiere mucho a su papá. Esas cosas se ven cada vez menos.

Luciano paró un taxi y ayudado por el taxista logró cargar a don Antonio con la mayor dignidad posible, tras lo cual, puso un billete en la mano del chofer susurrándole, Ayúdelo a bajar y acompañelo hasta adentro de su casa, Pierda cuidado, señor, que yo me encargo. Además, soy médico, cualquier cosa, sé qué tengo que hacer. Luciano ya cerraba la portezuela cuando don Antonio la detuvo.

-Era lo único que te faltaba todavía, muchacho.

-¿Qué, don Antonio?

-Hacer el XX Congreso conmigo. Suerte muchacho. Hasta la próxima.

Pero no iba a haberla, y los dos lo sabían.

A don Antonio no lo volvió a encontrar. De todos modos, se dijo con un pesar que casi no le cabía en el corazón, es probable que ya no esté vivo.

Se equivocaba a medias.

EPÍLOGO. LA DESPEDIDA

Abril de 1986

Y la Argentina siguió su delirante rumbo hacia el iceberg, solo que esta vez en democracia representativa. Para abril de 1985 la inflación que el postrero general Bignone había dejado en el 15% había saltado alegremente al 29,4%. Alfonsín defenestró a su Ministro de Economía, Bernardo Grinspun, y puso en su lugar a las espesas gafas y a la persona misma de Juan Vital -es un decir- Sourrouille, quien no tardaría en implementar el Plan Austral, que, tras un efímero respiro, terminó inevitablemente en el desastre. Menos de cinco años después, el dólar remontaba de ochenta centavos a 1.950 flamantes australes, o sea, para hacer números redondos, como un 200.000%, millar menos o, mejor dicho, millar más, acompañado de una inflación del 70% por mes y tasas de interés del 600%... mensual. La conmoción social recrudecía; los coroneles Aldo Rico, Ernesto Barreiro y el tan devoto de la Virgen del Rosario Mohamed Alí Seineldín comenzaban a pintarse la cara, mientras el peronismo se reorganizaba en torno de un enano pintoresco, de patillas frondosas, sintaxis endeble y bolsillos sin fondo. Lo peor, como se enteró de forma tan inopinada entre que bajaba del avión y entraba en un *shopping* la atildadísima burguesía patria, estaba por pasar. Para redondear el siglo, aún faltaban dos tragicómicos 18 Brumario: el de la ascensión del liliputiense venal y el de la huida del mortecino Fernando de la Rúa; porque Marx, inevitablemente enceguecido por el humo de las chimeneas de la Revolución Industrial, no llegó a prever que en la Argentina los 18 Brumario se darían por docena. Mientras tanto, allende el océano, el ecuador y el Rin, el socialismo real se venía abajo sin mayor estrépito. Como había vaticinado don Antonio, la URSS perdía la Tercera Guerra Mundial sin disparar un tiro, ni, *Deo gratias*, un misil. Nada quedaba de las esperanzas de hacía diez años: Rumania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria y la República Democrática -era un decir- Alemana en diferentes grados de descomposición; Yugoslavia -huérfana de Tito- desbarrancándose hacia la peor guerra civil europea después de la española; Granada invadida por los *marines* del Tío Sam desde un portaaviones más grande que ella misma y Nicaragua incapaz de consolidarse; Afganistán, Etiopía, Somalia, Angola, Mozambique, Camboya y Laos -¡las flamantes revoluciones proletarias en países sin siquiera un taller!- sumidos en el desastre, la miseria, la sangre y la corrupción; la República Popular Democrática de Corea -¡tres mentiras y media en cuatro palabras!- camino de la hambruna y Albania sin rebotar del fondo que había tocado allá por 1946; Vietnam recapacitando acerca de la maldad intrínseca de la Coca Cola; China construyendo el capitalismo a pasos agigantados... Solo Cuba resistía, dicharachera, caótica y

maltrecha, con toda la dignidad que le consentían la saña vesánica del inmenso vecino y su pecado original de revolución proletaria sin proletariado pero en cambio con papá. Parecía que todas las cartas habían sido, por lo pronto, desfavorables y, de ñapa, mal jugadas, al tiempo que casi no quedaban fichas que apostar. Y para colmar el vacío ideológico, el fanatismo medieval de los *mullahs* encabezados por el ameno Ayatolah Jomeini (Un fantasma recorre el mundo -habría escrito Marx con un siglo y medio de ventaja-: el fantasma del islamismo). Entretanto, el mundo, el mundo real, el mundo de los miles de millones de congéneres que tenían que arreglárselas para sobrevivir a la buena -es un decir- de Dios o, en el mejor de los casos, con un dólar por día, estaba mucho, muchísimo peor que al comienzo de esta historia, y quién sabe que cuánto antes.

Con muchos otros -¡ay, pero no tantos!- Luciano siguió dedicando sus esfuerzos a exigir el esclarecimiento de la suerte de los desaparecidos y justicia y castigo a los culpables, consciente de que no se podía avanzar un paso si no se elucidaba el pasado. No daba abasto. Apenas si había podido abrirse cinco o seis semanas casi siempre incompletas para pasarlas con Veroniquita y Patricia; y eso gracias a que, dada su creciente fama como escritor y como portavoz de sus compañeros de lucha, viajaba prácticamente todo el tiempo.

Una tarde, oyó del otro lado del teléfono una voz pastosa que le decía, ¿El Sr. Luciano Bertone? Mucho gusto, está hablando con Hilario Muñoz Lezica, sobrino del Dr. Antonio Muñoz, a quien usted conoció hace años. ¿Lo ubica?, ..., Sí, claro, usted seguramente lo conocía como Antonio Muñoz, como se hacía llamar, ..., No sé; razones personales, supongo, ..., Demente no, Deméntiev. Mi abuela era de origen ruso, ..., Sí de lo más rancio, créame. Mi bisabuelo manejaba los intereses de la familia en el Río de la Plata, ..., En efecto. Es más, mi tío fue el único de la familia que conservó el idioma. Razones ideológicas, me imagino, como que fue también el único que siguió manteniendo vínculos con Rusia, como le habrá contado, ..., Pero en fin, vea, Sr. Bertone, no lo quiero hacer perder más tiempo. Mi tío falleció hace tres días, ..., Permítame. Él tenía preparado algo para usted, pero me pidió que lo ubicara únicamente después del sepelio. Como ve, estoy cumpliendo con esa última voluntad, ..., Prácticamente la última, no le miento. Bueno, en resumidas cuentas, que mi tío me pidió que le avisara de su deceso y que le dijera que todos estos años había pensado mucho en usted y que le deja esto de recuerdo. Yo puedo acercárselo si quiere, ..., Ah, ahí sí que me haría un favor. Mire la dirección es El Salvador 1847, en Palermo Viejo. Puede pasar cuando quiera, que va a estar Nicasia, la empleada. Yo se lo dejo con ella entonces, ..., Sí, en efecto, una verdadera desgracia, pero bueno, ..., Sí, mañana por la tarde está muy bien, ..., De

nada, faltaba más. Y si precisa algo, ..., Bueno, pero si me llega a necesitar, mi teléfono es el 825-8098, ..., Hilario, ..., Lezica, Hilario Muñiz Lezica. Adiós.

Luciano llegó a la dirección y se encontró con una vieja casa de paredes descascaradas. Lo recibió una provinciana de unos sesenta y cinco años que resultó el ama de llaves que había cuidado de don Antonio ese último tiempo.

-¡Pase, señor, pase! El señor le dejó un paquete. ¡Mire que por fin poder conocerlo! Don Antonio no dejaba de hablar de usted. Es el hijo que nunca tuve porque siempre tuve miedo que no fuera a ser como él, me decía. Y yo le insistía, ¿y por qué no lo llama, don Antonio? Si le va a dar una alegría, y usted mismo se va a dar una, que tanto la necesita. Pero él que no, ¿vio? Porque era testarudo como él solo. Y orgulloso. No se le notaba, pero orgulloso. Yo le decía, no sea tan orgulloso, don Antonio. Pero él nada. Es que usted no entiende, Nicasia, porque así me llamo yo, señor, Nicasia, como mi difunta madre, que en paz descansa. Es que usted no entiende, me decía, si no es por orgullo, sino porque no tengo nada más que decirle ni él a mí, porque es un viaje terminado, aunque yo me pase mirando las fotos de puro nada que hacer, decía. Pero no era cierto, ¿sabe? Que no tenía nada que hacer, digo, porque se la pasaba leyendo y escribiendo y buscando papeles y escuchando música por la radio y limpiando las pipas que tenía como veinte y que ya hacía rato que no podía fumar pero que él igual las cuidaba como si fueran de oro y qué sé yo cuántas cosas más, y eso que al final ni moverse podía. Cuando, gracias a Dios, yo lo vine a cuidar, hacía como meses que no salía. Porque la pierna le dolía cada vez más. Igual nunca quiso ni saber de la silla de ruedas que le trajo el sobrino. No soy un paralítico, rezongaba. Pero yo lo tenía que llevar a la pieza de los libros. Allí se pasaba, no me va a creer, el día entero. Ahí comía. Le cocinaba yo. Porque siempre me dijo que cocinaba como un ángel, ¿sabe? Y él me enseñó montañas de recetas para que le preparase, y me hacía comprar romero y estragón y cilantro y un montón de hierbitas que yo no había usado nunca y la verdad que quedaba todo más rico, ¿vio? Parece mentira, pero unos pastitos de nada y cómo cambia el gusto de las cosas que uno ha comido toda la vida ¿vio? Y él comía siempre tomándose su tiempo, con su vasito de vino. Probando probando había descubierto los vinos que le gustaban y que duraban abiertos hasta seis o siete días. Porque el Doctor le había dicho que nada de vino, pero a mí me secreteó que hasta un vasito por comida podía darle, pero que si se lo decía a él, él iba a querer más. Y él se tomaba el vasito de a sorbitos, para que le durara toda la comida, creyendo que le estaba haciendo trampa al Doctor, inocente de Dios que era por más zorro que se quería hacer. Al final, casi no podía comer, pero lo poco que aceptaba tenía que ser como él quería: el tomate con orégano y un aceite que le hacía comprar al sobrino, el lomo a punto, sin sal -porque eso sí que no podía

ni un grano- pero con una vueltita al molino de la pimienta fresca y media cucharadita de mostaza de esa francesa que a él le gustaba y yo nunca pude entender cómo si pica que no se le siente el gusto a nada. También se la hacía comprar al sobrino, igual que el aceite de oliva ése fuerte y un vinagre italiano que, ese sí, casi se podía tomar solo de rico que era. Si hasta vino parecía. Pero siéntese, señor. Le hago un cafecito. Don Antonio me lo hacía hacer el doble de fuerte que le había dicho el Dotor, pero el Dotor, claro, lo sabía. Déjelo que crea que me está macaneando, doña Nicasia, que le hace bien, me decía, Ese hombre no sabe vivir sin pelear las órdenes. No me va a creer, pero yo creo que eso es lo que lo tuvo vivo tantos años, pobrecito. Al final la vista ya no le daba, ¿vio?, y leía con mucho trabajo. El sobrino a veces le venía a leer, pero él no lo quería mucho, ¿sabe? Y yo, para qué le voy a decir una cosa por otra, tampoco. Nunca me hizo nada malo y sabe Dios que con don Antonio se portó. Pero no sabría decirle. Yo creo que don Antonio no le perdonaba que él anduvo medio como metido con los militares, ¿me entiende? Porque don Antonio no dejaba de acordarse ni un momento. Y tampoco quiso que le vinieran a leer los voluntarios esos que hay. Yo no estoy ciego, protestaba, pero la verdad es que casi no veía. Si para leer usaba una lupa gruesa como un ladrillo, le digo, que casi le tenía que meter la nariz. Lo que terminó de matarlo, para mí, fue cuando el Dotor le prohibió la carne. Yo sola sé cómo sufrió, viejito de Dios. Aunque él, como le digo, ¿vio?, orgulloso como él solo. Va a tener que esmerarse con las verduras, Nicasia, me dijo, a ver cómo la inspira ese Dios con que me tiene podrido todo el día. Porque él en Dios no creía, ¿me entiende? Aunque yo sé que a Dios eso no le ha de importar gran cosa, total es Dios, ¿no?, y seguro que lo tiene bien calentito, con angelitos que le den de comer como a él le gustaba. Y yo que le hacía un día zapallitos rellenos, y otro un pucherito de verduras que él me enseñó, con berenjenas, unos zapallitos que parecen pepinos, tomates bien maduros, mucha cebolla y el ajo que le dejaba el Dotor... bueno, ahí sí que un poquito más, porque yo lo consentía mucho y, no lo va a creer, cebollita de verdeo y mucho puerro, con unas hierbitas provinciales que él les decía y, como siempre, la vueltita al molino de pimienta. La verdá la verdá que rerrico quedaba, sobre todo con ese chorrillo de vino que me decía que le echara. ¡Y el zapallo! Era capaz de comerse un zapallo entero, le digo. Hecho puré bien revuelto con mucha cebolla, cebollita de verdeo y puerros todo picado bien fino y frito hasta que quedaba color marrón y, claro, todo el ajito que me animaba a ponerle. Vea, si cuando al final casi ni moverse, ni leer siquiera podía, todo se le iba en escuchar música entre las comidas. Deje la puerta de la cocina siempre abierta, Nicasia, me pedía, así empiezo a comer con la nariz, ¡mire la ocurrencia, pobrecito! A veces venía el sobrino, le digo, que siempre lo quiso acompañar, pero él no se dejaba. Eran los únicos momentos en que se

ablandaba un poco por dentro con él, como que le perdonaba cosas, ¿vio? Como eso de los militares y los negocios raros y esas cosas. A ese le enseñé a comer yo, me decía, pero todo lo demás lo aprendió de su familia. ¿De su familia, don Antonio?, yo le preguntaba siempre, ¡pero si también es la suya! Al principio se sabía enojar, pero después no me hacía caso. Es que él a ellos no los quería, ¿sabe? Y mire que eran ricos, pero ricos lo que se dice ricos. Y a él le tocaba una parte grande de la herencia, ¿vio? Porque había campos y propiedades del padre y sobre todo de la mamá de don Antonio que él nunca hablaba y que le administraba casi a la fuerza el sobrino, que habrá hecho lo suyo, no lo niego, pero a don Antonio siempre lo cuidó y nunca se le aprovechó como seguro que hizo con otros. ¡Y cómo lo retaba, si viera! Que siempre andás regalando la plata a esos bolches de porquería -bueno el decía otra palabra- que quieren hundir el país, le decía. Porque don Antonio regalaba mucha plata, que con lo que tenía seguro que le hubiera alcanzado para vivir en un palacio, le digo. Pero él siempre medido, ¿vio?, como si fuera un jubilado más. Si ni televisión hay en esta casa, le digo. Y murió solito, pobrecito de Dios. ¿Pero no le queda ni un amigo, don Antonio?, le preguntaba yo, y él que había tenido muchos, pero que se habían muerto todos los que hubiera querido ver. El único que de veras le quedaba era el Dotor, que lo quería mucho y que le conocía secretos, digo yo, aunque delante mío nunca hablaban más que de la comida que don Antonio insistía en comer y que el Dotor le prohibía, aunque, como ya le digo, el Dotor le exageraba a propósito. Un pan de Dios, el Dotor. Se conoce que habían pasado juntos por muchas cosas, porque se querían y se respetaban mucho. Y yo, claro, al principio le insistía mucho para que me dejara encontrarlo a usted, pero él nunca quiso, como le digo, pero no porque no lo quisiera, ya sabe, sino porque, ¿cómo decirle?, no lo quería molestar. Yo creo que él lo que no quería era distraerlo, no sé. Déjelo que viva para adelante, me decía. Yo sé lo que hago. Ya no tengo nada que decirle ni él a mí. A cada rato me lo decía y yo después no insistí más, ¿vio? Pero cuando murió y yo encontré el paquete con su nombre, que lo tenía preparadito desde hacía rato, le dije al sobrino que lo tenía que encontrar y avisarle. Porque fue él que le avisó ¿no? ¿Los papeles? ¡Ay, señor, Dios lo ayude! Sí claro, cómo no, están todos en la pieza del fondo. El sobrino los ha estado metiendo en cajas, igual que los libros, que él dejó dicho que eran para una universidad de Cuba, y que el sobrino no quería por nada del mundo, pero él que sí y que ese era el único país donde no se los podían comprar pero sí los iban a leer. Pero, ¿quiere que le diga?, yo no sé si el sobrino al final los va a mandar, con lo que odia a los comunistas. Venga por acá, señor. Espere que le traigo una silla más cómoda y le preparo un cafecito bien cargado como le gustaba a don Antonio. Tómese el tiempo que quiera, nomás. Revise tranquilo que el sobrino no va a venir hasta mañana o pasado y igual no

le va a importar. Es más, llévese los papeles que quiera, porque total todo es para tirar. Quién lo hubiera dicho, ¿no le parece? Tanto pasarse escribiendo y escribiendo para después dejar dicho que lo tiraran todo. Claro que igual quién le iba a entender la letra, si ni la lista del mercado le podía entender, y mire que le salía a comprar todos los santos días, porque para él todo tenía que ser fresco, ya sabe. Claro que las cosas raras se las traía el sobrino y a veces el Dotor, que en cambio no salía del bife con ensalada. Ahora que lo pienso, ¿sabe?, creo que don Antonio y el Dotor tenían como un secreto. Porque yo cuando recién vine quise lavar una mancha rebelde que encontré debajo de la alfombra de la pieza de los libros que me pareció, usted no me va a creer, de sangre. Y justo ese día había venido el Dotor con los resultados de unos análisis y entre los dos me quisieron llevar por otro lado, pero para mí que lo que el sobrino me contó una vez es cierto, que trajeron un herido, un subversivo que les decían, ¿vio?, y que unos muchachos se lo trajeron a escondidas a don Antonio porque sabían que él no iba a dejar a nadie sin techo ni sin pan. Y después trajeron también al Dotor que lo curó y el chico, porque parece que era una criatura, estuvo aquí muchos días hasta que se lo pudieron llevar a esconderlo donde los militares no lo pudieran agarrar. Se conoce que don Antonio y el Dotor habían pasado juntos por muchas cosas, porque, como le digo, se querían y se respetaban mucho. Ellos habían estado como medio peleados, ¿sabe? Por cosas del marxismo y de la política, y llevaban años sin verse hasta que un día aquellos muchachos lo trajeron al Dotor y ahí se reconocieron y se volvieron a hacer amigos. Ahí es donde yo supe que el sobrino de veras lo quería a don Antonio, porque con lo que odiaba el comunismo y la subversión y esas cosas a otro seguro que lo habría denunciado. Y a lo mejor hasta lo hizo, porque creo que el chico después desapareció y don Antonio ayudó mucho a la familia. Porque para mí que las dos señoras que a veces venían y le traían masitas eran la mamá y la abuela de ese chico. No me pregunte por qué, cosas que una sabe de vieja nomás. Una palabra aquí, otra allá. Y el odio ese que él les tenía a los militares que se le llenaban los ojos de lágrimas que una no sabía que si de tristeza o de furia, le digo.

Luciano entró en la habitación abarrotada de libros y cajas de cartón desbordantes de hojas manuscritas en infranqueable caligrafía, recortes de periódicos, alguna cuenta y, cosa extraña, poquísimas fotografías. No quiso revolver demasiado. Le daba la impresión de estar profanando un alma. Descubrió una caja de zapatos con cartas de mujeres. Las primeras fechadas en 1926, las últimas treinta años después. No se atrevió a leer ninguna. También distinguió tres mamotretos casi ilegibles que tenían que ser novelas, o proyectos de novela. Por todos lados y cada tres o cuatro hojas de lo que fuera aparecían poesías. Leyó las más breves y descifrables. No eran ni la mitad de buenas que hubiera imaginado. Don Antonio no

había sido nunca un gran escritor y sin duda lo sabía. El cuento que le había dejado leer debió haber sido de lejos lo mejor, y, si volviera a tenerlo en sus manos, tal vez tampoco le parecería tan bueno. Los libros habían sido leídos y subrayados minuciosamente, a veces con el significado de hasta dos y tres palabras por página meticulosamente glosado a los márgenes. Había de todo en seis idiomas, casi la mitad en ruso: Marx y Aristóteles, Balzac y Gombrowicz, Borges y Lezama Lima, cinco traducciones diferentes, bilingües todas, de la Divina Comedia, un tomo con las obras completas de Shakespeare que no toleraba una lectura más... En uno de los estantes, junto a la tabaquera y la venerada colección de pipas, advirtió un enorme cartapacio atado primorosamente con una cinta desteñida y una etiqueta reciente que decía "Luciano". Lo abrió cuidando de no derramar los cientos de hojas que apretaba y se quedó atónito. Bajo una lupa inmensa, en orden minucioso, quirúrgicamente recortados y pegados con esmero a hojas de papel tamaño oficio, doblados cuidadosamente por la mitad o en tres o en cuatro pliegues los excesivamente grandes, cada vez más amarillentos, fueron apareciendo todos sus artículos, y todos los artículos en que alguien lo hubiera mencionado. El cartapacio, comprendió, no estaba entre los libros por obra o descuido ni de Nicasia ni del sobrino. Estaba allí porque don Antonio lo frecuentaba, como que hacía años que no pasaba una semana sin que le publicaran algo o hablasen de él. Ese era, entonces, el misterioso álbum de fotos. Esos eran sus recuerdos del viaje terminado. Del viaje que él, Luciano, seguía, sin saberlo, por los dos. Ese cartapacio que, junto con la caja llena de cartas de mujer hacía tiempo abandonada, era lo único que escapaba al caos y a la negligencia, y, ya solo, al olvido. Fue lo único que decidió llevarse. Era -no tuvo siquiera que detenerse a pensarlo- el verdadero legado que le había dejado, amorosamente visible, su anciano amigo. Amorosamente, sí, porque esa carpeta era una obra de amor. Quién sabe si algún otro ser humano, hombre o mujer, llegaría a amarlo tanto y tan desinteresadamente alguna vez. Él, seguro que a nadie.

Pero todavía faltaba un par de sorpresas.

Sobre una mesita llena de papeles más recientes había uno que le llamó inmediatamente la atención. Era la última receta del médico. Reconoció el membrete antes, casi, de mirarlo. Era el de su padre. El viejo amigo con quien don Antonio se respetaba y se quería, el que acaso vino, tras años de algún desencuentro ideológico, a atender al muchacho herido, había sido su padre, el hijo de puta de su padre. No tuvo que preguntarse por qué don Antonio nunca le había dicho que lo conocía. Era la condición de su XX Congreso. La única forma de emanciparse por dentro y no volver a embalsamar al tirano. Salvo que su padre, que sin duda había arriesgado la vida, como don Antonio la suya, para curar a un pibe que ni conocería, a un trozko de mierda, para colmo de males, no era, tal vez, tirano entero.

Comprendió, además, que tampoco el Doctor estaba al tanto de que don Antonio conocía de muchos años a su hijo y de que seguía meticulosamente su trayecto por la vida. Así que este don Antonio, que casi ni moverse podía, se las había ingeniado para ser abismo y puente. Demasiadas cosas juntas para una sola tarde de otoño en aquel Buenos Aires que comenzaba a terminar de desintegrarse.

Al dar la media vuelta con el legajo bajo el brazo, tiró con el codo un libro desportillado. Era una vieja edición de poesía clásica española, que al desintegrarse contra el piso dejó escapar una solitaria fotografía en blanco y negro, cuarteada como por telarañas y algo fuera de foco. En ella aparecía un grupo de milicianos sonrientes cada uno apoyado en su fusil. Al dorso, alguien había escrito una dedicatoria: “Al valiente camarada que no pudo cruzar el Ebro con nosotros. Te esperamos en la victoria, Ramiro. ¡Recupérate que te la pierdes! 27 de julio de 1938”. Luciano se quedó mirando la imagen largo rato. ¿Sería el valiente camarada Ramiro nada menos que el propio don Antonio? Tal vez don Antonio sí había creído saber qué hacer la vez en la Gran Hija de Puta en que no podían quedarle dudas y eso explicaba la inexplicable renquera que nunca había querido explicar. Decidió no averiguarlo. La duda que se llevó fue el único homenaje que pudo dejar al amigo muerto.